

REDACCION
OFICINAS Y TALLERES
D. Juan de Austria, 10
TELÉFONO 12115

No se devuelven los originales aunque no
se inscriben

EL PUEBLO

DIARIO REPUBLICANO DE VALENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	Mes	Trimestre
Valencia...	Ptas. 2	Ptas. 6
Provincias...		7/50
Extranjero...		

Ejemplar 10 céntimos

Año XL :: Número 14.212

Fundador: VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Domingo 29 de Octubre de 1933



¡Maestro! Valencia, España entera, te reciben. Homenaje al ilustre repúblico, que, amando tanto a su tierra, no quiso reposar en ella hasta que la enseña republicana, libre al viento, ondease sobre la patria. Tu cuerpo, sagrado depósito que entregará a la ciudad su S. E. el Presidente de la República, es nuestro tesoro. Ante el féretro, arca santa para el republicanismo hispano, inclinada la cabeza, concentrado el espíritu y con el corazón herido de intensa emoción, contraemos todos el deber inexcusable de defender la República. Tus discípulos, los que en tus enseñanzas se forjaron, viven tu espíritu y tus doctrinas profesan y divulgan, fieles y leales, continúan tu obra, seguros de que el espíritu invisible de tu alma y el aleteo de tu genio, les dará fuerza, vigor y alientos para la magna empresa. ¡Por Valencia, por la República! ¡Viva Blasco Ibáñez!

LA REDACCION DE «EL PUEBLO»

Lo que admira Su Excelencia en Blasco Ibáñez

De Blasco Ibáñez, literato, no puede hablar quien, como yo, está lanzado ruidosa y oficialmente fuera de la literatura. Soy un ingenuo lector más del gran público, muy grande, tanto como el mundo, para el cual escribí el que yo miro como el más esplendoroso representante contemporáneo de aquella inmortal civilización mediterránea a la cual yo he rendido algún día mi humilde tributo. Reconociendo el glorioso escritor que él era la obra intelectual del «Mare Nostrum», quisiera también rendirle su egregia ofrenda, aunque no fuese lo mejor de su obra, como es inevitable en todo empeño de tendencia. Pagó la deuda mejor con su obra entera, a la que llegó siempre el ambiente, cuando no el oleaje, del mar sin parecerlo.

El problema, para mi punto de vista, más interesante, es el de afirmar que Blasco Ibáñez supo acertar y cumplir con ese gran deber ciudadano de las cumbres mentales, que tan de actualidad apasionada ha hecho el estudio de Julien Benda. No vivió nuestro compatriota en la ebúrnea torre del ideal estético: sintió los demás, los humanos, los sociales, los políticos, como otros genios de la literatura, y aun llevando a la lucha la pasión enardecida por el temperamento, supo glorificar y engrandecer el combate a quien acudiera. El influjo notoriamente por Zola, fué delante de su precursor de otros órdenes, como caudillo de sus multitudes.

Lo que yo más admiro en la obra de Blasco Ibáñez? «La Barraca». Domina con maestría insuperable, gemela de la de Galdós, en «El Abuelo», las tres grandes dificultades de un empeño literario: conmover, dejando al margen el amor sexual; encerrar, como en una trampa, un gravísimo problema jurídico, sin que su densidad transcienda y canse; mantener el rango deliberado de los caracteres escapando a la ley fatal, tan cumplida en otras obras del muerto inmortal, según la de los personajes secundarios, creación libre y espontánea, surgen con más vida que los principales, supuesto de tesis o figura de símbolo.

ALCALA ZAMORA.

Madrid 28 de Enero de 1928.

UN BLASQUISTA EN HUELVA

VALENCIA Y BLASCO IBÁÑEZ

Para explicarse, aun de una manera remota, lo que Valencia significa para cuantos en ella tuvimos la dicha de nacer, es necesario—y conveniente—sentir el dolor de su ausencia. Al hallarnos en lejanos horizontes, por una concatenación espontánea de ideas, surge ante nuestro pensamiento y logra estremecer las zonas de la cordialidad, el recuerdo mágico de una tierra de grandeza suprema, en la que parece haberse dado cita los genios de todas las civilizaciones para cristalizarlas en una floración de luz y de color.

Por eso, porque no puede hallarse en parte alguna otro pueblo que con el nuestro guarde paridad, los que hemos de soportar las distancias, aunque sólo sea de un modo transitorio, notamos enternecidos, que a medida que las horas pasan, se agiganta la nostalgia y vemos entonces que Valencia es única, dicho sea sin decedentes lirismos y sin que la emoción nos haga penetrar en un entusiasmo infantilmente desahogado.

Hablo así, con el conocimiento absoluto de que la verdad está de mi parte. ¡Valencia es única! Y si nos referimos a la tierra que fué en buen hora, nuestra cuna, ¿habrá alguien que pueda desahogar de otro nombre que con ella guarda una íntima conexión y que se llama Vicente Blasco Ibáñez? No, Blasco y Valencia están ligados por unos vínculos de divinidad y han de marchar siempre unidos por los mundos donde se forjan y perpetúan las glorias humanas.

Con Blasco Ibáñez se observa el mismo fenómeno al que he hecho mención al hablar del hijo que se ve obligado a dejar, aunque sea por un tiempo relativo, a la amada Valencia. Cuantos debemos nuestra formación espiritual y política al más grande de los valencianos, siempre guardamos para el símbolo una fervorosa reverencia, pero para saber lo que Blasco supone para España entera, hay que recorrer todos los ámbitos nacionales, aun los más apartados, para sentir la dicha inmensa del culto que en todas partes se consagra al gran artista revolucionario. Es más: bien puede afirmarse que, lejos de Valencia, se observa una efusión hacia Blasco Ibáñez más unánimemente que en su propio pueblo, ya que, por desgracia para todos nosotros, en ninguna otra parte se vislumbró siquiera el morisquero venenoso que unos malvados, indios de Valencia, hicieron en el alma de quien había de pasar el nombre de España por todo el Universo en volandas de triunfo.

En Huelva, esta tierra también bella, liberal y acogedora como la nuestra, el nombre de Blasco Ibáñez es pronunciado con veneración. Huelva, que tuvo la honra de que en ella se iniciara la más sublime gesta que conmovió a la Humanidad, con motivo del descubrimiento de América y que está saturada por todas partes de emoción colombina, se siente orgullosa de haber albergado a Blasco Ibáñez en distintas ocasiones.

A unos pocos kilómetros de la ciudad se encuentran Palos de Moguer y el monasterio de la Rábida. Estos bellos parajes han sido visitados en distintas ocasiones por Blasco Ibáñez, cuando el insigne novelista dedicaba a la búsqueda de documentos y hasta de los más minúsculos detalles para proque su obra maravillosa. «En busca del Gran Kan», en la que había de situar en un lugar exacto, la intervención de Cristóbal

Colón en la aventura trasatlántica.

—Don Vicente— me decía un viejo correligionario que le sirvió de guía—, cuando vino a Huelva para estudiar la vida de Colón, era incansable en sus investigaciones. Todo el día se lo pasaba en Palos y en la Rábida y nosotros, sus amigos, lo seguíamos admirados y entusiasmados con sus charlas inimitables. Era tanto su poder de asimilación y su fantasía, que escuchándolo, creíamos hallarnos ante el propio Cristóbal Colón y nos hacíamos partícipes de las amarguras y vacilaciones del enigmático navegante que tan destacado papel consiguió ocupar en la Historia de España.

Y no sólo esta admiración sentida por el pueblo onubense hacia Blasco Ibáñez se constata en su maravillosa labor de novelista y de biógrafo de Colón, sino que se dirige igualmente a su actuación patriótica y republicana de todos los tiempos y que culminó en aquel magnífico estallido de su pasión liberadora de un pueblo cuando desde Francia conseguía dar un golpe mortal al execrable despotismo borbónico.

Una de las más gratas impresiones que en vida puede experimentar, es la que invade mi espíritu de honda melancolía, cuando al atravesar en automóvil varios pueblecillos emplazados en la ruta Sevilla-Huelva, observo en todos ellos el nombre de Blasco Ibáñez que rotula las calles principales y que antes, seguramente, estarían dedicadas a la advocación de algo que había de épocas medievales y de santurronería cerril. También, en Huelva, Blasco Ibáñez da el nombre a otra calle nueva, amplia y hermosa. Hace unas cuantas noches, los fraternos con pañeros que integran la Asociación de la Prensa onubense, me hicieron objeto de una delicada atención al obsequiarme con una fiesta íntima y cordial a la que se sumaron las autoridades, los parlamentarios radicales y otros valiosos elementos del republicanismo.

Como es natural—es mi constante pesadilla—, se habló de Valencia y Blasco Ibáñez, y debido a la iniciativa del ilustre presidente de la Asociación, doctor Vázquez Pérez, se acordó en medio del mayor entusiasmo solemnizar la fecha del 29 de Octubre con la celebración del «Día de Blasco Ibáñez», mediante reparto a los chicos de las escuelas de obras del insigne novelista valenciano, para lo cual ha logrado el laborioso y admirable ex diputado radical señor Terrero, una subvención del ministro, y asimismo inaugurar una lámpara, que es un dechado de arte, dedicada por los periodistas de Huelva a «Blasco, periodista español».

—Hoy, día memorable para nuestra tierra, vive en mí con mayor intensidad—si ello es posible—ese recuerdo a que antes me referí, porque enaltecido hasta las cimas, por el por Blasco Ibáñez, los hijos de «su» Valencia, somos ya ciudadanos de todos los países.

—¡Hasta ahí ha llegado su poder!

ENRIQUE MALBOYSSON.

Huelva.

De Frantz Jourdain

—Yo admiro tanto el talento como el carácter de Blasco Ibáñez, al que tuve el honor de conocer durante la guerra.

S. E. el Presidente de la República, el Gobierno y D. Alejandro Lerroux, a Blasco Ibáñez



S. E. DON NICETO ALCALÁ ZAMORA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA; EL ILUSTRE REPUBLICANO DON ALEJANDRO LERROUX; EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, DON DIEGO MARTÍNEZ BARRIOS; Y LOS MINISTROS SEÑORES PI Y SUÑER, BOTELLA ASENSI, LARA, BARNES, SANCHEZ ALBORNOZ, PITA ROMERO, CIRILO DEL RÍO, GORDON ORDAS, GUERRA DEL RÍO, IRANZO Y PALOMO

El novelista del universo

«Unas líneas ensalzando la gloriosa figura de Blasco Ibáñez? No quiero ni intentarlo siquiera. Para elogiar mercedamente a Blasco Ibáñez, haría falta la pluma del mismo Blasco Ibáñez.

«Unas líneas para asociarme al homenaje? Eso, sí. Si no me las hubieran pedido, me sentiría ahora agraviado con mis antiguos y queridos compañeros de la Redacción de EL PUEBLO.

Blasco Ibáñez no fué sólo un hombre, ni un escritor, ni un novelista, ni un político. Siendo todo eso, no es lo cierto, sin embargo, englobarle simplemente en estas denominaciones genéricas. Decir nada más que eso de él, por muchos adjetivos encomiásticos que se añadan a los substantivos, es lo mismo que no decir nada. Blasco Ibáñez fué un genio, una época, una página de la Historia Universal, y ni los genios ni las épocas históricas tienen personalidad propia para poder describirlos con acierto. A través de sus libros — de sus primeros libros — los extranjeros aprendieron a conocer, a admirar y a querer a España; a través de sus libros — de sus últimos libros — los españoles conocimos muchos países extranjeros. Si de Clemencieu, político, se pudo decir que fué «un ciudadano del mundo», de Blasco Ibáñez, escritor, se puede también afirmar que ha sido «el novelista del universo».

Viajero infatigable, observador profundo, político de convicciones arraigadas, de claro talento, su nombre se irá agrandando a medida que el transcurso del tiempo vaya borrando otros que ahora todavía se nos aparecen nimbados con la aureola del triunfo.

Soñó con la República desde niño, luchó por ella, sufrió morteduras, arañazos y desgarrones por defender con valor y empuje sus ideales. Murió cuando faltaba muy poco para que la República se implantase en España. No pudo verla, pero la presentaba, la adelantaba, la llevaba dentro.

Yo le conocí personalmente en París, durante el período de la expatriación de mi padre, en plena conspiración revolucionaria para derrocar la dictadura. Me hizo un día el honor de sentarme a su mesa en el hotel Claridge. Me quedé admirado oyéndole. Aun suenan en mis oídos sus palabras inolvidables, el tono enérgico de

su voz. Todavía recuerdo su mirada, su gesto, al pronunciarme: «Dígame a su padre, a quien yo iré a ver uno de estos días — me dijo —, que para terminar con la dictadura y salvar a España, cuente conmigo, con mi pluma, con mi dinero, con mi propia persona.»



Lo decía de verdad; no eran frases buscadas, lugares comunes. Su gran corazón de patriota no podía engañar a nadie en aquellos momentos en que se desbordaba henchido de sinceridad y de nobleza.

Pocos días después de nuestra entrevista, su colosal figura ya sólo vivía en la Historia. Un año más tarde todavía su nombre se invocaba en un caso concreto para despojar a la policía francesa y poder intentar la salvación de España. Mi padre, a fines de Enero del año 29, necesitaba salir de París sin alarmar a los esbirros que, pagados por Quiñones de León, le vigilaban. Como no podía decir que intentaba entrar en España para ir a Valencia, alegó que se marchaba de París para acudir a Ménton, donde se iba a conmemorar solemnemente el Aniversario de la muerte de Blasco. Le creyeron, y a nadie extraño en Francia su ausencia. El 29 de Enero desembarcaba en Valencia. Si Blasco Ibáñez hubiera vivido, él y mi padre habrían llegado juntos, porque a los dos les unía un mismo ideal: salvar a España.

Cuando se publiquen estas li-

neas, yo estaré, acompañando a S. E. el señor Presidente de la República, en Valencia. El cargo de secretario general de la Presidencia no me ha de separar nunca, estoy seguro, un viaje oficial de más emoción y de más recuerdos. Cuando llegue al barco con los restos del coloso inmortal y retumben los cañonazos de los buques de guerra y se oigan los vibrantes acordes del himno nacional, yo recordaré con profunda emoción nuestra conversación en el hotel Claridge, de París.

«Dígame a su padre que cuente conmigo, con mi dinero, con mi pluma, con mi propia persona...»

RAFAEL SANCHEZ GUERRA

Secretario general de S. E. el Presidente de la República

Flor de recuerdo

La primera vez que yo «no fui a la cárcel», fué por Blasco.

Se celebraba en Valencia (la fecha no es de ayer), un mitin contra el cardenal Nozaleda. Los frailes expulsados de Filipinas amenazaban con volver a España. Los republicanos buscábamos un medio de alejar la negra nube. Todos proponían soluciones para lograr tan laico fin.

Yo propuse una, en aquel mitin.

«Cada fraile—dije—trae en sí mismo la solución del problema... Cada fraile trae en el pecho una cinta un grueso cordón de nudos... Bastará con subirsele de la cintura al cuello...»

Allí acabó mi discurso. El delegado de la autoridad ordenó a un agente que me sacase del Frontón, detenido.

Blasco, rogó al policía el aplazamiento de la orden.

—Se hará lo que usted quiera, don Vicente—contestó el subordinado.

Y yo quedé en libertad y sin molestia alguna.

Pasaron los días...

Blasco, siguió escribiendo, y fué consagrado escritor de talento.

¡Gran talento y gran corazón! Antes conocí éste que aquél en la ocasión relatada.

Y esta es la «flor de recuerdo» que hoy quiero colocar sobre los restos fríos del ardiente novelista ¡Ah!... Los frailes continúan en España.

LUIS DE TAPIA.

Plegaria de las lágrimas y de las flores



FELIX AZZATI, EL PERIODISTA EXQUISITO, ALMA GRANDE Y DEVOTO DEL MAESTRO, DEDICO A SU MUERTE ESTA PAGINA DE TERNURA:

«ENERO, 29.—Frio, tristeza, silencio. Valencia, como es la madre de Vicente Blasco, llora con todos nosotros y no viste sus joyas eternas: el sol y su luz blanca; se ha ocultado el cielo. Como nosotros, tampoco el cielo comprende por qué está muerto Blasco. Y entre el azul y nosotros hay unas nubes quietas, inmensas, que escuchan el llanto de la ciudad mediterránea y se alejarán luego, llevadas por la fuerza de nuestros gritos, para contar con asombro la tragedia de nuestro héroe.

Acuden al Parque de Castelar grupos de hombres, mujeres, niños, ancianos. ¡Qué arte maravilloso, espontáneo, el de las masas! Rodean los kioscos de flor. De las manos apresuradas y mágicas de las floristas surgen ramilletes, guirnaldas, simbólicas figuras... ¡Jardín encantado de Kilgusol! La multitud, transfigurada, embalsamando el aire con esencias de alma, abandona el mercadillo y cruza las calles de la ciudad hasta detenerse en una de las más angostas, ante una antigua casa: aquella en que nació, como lanzado a la vida entre espumas y suspiros mediterráneos, Vicente Blasco, el semidivino.

Voy entre la muchedumbre: no sé qué respiro de helénico, de dionisiaco. Hasta mí llega, no por los libros, sino a través de distancias milenarias, aproximadas por deidades paganas, cortejos de coéforas con sus ofrendas a los héroes muertos, como si nada hubiese cambiado y este momento fuera un momento de aquella civilización.

La fantasía ha dado al hogar nativo de Vicente Blasco, con tornos de cuna. Todo es traslucido. Los hombres, los niños, los viejos son sombras de seres envueltos en ondas de púrpuras. Tan cerca como estoy de ellos y no los oigo ni los siento: sus mismas siluetas se esfuman y pierden en una embriaguez incorpórea. El mito sume nuestros instintos en la preconcencia. La cuna de Blasco se inunda de flores.

De pronto, en aquel ático silencio del tiempo—que parece haberse detenido allí también para participar en la muda ofrenda—la voz de un niño grita dulcísima como venida de donde brota la poesía: «¡Viva Vicente Blasco!» Otras voces más recias contestan, pero indecisas, suplicantes.

Y en seguida se oye en el espacio un inmenso sollozo, como si todas las flores se tornaran lágrimas y todas las lágrimas se tornaran flores.

FELIX AZZATI.

La gran obra moral de Blasco Ibáñez

La gloria de Blasco Ibáñez culmina en el alma del pueblo que, por lo general tan veraz y sincero, conserva perenne en su memoria el recuerdo de aquel gran patriota insigne por tan pocos conceptos.

A tales efectos yo soy más que un hombre. Mejor que muchos puedo suprimir su obra política, tan elevada y de tan alta porte que irradia desde Valencia sobre el país entero, prolongándose en el tiempo y en la historia.

Su obra literaria, impregnada de espíritu democrático y de amor a los grandes ideales que ennoblecen a la Humanidad, ha sido ensalzada por toda la crítica de todos los pueblos.

La gran obra moral de Blasco Ibáñez se alza sobre todas las fronteras.

Alejandro Lerroux

Alejandro Lerroux, que fué compañero de Blasco Ibáñez en las horas de lucha y de pasión, nos remite la precedente cuartilla, cuyo autógrafo hemos querido ofrecer a los lectores de EL PUEBLO.

Homenaje de Francia al ilustre repúblico y eminente novelista

Francia, levantará en París un monumento a Blasco Ibáñez

Las personalidades políticas y los representantes de la intelectualidad francesa se han dirigido a Francia, en el documento que a continuación insertamos, y a cuyo pie figura el comité de honor, al que pertenece lo más eminente en todos los órdenes de la intelectualidad y de la política.

Dice el documento:

«Si usted ama a España, si quiere honrarla en la memoria de uno de sus hijos más ilustres, Vicente Blasco Ibáñez, si quiere rendir homenaje a una de las más bellas figuras del siglo XX, en la que se puede glorificar también la literatura universal; si quiere demostrar su agradecimiento a este sublime desaparecido por el importante papel que desempeñó durante la guerra en favor de nuestra Francia, a la que amó con todo su corazón, con toda su alma, le rogamos que acceda a llenar el boletín de suscripción que adjuntamos. Todos los donativos, grandes o pequeños, serán totalizados con el fin de erigir a Vicente Blasco Ibáñez un monumento digno de él en una plaza pública de París, de este París que él veneró y exaltó apasionadamente.

Por anticipado, le damos las gracias con todo nuestro corazón. —Eugene Figuière, Madame George Day, delegados del Comité para el monumento a Blasco Ibáñez.

Presidente de honor, M. Albert Lebrun, presidente de la República.

Miembros del Comité: Excelentísimos señores Madariaga, embajador de España; Toldo, embajador de la República Argentina; Zulueta, ministro de Estado español.

Hombres de Estado: Mrs. Louis Barthou, Ch. A. Bédou, Léopold Bellan, Joseph Caijiaux, C. Campinchi, Camille

Chautemps, Pierre Col, Marquis d'Andigné, Charles Daniélou, J.-L. Dumesnil, Jean Fabry, P.-E. Flaudin, Henry - Palé, Edouard Herriot, L.-J. Maivy, G. Menier, J. Mistler, Adrien Oudin, Raymond Patenotre, Marcel Plaisant, J.-M. Renaudot, Léon Riotor, Isidore Tournan.

Mrs. Albert Buisson, presidente del Tribunal de Comercio; Jean Chiappe, prefecto de policía; Emile Fabre, administrador de la Comedia Francesa; Maurice Sarraute, director de la "Dépêche", de Toulouse; presidente de la Cámara de Comercio Española, de París.

Mrs. Albert Besnard, Louis Bertrand, Henry Bordeaux, Georges Lecomte, Paul Valéry, de la Academia Francesa.

Mrs. Alfred Bachelet, Alfred Bruneau, Ferdinand Brunot, Paul Chabas, Gustave Charpentier, Funck Brentano, Frantz Jourdain, Paul Léon, Louis Lépine, Louis Lumière, Charles Richet, del Instituto.

Marcelle Adam, Jean Ajalbert, Ferdinand Bac, Tristan Bernard, Jean Binet-Valmer, Paul Brulat, Magdeleine Chaumont, Cardona, Catulle-Mendès, Francis de Croisset, George Day, Maurice Dekobra, Lucie Delarue-Mardrus, Henri Duvernois, Eugène Figuière, André Foulon de Vaulx, Pierre Frondaie, León Frapié, Paul Gavault, Fernand Gregh, Edmond Harcourt, F. de Joannis, André de Lorde, Raymond Marchand, Maurice Maeterlinck, Maurice Magre, Victor Marguerite, R. Martin du Gard, André Maurois, Pierre Mille, Comtesse de Noailles, Gaston Rageot, Maurice Rostand, Saint-Georges de Bouhélier, Edmond Sée-Jérôme et Jean Thaurand, Marcelle Tinayre, Manuel Ugarte, Hélène Vacaresco, Maurice de Walleffe, Valmy-Baysse, Pierre Wolff, Miguel Zamacois, escritores.

Homenaje al gran mediterráneo

Nunca olvidaré a Blasco Ibáñez, el amigo de gran corazón, el compañero cordial, cuya generosa vitalidad, la fuerza de imaginación, el magnífico porte llevaban



la alegría a todos los que le rodeaban. Aquel porte de cabeza, aquella estatura, aquella voz, todo aquel aire de aventura, toda aquella manera de mirar perpetuamente hacia el porvenir, todo aquello era al genio mediterráneo, la vida misma del mar Mediterráneo que se encarnaba ante uno persuadiéndolo sin contradicción posible, que la vida es una cosa hermosa y buena.

Un verdadero hijo de la luz y del mar, nacido para la acción, amigo de la casualidad, favorito de la fortuna: así era Blasco. Había en él sangre de Colón, san-

gre de conquistador. Le gustaban las formas, los colores, todo lo que refleja a los objetos, a las ideas, a los hombres, un aspecto definido, inmediatamente accesible, un sitio en el espacio, una sonoridad, una armonía. En este momento en que toda una parte del mundo se entrega a la fuerza bruta y mal disimulada, a la tiranía de las ideas abstractas, de los postulados absurdos e hipócritas, a la idolatría y a la inhumanidad, bueno está que el Occidente, nuestro Occidente, se vuelva hacia hombres de la clase de Blasco, de la figura, de la humanidad de Blasco. ¿Se habla de raza? Pues he aquí, la gran raza, la que no se impone con el precio de la sangre, sino con su única presencia, alegre, abierta a todo, dispuesta a abrazar al universo.

Gran raza mediterránea donde el Oriente y el Occidente, África, Asia y Europa, se mezclan y se abrazan sin hacer caso de los dogmas de las metafísicas sanguinarias, de los sacerdotismos militares o de los militarismos sacerdotales.

El espíritu de vida guía esta raza, inspira sus héroes, los lleva a la universalidad. Es una lección de universalidad que nos lega la memoria de Blasco, a la hora en que las naciones, recogidas sobre sí mismas, se encogen hasta el suicidio.

Jean Cassou



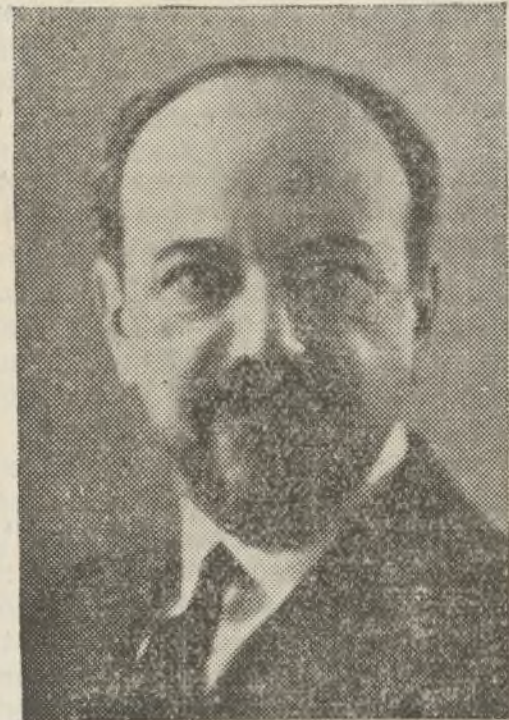
FONTANA ROSA, MENTON. CASA EN QUE FALLECIÓ BLASCO IBÁÑEZ EN 28 DE ENERO DE 1928



LA FAMILIA DE BLASCO IBÁÑEZ ANTE EL CADÁVER. FLORES VALENCIANAS Y LA SEÑERA LE ARROPAN EL 29 DE ENERO DE 1928

La ciudad de Menton a Blasco Ibáñez

Blasco Ibáñez, desterrado por haber luchado valerosamente por la libertad, contra el fanatismo, había de volver, necesariamente, la mirada hacia Francia para pedirle asilo.



La Patria de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, se honra al ofrecer la más generosa, la más fraternal hospitalidad a todos cuantos, como él, luchan y sufren por un generoso ideal. Y es en medio de nosotros, en Menton, donde el genial autor de «Mare Nostrum», ha venido a refugiarse.

Después de las agitaciones de una vida prodigiosa y activa, vino a vivir a la orilla de nuestro mar latino, en la villa Fontana-Rosa, donde se complacía en recopilar las obras de arte y las flores que podían recordarle su patria ausente.

Pero la belleza de nuestros floridos jardines, la dulzura de nuestro cielo, no debían aminorar su actividad ni hacerle olvidar el noble objeto de su vida.

Así como Víctor Hugo, exilado, escribía «Les Chatiments», es desde Menton que Blasco Ibáñez enviaba a España aquellos terri-

bles folletos que habían de sostener y animar el ardor de los republicanos y que, cada vez, quebrantaban un poco más el régimen que había de acabar tan lamentablemente. Una nueva era quedaba abierta para España. Blasco Ibáñez fue de ello el más decidido iniciador.

Pero, ¡ay!, no pudo asistir a la realización de su sueño generoso. La muerte vino, bruscamente, a interrumpir su acción. La muerte es siempre cruel, pero cuán injusta es cuando abate a un hombre lleno de vida, de inteligencia y de ardor!

Sin embargo, una vez más, los acontecimientos nos han demostrado que no se oprime impunemente la libertad del espíritu y la República española se ha alzado, por fin, joven y vigorosa.

La ciudad de Menton siente el orgullo de haber cobijado, en la calma, los últimos años de ese gran español, de aquel noble idealista, hijo espiritual de la Revolución Francesa. Aquí vivió rodeado de respeto, de la simpatía y de la admiración, así como en medio del agradecimiento de los que conocían los servicios prestados a su país por quien, desde el 2 de Agosto de 1914 se había colocado valerosamente a su lado, no vacilando un solo instante y tomando violentamente parte en favor de Francia, tierra de libertad y a poner su pluma al servicio de nuestra causa.

La Historia dirá un día los servicios que nos prestó.

¡AMIGOS DE ESPAÑA! MENTON CONSERVARÁ PIADOSAMENTE EL RECUERDO DE SU HUESPED ILUSTRE Y ESTE RECUERDO SIMBOLIZARÁ PARA NOSOTROS LOS LAZOS DE ESTRECHA AMISTAD QUE UNEN LA REPÚBLICA FRANCESA A SU JOVEN HERMANA ESPAÑOLA.

DOCTOR CAMARET, Alcalde de Menton.

Ante Blasco Ibáñez, muerto

Guardo un recuerdo inolvidable de las sesiones de «prose» del gran escritor y gran republicano Vicente Blasco Ibáñez, en mi estudio de Menton.

Todavía me parece oírle contar —mientras yo trabajaba en su busto— con su característica vitalidad, con su brava palabra, con su fogosidad y su lirismo avasalladores, su existencia agitada entre todas, sus apasionantes viajes a través del mundo; expusarme su vivo amor a la hospitalidad, liberal y caballeresca Francia; su predilección por Menton, ciudad tranquila y propicia al reposo, exponiéndome sus vastos proyectos de embellecimiento para su magnífica propiedad de

Garavan «Fontana Rosa», confiando, además, la suprema esperanza de su vida entera: ver establecida, un día, la República en España.

Nunca hubiera podido pensar que fuera llamado a desaparecer tan pronto, en plena fuerza viril, en plena actividad, en plena posesión de su talento maravilloso



De Louis Bertrand

—Aunque yo he censurado alguna vez la actitud política de Blasco Ibáñez, siempre sentí gran admiración por el poderoso escritor.

¡Adiós, Blasco!

El día de «gloria y de duelo, todo a la vez», profetizado por tu compañero de lucha, el gran republicano Azzati, ha llegado ya. «Los rudos marineros que tú has cantado»



van a tomar tu féretro y es el Mediterráneo, tu madre espiritual, el que te llevará a tu tierra natal. Ella, te reclama. Lo comprendo,

Los que tú has visto nacer y crecer, los que han admirado la fecundidad de tu obra literaria, los que te han sostenido en tu vida ardiente y generosa, los que tú has exaltado con tu verbo o animado con tu aliento, quieren recordarte.

Yo hubiera hecho lo que ellos. Pero yo, aquí, el primero que tú has recibido en Menton en las horas de destierro, al que has hecho confidente de tus penas y de tus esperanzas, que hubiera querido hacer comprender a todos mis conciudadanos la grandeza de tu gesto y de tu vida, lamento mucho no poder volver nunca más a recoger sobre tu tumba el mensaje de energía, de devoción y de fe en el porvenir que emanaba de tu vitalidad y que se recibe aún más allá de la tumba.

En la otra orilla de Nuestro Mar, tu cuerpo va a encontrar al país valenciano que tú querías para última morada. Tu deseo se ha cumplido. El desterrado, el irreducible adversario de todas las tiranías, el pionero de la libertad y de la democracia en España vuelve a su país liberado. La República española va a recoger y conservar, inmortal, al más grande de sus ciudadanos.

Tú nos abandonas, a nosotros que te amamos en la pena; pero tú vuelves al sol de tus antepasados. Está bien... puesto que, a pesar de todo, tu lección y tu recuerdo quedan entre nosotros.

¡Adiós, Vicente Blasco Ibáñez! FRANCISCO FONTANA, Ex alcalde de Menton.

El monumento a Blasco Ibáñez

Para hacer resaltar la figura del noble novelista español Blasco Ibáñez, que fue también un ferviente patriota y un verdadero conquistador, bastará con recorrer la lista de los miembros del Comité que han querido respaldar nuestro proyecto y recordar una amistad que en las horas más negras no fue desmentida jamás.

No es faltar a la memoria de los grandes franceses, que el mundo, admira, querer elevar, después que a ellos, un monumento a la gloria de aquel que fue, durante la guerra, un defensor de Francia y el apóstol de todas las libertades.

Si la Parca, que se complace en interrumpir el esfuerzo de los más bellos destinos hubiera respetado a Blasco Ibáñez, hubiese aparecido como un redentor en la proa del barco que, ¡ay!, sólo conduce a su país reconocido su gloria y sus cenizas.

Nada importa puesto que el genio es inmortal, sobre todo cuando emana del corazón, y si hay que rendir homenaje al poderoso escritor que supo, de su obra considerable, hacer brotar las más bellas fuentes de la literatura contemporánea, no hay que olvidar al hombre de impulsos generosos que extraía de un Ideal magnífico, los elementos de una vitalidad extraordinaria.

Este democrata de amplios horizontes, de larga mirada, poseía en grado sumo este don del corazón sin el cual no se llega al apogeo, y cuando ulcerado por los injustos y trágicos acontecimientos que suscitan siempre la ambición eterna y el egoísmo renovado de las razas, decía: «Cuan do alguien me hace daño, tiemblo por él», o sentía la amargura de un ser que, enamorado de la verdad, creía en la posibilidad de modelar el mundo a su imagen.

Aquí abajo nada canta en vano: pronto o tarde (que sea esto un ejemplo saludable para todos aquellos que se descorazonan en su ascensión hacia las realizaciones necesarias y útiles) el buen grano germina a su hora.

La acción entusiasta de Vicente Blasco Ibáñez, su voluntad de

vencer, de crear, reciben hoy su consagración.

Y todos cuantos pasen ante el monumento que la Francia fiel va a erigirle en París, saludarán,



no sólo al escritor genial de «Mare Nostrum», de «Entre Naranjos», de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis» y de tantas obras maestras que el libro y la pantalla han immortalizado, sino también la gran figura que centellea sobre el altar de las consagraciones salvadoras; al republicano que, aun desaparecido, continúa en el espíritu de los hombres, su acción liberal en una especie de marcha nocturna para la salvaguardia de la felicidad futura elaborada en la justicia humana.

Y este año, un sentimiento de admiración profunda, mezclada con un tanto de emoción personal, pide para la memoria de Vicente Blasco Ibáñez la consagración de las multitudes que saben reconocer, en las palabras de progreso, la sinceridad, la convicción profunda de la Idea que se impone al mundo y lo regenera.

George Day

Delegado del Comité Blasco Ibáñez, en París.

De Maurice Rostand

—Acepto con un placer excepcional, feliz de colaborar en este homenaje, no sólo al talento literario, sino, sobre todo, al valor moral.

De René Wolf

—Para Blasco Ibáñez, todo cuanto queráis de mí.



GLORIETA DE VICTOR HUGO, EN FONTANA ROSA, LUGAR PREDILECTO DE BLASCO IBÁÑEZ

De Georges Lecomte

—Blasco Ibáñez era un escritor poderoso. Amaba a Francia y la sirvió bien durante la guerra.



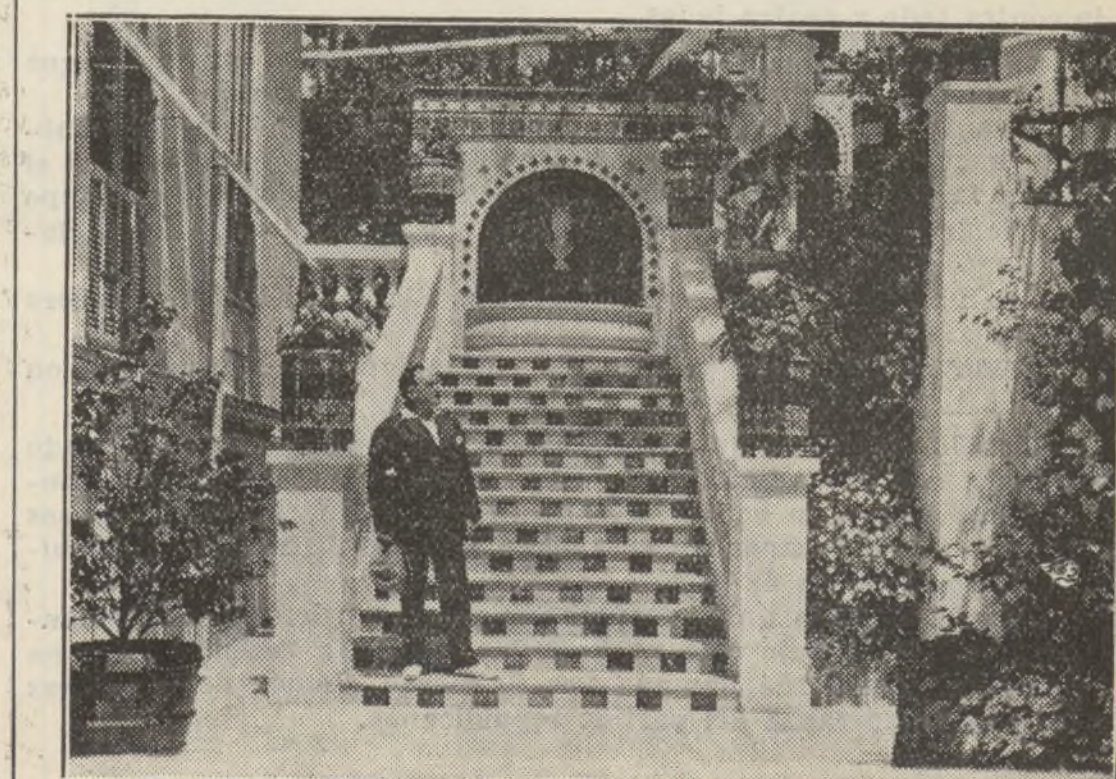
BANCO CON EL BUSTO DE DOSTOYEVSKI, EN EL JARDIN DE LOS POETAS, EN FONTANA ROSA (MENTON)

De Alfred Bruneau

—Tan alto escritor como gran espíritu.

De León Frapié

—Soy yo quien debe agradecerles haber pensado en mí para asociarme a esa manifestación de reconocimiento y de admiración, pues le dediqué un particular afecto al gran escritor, que prologó dos de mis novelas: «La comedia» y «El proscrito», al publicarse en lengua española.



BLASCO IBÁÑEZ EN SU JARDIN DE LOS POETAS, EN MENTON, SEPTIEMBRE DE 1927

EN LA EPOCA REVOLUCIONARIA

Blasco Ibáñez a Barcelona

En 1903, retirado Silvela del Poder por las zancadillas de los conservadores y sagacidades de Villaverde, se preparaba la orgía de la Hacienda española, para nuevos desenfrenos.

La Unión Republicana se alzaba como una amenaza para el régimen. Los resortes del Poder atorallaban la persecución más sañuda que pudiera concebirse contra los republicanos. Blasco Ibáñez y Lerroux, solidarizados en este alzamiento patriótico, hacían frente bajo la investidura patricia de Salmerón, esta rebelión del pueblo.

Julian Nogués, el luchador de Tarragona, había sido encarcelado por un artículo publicado en «La Justicia» por don Alejandro Lerroux titulado: «Que me lleven a la cárcel».

En medio de este frenesí persecutorio, Blasco Ibáñez fué a Barcelona al siguiente día de detener diez guardias civiles al diputado por Tarragona señor Nogués y encerrarle en la cárcel.

Lerroux anunció su llegada con el siguiente artículo, que vió la luz en «La Publicidad»:

«En el expreso de Valencia llegará esta noche a Barcelona el insigne novelista.

Pocas veces un hombre político, a la vez que honor de la literatura patria y esperanza de la República española, habrá sufrido en su carrera de luchador infatigable, más grandes amarguras, y habrá realizado más intensa y magnífica labor.

En el orden político pertenece a Blasco Ibáñez el honor de haber organizado y dirigido el Partido Republicano local, que durante doce años ha sido único en España y hacia el que se volaban los ojos de todos los demócratas para imitarle o para esperar de él iniciativas redentoras. A su influencia y a la obra personal de Blasco, débese la transformación moral de Valencia, famosa un tiempo por el contingente que aportaba a la estadística criminal. Hacia Blasco se orientaba el pensamiento de la juventud republicana española, cuando le vió ascender a la tribuna parlamentaria, después de emigraciones, cárceles y destierros, y dejó resonar en el Congreso la palabra sencilla y galana, los acentos fogosos de su elocuencia tribunicia.

Y, desde entonces, ¡cuántas adversidades ha sufrido y qué trabajo tan enorme ha realizado!

Le ha perseguido con saña la envidia, la calumnia, el coro infame de todas las impotencias juntas, la confabulación de todas las miserias y de todos los miserables.

Para él, los errores inevitables de la inexperiencia, apenas dignos del comentario familiar, se han convertido, hinchado por el odio de sus adversarios, en tremendas acusaciones. Todo el archivo de los chismes locales, toda la crónica de las murmuraciones provincianas; la íntima miseria de los pueblos consagrados a la eterna crítica menuda, le ha salido a relucir en letras de molde.

Nada se le ha respetado: ni la vida de los suyos: Nada se le ha dispensado: ni la interpretación malévol de sus actos más sencillos.

Y ha triunfado de todos el fecundo trabajador, que en 20 años de lucha, de labor incesante, entre el ajeteo de la propaganda, de la organización, del periodismo, terminó su carrera de abogado, creó un hogar, fundó un periódico y organizó un Partido poderoso, instrumentos de cultura para la democracia valenciana y de combate contra el caciquismo y la reacción.

Pero el prodigio está, con su labor política admirable, en la labor literaria que ha realizado a la par.

Sus novelas forman ya biblioteca; todas ellas se alcanzan muchos codos sobre el nivel de los rapidistas soporíferos, que tanto abundan.

Entre las de Blasco, descuellan «La Barraca» y «Cañas y barro» sobre todas; «Entre Naranjos» y «Flor de Mayo», después, y algunos artículos que le colocan en la consideración de la crítica y en la opinión de las gentes cultas, a la altura de los primeros novelistas españoles.

Y el prodigio, a mi entender, existe en el hecho de realizar paralelamente estas dos obras: la política y la literaria, con la intensidad de pasión y de actividad que ha puesto en la primera y con la cantidad de observación, de arte, de genio y de trabajo material, que hay en la segunda.

Porque, parodiando a Balzac, pienso que se puede ser un gran político sin ser artista y que se puede ser un gran artista sin ser político, pero ser gran político y gran artista, es un prodigio.

Discútase lo que se quiera. Meditando en la obra realizada por Blasco en Valencia, con datos suficientes para conocer el medio y las circunstancias, todo espíritu imparcial estará conforme con mi juicio, que hay en la segunda.

Ahora, después de una crisis en que la injusticia humana agotó todos sus medios y recursos para deshonrar al hombre; en que vió traicionada la amistad y ultrajada la confianza; en que probó las amarguras de la ingratitud y sufrió los embates de la injuria y la calumnia desatadas como una tromba de lodo; en que, una vez más la brutalidad de nuestras costumbres le impuso la obligación de andar a tiros según las reglas del arte; ahora, todavía, nos anuncia una nueva novela, concebida en las horas de un bregar político enervante, documentada en los días de sentir el alma sublevada contra la iniquidad y la villanía, escrita entre el incesante zumbido de las injurias lanzadas como cascotes por mano de jayanes desesperados y de las calumnias deslizadas entre chorreones de tinta.

Y aún se presenta el noble trabajador a los requerimientos de los que le pedimos su concurso para una obra política de propaganda. Deja la pluma sobre la última cuartilla de su novela «La Catedral» y toma el tren para venir a Barcelona y acompañarme a Palma de Mallorca, como antes, en los días de la juventud borrascosa, siempre dispuesto a descansar... cambiando de trabajo, pero trabajando siempre.

¡Y en estos hombres se ensaña el odio, la injuria, la calumnia!

Para los políticos que al amparo de la monarquía medraron y tienen hoy fortunas cuyo origen y elaboración no pueden explicar honradamente, para esos ni una palabra de censura. Se acepta el hecho consumado. El agio que ha cristalizado en rentas, el robo que ha enajenado en palacios de piedra, la explotación política que ha producido millones, eso es el hecho consumado ante el cual, y ante sus autores, se inclina en humilísima curva el espinazo flexible de nuestros fieros Aristarcos, que se distienden como arco de ballesta ante el amigo político que por su labor se levanta y por sus sacrificios se enaltece, por su propio esfuerzo, sin apoyo de nadie, luchando contra todo y contra todos.

Es una cruzada infame ésta que se ha iniciado contra los que han inoculado en el pueblo sangre nueva y vida nueva.

Y contra esa cruzada necesitamos nosotros, los hombres de buena fe que hacemos política impersonal, que a todo anteponeamos el amor a las ideas, que no somos improvisados advenedizos al campo de la democracia, oponer una serenidad que no se altere, una solidaridad que no se quebrante.

Esta noche, a las nueve y media, llega Blasco Ibáñez al Apeadero de Gracia.

Iremos a esperarle, a recibirle con aplausos, a saludarle con cariño.

Bien lo merece el que, elevado por sus propias obras, ha salido incólume, con sus admirables amigos de Valencia, del violento huracán que desataron contra él clericales, reaccionarios, republicanos sin juicio y republicanos sin vergüenza, gallinas disfrazadas de águilas y asnos vestidos de león.

Los que amen la unión republicana y quieran honrar a sus hombres prestigiosos, baje esta noche a la estación a recibir al que en pleno Parlamento fué llamado por Salmerón «honor de las letras españolas y esperanza del partido republicano».

ALEJANDRO LERROUX.



BLASCO IBÁÑEZ EN SU EPOCA DE COLONIZADOR ENTRE LOS INDIOS DE LA PATAGONIA (REPUBLICA ARGENTINA)

BLASCO IBÁÑEZ O EL ESPAÑOL UNIVERSAL

EL HOMBRE Y LA OBRA

Robusto, sanguíneo, exuberante, como un ráj de las letras, Blasco Ibáñez tenía el aparato y la facultad de los caudillos levantinos; mas también su efusión cordial, su temeraria intrepidez.

Su obra refleja exactamente estas calidades, sin medida ni contención; y así es torrencial, desbordante, llena de pasión y vigor, espectacular, como él mismo. Y como él mismo, popular, multitudinaria, hija del numen democrático, vistosa, policroma, barroca, deslumbrante de panoramas recargados de anécdotas y visajes.

Obra de luchador, de tribuno, de hombre de la calle, de poeta civil, filiado en Víctor Hugo y Zola, apunta todos los problemas, todas las ansiedades del «demós»; desde la libertad de pensamiento a la angustia económica; desde el latifundio a la conciencia.

Esta identidad entre obra y vida, entre idea y acción, es lo que determina su triunfo. Porque jamás el desaliento entibia su labor férvida. Jamás flaquea. Jamás duda. Aguijón por la política y el periodismo, lleva en la masa de la sangre la polémica. Su sed de viajes, sus gestas de colonizador, sus conferencias, sus discursos, sus duelos a muerte, dan a esta vida contemporánea proporciones antiguas. Mas que un hombre de la Regencia, comentado por Morayta o Polo Peyrolón, Blasco Ibáñez parece un hombre de la Conquista, visto por Oviedo o Solís.

VEINTE AÑOS DESPUES

En ello no hay hipérbole, sino conocimiento detallado de su vida y atento examen de su obra. Vémoslo.

Su infancia es un continuo ajeteo entre la escasez y el trabajo. Su juventud, una quimera entre el revólver y la cárcel. Su virilidad, una estupenda épica, entre las elecciones (batallas campales), el Parlamento (escándalo diario y desafío semanal), la emigración (aventuras y motines)... Su madurez, una increíble anécdota de escritor sin riqueza ni celebridad, trocado en millonario y famoso en todo el planeta.

¿Qué novela podrá igualar esta realidad pasmosa? Del Blasco en mangas de camisa, dictando «fondos» en la Redacción de EL PUEBLO valenciano, con una carabina entre las piernas, al Blasco envidiado y mundanal que, en París, ante la intelectualidad más selecta, asume la representación de los escritores extranjeros, cantando, en Víctor Hugo, al Demiurgo de la Libertad, apenas transcurren veinte años. Veinte años personalísimos, autóctonos, de hombre solo, trabajador aislado, obrero individual y individualista. Veinte años sin partido, sin periódico, sin corre

ligionarios, sin tertulia, en el solo y fecundo esfuerzo de su pluma. Veinte años de soportar una España torera y futbolista, en donde el mundo civilizado, algo esencial y directivo, es algo objetivo e inherente...

VIJERO Y TRIBUNO

A poco de llegar a Madrid, con las resonancias de EL PUEBLO, de Valencia, Blasco abre su colaboración de crónicas literarias y cuentos patéticos. Poco después, en un paréntesis de aventura, se planta, de un golpe, en Turquía.



Las impresiones de este viaje forman el libro «Oriente», primero de una serie variada y rica, que apunta ya las ambiciones del periplo.

Blasco es el escritor español que ha recorrido más países e intentado en ellos más empresas. Va a la Argentina con propósito de colonizar territorios. Funda allá dos colonias: «Valencia» y «Cervantes». (Siempre las ofrendas a España.)

Pasa de la Argentina al Paraguay, al Uruguay, a Chile... Visita Méjico... Se alarga a los Estados Unidos...

Conoce, pues, no por ráfagas de turista, sino por la permanencia de escritor, la América del Sur y la del Norte. Sus libros sobre la Argentina y sobre Méjico, sus crónicas en la gran Prensa yanqui, recogen estos panoramas en páginas de un colorido fastuoso. Cuando de América torna a Europa, afina en Mentón. Ya conoce Francia, Italia, la Europa Central, los Balcanes. ¿Qué le queda? El viaje alrededor del mundo. Y en un paquete de millonarios, emprende su envidiable periplo, cuyos tres amenos volúmenes han solazado, en español, a todas las naciones del habla, y en inglés, al resto del orbe.

Pero su exuberancia intelectual nos lo ofrece además, como tribuno. Bien de phisique du role. Membrado, arrogante y audaz, es como Danton, epicureo, teatralista y enfático. Su palabra ardiente y sonora, servida por modales enérgicos, arrebatada al pueblo. Es conductor de muchedumbres («Duce»), que le siguen, ciegas y

bravas, a las casillas de consumos, al puerto, a la estación. Cuando sus luchas con Soriano, convierten a Valencia en otro Campo de Agramante, Blasco pronuncia dos o tres arengas diarias. Cuando se traslada a Madrid para combatir el proyecto de Maura sobre terrorismo, habla al pueblo entre los caballos de la policía. Su intrepidez, como su verbo, se desborda. Es un tribuno de la plebe: temerario, con todas sus consecuencias...

CONFERENCIANTE Y PATRIOTA

De pronto, marcha a la Argentina. Allí alterna, como conferenciante, con Anatole France. ¿Cómo pasa del fuego al frío, del Agora a la Academia, del vocabulario popular al pulido? Aterrando el talento con la voluntad. Pasándose las noches en claro y los días en turbio. Atiborrándose de libros, tomando notas, ensayándose ante el espejo, para corregir ademanes... Llamando así, desespiradamente, el orgullo de raza y patria. ¡El, no era escritor también? Sobre todo, ¿no era español? ¡Entonces! Cuando me lo contaba, gesticulador, manoteador, gritador, con su perfil de Numa Pompestán, entre teatral y pueril, me abandonó el sentido crítico. Y contádmelo yo mismo, lo abraza.

Porque todo podrá negarsele, menos su patriotismo fervido, encendido, permanente. En sus libros como en su vida, España no es el fugaz vocablo de un clamor, sino la constancia de un sentimiento. Y su vida, como su obra, va ensanchándose al amor patrio como un río que toma agua; desde la emoción regional de «Cuentos valencianos» y «La barraca» a la emoción nacional de «La Catedral» y «La Bodega», hasta desembocar, ya en plena madurez y en plena fama, en las reivindicaciones apoteósicas del Papa Luna y de los Borjias.

Y gracias a Blasco Ibáñez, cronista, cuentista, novelista español se despertó, en los últimos diez años, el interés por todo lo español, en las calles, en los hogares, en las bibliotecas, en los teatros, en los cines del mundo entero. No con las formas, bajas o truculentas, del crimen pasional o de la escatología taurina, sino con las nobles y blasonadas de un arte apunto y robusto, como ha recordado Henry Barbusse al compararlo a Blasco Ibáñez con Balzac y Zola.

Más que un devoto era un fanático pregonero de nuestras virtudes y aún de nuestros vicios, que él trocaba en virtudes, como Tartarín las gorras en águilas...

CRISTOBAL DE CASTRO.

De Víctor Marqueritte

—Conoci al hombre y amo tanto como admiro su obra liberadora.



ALVARO ALCALA GALLIANO



DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ EN LA PAMPA ARGENTINA

La gloria de Blasco Ibáñez

¿Cómo no contribuir a este homenaje, respondiendo a la amable invitación de EL PUEBLO?

Cumplo así un doble deber de admirador y de amigo. Porque al gran novelista me unió una sincera amistad, aunque nos distanciara la diferencia de los años y de las ideas políticas. Pero por encima de todo, yo ponía mi fervor hacia su obra literaria, fecunda y vigorosa, que dejaba tan alto el nombre de España. Y él me lo agradecía con su exuberante cordialidad y sus muchas atenciones personales para conmigo.

Conoci a Blasco Ibáñez en plena apoteosis... Es decir: en los años de la post-guerra cuando regresó a Madrid, ya consagrado por su fama mundial. Norteamérica le había descubierto al publicarse la traducción de «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis» y ahora lanzaba su nombre por el planeta con todo el ruidoso reclamo de sus grandes empresas editoriales y cinematográficas. Contratos fabulosos, derechos de traducción, películas adaptadas de sus más conocidas novelas. La fortuna había llegado al fin a sus manos; esa fortuna que no alcanzara antes sus esfuerzos de colonizador en la Patagonia y que ahora le proporcionaba sus méritos de escritor. Blasco regresaba de su triunfal viaje por los Estados Unidos. En uno de los más lujosos hoteles de Madrid recibía infinidad de visitas: literatos, periodistas, políticos...

Yo, sin conocerle, solicité por carta una entrevista particular y en el acto me contestó, señalándome día y hora. Quedé entusiasmado. Blasco Ibáñez era todo simpatía, con el optimismo luminoso del que ha vencido en la vida y no piensa, sin embargo, destensar sobre sus laureles. Su verbo cálido y fácil tenía toda la plasticidad de sus mejores páginas descriptivas. Pasé más de una hora oyéndole encantado. Físicamente parecía irradiar salud y energía, pero había cambiado mucho. Ya no era el bohemio desahogado de antaño con barba y melena de moro. Vestía ahora con pulcritud. Llevaba las más veces botines blancos de «clubmans» deportista y sobre el chaleco blanco caía el cordón del monedero... que apenas utilizaba. Un tenue bigote recortado rendía tributo a la moda actual. Relucía la calvicie y sus ojos, aunque algo velados, tenían destellos expresivos... como su mímica al hablar. Lo que por lo visto no había variado era el acento marcadamente valenciano de «Don Vicente» que le hacía intercalar de cuando en cuando un «ché» en la conversación. Y otro aspecto suyo era un humorismo socarrón, algo caricaturesco, de que están desprovistos sus libros, con que salpicaba a veces sus observaciones sobre personas y cosas.

Desde entonces puedo decir que nos vimos casi a diario durante su estancia en Madrid. Mis sinceros sentimientos hacia su obra, como decía antes, no habían sufrido decepción alguna al contacto de la persona, sino todo lo contrario. Y acaso lo que más admiraba yo en él era al «profesor de energía», al hombre tenaz y laborioso que, a pesar de sus triunfos y de su dinero, seguía proyectando ciclos de novelas sin asustarse del trabajo ni amedrentarse de sus fatigas y que proyectaba largos viajes con ansia inextinguible de aventuras.

Blasco Ibáñez estaba entonces como embriagado por su propia gloria, aunque sin ningún empaque ofensivo para aquellos compañeros literatos poco favorecidos por la suerte. No disimulaba su satisfacción de poseer un magnífico automóvil propio y una hermosa finca en la Costa Azul. Había descubierto la Costa Azul y aquello le parecía la reproducción moderna del Paraíso terrenal.

«Venga usted a verme este invierno—me decía don Vicente—. Conocerá usted mi villa de Fontana-Rosa, y Mentón, que es divino, y Montecarlo, y Niza...»

Muchas escenas y conversaciones podría yo evocar de aquellos días, pero aún no sería discreto. En el valván de aquella breve temporada, Blasco Ibáñez recogió el homenaje de antiguos rivales políticos y se le abrieron las puertas de varias mansiones aristocráticas, e incluso de círculos muy elegantes y enconspicuos que olvidaban las pasadas campañas del caudillo republicano en honor del escritor famoso. Yo tenía la suerte de acompañarle a casi todos lados y era infinito el número de personas que solicitaban de mí una presentación al insigne novelista, tan admirado y festejado.

En vano la envidia de ciertos intelectuales y genios fracasados pretendían enturbiar aquel homenaje colectivo. ¿Blasco Ibáñez? ¡Bah! Un fabricante de vulgares novelas, una especie de «nuevo rico» de la literatura industrial lanzado por ciertas poderosas empresas editoriales... Confieso que tanta mezquindad e incompreensión me incitaron en aquellos días a discutir apasionadamente con algunos de esos intelectuales que sólo otorgaban mérito literario al Blasco Ibáñez de «La Barraca» y de las primeras novelas valencianas. Y a fin de poner las cosas en su punto, publiqué en «A B C» un artículo—preludio de otros varios—sobre el gran novelista, alabando esa evolución que, desde la novela regional había ensanchado su horizonte creador hasta convertirle en el novelista cosmopolita leído en todos los países civilizados.

Yo creo que Blasco Ibáñez, aun cuando no necesitara de mi defensa, agradeció en el fondo mi actitud y, sin duda, para demostrármelo, insistió al marcharse, en que fuera a verle a su residencia de Mentón.

¡Valía la pena y no desperdié esa ocasión! Unos meses después me recibía cordialmente Blasco Ibáñez en el frondoso jardín de Fontana-Rosa, entre cuyos árboles, plantas y flores, los naranjos le evocaban su amada Valencia.

Aquello era, en efecto, paradisiaco, bajo el cielo azul y el sol de oro. No voy a escribir ahora lo que era la célebre villa de Blasco Ibáñez, porque lo sabe todo el mundo. Pero sí he de repetir una vez más que esos días pasados con él, en la Costa Azul, dejaron en mí un recuerdo imborrable. Nunca pude soñar tampoco con un «eclerone» tan maravilloso como «Don Vicente». Conocía la historia de cada pueblo, de cada edificio. Le eran familiares todos los rincones y se exaltaba como el primer día, ante cualquier perspectiva del paisaje.

Blasco quiso hacernos los honores de su adorada Costa Azul como si fuera suya, y unas veces juntos, otras en compañía de la encantadora y hospitalaria doña Elena, recorrimos en auto aquellas playas incomparables desde Cap-Martin hasta Cannes, centro de las elegancias. Casi a diario visitábamos las salas de juego del Gran Casino de Montecarlo, descritas por él de modo inolvidable en «Los Enemigos de la Mujer». Allí, Blasco, era un personaje y centro de una pintoresca tertulia cosmopolita, aunque lo que más nos divertía a él y a mí era observar a los jugadores atraídos por la ruleta. Al atardecer penetrábamos en la sala de conciertos o bien íbamos al bullicioso «dancing» del café de París, para terminar la noche en el Imperial de Mentón... Otras veces íbamos a Niza, a almorzar «La Belle Meunière»... De Niza conservo vivo el recuerdo del alegre y fastuoso desfile de las carrozas de Carnaval en el Paseo de los Ingleses, con el fondo incomparable de un cielo crepuscular de rosa y púrpura sobre un mar plateado que bordeaban las palmeras...

¡Cuántos recuerdos! Pero acaso lo que más apreciaba yo era los paseos matutinos con «Don Vicente», nuestras charlas y hasta nuestras discusiones políticas.

Un día, volviendo de Mónaco, nos detuvimos en los jardines del Casino de Montecarlo a contemplar, bajo un sol radiante, el mar azul, tranquilo, como un lago. Blasco Ibáñez estaba silencioso, en éxtasis ante el «mare nostrum». De pronto, como siguiendo el hilo de sus reflexiones, dijo: «Yo ya no saldré de aquí... Pienso vivir aquí hasta que me muera. Pero, eso sí: una vez muerto volveré a que me entierren en mi tierra, allá en Valencia».

Un rato después me hablaba animosamente de sus proyectos de novelas históricas y de su planeado viaje alrededor del mundo, que habían de reflejarse más tarde en libros inolvidables como «El Papa del Mar» y «La Vuelta al Mundo de un Novelista». Y otra vez insistió en que debía escribir su autobiografía narrando su vida, que sería la mejor de sus novelas, la más variada e intensa de todas. Blasco sonreía satisfecho, murmurando:

«¡Es verdad! ¡Con las cosas que yo he visto y hecho!... Pero es pronto todavía... Antes tengo que escribir otras obras...»

¡Pobre! En su optimismo no contaba aún con la muerte, que le sorprendió en pleno vigor intelectual. Y ahora sólo se cumple su póstuma voluntad. Vuelve su cadáver a Valencia, iluminado por la gloria, que es el sol de los muertos. Pero falta aún el libro de sus luchas y triunfos; esa existencia turbulenta de periodista, cuentista, orador, revolucionario, diputado, novelista, viajero y colonizador, que le asemeja a uno de nuestros grandes exploradores y navegantes del siglo XVI. El libro que evoque fielmente la vida gloriosa de Blasco Ibáñez.

ALVARO ALCALA GALLIANO.

Los grandes amores de Blasco Ibáñez

La música.-- Víctor Hugo.-- La República.-- ¡Valencia!

Beethoven

La pintura y la escultura, stent, como gran artista, estas artes, sus libros son testimonio de sus entusiasmos. Blasco Ibáñez siente el arte, produciéndose en todos los momentos de su vida, aun en aquellos en que surge el revolucionario, potente y vigoroso, como un gran artista, pero la pri-



BEETHOVEN

mera de las artes para él es la música, forma una pasión, uno de sus grandes amores.

Así exclama: «Entre los genios humanos, hay uno que se destaca por encima de todos los demás. Superior a Shakespeare, superior a Cervantes, les un el mundo. Ha alcanzado el apogeo de lo sublime. Ha oído palpitante la gran alma misteriosa de que cada uno de nosotros lleva en sí partículas. Y ese hombre es Beethoven.»

Su culto por él ha adquirido las proporciones de una adoración absoluta. En todas las moradas de Blasco Ibáñez se ven bustos y retratos del autor de las «Sonatas» y de las «Sinfonías». Todas sus obras son testimonio de este culto a la música. En «Cañas y barro», «La Catedral», en «Arroz y tartana», en «Entre naranjos», aparecen páginas inolvidables de este amor, de esta pasión a la música.

Nada más intenso que aquel ensueño de la «Sinfonía de los colores», nada más rico y descriptivo que aquel pasaje de «Arroz y tartana».

«Sinfonía de los colores! El joven repentinamente con obstinación su frase. Frente a la espléndida vega valenciana, sumiéndose Andrestito, el personaje de la obra, en un limbo de quietud contemplativa, hipnotizado por la brillantez del paisaje, sufría honda inquietud y pasaba su alma por distintos momentos.

Dice Blasco Ibáñez: «Y ahora, ¡vive Dios!, iba adquiriendo realidad la dichosa sinfonía de los colores; ya no era una frase hueca y sin sentido, porque todo parecía cantar: la vega, el Mediterráneo, los montes y el cielo. ¡Qué delirio era el anonadamiento del poeta! Apoyado en la balaustrada, sintiendo en su rostro el fresco viento que tantas cabriolas hacía dar a las cometas de papel!... Allí estaba la sinfonía, una verdadera pieza clásica con su tema fundamental... y él percibía con los ojos el misterioso canto, como si la mirada y el oído hubiesen trocado sus maravillosas funciones.

Primero, las notas aisladas e incoherentes de la introducción, eran las manchas verdes de los cerros jardines, las rojas aglomeraciones de tejados, las blancas paredes, todas las pintadas de color sueltas y sin armonizar por hallarse próximas. Y tras esta fugaz introducción, co-

menzaba la sinfonía, brillante, atronadora.

El cabrileo de las temblonas aguas de las acequias, heridas por la luz, era el trino dulce y tímido de los violines melancólicos; los campos, de verde apagado, sonaban para el visionario joven como tiernos suspiros de clarinetes, «las mujeres amadas», como los llamaba Berlioz; los inquietos cañares con su entonación amarillenta y los frescos campos de hortalizas, claros y brillantes como lagos de esmeralda líquida, resaltaban sobre el conjunto como apasionados quejidos de vida de amor o románticas frases del violoncello; y en el fondo, la inmensa faja de mar, con su tono azul esfumado, semejaba la nota prolongada del metal que, a la sordina, lanzaba su lamento interminable.

Andrestito, se afirmaba cada vez más en su visión. No eran ilusiones. El paisaje entonaba una sinfonía clásica en la que el tema se repetía hasta lo infinito. Y este tema era la externa nota verde, que tan pronto se abría y ensanchaba, tomando un tinte blanquecino, como se condensaba y obscurecía hasta convertirse en azul violáceo. Como en la orquesta salta el pasaje fundamental del atril para ser repetido por todos los instrumentos en los más diversos tonos, aquel verde eterno jugueteaba en la sinfonía del paisaje, subía o bajaba con diversa intensidad, se hundía en las aguas temblorosas y vago como los gemidos de los instrumentos de madera, se extendía azulándose sobre el mar con la prolongación indefinida de un acorde arrastrado del metal; y así como el vibrante roncado de los timbales matiza los pasajes más interesantes de una obra, el sol, arrojando a pufidos su luz, mataba el panorama, haciendo resaltar unas partes con la brillantez del oro y envolviendo otras en dulce penumbra.

Y Andrestito, con la imaginación perturbada, iba siguiendo el curso de la sinfonía extraña, que sólo sonaba para sus ojos. Los caminos, con su serpenteante blancura, eran los intervalos de silencio. El tema, el color verde, crecía en intensidad al alejarse hacia las orillas del mar. Allí llegaba el período brillante a la cúspide de la sinfonía; y lanzándose en pleno cielo, aclarándose en un azul blanquecino, marchaba velozmente hacia el final, «extinguía en el horizonte pálido y vago como el último quejido de los violines, que se prolonga mientras queda una pulgada de arco y adelgazándose hasta ser un hilillo tenue, una imperceptible vibración, no puede advertirse en qué instante deja realmente de sonar.

Wagner

Aquí surge poderoso Wagner. Era una locura; pero el visionario muchacho «veía» cantar los campos y gozaba en la muda sinfonía de los colores, en aquella obra silenciosa y extraña que se parecía a algo... a algo que Andrestito no podía recordar. Por fin, un nombre surgió en su memoria. Aquello era Wagner puro; la sinfonía del «Tannhäuser», que él había oído varias veces. Sí; allí unas tonalidades de color energías y rabiosas sofocaban a otras apagadas y tristes, como el canto de las sirenas, imperioso, enervante, desordenado, intentaba sofocar el himno místico de los peregrinos. Y aque-lla luz que derramaba polvo de oro por todas partes, aquel cielo empapado de sol, aquella diáfana-

vibrante en el espacio, ¡no era el propio himno a Venus, la canción impúdica y sublime del trovador de Turingia ensalzando la gloria del placer y de terrena vida? Sí; aquello mismo era. Y el muchacho, sonámbulo, embriagado por la naturaleza, hipnotizado por la extraña contemplación, movía la cabeza rídiculamente, y al par que pensaba que todo aquello era magnífico para puesto en verso, tarareaba la célebre obertura con tanta fe como si fuera el propio Tannhäuser escandalizado con su himno a la corte del laúd grave.

También en «Entre naranjos» habían sus personajes de la música. El personaje eje de la novela, Leonora Bruna, la célebre diva, era una enamorada de Wagner; su vida dedicada a este culto y la más fiel intérprete de sus obras, «se encontraba frente al piano interpretando a Schubert, el de las melancólicas romanzas, el músico preferido; la dominaba en aquella soledad, el encanto de la música triste, el alma apasionada y tumultuosa parecía desmayarse enervada por el perfume de los naranjos. Algunas veces, de repente, venía a mordearle el recuerdo de sus triunfos escénicos, la gloria artística conquistada sobre las tablas; y golpeando el piano, con la sublimidad furia de la cabalgata de «Las Walkires», lanzaba el grito toho de Brunilda, el grito de guerra

contraria y en ella unos azules, imperiosos, brillantes, unos ojos de esos que no pueden contarse, que son ventanas tras cuyos vidrios fulgura el fuego divino del escogido, del semidiós, y que parecían envolverla en un relámpago de su luz cerúlea. Era él; se sentía enfermo, iba a morir. Su corazón estaba herido, traspasado tal vez por misteriosas melodías, como esos corazones de vírgen que sangran en los altares, erizados de espaldas.

Leonora le vio más pequeño de lo que realmente era; encogido y quebrantado por el dolor, inclinando su enorme cabeza de genio sobre el pecho de su esposa Cosima. Le veía aún como si lo tuviera delante. Se había quitado el negro fieltro para sentir mejor el fresco de la tarde, que agitada sus largos cabellos grises. De una mirada abarcó Leonora su frente espatulosa y abombada, que parecía pesar sobre todo su cuerpo como un cofre de marfil cargado de misteriosas riquezas; los ojos glaucos e imperiosos, brillando con la frialdad azul del acero bajo el pabelón de las pobladas cejas y la nariz arrogante, fuerte como el pico de un ave de combate, buscando por encima de la hundiada boca de la mandíbula sensual y robusta, encuadrada por una barba gris que corría por el cuello arrugado y de tirantes tendones. Fue una



BLASCO IBÁÑEZ EN 1899

impetuosa y salvaje de la hija de Wotan; relincho armónico del cual había puesto de pie a muchos públicos y que en aquella soledad estremecía a Rafael, haciéndole admirar a su amiga como una diinidad extraña, cual una diosa rubia de ojos verdes, acostumbra a cabalar sobre los cielos, entre los torbellinos del huracán y en el país del sol se resignaba a ser mujer.

Otras veces, echando atrás su hermoso busto, como si contemplara con la imaginación salones festoneados de rosas, en los que danzaban huecas faldas, pelucas empolvadas y tacones rojos, rozaba las teclas, haciendo sonar un minuetto de Mozart, vaporoso como un perfume elegante, como la sonrisa de una boca de princesa pintada y con lunares postizos.

Blasco Ibáñez define la música y dice:

«La música no era un medio para deleitarse a las muchedumbres, luciendo la hermosura y llevando por todo el mundo (éstas eran las reflexiones de Leonora, la heroína de «Entre naranjos»), una vida de coqueta célebre; era una religión, la misteriosa fuerza que relaciona el infinito interior con la inmensidad que nos rodea. Sentía la misma fusión de la creadora que despertaba arrebatada, y en su fervor religioso no duda en hundirse en el caos. Era Magdalena tocada en medio de una vida de frivolidades galantes y de locos escándalos por la sublimidad y mística del arte que se arrojaba a los pies de El Maestro soberano, como el más victorioso de los hombres, señor del sublime misterio que turba las almas.

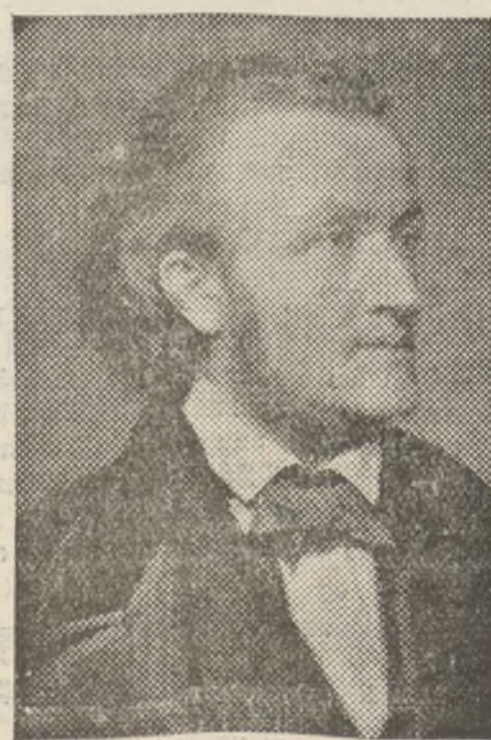
«Hábrame de él — decía Leonora rezando su cabeza en el duro pecho del músico alemán, con el dulce abandono de la pasión saciada — ¡Cuánto daría por haberle conocido como tú!... Todavía le vi en Venecia; eran sus últimos días... Estaba moribundo.

Y evocaba aquel encuentro, uno de sus recuerdos más firmes y bien delineados. La caída de la tarde animando con reflejos de ópalo las aguas oscuras del Gran Canal; una gondola pasando junto a la suya en dirección

rápida aparición; pero le vio, y su figura dolorida y pequeña, encorvada por la vejez y la enfermedad, quedó en su memoria como esos paisajes entrevistos a la luz de un relámpago. Le vio cuando llegaba a Venecia para morir en el silencio de los canales, en aquella cama únicamente turbada por el golpe del remo, donde muchos años antes había creído perecer mientras escribía su «Tristán», el himno a la muerte, pura, libertadora. Le vio casi tendido en la negra barca, y el choque del agua contra el mármol de los palacios resonó en su imaginación como las trompas plañideras y espeluznantes del entierro de «Sigfrido», y le pareció contemplar al héroe de la poesía, marchando al Walhalla de la inmortalidad y la gloria sobre un escudo de ébano, inerte como el joven héroe de la leyenda germánica, seguido por el lamento de la humanidad, pobre prisionera de la vida, que busca ansiosa un tucero, un resquicio por donde genere el rayo de belleza que alegra y conforta.

Y la cantante, enternecida por el recuerdo, contemplaba con ojos lacrimosos la ancha bóveda de terciopelo negro, un mechón de cabellos grises, dos plumas de acero gastadas y corroidas, todos los recuerdos del Maestro guardados piadosamente en una vitrina, por Hans Keller.

Más adelante, el discípulo de Wagner, Hans Keller, echaba surgir alada y victoriosa, la gloria



WAGNER

del Maestro de las masas de instrumentación, que se ocultaban en la bávara colina de Bayreuth, en el foso llamado «el abismo místico». En invierno era El quien se entusiasmaba escuchando unas veces su «Jojo-toho» fiero de Walkiria, que teme al austero padre Wotan; viendo a otras despertar entre las llamas, ante el hermoso Sigfrido, héroe que no teme nada en el mundo y se estremece ante la primera mirada de amor.

Víctor Hugo

Otro de los grandes amores de Blasco Ibáñez, tan vehemente como los sentidos por Beethoven y Wagner, es el que profesó siempre a Víctor Hugo.

Blasco Ibáñez leyó bien a Víctor Hugo y cuando algunos censores frívolos de este demiurgo hablaban de Víctor Hugo, él respondía categóricamente: «¡No insistan! Conozco sus defectos. Dios también tiene sus defectos...»

Al menos a juzgar por sus críticos que son bastante numerosos. Sin embargo, millones y millones de seres continúan creyendo en él. Creerán siempre. Permítame que también yo siga siendo fiel a la religión de mi juventud. Adoro a Víctor Hugo, y para hablar como nuestros devotos, «en esta fe quiero vivir y morir».

Un crítico francés, en un reportaje que hizo para el «Mundial Magazine», en Marzo de 1914, cuando volvía de la Argentina a París, Blasco Ibáñez, le visitó en el hotel que habitaba en Passy calle de Davoud, y se quedó extrañado de lo que él llamaba la obsesión amorosa de Blasco Ibáñez por Víctor Hugo y añadía: «Víctor Hugo, por doquiera, por todas las habitaciones donde pasábamos nuestras miradas... Ráramente se veía en otra parte de la casa una devoción tal... En su casa, Blasco Ibáñez no es más que un huésped, un huésped de Víctor Hugo. Y éste es quien preside en todos los rincones de la poética morada. Lo mismo ha ocurrido en su casa de Madrid, en la Malvarrosa, en la Villa Kristi, de Niza, que habitó antes de Fontana Rosa en Menton. En todas ellas, Blasco Ibáñez, rinde siempre tributo de admiración y de respeto a Víctor Hugo.

En su casa de Menton, le tenía en lugar preferente del despacho donde escribió sus últimas obras y en su jardín de los poetas, dedicó uno de sus más hermosos rincones a una glorietta para Víctor Hugo. Sobre el banco de esta glorietta, banco de estilo valenciano, figura un busto en bronce de Víctor Hugo. Este lugar era preferido por Blasco, que pasaba en él muchos de los momentos de su vida.

Blasco Ibáñez fué a París, a pronunciar un discurso en una velada dedicada a Víctor Hugo. Y en el Palacio del Trocadero, ante lo más escogido de la literatura y de la política francesa, pronunció uno de sus más bellos discursos sobre Víctor Hugo. Al salir de este acto, el gran literato enfermó. Días después salía para Menton y allí rindió tributo a la muerte el 28 de Febrero.

Su amor a la República.

Pero el más ferviente de los amores de Blasco, fué la República. Dejemos peso a lo que el ilustre republicano dijo en su manifiesto al País y al Ejército, cuando con visión exacta y clara de lo que debía ser la República Española, les decía al País y al Ejército, cuál había de ser el programa de la misma.

En este manifiesto, decía:

Y CREYENDO EN ESTE IDEAL, QUIERO VIVIR Y MORIR

Porque creo firmemente que la República es la única solución posible de los males que sufre España actualmente; porque considero que esta forma de Gobierno puede torcer en buena orientación el curso de nuestra historia, elevando a cierta parte del pueblo español sobre el escepticismo repugnante o la bestial indiferencia en que le han educado los reyes y sus auxiliares; porque siento en mí una chispa del nuevo ideal que debe reemplazar al ideal muerto, y bien muerto, que en otros tiempos guió a nuestra raza, poseo la energía de una segunda juventud y marchó adelante, ignorando el miedo al obstáculo y al peligro.

Todos los días recibo amenazas de muerte, cartas groseras o anónimas, repletas de insultos y calumnias. Creo inútil repetir aquí las persecuciones de que soy objeto por parte del rey y de

sus defensores, gentes que sólo son capaces de emplear la injuria y no pueden alegar en defensa de dicho monarca una sola razón que resulte aceptable ante la opinión universal. Con las pesetas de los contribuyentes españoles pagan a mercenarios de la pluma y a pobres diablitos ganosos de notoriedad, para que escriban contra mí, sea lo que sea. Si esperan cansarme o infundirme miedo, pierden el tiempo. Jamás me he sentido tan fuerte, tan satisfecho de mí mismo, con la tranquilidad interior que proporciona el cumplimiento del deber.

Hace cuatro meses nada más, antes de que publicase mi primer folleto sobre Alfonso XIII y la tiranía del Directorio, era yo, para los diarios monárquicos de Madrid, un gran novelista, una gloria nacional, comentando con satisfacción patriótica mis triunfos en el extranjero y los honores de que era objeto. Después de haber escrito contra Alfonso XIII, soy para los mismos periódicos un cualquiera, un escritor despreciable, y como no pueden negar mis éxitos fuera de España, dicen que dentro de ellos mis novelas son poco leídas, cuando algunas han llegado, como es sabido, a la más alta cifra de tiraje conocida en la época presente, tanto en España como en la América de lengua española.

Esto demuestra el apasionamiento grotesco y la pequeñez de espíritu de los que pretenden dirigir la opinión desde Madrid bajo el reinado de Alfonso XIII. Para ser escritor en este desgraciado país hay que creer en la gloria militar y la sabiduría política del méteme-en-todo coronado, que quiso hacer una prueba de monarquía absoluta con un general prescindible, y ahora no sabe cómo salir del atolladero.

Repito que me siento satisfecho de mi cambio de existencia. Podría haber permanecido indiferente ante los males de mi patria. Para algunos españoles a lo Sancho Panza, esto hubiera sido lo oportuno. Los grandes diarios de Madrid, al servicio del rey, me habrían declarado genio al envejecer un poco; los honores; oficiales habrían llovido sobre mí; tal vez hubiese gozado allí del altísimo honor de que Alfonso XIII me diese algún día la mano, dedicando elogios a mis novelas (sin haberlas leído, pues los deportes no le dejaron nunca tiempo para leer), «honor» que trastornó las cabezas de algunos españoles ilustres, ya desaparecidos, o anulados actualmente por su servilismo para la vida ciudadana, los cuales hicieron palpable con dicho trastorno lo poco que valían como hombres.

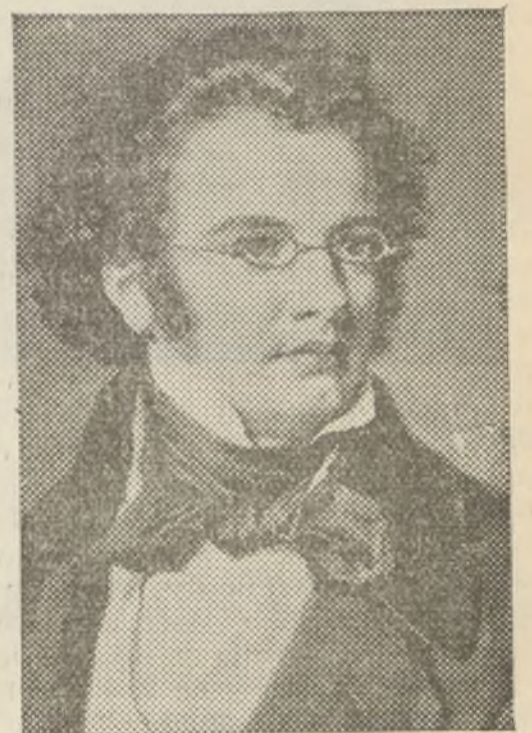
Peró en tal caso las gentes habrían recordado mi ignominia hasta después de mi muerte, diciendo así:

«Hubo un escritor que en pleno despotismo pudo protestar. Tenía todo lo necesario para cumplir este deber patriótico: vida independiente, fortuna, un nombre conocido en el mundo. Sus escritos eran traducidos a los idiomas más importantes, podía contar con el apoyo de miles y miles de diarios extranjeros y, sin embargo, permaneció callado, indiferente a los males de su país. Fué un mal español, un individuo de crueldades egoístas; tal vez obró así por miedo. Dejemos aparte al novelista y digamos que el hombre fué digno de eterno menosprecio.»

No; pase lo que pase estoy tranquilo, y contemplo sin miedo el porvenir porque sé que éste dirá de mí:

«Pudo mantenerse al margen del combate y, sin embargo, se lanzó a él convencido de que no iba a ganar nada y en cambio iba a perder mucho. Se unió sin va-

lencia con Miguel de Unamuno, con Eduardo Ortega que luchaban valerosamente, por la dignidad española, antes de su llegada, sin fijarse en si sus nuevos compañeros de combate eran pocos o muchos. Dedicó el resto de su vida a la resurrección de España, al triunfo de la República y sólo tuvo una ambición: ocupar el extremo más saliente de la



SCHUBERT

primera línea de asalto, donde se reciben los golpes más terribles, donde pueden devolverse más directos y certeros.»

París, Abril de 1925.

Su amor a Valencia

Es toda su obra, como toda su vida, dedicada a Valencia.

Sus primeros años, sueña con la transformación política y urbana de la ciudad y a él y a su programa «La revolución de Valencia», se debe toda la total transformación de la ciudad y su carácter de gran urbe europea. Sus obras, todas ellas, son páginas valencianas, son estampas de nuestras costumbres y de ellas surge siempre el espíritu valenciano que ha pasado por todas las latitudes del mundo en sus obras, traducidas a todos los idiomas. Su amor a Valencia es tan intenso que su casa de Menton y el jardín de los Poetas que la circunda, son trozos de nuestra Valencia y su último pensamiento fué para Valencia.

El profesado gran amistad a Eduardo Sanchis, el fabricante de sedas valenciano, que fué el que fabricó la primera Señera y a quien en una carta remitida días antes de morir, le decía que la primera Señera valenciana que fabricase, se la remitiese a él, pues quería que ella presidiera y adornara su despacho de Menton. Y añadía: «Quién sabe si ella me servirá de sudario...»

La voluntad de Blasco Ibáñez quedó cumplida, porque su amigo Eduardo Sanchis, que ya ha muerto, fué portador de la primera Señera y juntamente con nuestros compañeros Julio Just y Julio Giménez, envolvieron el cuerpo del Maestro con la enseña valenciana.

La última voluntad quedará cumplida hoy. En Valencia reposarán sus restos. Así lo dispuso y así será; y envueltos en la bandera tricolor por la que tanto luchó.

De la viuda de Blasco Ibáñez

—La iniciativa que han tenido de elevar en París un monumento a la gloria de mi querido marido, me impresiona profundamente. Junto al suyo, leo con emoción los nombres de franceses ilustres en la política como en las artes que fueron sus amigos leales y que son una garantía segura del éxito de su generosa y piadosa empresa.



LA REDACCION DE «EL PUEBLO» EN 1896, EN TORNO A BLASCO IBÁÑEZ ESTAN TEODORO SANTONCHA, FELIX AZZATI, VICENTE RÓCA Y EDUARDO ZARAGOZA (fallecidos) Y GUSTAVO SORNI, J. JORGE VINAIXA Y JULIO GIMÉNEZ



BLASCO IBÁÑEZ EN CANTARRANAS, DONDE HOY SE ALZA LA FACTORIA DE UNION NAVAL, RODEADO DE LA REDACCION Y AMIGOS, SALMERON, AZZATI, VINAIXA, SANTONCHA, GIMÉNEZ, AVALOS, SERRANO CLÁVERO, MONFORT, CUCARELLA, PAXA Y BAIXAULI

Mi amistad con el Maestro

Si alguna vez se realizara mi deseo de escribir una biografía de Blasco Ibáñez, la mayor parte de mi obra tendría el valor de un testimonio. Porque tuve la fortuna de asistir de cerca a muchos momentos y episodios de la vida del glorioso escritor, a quien siempre quise, respeté y admiré.



Conocí a Blasco, siendo yo todavía adolescente, en Madrid, en su hotelito de la calle de Salas, próximo al paseo de la Castellana. Era un Blasco Ibáñez juvenil, frepido, barbucho y melancólico. En su despacho, decorado con dibujos de Sorolla y fotografías de Víctor Hugo y de Zola, tenía un armonium, donde "hacía" música de Beethoven y de Wagner. Formé entonces en el grupo de sus discípulos. Comenzaba por aquella época el ciclo de sus novelas madrileñas. En sus paseos por los suburbios de Madrid, cuando se documentaba para "La bodega", fui uno de sus acompañantes. De esta época son "La República de las Letras" y "La Novela Ilustrada", que proseguían en Madrid la obra de cultura iniciada por Blasco en Valencia, y que hacen de él el gran "animador" de la vida literaria española. Fui colaborador de "La República" y traductor de "La Novela".

Más tarde, en París, tuve el honor de confarme entre los íntimos del Maestro. El Blasco Ibáñez del hotelito de la rue Davioud, en Passy... El Blasco Ibáñez que volvía triunfador de la Argentina y se instalaba en un piso lujoso de la rue de Surénnes... El Blasco Ibáñez austero y titánico de la rue Rennequin, donde escribió su "Historia de

la Guerra" y "Los cuatro jinetes del Apocalipsis". ¡Cuántos diálogos, cuántos paseos por París con este hombre exuberante que, como alguien ha dicho, era una fuerza de la Naturaleza!

No, yo no puedo, en unas cuantas cuartillas, hechas a vuela pluma para el extraordinario de EL PUEBLO, recoger todas las emociones ni señalar todos los matices de mi amistad con Blasco... Amistad de maestro y discípulo, pero sin "pose" alguna, ni flaterio por parte de aquel. Eramos como camaradas. Algunas noches, en aquel París obscuro y taciturno, estremecido por el bombardeo de los "gothas", después de cenar "chez Pocar-di", entrábamos en un cinematógrafo y... seguíamos nuestra charla. Alguna vez, el público nos hizo callar. "¡Estos españoles!"

Después, el Blasco de la apoteosis, el de la conquista de Norteamérica, el de la vuelta al mundo, el de la quinta princesa de la Costa Azul... A éste le traté menos. Yo había vuelto a Madrid—terminada la guerra grande—para recuperar mi puesto en la guerrilla literaria.

Uno de los días más tristes de mi vida—y más laborioso—fue aquel en que el telégrafo comunicó a Madrid la muerte del Maestro. Yo sólo hubiese querido sufrir. Y tuve que escribir. Por teléfono, el director de "La Voz" me pedía el artículo necrológico sobre Blasco y, por teléfono también, me pedían otro artículo para "La Revista de las Españas" sobre la personalidad del gran escritor. Aquellas cuartillas me salieron del alma.

Luego, en los aniversarios del fin prematuro del ingente novelista, he escrito otras crónicas. Creo que, con todas, pudiera hacerse un folleto.

Pero, no. Lo que yo escribiré algún día, si los hados no me niegan este honor, es un libro en que yo pinto a "mi Blasco Ibáñez", y diga todo lo que sé de él... Será un libro apologetico. Y no porque vaya ausente de crítica—que el afecto no debe nunca oscurecer el juicio—, sino porque son tantas mis razones de admirar a Blasco como escritor, como político y como persona, que la crítica, la parte de reserva crítica, pesará muy poco al lado de la parte de la celebración y exaltación de su figura, la más proteica y luminosa de la literatura hispánica desde los días de Cervantes.

ALBERTO INSUA.

Siempre admiré a Blasco Ibáñez. Empecé a leer sus obras en mi juventud. He vuelto a leer algunas en estos últimos años; no he tenido que rectificar mi juicio; al contrario; después de haber leído tantas "novedades" publicadas en estos tiempos, he visto acrecentarse mi admiración por nuestro gran novelista.

JACINTO BENAVENTE

Recto, como un rayo de luz

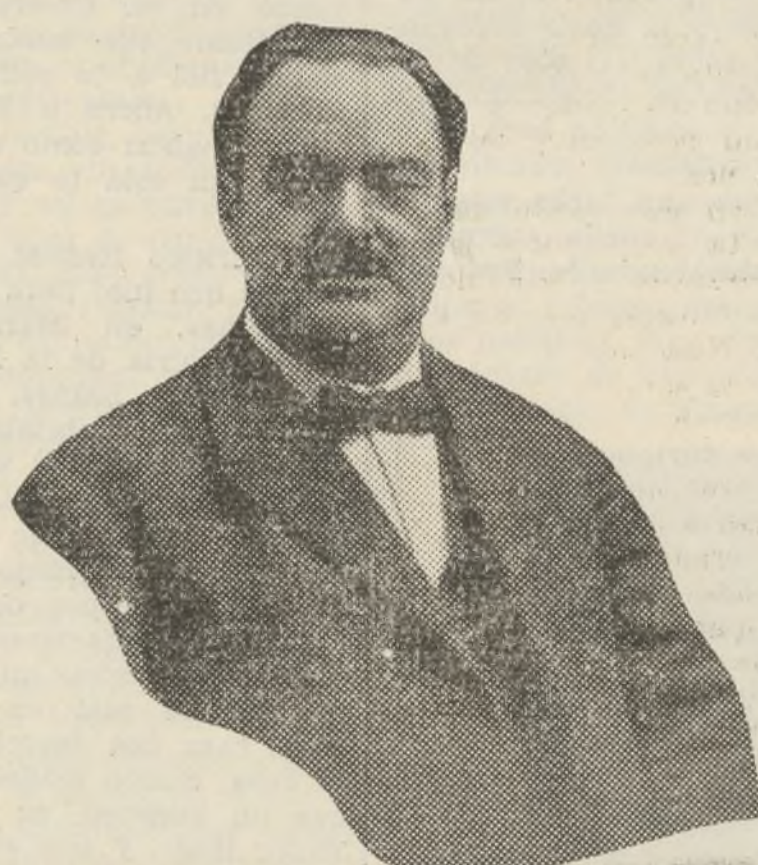
Han averiguado los astrónomos y los físicos que los cuerpos se atraen en razón directa de sus masas e inversa de sus distancias.

Esta realidad nos obliga a admitir que nada ni nadie está libre de las ajenas influencias, siempre que se trate de compo-

Y ntes ministeriales. Por este procedimiento tan sencillo, basado en la naturaleza y puramente experimental, se prueban los elementos espirituales de los hombres: Si existe materia en su alma, por más disimulada que esté, serán influenciados. Si son espíritus puros, es decir, formados solamente de desinterés, altruismo, ideal en fin, seguirán la trayectoria recta que determine su propio albedrío. Si cuánto un hombre se cruza en su camino

Cráteres de humanidad y de universalidad. Visiones más allá del triptico de Igualdad, Libertad y Fraternidad, como son los de Trabajo, Virtud y Justicia; Paz, Amor y Constancia; Sencillez, Modestia y Energía; etc., etc., todos ellos nacidos del triptico eterno de la naturaleza y el arte, del que el Maestro era un elegido, el cual es: Unidad, Variedad y Armonía, base triangular sobre que se asienta la sabia obra natural y la obra humana que aspira a los honores de la inmortalidad.

No torcerse, no inclinarse como la caña al impulso del viento; pensar en lo absoluto y hacer de la acción de los propios intereses; he aquí el secreto de los grandes hombres. Ello unido a un ferviente amor a todo desvalido y a todo ignorante y un espíritu de sa-



con mentalidades, posiciones o fortunas superiores, o tan sólo equivalentes a su propia densidad es derivado de su órbita, es modificado su camino aunque tenue e insensiblemente, es espial innegable que es del montón, impuro y materializado. Si no es modificada nunca su línea recta, este hombre es lo extraordinario, lo selecto. Es, ya lo hemos dicho, la pureza espiritual personificada.

En el primer caso muere con el hombre su nombre y su fama. En el segundo perdura su memoria y ejerce su influencia, aun después de la muerte, a través de los tiempos, de las fronteras, de las distancias y de los acontecimientos. Se incorpora a la eternidad y vive siempre.

Creo oírlo decir, porque los hechos lo están demostrando, que mi hermano político Vicente Blasco Ibáñez pertenece a la categoría de los inmortales, para lo cual reunió la cualidad precisa de ser absolutamente espiritual, sincero, sin pizca de materia, que pudiera, por la atracción de otros cuerpos, frenar su marcha, desviar su norte, torcer en fin, su trayectoria hacia lo infinito del tiempo y del espacio, donde no se puede llegar con el lastre de un átomo de materialidad.

Así, a los jóvenes discípulos del Maestro, podemos decirles: No os apuréis, no le loréis, no lo déis por perdido, podéis aprender del mismo mucho todavía, podéis seguirle, podéis gozar de su saludable compañía durante eternidades. Pero, ¿sabéis a cambio de qué? Sencillamente a cambio del despojo de vuestra alma de toda concupiscencia, de todo odio, de todo temor...

Decíame el Maestro hace más de treinta años paseando por la playa de la Malvarrosa, ya anochecido, mirando y admirando la serpiente plateada y rielante de la Luna: «¡Ojalá, Alberto, que todas las riquezas y bellezas del mundo fijas como ese reflejo argenteo admirable! que se poseyeran espiritualmente por completo sin haberlas adquirido y sin miedo de perderlas. Cosa difícil, porque, ¡ay de la humanidad, si el aire y la luz pudieran acapararse, pudieran ser patrimonio de una minoría; es decir, que los tres motores nocivos que impulsan a los hombres: Odio, Egoísmo y Miedo, pudieran aplicarse a los dones que la naturaleza nos concede a todos y siempre! ¡Ojalá el amor fuese el único impulso de la vida, entonces, la humanidad tendría resuelto el problema de la felicidad que tan complejo lo conceptuamos, y que lo es, en efecto».

Otros mil recuerdos guardo del Maestro, del amigo y del hermano Blasco Ibáñez, pero todos así, tersos, definitivos, transparentes.

crificio a toda prueba, con la esperanza de conseguir el supremo ideal, que consiste, como ya en otra ocasión memorable llevo manifestado, en que la Patria se llame Mundo y el Mundo se llame Paz.

Blasco Ibáñez pensaba y obraba así, y si no existieran otros mil ejemplos en su obra meritísima y admirable, bastaría para inmortalizarle la doctrina que pone en boca de Buda, la cual se reduce a una corta oración lapidaria y definitiva como un axioma: «Que iguales los hombres ante la muerte, deben serlo también en la vida». «Lo cual se resume para todos los seres en dos palabras: Amor y Comprensión».

En esta rectitud espiritual debemos inspirarnos viejos y jóvenes, mujeres y niños, todos cuantos veamos en la vida algo más que necesidades corporales, concupiscencias y miserias; en fin, los que vemos en ella un medio de realizar el bien: un instrumento para grabar el nombre de la Justicia en el alma de las generaciones; un tónico para vigorizar la Razón; un filtro para depurar el espíritu, embrutecido por la historia, por las costumbres y por los prejuicios; y poder ofrecerlo como la línea recta del rayo de luz a la posteridad.

ALBERTO CARSI.

(Escribió expresamente para EL PUEBLO.)
Barcelona, Octubre de 1933.

De Furk Brentano

DEL INSTITUTO

—Los amigos de Francia en el extranjero, son, desgraciadamente, harto raros para que no testimoniemos nuestra viva simpatía a los que nos han sido fieles.

De Henry Bordeaux

DE LA ACADEMIA

—Blasco Ibáñez ha prologado durante la guerra la edición española de mi libro «Guynemer», y es muy natural que yo lo exprese con mi gratitud.

De L. J. Malvy

—Con todo mi corazón os brindo mi más fervoroso concurso. Me siento feliz al expresar, al mismo tiempo que mi fidelidad a la memoria del gran desaparecido, mi afecto por la joven República española.

De Maurice Valeffe

—A Blasco Ibáñez no se le puede tratar sin admirarlo y querarlo.

Una cuartilla del alcalde de Castellón

Una cuartilla me pide EL PUEBLO para el número que dedica a Blasco Ibáñez como revolucionario, y mi pluma torpe, intentará muy brevemente señalar una de sus actuaciones más fecundas en el campo revolucionario de las ideas, tales es, que en los momentos más difíciles del despertar de las masas obreras valencianas en el camino de su emancipación, supo recoger su espíritu que tal se iniciara su actuación por derroteros extremistas y supo, digo, con su verbo cálido atraerlo así, inculcándole la necesidad de ilustrarse, llevándolo a la cátedra de aquella Universidad popular por donde desfilaron explicando conferencias los más altos valores de la intelectualidad española, que fue a base de ese gran número de centros de enseñanza creados en Valencia, que son el más firme sostén del Partido Republicano Autonomista.

Castellón tiene como suyo a Blasco Ibáñez, y al asociarse al homenaje que se rinde a sus restos, cumple un deber; y, en este día memorable, se aprecia más el sentimiento de que no se encuentran entre nosotros para haberle colocado por sus méritos en el sitio preeminente que, por su talento, puesto al servicio de la causa de la República, tenía derecho a ocupar.

MANUEL PELAEZ.

Alcalde de Castellón
Castellón-Octubre-1933.

De Tristán Bernard

—Me honra haber sido amigo de Blasco Ibáñez.

Fontana Rosa

El jardín de los novelistas

Biblioteca de Blasco Ibáñez

En Mentón, ciudad de la Costa Azul de Francia, la más próxima a Italia de todos los bellos invernales que bordean los puertos de la nación vecina de España, existe un paraíso, y adornan la entrada de su señorial puerta las siguientes palabras: "Fontana Rosa.—Jardín de los novelistas."

En este maravilloso y florido chalet vivió y murió el gran novelista del mundo. En esta suntuosa mansión, templo de estudio, cátedra de exquisita cultura, se conserva la biblioteca de Blasco Ibáñez, interesante museo digno de ser visitado.

Los últimos escritos del eximio novelista nacieron en Fontana Rosa, entre el perfume de sus jardines, y allí quedó la flor de su pensamiento en sentido de Panteón del Arte.

Blasco Ibáñez reposa a corta distancia en Fontana Rosa, y en primerísimo salón de apartada casa se encuentra el féretro que guarda el cuerpo de Blasco Ibáñez, que dejó dicho que no lo enterrarán hasta llevarlo a "su Valencia".

Ahora se cumplen sus deseos, y el Gobierno de la República, a la que él honró con sus ideales jugando a mí y mil veces la vida, libertad y hacienda, le va a recibir cariñosamente.

A este valiente hombre, orgullo de España y la República, se le va a rendir merecidísimo homenaje, se le va a hacer justicia, y el día que lleguen sus restos a España, al desembarcar en su adorable Valencia, el Grao y el Caballero recibirán los aplausos que la Marina de guerra lance al espacio enlazados entre los sonidos de las sirenas de los otros barcos del puerto.

Admirable Valencia! España y el mundo se descubren ante Blasco Ibáñez, inmortal novelista, inolvidable republicano, honroso español.

¡Viva Valencia!
RAFAEL MANIN TORNERO.
(De "El Popular", de Málaga.)

El Maestro me riñe

Para los que vivíamos entonces en París, la llegada de Vicente Blasco Ibáñez, procedente de su jardín dorado de Mentón, era como un raudal de luz en las nieblas color de ceniza de aquellos inviernos parisinos.

Todos teníamos en él a nuestro verdadero embajador: en nuestra calidad de emigrados, la policía francesa nos miraba con ese recelo disfrazado de benevolencia con que se observa al que está en casa ajena y no se sabe en concreto para que está. Los tropezos eran constantes.

En la embajada se llevaba un poco puerilmente, una lista de cuantos visitábamos al glorioso maestro en el hotel Lutecia de la orilla izquierda, refugio suntuoso de las últimas jornadas parisinas del primer novelista español contemporáneo.

Tenía yo entonces un gran amigo en la tal embajada: Mariano Prunedá, ya muerto, para desgracia de sus amigos, que le queramos muy bien, y era a él a quien yo, humorísticamente, llamaba a veces al teléfono para decirle:

—Oye, Mariano: hoy a muerto con Blasco; te lo aviso para que me pongáis, desde ya, en la lista, y el espía que tiene en el Lutecia se evite ese trabajo.

El secretario de la embajada reía con ganas al otro extremo del hilo.

No sé cómo llegó a oídos del Maestro Blasco la noticia de aquella mi travesura que, como se ve, era bastante inocente, y el hombre cuyo cuerpo glorioso venimos a depositar hoy en tierra valenciana, quiso gastarme una broma.

—Hombre, Belda, le voy a dar a usted un tirón de orejas — me

dijo, poniendo una cara muy seria, al verme entrar en su cuarto del hotel.

—¿Por qué, Maestro?
—Porque he averiguado que se dedica usted a hacerme traición... Me he enterado de que está usted en comunicación directa con la embajada y le envía



diariamente la lista de las personas que conmigo se relacionan.

—Pero...

—Nada, nada. Cuando triunfemos morirá usted fusilado.

Aquella noche me convidó al teatro del Palais Royal.

Fue la última vez que le vi en París.

Su muerte me halló en Niza, y pude abrazar y besar su cadáver casi caliente aún.

Después de mis padres, no ha habido muerto a quien haya llorado más.

JOAQUÍN BELDA.

Madrid, Octubre 1933.

El republicanismo de Blasco Ibáñez

Cuanto por razón de edad y amor a la República tuvimos la fortuna de seguir paso a paso la actuación de don Vicente Blasco Ibáñez, no nos sorprendimos ni nos causó asombro, al verle en plena juventud, dirigir los destinos de aquel partido republicano



tan potente, aguerrido y disciplinado como el de Valencia.

Vimos popularizarse el nombre de Blasco Ibáñez—al que la posteridad le rinde justo tributo de admiración y de cariño—con ocasión de unas campañas en los semanarios más avanzados de Valencia junto al poeta librepensador Constantino Liombart. En aquellas primeras producciones literarias y políticas, se reflejaban las exquisitas de su alma noble y justiciera y su ennoblecimiento por el ideal republicano.

A medida que los embates y las luchas le adentraban en las entrañas de las multitudes, dándole a conocer sus penas y sufrimientos, crecían más y más sus inquietudes y se agigantaban sus ímpetus y acometividades, siendo ya en EL PUEBLO donde le vimos batallar sin tregua, con el ariete demolidor de su pluma brillante e inagotable y formarse

FERNANDO GASSET LACASARA

Gana batallas después de muerto

Como los insígnis varones del Renacimiento, que conquistaron tierras para su patria y la inmortalidad para ellos, fué el Maestro Blasco Ibáñez.

Puso al servicio de España la cabeza y el corazón embarrancado muchas veces en la nave de la Aventura que hacía bogar con la fuerza de su ingenio. Navegó por todos los mares y recorrió todas las tierras.

Fuó hombre de lucha en el palenque de la política, como lo fué Quevedo. Lo mismo que el gran señor de la Torre de Juan Abad, sufrió enconadas persecuciones por empeñarse en romper las cadenas de la tiranía y pagó con páginas maravillosas de vida imperecedera, los desdenes y las pesadumbres con que la teocracia quiso castigar su patriotismo.

En los tiempos de las grandes conquistas, llevadas a cabo por España en América, hubiera sido un caudillo como Cortés y Pizarro y un poeta como Encicla y Balbuena, que después hubiera cantado la gloria de sus hechos y los de sus camaradas en recios y sonoros versos castellanos.

Con otro gran patriota, el ilustre Galdós, llevó el cetro de la novela española por los ámbitos del mundo, pese a los mastines con carlanas y cara de pocos amigos que salieron a ladrar al camino cuando entramos emprendiendo el viaje hacia la Eternidad.

Blasco Ibáñez tenía bajo su recto cuerpo el espíritu aún más fuerte de aquellos almogávares que acompañaron a Don Jaime a la conquista de Mallorca y de las ciudades de Italia que aquel gran monarca — uno de los pocos que en el mundo han sido — unió a la corona de Aragón; por eso cuando don Vicente cantó las bellezas de aquel país, ahora encañonado, acertó a poner en su pluma maestra todo el fuego de aquel sol y el azul de aquel mar que son los mismos que enojecen el incomparable jardín de Valencia.

La entrada triunfal del cadáver de Blasco en el suelo en que se mecía su cuna, semeja mucho a aquella otra de El Cid sobre su corcel de guerra, ganando batallas después de muerto.

Castilla también considera suyo al novelista inmortal que escribió «La barraca» y arrasados los ojos en lágrimas, grita:

—¡Viva Blasco Ibáñez! ¡Viva Valencia!

DIEGO SAN JOSE.

Ante el féretro que llega

No intentéis disuadir a los que niegan valor al cuerpo de los que fueron.

Las emociones no se demuestran; se tienen o se pertenecen al triste equipo de los incompletos. La mejor enfermera del mundo, no puede compair sus escrupulosos servicios con la asistencia radiante de la madre o de la esposa a la que el Cajal llama la madre derecha joven.

A quien no lo cree así, cómo traerle a estas verdades rientes o melancólicas, pero siempre deliciosas del amor?

Nuestro espíritu levantino apartará con desdén al que no sienta la conmoción eléctrica, el estremecimiento oceánico que provocarán estas palabras. Ved allá, en la línea donde parecen encontrarse el cielo y el mar los buques de guerra, humeantes donde viene Blasco Ibáñez.

Teóricos pensantes, témpanos razonadores: ¡callad, que ya llega él!

Los que aplaudisteis sus discursos inflamados, callad y haced que callen los que os rodean; así oíréis lo que dice el silencio, cuyas ondas sublimes se agitan en el alma sin haber pasado por los oídos. No las despreciéis, no las creáis puramente subjetivas; es posible que bajo de ellas esté una gran verdad de la que la emoción es un rumor. El ave que cuida su nido con ciega pasión no sabe que en sus instintos lleva el sentido de nuestra clara idea de la familia.

La vida es para vivirla, pero una parte de ella se dignifica con el nomenaje a los eternos ausentes. Si porque ellos no contestan los abandonara nuestra nostalgia, con la claudicación de la tenacidad de nuestros afectos, perderíamos nuestra mayor grandeza y el derecho a sobrevivir.

El pueblo lo siente así. Henry Bordeaux ha encontrado en una novela este halo sentimental. Se titula «Le Barrage» (El Dique). A los que la conozcan no molestará que avive las cenizas del recuerdo estético.

Al construirse un pantano un pueblo entero debe quedar sumergido en sus aguas. La empresa a corta distancia ha levantado otro presidio por la geometría y la higiene. Vencidas las resistencias

de las raíces con que el corazón se ata a las cosas materiales, todos se trasladan con sus cosas a las nuevas mansiones intactas. Las aguas comienzan a ser detenidas por el dique. Día tras día el caserío es invadido lentamente por el líquido que va a arrebatarlo de la residencia de la superficie de la tierra. Cuando ya sólo se asoma la cruz del campanario surge lo imprevisto; el Cementerio situado a mayor altura recibe las primeras láminas de la inundación. ¡Nuestros muertos! ¡Nuestros muertos!, claman desde el balcón del muro los hombres y las mujeres del pueblo «como si los perderían por segunda vez».

La empresa dispone un nuevo cementerio, pero... está vacío, es sólo un local.

Al fin un santo varón por realizar un acto de abnegada asistencia, muere. El cementerio ya tiene un sér amado y admirado, es el otro dique (L'Autre Barrage).

De aquí el pensamiento de Barrés inscrito en la portada: «Una tierra sólo es habitable si tiene muertos»; más elegante en su idioma original: «Une terre n'est habitable que si elle a des morts»; Blasco Ibáñez es el genial «barrage» del espíritu artístico de Valencia; tras de su nombre está embalsado nuestro orgullo regional. Es, además, el «barrage» de un gran partido que por esta razón acredita un alto grado de espiritualidad.

Blasco fué algo más que un novelista. Sus obras que continúan cerniéndose sobre el mundo entero, han llevado siempre figuras españolas, han universalizado nuestra alma hispánica un tanto recoleta replegada en un ángulo de Europa, sufriendo el olvido excluyente con que se reacciona contra los grandes cuando caen. En «La Barraca», se ha ofrecido a todas las naciones la visión de este amor del valenciano a la tierra mágica que fecunda.

Blasco aún corre el mundo embarcado en sus obras, pero su hogar es Valencia.

Mientras su cuerpo avanzará por entre una muchedumbre adoradora sin palabras, por encima de nuestras cabezas planeará sus glorias, proyectándose sobre esta huerta que si hablara diría: «¡Tráste el contraste en mis líneas, en mis colores, en el serpeante de mis aguas y en las carrileras de mis caminos, más bellezas de las que habíamos visto todos. Tú revelaste la doble faz de mi espíritu gigantesco: la tragedia y la dulzura».

JOAQUÍN DUALDE

El revolucionario

Lo fue Vicente Blasco Ibáñez desde su adolescencia a su muerte, en sus artículos y libros y en sus actos, con la pluma y con el sable o el arma de fuego que prefería para sus luchas de hombre a nombre del gran valenciano.



¿Cómo revolucionó con la palabra escrita y con la hablada a sus paisanos, ya contemporáneos, ya de la generación que seguía a la suya? Les hizo rebeldes, anticlericales y de republicanos platinados, discutidores, y en el fondo de sus conciencias, religiosos, cambió en republicanos activos, vehementes en la acción, prontos a la posesión material de las ideas amadas, librepensadores convencidos y audaces adversarios de la teocracia y del predominio clerical en la vida social, no sólo en la política.

Malogró la solemnidad de la entrada triunfal del arzobispo Sancha en la capital de su diócesis con unas arrebatadas arengas en «La Bandera Federal» y una especie de pasquin colocado a modo de coladura en un balcón. Disolvió a los rosarios de la aurora, apedreó conventos y descalzó y arrojó al suelo los corazones de Jesús exhibidos a la mayor gloria de la Compañía en fachadas de casas, esquinas de calles y arcos de plazas.

Audaz y retador iba de propaganda con media docena de amigos a los lugares ganados al carlismo o propiamente a los jesuitas. Desafiaba a la fiera en su cubil.

Contra el carlismo era un terrible adalid. Impidió que el delegado de Carlos VII, el marqués de Cerralbo, hablara en Valencia, señalándole ante la ventana del hotel en que se hospedaba. Contra el pretendiente escribió el hermoso artículo que tanto indignó a la comunidad tradicionalista. «El solitario de Venecia». Y conmemoró anualmente en Burjassot y en Benicarlí la llamada paella de Cabrera y los fusilamientos de liberales, pronunciando en esos actos conmovedores, fogosos, elocuentísimas arengas henchidas de amor a la libertad y de odio al carlismo, a la monarquía y al dominio eclesiástico sobre la razón, la conciencia, la familia y el poder político.

Escribía y hablaba también con el mismo valor, desafiando prisiones y destierros, contra los hombres de la restauración (Romero Robledo, Cánovas, Sagasta, Silvela, Martínez Campos, Pavia y Alburquerque) y contra la monarquía restaurada.

Estuvo preso muchas veces en la vieja cárcel de San Gregorio (actual casa del Olympia), desterrado de España vivió en París y pasó por Italia, «el país del arte»; desterrado de Valencia fijó en Madrid su residencia. En la última década del siglo pasado había logrado hacer de Valencia una República y de los republicanos valencianos ardorosos anticlericales, denodados revolucionarios.

Se adelantó cuarenta años a la revolución de Abril de 1931. Secundó en EL PUEBLO y subrayó en mítines de la Rotonda (el Casino de la calle de Liberos) y en agitaciones populares las dos grandes campañas de Pl y Margall en «El Nuevo Régimen»: la campaña descubridora y fustigadora de los tormentos de Montjuich y la campaña favorable al reconocimiento de la independencia de Cuba y contraria a la guerra absurda con los Estados Unidos. Por ser lo que entonces se llamaba filibustero y hoy se llama patriota promovió el motín de la plaza de Toros.

Yo seguí a Blasco por las calles de Gandía cuando nos silbaban y apedreaban los clericales. Aún me parece verle (también le recordará Ramón Roig, superviviente de aquella jornada) sereno y audaz, cogido del brazo del inolvidable don José Ferrer, marchar hacia la estación, paso a paso, desdenoso, no arrepentido, como quien dice: ¡volveré!

Y me enorgullecí de haber trabajado con él en la Redacción de EL PUEBLO, combatiendo a los jesuitas y al Gobernador civil. Estábamos como locos. Dijérase que en pólvora y no en tinta mojábamos la pluma. Denunciaba diaria. Intervención policiaca antes de salir el número a la calle. Y el periódico: circulaba, se leía, agitaba, inflamaba, revolucionaba. Blasco era un monstruo de actividad, una mina inagotable de ingenio. No lo agotaba escribiendo toda la noche: de madrugada urdía los medios de sacar el papel impreso y tirado a pesar de la vigilancia policiaca.

«La Catedral», «La Bodega», «El Intruso», son novelas arcaicas, libros explosivos cual bombas.

¿Y el final? Blasco Ibáñez rico y glorioso, de fama universal, bien quisto en los palacios madrileños, volvió a la revolución así que tuvo noticia del golpe de Estado del general Primo de Rivera. Escribió a Lerroux por si precisaba suspender el viaje que iba a dar alrededor del mundo. Ya en Menton escribe libros demoleedores, corrosivos, destructores del régimen monárquico. Conspira, escribe, tra baja por la revolución. Está a la vista cuando Blasco Ibáñez muere. Su último acto revolucionario es prohibir que su cadáver sea traído a España mientras no esté su nación constituida en República.

Grande fue su postrer esfuerzo; mas para mí ningún momento de la vida revolucionaria de Vicente Blasco Ibáñez superior al de su juventud, en la Dirección de EL PUEBLO.

Vivía allí más que modesto, pobremente con su familia: Doña María, la esposa; Mario y Julio, los hijos varones (Sigrído no había nacido todavía). El piso segundo de la casa de EL PUEBLO lo habitaban don Gaspar, el padre de Vicente, Pilar su hermana y Libertad su hija.

Blasco Ibáñez descatalogaba con sus escritos a los republicanos que, cuando la otra República, se habían arrodillado ante la custodia de la procesión del Corpus y para ilustrarlos creó en la misma Redacción una biblioteca circulante a cuyo frente puso a aquel Mezquid que usaba una blusa garibaldina.

¿No es aquella una obra revolucionaria fundamental? Limpiar de polilla y de telarañas y de polvo los cerebros y avasentar en ellos ideas buenas y bellas. ¿Qué otra empresa han acometido siempre los verdaderos revolucionarios?

ROBERTO CASTROVIDO.

El poderoso visionario

Pocos escritores universales merecían como Vicente Blasco Ibáñez el apelativo de poderoso visionario, del destinado magníficamente a contagiar las muchedumbres con el imperativo sugestivo de su palabra y de su pluma.



Porque Blasco, que ha creado tantos seres novelescos perdurables como los de la manera de Balzac, Dickens, Shakespeare y Cervantes, figuras eternas al tesoro literario de la Humanidad, era él también un personaje novelesco.

¡Maravilloso libro el de su vida, que alguien, capacitado para ello, debiera escribir y que — siempre claro es de hallarse dotado del *quid divinum* del novelista, no de la simple condición de copista del biógrafo o de la restringida sensibilidad del crítico — tendría el interés, la amenidad, la pluralidad ambiental y humana de una gran novela de aventuras.

Este libro no pudo ser hecho cuando él vivía. No ha sido escrito, aun cuando los acontecimientos de última hora pretenden hacer suyo a Blasco, ignorándole desde la época en que estaba poco acompañado.

Hay que haber caminado junto a él en cuerpo y en espíritu, cuando los instantes de fantasía fusional y de repentino desahío, dentro de la trayectoria literaria. Haber llegado a él cuando el alma de quien le buscaba era toda blandura modelable y adolescente y era juventud definida, cautivadora, la suya.

Y luego darás cuenta, pasados veinte, veinticinco, treinta años en el silencio infinito del recuerdo, como está intacto lo preterito; completo el conocimiento, nutrido de datos la historia — paralela a veces, disraterna en ocasiones — pero inextinguible el cariño y caudalosa reflexivamente la admiración.

Blasco Ibáñez, el levantino fogoso y ardiente, el poderoso visionario que murió en un palacio propio sobre el mar y cubierto de gloria, aparecía en ese libro de quien le conoció bien, tal como

le vieron las gentes de más opuestas condición, entre los sucesivos hervores de videntes y apóstrofes, entre los más antitéticos ambientes, con bruscas alternativas de pobreza y fortuna: desde el páldio gubescante, enfermizo y soñador que servía de amanuense a otro gran imaginativo — Fernández y González —, hasta que el epílogo ponga ante los ojos del lector su máscara mortal donde la barba de los años juveniles volvería a crecer en cortos pelos argentados.

Mas la dificultad de tal obra estará, precisamente — ya lo he dicho — en que serían necesarias e indispensables una radiante facundia y un impetuoso estilo henchido de palabras limpias, claras y sonoras — como definidas la literatura y la oratoria del gran español — para dar idea de lo que fue el tribuno, el viajero y el novelista.

La fantasía meridional de Vicente Blasco Ibáñez es el sol inmortal de sus obras y fue el fulgor constante de su vida. Esclavos de su fantasía, enormes agrupaciones multitudinarias, solitarios interlocutores — ¡ay, aquellas tardes y diálogos para mí inolvidables en que ambos salíamos de los primeros talleres en la madrileña Ronda de Valencia, luego de trabajar seis, ocho horas seguidas en una misma mesa, el uno frente al otro, y el Maestro me narraba sus cuentos, sus novelas futuras o sus anécdotas preteritas! — se desinteresaban de cuanto no fuese aquel deleite de oír la palabra cantarina de Blasco, invitando a idealizar la vida, a elevarla un poco sobre los raseos cotidianos.

Acaso, con serlo tanto, su fantasía escrita, nada podía igualar al hechizamiento y estímulo activo de la fantasía oral del autor de «Mare Nostrum».

La infinita serie de lectores que sienten acrecido el fervor y rebrotada la curiosidad por sus libros a través del mundo entero, no alcanzan a suponer lo que era el Blasco orador.

Preguntado a los viejos o a los hombres maduros de la Valencia tumultuosa de principios del siglo XX. Preguntado a sus compañeros del Congreso, en aquellas legislaturas donde el perfil agudo del diputado levantino al arguir

se en la atmósfera caliginosa del salón de sesiones, hacía correr un rumor de expectación entre los enlevados anónimos y cabecear los grandes sombreros de las damas al inclinarse sobre el barandil rojo de las tribunas.

Preguntado a aquel difícil público de escritores y artistas que el año 1921, cuando el banquete celebrado en Parisiana que sentían prisa por marcharse a una corrida de toros y que, sin embargo, se olvidaron de todo apenas Blasco empezó a hablar su discurso de dos horas.

Acaso más, si cabe, que en sus libros, tenía Blasco Ibáñez en su voz, en sus ademanes y en su peculiarísima prodigalidad de imágenes verbales el poder de sujetar, de dominar y de embrujar el pensamiento y la voluntad de quienes le oían.

Se explica, pues, le dijera un fanático suyo en plenas luchas políticas: «¿Qué, don Visent, quemamos Valencia?» Se comprende que el auditorio de su primera conferencia en Nueva York, sin comprender el castellano, vibrara en un impulso unánime de ovación, sólo ante los ademanes expresivos y el ritmo cálido cautivador del acento.

Se hará bien en evocar junto a Blasco Ibáñez de las etapas sucesivas — el autor de las novelas regionales, el periodista agil y polemista, el agitador de las masas republicanas, el coparticipante de soldados en las trincheras de la Gran Guerra, el fastuoso millonario de la Costa Azul — «sus» multitudes: aquellas de los mítines al aire libre de fines del siglo XIX, la que como los muelles de Buenos Aires a la llegada del vapor que le llevó a América por primera vez; la que invadió la playa cuando el homenaje de los pescadores, el año 1910, al autor de «For de Mayo», la que colmó la Universidad de Washington al imponer al autor de «The four horsemen of the Apocalypse» el grado de Doctor honoris causa. La que rebosará y resumirá el alma española, en fin, una mañana de Octubre de 1933, en su Valencia natal para recibir su cuerpo devuelto a la patria con los máximos honores a través del Mediterráneo que él amó y pintó con tan fiel ternura.

JOSE FRANCES.

Unas páginas indigestas en las obras de Blasco Ibáñez

Es indiscutible que la mayoría de quienes lean novelas lo hacen por encontrar en ellas una mina de pasatiempos, según la expresión de Cervantes. De ahí que ¿Anatole France? pudiera definir la novela como el opio de Occidente. Por todo ello, resulta que la amenidad se convierte, casi canónicamente, en una condición esencial de la novela, cosa que han olvidado o ignorado — pagando con el fracaso ese olvido o esa ignorancia — ciertos novelistas que poseían alguna o algunas de las principales condiciones que se requieren para escribir novelas.

Blasco Ibáñez, no, Blasco Ibáñez, era un novelista ameno. Y conste que la amenidad no ha de interpretarse en sentido de trivialidad ni de gracia ni de recursos inferiores. En Blasco Ibáñez la amenidad se producía a veces con la ironía aplicada a la descripción de un carácter; en ocasiones, con la brillantez en la pintura de un paisaje; frecuentemente, con la incorporación de elementos pintorescos; no de raro en raro, con lo oportuno de las peripecias; otras veces, con la evocación de cosas distantes en el tiempo o en el espacio; siempre, con la virtud de un estilo fácil aprehensible, lleno de nervio y de color.

Blasco Ibáñez, pues, era un novelista entre cuyas abundantes cualidades se contaba la amenidad. Por eso se lee tan agradablemente; por eso el lector no ha de vencer ninguna resistencia propia para avanzar velozmente a través de las páginas. Y, sin embargo, he aquí que en las obras de Blasco Ibáñez hay páginas indigestas.

¿Por qué no decirlo?

¿Por qué no decirlo si a ello se añade una demostración?

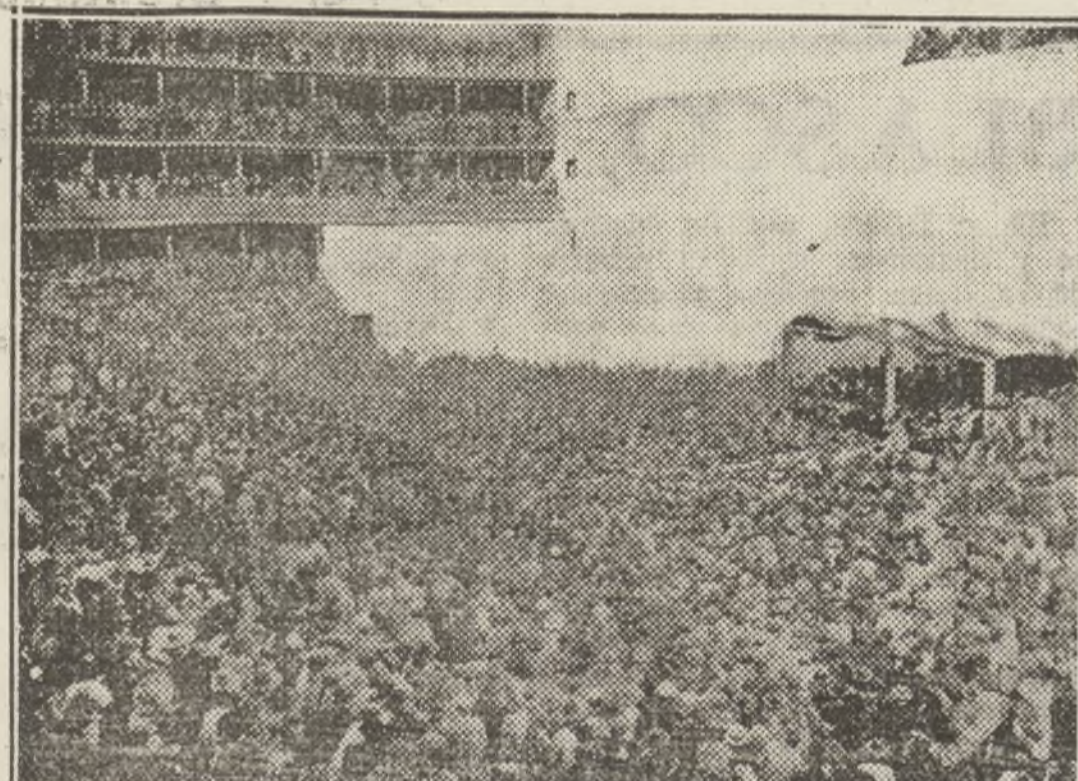
Efectivamente; en las obras de Blasco Ibáñez, particularmente en las últimas ediciones, hay unas páginas — preliminares por cierto — donde se especifica cuantas creaciones del gran novelista han sido trasladadas a idiomas extranjeros. Entre estas hablas figuran nada menos que el francés, el portugués, el alemán, el holandés, el italiano, el inglés, el checoslovaco, el danés, el ruso, el sueco, el húngaro, el japonés, el polaco, el finlandés, el búlgaro. Y allí mismo se ve que las obras de Blasco Ibáñez han sido impresas en París, Lisboa, Zurich,

Berlín, Haarlem, Amsterdam, Praga, Palermo, Copenhague, Petersburgo (y Leningrado), Río Janeiro, Chicago, Moscú, Nápoles, Londres, Milán, Nueva York, Boston.



ton, Florencia, Estocolmo, Cristianía, Budapest, Turin, Tokio, Edimburgo, Viena, Riga, Sofía y otras poblaciones.

ALMELA Y VIVES.



EN 1932, JORNADAS GLORIOSAS QUE PRECEDIERON A LA MEMORABLE UNIÓN REPUBLICANA. EL PUEBLO REPUBLICANO DE VALENCIA SE CONGREGÓ EN EL FRONTE JAI-ALAI, DONDE HABLARON GASSET, JUNOY, LERROUX Y EL MAGNÍFICO TRIBUNO BLASCO IBÁÑEZ, QUE CON SU ARDOROSA PALABRA HIZO VIBRAR DE ENTUSIASMO EL CORAZÓN DE ESTE PUEBLO, QUE PERMANECE FIEL A SU MEMORIA.

REVERENCIA ENTUSIASTA

La mejor candidatura de la República: Blasco Ibáñez

Para la memoria de los buenos republicanos, ha llegado la hora de reverenciar a ese Blasco Ibáñez gigante que vive en las alturas espirituales del pueblo, como el santo laico de nuestra redención liberal.

Con mejor visión de los acontecimientos no podía haberse elegido la fecha solemne del traslado de los restos del gran ciudadano de una República que tantas veces soñó, a su tierra florida y generosa. Porque ésta es, también, la hora de las rectificaciones de conducta en defensa del régimen; y no, precisamente, porque se haya exagerado en la aplicación de los métodos republicanos, sino por haberse hecho todo lo contrario. Tenemos República porque nuestro pueblo es afecte a ella y la proclamó con el pensamiento y con el corazón; pero un punto de tibieza hubiera bastado para que los cuervos procedentes de los pasados y bochornosos años, hubieran dado cuenta de la revolución a picotazos.

En vez de madurar, como pretendían algunos hacer creer a la inconsciencia apolítica de ciertos españoles, la verdad es que nos hemos dormido, pues sólo por dejadez inconcebible de las prerrogativas populares, se explica que haya podido formarse en plena República un frente de lo más desacreditado de la política monárquica, con residuos de la barbarie residenciada, de flores de lis marchitas y sotanas dejadas de la mano de Dios.

El nombre de Blasco Ibáñez, el único que con eficacia absoluta, está en condiciones de arrancar a los republicanos de todos los matices un entusiasmo leal, acude, ahora, en nuestro socorro. Pocos días antes de las elecciones, en los que se juega el porvenir de nuestra estimada democracia, los mismos que proclamaron la República y que están, en estos momentos, divididos y subdivididos, se unirán para ese gran menester glorioso, que a unos y a otros impresiona con la misma intensidad: porque aquel hombre que de tal modo empujó a los Borbones al desastre, acusándolos universalmente, no tiene, a pesar de lo mucho que luchó, rencores ni enemistades que empañen la limpieza de su recuerdo.

Y así, puestos de acuerdo los republicanos, en esta transición delicada, darán al mundo una prueba solemne de la unanimidad de sus sentimientos fundamentales.

Por España y por la República, y contra el contubernio monárquico-clerical que nos ha deparado la suerte, marchará la comitiva entre los surcos de la huerta, aspirando el perfume de los naranjos que estimulan la fantasía del novelista y con el firme propósito de dar definitivamente a nuestro país un estatuto democrático que no se atreverán ni a tambalear los fantoches del despotismo. Ha de ser ese el más emocionante de los días de la República. Quizá con nada se hubiera llegado a lograr lo que lograrán, con su sola presencia, los restos del Libertador.

He anticipado en otras crónicas este juicio. Pero no estaban las cosas como están, ni se había dado, todavía, ningún grito colectivo contra la República, salvo escaramuzas insignificantes que el buen sentido arrumbó con elegancia. Hoy, sí, por los errores de los gobernantes, hay un sector de España que, cobardemente, sin llamarse lo que es, con espejuelos de cazadores de alondras, se dispone a asaltar las fortalezas del régimen. Por eso el juicio debía repetirse y reforzarse con nuevos argumentos. Blasco Ibáñez es la misma unión republicana que florece. Sin hablar, exalta a la batalla; sin apenas forma humana, se alza como una figura soberana ante los suyos, que han de ser millones de voluntades encaminadas a un solo fin.

Dírase que, entre la lluvia de candidaturas, una de ellas resplandece con luminosidades extraordinarias: la del autor de «La Barraca», que, después de muerto, piensa ganar, como el Cid, acaso la más grande y definitiva de sus batallas.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, republicano español, maestro de energías revolucionarias, espíritu laico, artista inmortal, hombre de pueblo, periodista, cantor de gestas civiles, flagelador de papas, vencedor de reyes, valenciano por encima de todo lo demás.

¡Votad!

ARTURO MORI.

¡Salve, Blasco, mil veces salve!

Valencia, conmovida, será hoy la expresión humana que rinde al genio de Blasco Ibáñez la justicia del reconocimiento a sus cualidades, que, por derecho propio, le han dado entrada y asiento en la región de los iguales. Por una dichosa coincidencia, Blasco va a ser reincorporado a la patria a cuya grandeza inmortal ha contribuido con su palabra y su pluma maravillosas, por el amor de todos los que fueron en sus ensueños el impulso generoso y la finalidad fecunda de su obra. Familia, Valencia, España, el mundo entero bajo la protección de la República, rinde pleitesía a quien en vida lo dio todo a raudales para, arriesgándose cada vez más en las entrañas de la patria, exaltar por el contagio arrollador de la razón sugeridora y cálida como un sentimiento irresistible, los más bellos y más divinos ideales, a fuerza de ser plenamente humano.

Conviene en esta hora de sentimientos sin tasa ni reservas, afirmar, como el Maestro, el valor madre, único y superior del Hombre, cuando andan desatadas las insolencias doctrinales, que pretenden encadenarlo de nuevo en servidumbre que rechaza con la Historia la dignidad y la propia conveniencia social.

Las flores, los vivos, los mausoleos, toda la brillante parada de los que en vida no tuvieron la justicia que ahora le cantan muerto, no son nada al lado de esa obra magna e imponderable, no igualada por nadie en nuestra historia contemporánea, de la transformación de un pueblo que hoy se arrodillará en espíritu al paso de su féretro sagrado para rendir, trémulo de cariño y reconocimiento, oraciones laicas a la memoria de «Visantet», el gran «Visantet», ciclope engendradora de la Valencia moderna, genio inmortal que de los abismos de la tradición supo crear esta admirable y única Democracia republicana valenciana.

¡Manes venerandos de Vicente Blasco Ibáñez, el hombre que con su aliento de gigante limpió las herrumbres que ocultaban la veta infinita e indestructible del alma republicana de Valencia! ¡Salve, mil veces salve! Tu gloria vivirá mientras los mundos ruedan y exista un hombre capaz de sentir y amar la Libertad.

EMILIANO IGLESIAS.

Madrid-October-1933.



ARTURO MORI
Escritor y colaborador de EL PUEBLO



EMILIANO IGLESIAS
destacado valor radical, que con Lerroux y Blasco Ibáñez comenzó su vida política y revolucionaria

Para conservar la libertad, hay que merecerla

Las aguas del «Mare Nostrum» transportan sobre sus líquidos hombros el peso de las cenizas que hoy en la tierra representan al espíritu que un día le dio nuevas glorias en las letras españolas. Y al decir que lo representan, sólo



obedezco a una piadosa tradición. Si los clásicos dijeron que lo escrito queda y las palabras vuelan, bien podemos decir nosotros, parafraseando, que las cenizas se

diluyen en la tierra y no quedan, mientras que el espíritu, que se diluye en los espíritus, permanece.

Valencia, es ciudad invencible para los vivos, pero que los muertos conquistan cuando son de talla. El Cid Campeador la conquistó muerto y muerto la reconquistó hoy Blasco Ibáñez. El Cid de las letras contemporáneas españolas que tanto luchó por instaurar en España un régimen de libertad, cerró los ojos para siempre antes de poder verlo. Pero su espíritu lo ve y exige que esta libertad, que él luchó por conquistar, su pueblo, el pueblo de Valencia, sepa conservarla.

Para conservar la libertad, hay que merecerla. Y la libertad sólo se conserva y merece con disciplina y trabajo. El pueblo de Valencia no lo olvidará, pero si fuere tentado de olvidarlo, vuelva los ojos a su héroe representativo cuyo espíritu flota sobre las aguas del «Mare Nostrum» que bañan la ciudad.

SALVADOR DE MADARIAGA
Embajador de España en Francia
París-Octubre, 1933.



DOÑA MARIA BLASCO DEL CACHO, PRIMERA ESPOSA DE DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, MADRE DE DOÑA LIBERTAD, DON MARIO Y DON SIGFRIDO BLASCO



BUSTO MODELADO POR EL INSIGNE ESCULTOR VALENCIANO MARIANO BENLLIURE EN 1910 Y QUE REGALA A VALENCIA



DOÑA ELENA ORTUZAR, VIUDA DE DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



DOÑA LIBERTAD BLASCO, HIJA SEGUNDA DEL GRAN REPUBLICANO

¡LA ULTIMA VEZ...

La última vez que vi al Maestro insigne, fué en su quinta de Menton, en el verano de 1926. Era un domingo del mes de Septiembre. Llegué a Fontana Rosa sin previo aviso; franqué la puerta del jardín; recibí los senderos de éste. No había nadie. La servidumbre, por la festividad del día gozaba, sin duda, de asueto.

Quedé un momento contemplando aquel ambiente de dulzura y de poesía, en que se desarrollaba, en su plena madurez, la vida genial del artista.

Me aventuré a abordar la casa; penetré en un salón y dí voces. Allí estaba el Maestro. Salí a recibirme, lleno de sorpresa, con los brazos abiertos.

Estaba solo, es decir, solo, no rodeado de su inmensa biblioteca, frente a su mesa de trabajo como un titán junto a su portentosa fragua. Destacábase sobre la mesa un montón de cuartillas; yunque divino donde golpeaba bravamente el Maestro, arrancando las chispas de su apasionada inspiración.

Comenzó su charla amena, su charla interminable, con voz levemente quejumbrosa, con ese tono de dejadez elegante que había adquirido en los últimos tiempos.

Me llevó por toda la casa, me hizo subir a las alturas de su torreón desde donde se contemplaba la inmensidad del mar. Tenía el Mediterráneo en aquella hora del crepúsculo un rumor inédito, unos vivos colores desconocidos, como si se sintiera subyugado por el ímán de las pupilas del novelista insigne, que había sido su mágico cantor.

La charla de Blasco continuaba abundante, incoercible. Habló, con vanidad un poco pueril, de sus éxitos económicos; niño grande que sólo veía en sus triunfos un juguete halagador. Habló de sus proyectos literarios, de sus nove-

las en embrión, y entonces subió a borbotones la pasión a sus labios, adquirió su voz el tono cálido de sus viejos tiempos de tribuno, y levantó sus brazos de gigante como si quisiera abarcar la inmensidad.

Era el corazón que latía apasionado por el arte, suprema razón de la existencia de Blasco. Ese corazón que le hacía hablar de Valencia con nostalgia llena de amargura, con llanto apenas perceptible en los ojos, como se habla de una mujer hondamente amada, que no acertó nunca a comprenderlos...

Ese corazón que todo lo pudo, no logró resistir los embates de una enfermedad, y al cesar en su ritmo, dijérase que el corazón de Valencia, que sólo se nutre de arte, había sentido también en lo más hondo el tránsito mortal.

RICARDO SAMPER

Ex ministro de la República.



BLASCO IBÁÑEZ, EN PARÍS, EL AÑO 1925, EN QUE LANZA SU MANIFIESTO AL PAÍS



DON SIGFRIDO BLASCO, PRESIDENTE DEL CONSEJO FEDERAL DEL PARTIDO DE UNION REPUBLICANA AUTONOMISTA Y DIRECTOR DE «EL PUEBLO», HIJO MENOR DEL ILUSTRE REVOLUCIONARIO

BLASCO, REVOLUCIONARIO

Blasco, Ibáñez, espíritu luminoso y optimista, como el hechizo de su tierra, proveía al exterior todo el ímpetu de su ser y prodiga, generoso, sus sucos para que, prendidos en el corazón de la masa, culminen luego en realidades fecundas.

Con la fe, el entusiasmo y el tesón de un iluminado, abre al analfabeto los infinitos horizontes del saber, ahuyenta de las conciencias los prejuicios y las preocupaciones que las hacen estériles, cuando no perniciosas, y, en lucha con lo viejo y lo corrompido, muestra las excelencias del régimen redentor.

Su verbo inimitable, clarín de guerra, a la vez, que viva, profunda y cálida emoción humana y bella expresión henchida de color y de luz, espolea las voluntades dormidas, fortalece las desahucias y da un alma a la ciudad.

Cuando florecen sus esfuerzos en la tierra valenciana, salta al Nue-

vo Mundo y funda pueblos que perpetúan los nombres gloriosos de Valencia y de Cervantes, es decir, de España.

No conoce el desánimo y en el para otros agobiador torbellino de sus actividades múltiples, sigue fiel a sus ideales, tan amados, a sus ansias de engrandecimiento moral y material de Valencia y de liberación de España.

Estalla el horror de la guerra mundial y, Caballero de la Libertad y la Justicia, en noble y romántico gesto a lo lord Byron, se lanza a dura contienda a favor de la razón.

De Binet Valmer

—No sólo admiro la obra de este gran artista, sino que le profeso un profundo reconocimiento. El tradujo y prologó mi libro «Los metecos». Vivó completamente entregado al culto de su memoria.

España subyugada. España deshonrada por una dictadura tan odiosa por su negación de toda libertad como humillante por su cínica ridiculidad, levanta en el ánimo del caudillo tempestades de indignación y el Blasco turbulento de la Universidad y «La Bandera Federal», el de las guerras coloniales, Cerralbo y «Al pasar...» el de los padres Montaña y Nozalea, reaparece en todo su vigor y contribuye poderosamente al triunfo de lo que tanto amó: de la República, que, gracias a él, halló en grandes zonas de la nación sólida base en que sustentarse.

Y ¡oh, triste ironía de la suerte! el que lo ofreció todo, placeres de una vida cómoda, fortuna y vida a la amada del corazón, no pudo contemplarla victoriosa.

¡Muerto el Blasco revolucionario! ¡Muerto cuando más lo necesitaba España!

V. MARCO MIRANDA.

Lo que dice y lo que ofrece Mariano Benlliure

El notable escultor valenciano Mariano Benlliure, ha remitido a nuestro compañero Julio Giménez la siguiente carta:

«Mi querido amigo: Con muchísimo gusto cumplo la promesa que le hice en mi carta anterior. Ahí le envío una fotografía del busto del inolvidable Blasco Ibáñez que tengo en el estudio y otra fotografía de un dibujo que le hice hace muchos años y que, como verá, se lo he regalado y dedicado a mi hijo Mariano.

Respecto a las cuartillas que me pide... ¿qué voy a decirle? Me sería imposible expresar la enorme admiración que siempre he sentido por nuestro gran Blasco Ibáñez. Nos unía una amistad fraternal. He seguido toda su obra paso a paso, conforme iba saliendo de sus manos, casi en el original, mejor dicho, casi en el pensamiento, conforme la iba conociendo. Le vi escribir materialmente sus mejores novelas y también vivirlas. En la época de su más intensa actuación parlamentaria, frecuentó mucho mi estudio de la Glorieta de Quevedo, donde continuamente teníamos comidas y reuniones, a las que asistían Sorolla, Morote, Salmerón, Canalejas y otros políticos, escritores y artistas.

MI admiración a Blasco Ibáñez va, además, unida íntimamente a mi amor a España y a Valencia. La pluma de Blasco Ibáñez es para mí como el pincel de Sorolla; han sido los que mejor han sabido llevar al Arte el color, la luz, el ambiente y la emoción de nuestra privilegiada y querida tierra.

Tendría la mayor satisfacción en unirme de algún modo al homenaje que Valencia tributa a Blasco Ibáñez. Yo ofrezco gustoso ese busto, cuya fotografía le envío, que modelé en esa época de que le hablo en mi estudio de la Glorieta de Quevedo. También podría, sino, modelar una medalla para conmemorar el homenaje y ser repartida entre entidades y demás elementos culturales.

Con un abrazo para todos los compañeros de Redacción, le envío uno fuerte para usted, su muy amigo y paisano

MARIANO BENLLIURE.

Un sentido recuerdo a Julio Blasco

Del matrimonio con doña María Blasco, tuvo don Vicente otro hijo: Julio Blasco, culto, simpático, de gran talento, que murió en plena juventud y a quien no sólo idolatrabán sus hermanos, sino cuantos le trataban.

En este día que viene su padre a reposar aquí el sueño eterno, evocamos a Julio, que no desaparece de nuestro corazón.

De Helene Vacaresco

—Admiré y quiero a mi gran amigo Blasco Ibáñez. Gracias por haber pensado en mí.

De José Caillaux

—Ya se comprende que el Comité que se forme para honrar la memoria del gran escritor Blasco Ibáñez, al que profesé en todo tiempo la más viva admiración, puede disponer de mi nombre.

La Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Valencia

Nos complacemos en dar a conocer el lujoso y bello palacete adquirido por esta entidad en la calle del Pintor Sorolla, donde quedan instaladas definitivamente sus oficinas de modo conveniente y con aquel rango que la importancia de la Cámara requiere, para seguir prestando a las actividades valencianas, con su asiduo y bien orientado trabajo, aquellos relevantes servicios que fueron siempre la característica más saliente de esta entidad.

Tras este baluarte, marco adecuado a su importancia y representación oficial, seguirá facilitando más ordenadamente la defensa y protección a sus asociados, así como los infinitos intereses generales que con sus informaciones prácticas y bien orientadas contribuyen al desarrollo de la industria y el comercio, interviniendo eficazmente en todos aquellos problemas que afectan a la vida económica de nuestra región con la máxima diligencia e interés.

Puede asegurarse que ni un solo latido de la vida regional e incluso nacional, en lo referente a todos aquellos intereses que les competen, escapó al estudio de las distintas secciones de la Cámara, traduciéndose siempre en éxitos ante los poderes públicos, en folletos y asambleas, que en estos últimos tiempos en que la legislación vigente tenía que sufrir enormes modificaciones para adaptarla a las corrientes modernas, la Cámara de Comercio, In-

dustria y Navegación, de Valencia, realizó infinitas gestiones de sumo interés, quedando patentes su eficacia y la capacidad de sus dirigentes, al obtener de los poderes públicos resolución favorable para muchos asuntos de gran interés regional y local.

Uno de los últimos trabajos

realizados por la Cámara y que nos mostraron muy complacidos, es un folleto recientemente editado, de capitalísimo interés para la región, con el título: «La provincia de Valencia en 1931. Extensión, población, riqueza agrícola e industrial y aspiraciones, según información suministrada

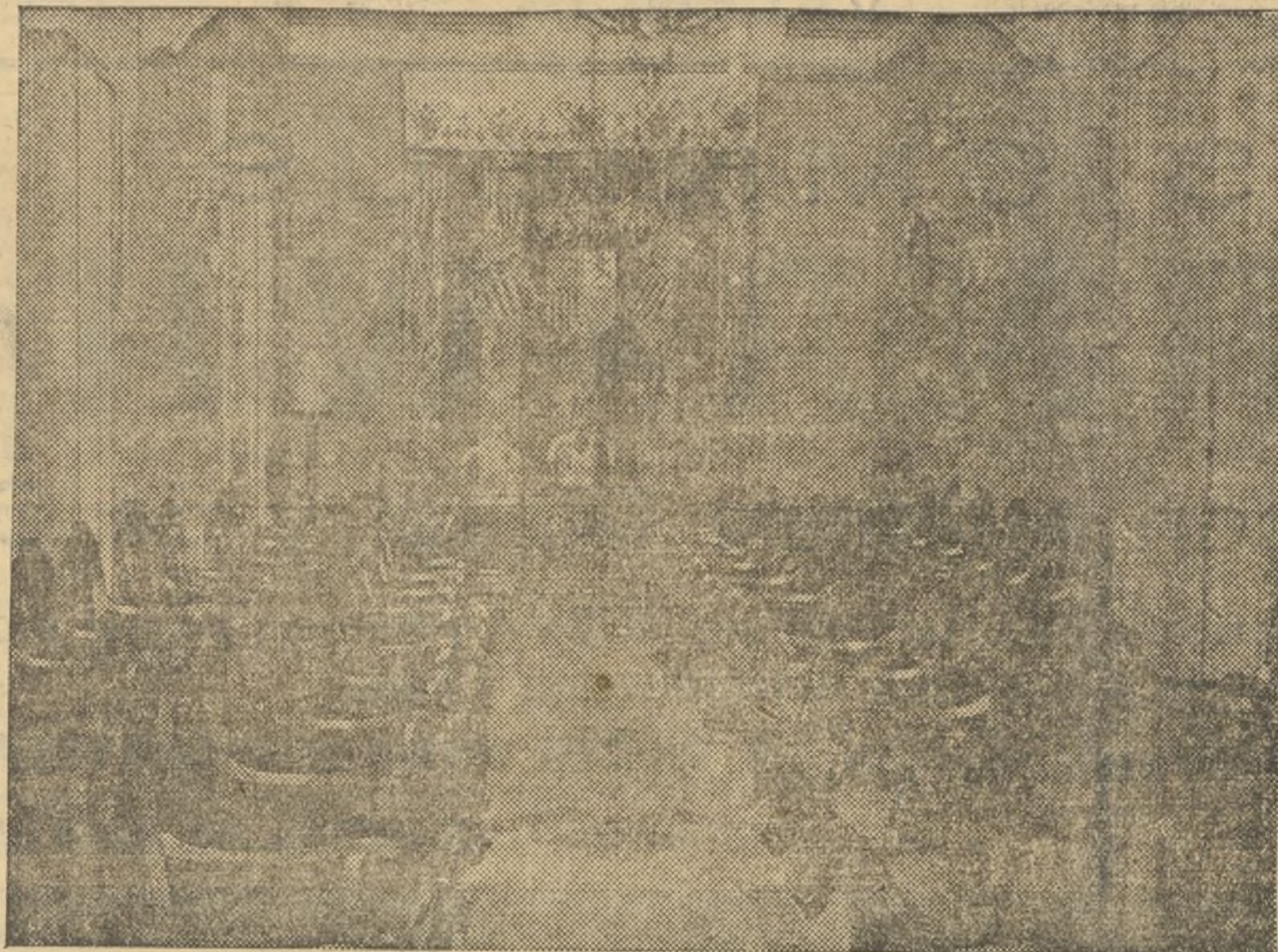
por los ayuntamientos y datos de la Cámara», en el que se hace un estudio analítico de las necesidades y conveniencias de la provincia en su conjunto, y en particular, de cada uno de los municipios que la integran, a fin de obtener, por cuantos medios estén a su alcance, sean atendi-

dos para la mayor prosperidad del país.

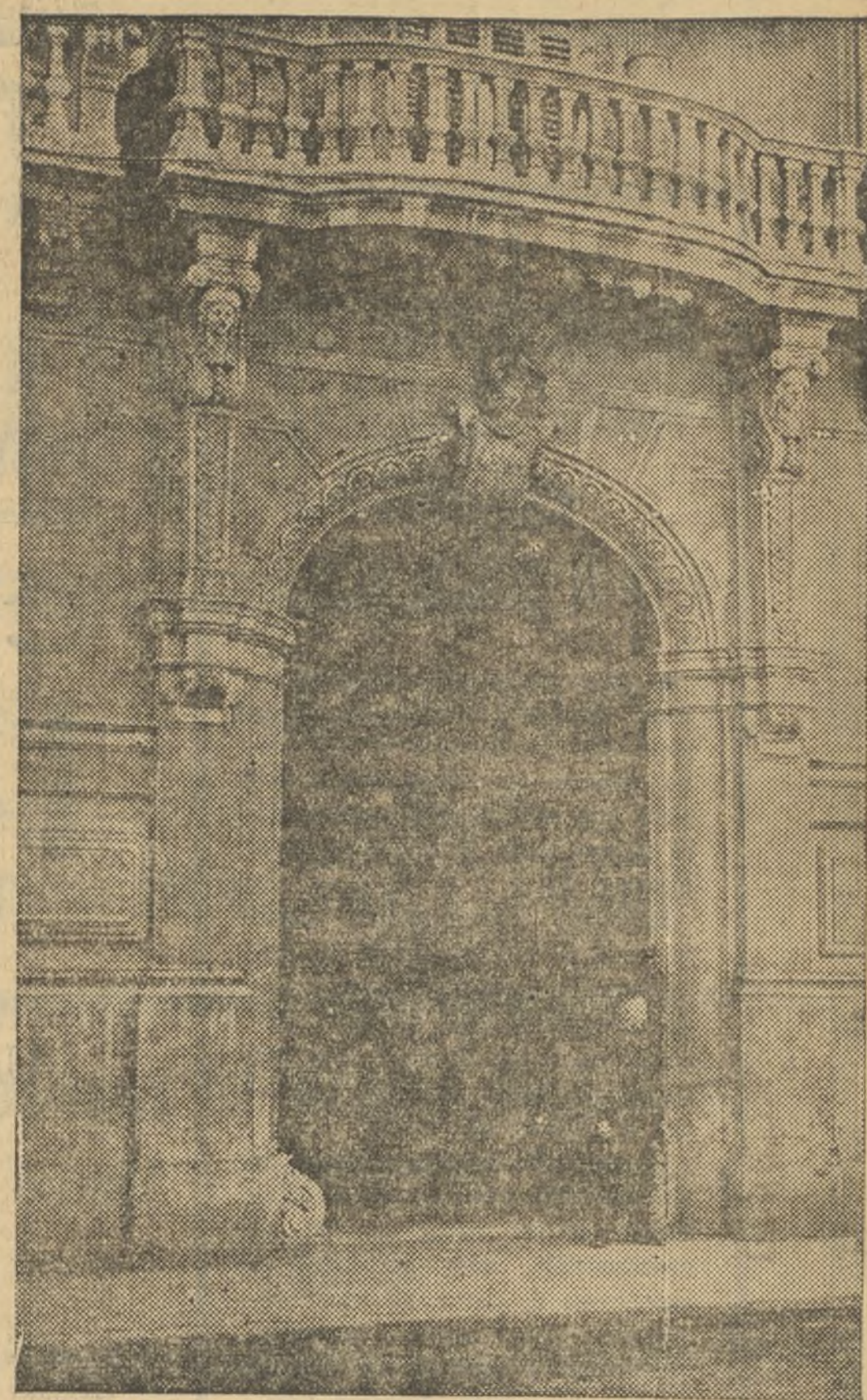
Una estadística de tal envergadura es la primera que se ha hecho en España, y bien pudiera servir de modelo para aquellas otras regiones que quieran conocer la situación verdad y riqueza de sus pueblos, sus actividades, las aspiraciones y posibilidades con que cuenta, para, de este modo, poder orientarlos, encauzarlos y organizar todas las energías dispersas, a fin de que rindan su beneficio.

Pues cada uno de los cuestionarios, los ayuntamientos determinan, con toda exactitud, el estado de cada pueblo, su producción detallada, sus necesidades y aspiraciones, traducidas en carreteras, puentes y caminos vecinales, alumbramientos de aguas, etcétera, y escuelas y centros culturales, que acreditan un orden moral muy interesante, así como un ansia de progreso, al que tienen perfecto y legítimo derecho.

Por ello son dignos de toda alabanza, del más caluroso elogio, ya que lo han ganado en buena lid, y muy especialmente al presidente don Antonio Noguera, que abandona en gran parte sus numerosos negocios para dedicar a la Cámara la máxima actividad, sin arredrarle los sinsabores que lleva consigo la actuación pública, los que encuentra sobradamente compensados al laborar por el engrandecimiento de Valencia, para cuyo fin no regatea sacrificio.

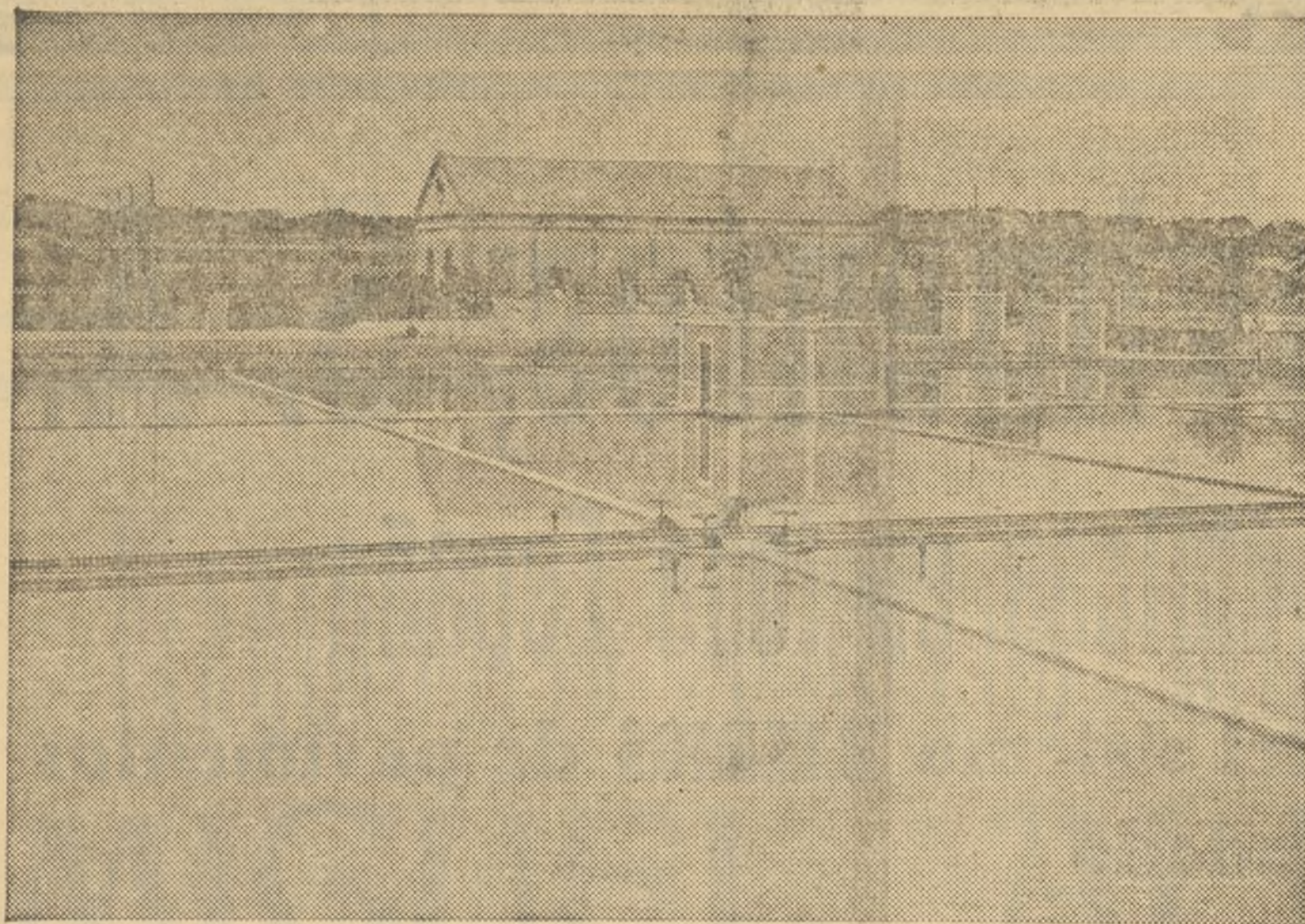


Suntuoso salón de actos de la Cámara

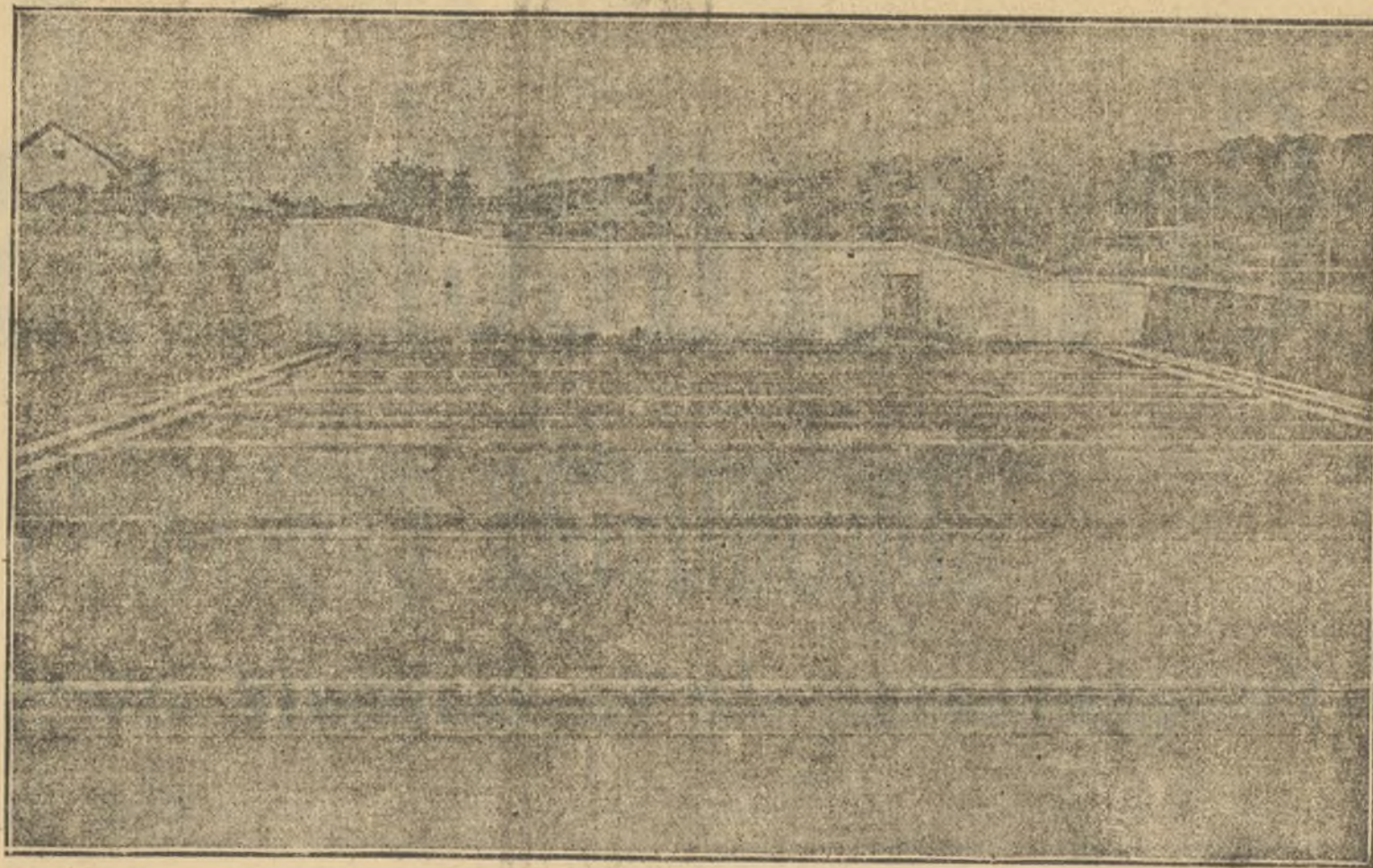


Entrada del Palacio de la Cámara de Comercio

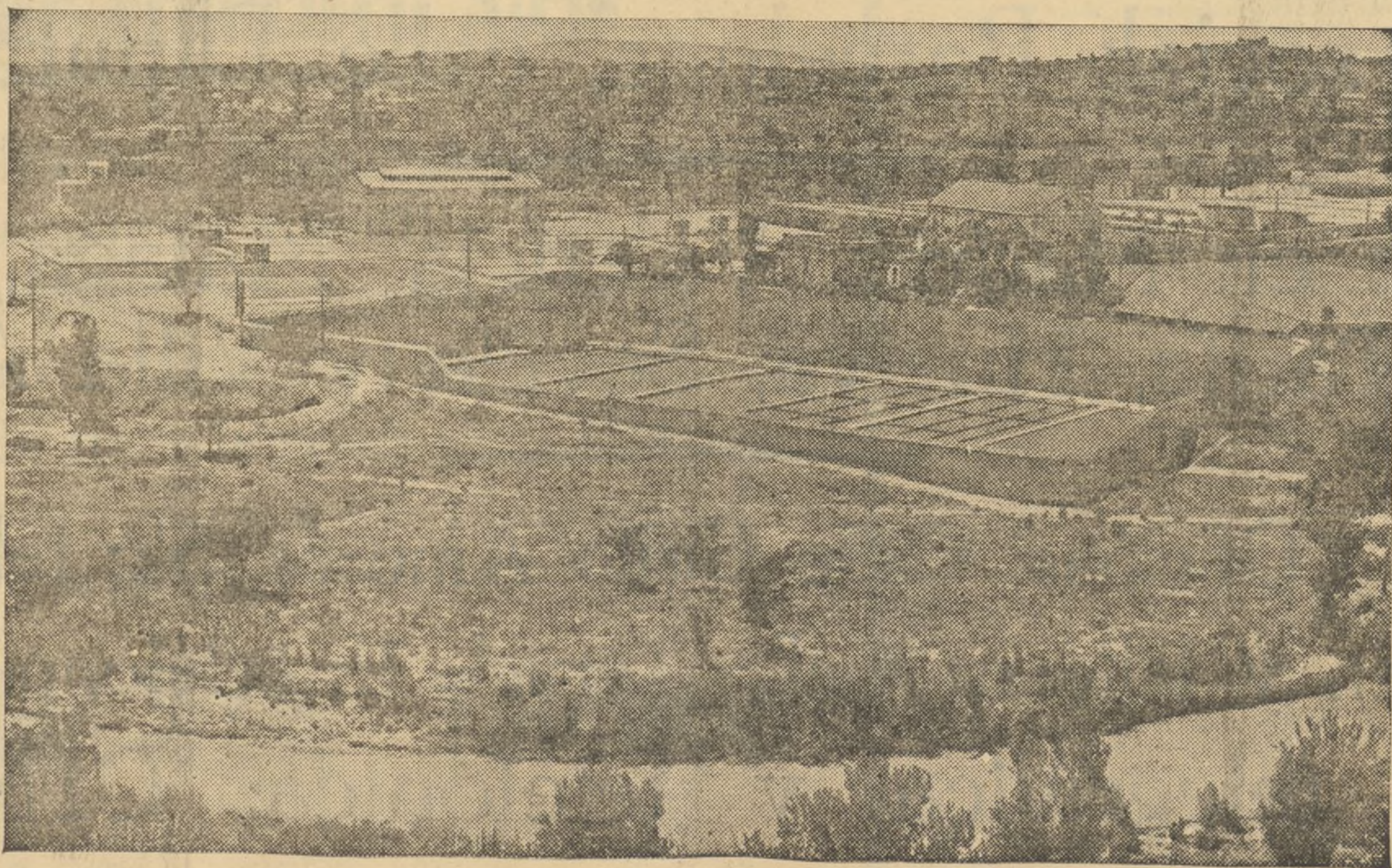
El abastecimiento de aguas potables de Valencia



FILTROS



BALSAS GRANDES DE DEDANTACION



VISTA GENERAL DE LA PRESA

MOTOR
INDIANA
TRUCKS**El secreto del
valor intrínseco del
INDIANA**

Si usted pudiera desarmar un camión Indiana—y examinar cada pieza con ojo perito y exigente—no creemos que usted podría sugerir una modificación que le diese mayor valor intrínseco por el precio.

Entonces comprendería usted por qué el Indiana, desde los comienzos de la industria, ha creado una aceptación siempre creciente entre los hombres que TIENEN que tener BUENOS camiones a precios MODICOS.

También se enteraría usted de por qué es merecidamente el PRIMERO en su categoría. En su construcción, sólo se emplean las piezas de fama ya reconocidas, tales como: Motores Hércules. Embragues y cambios de marcha Brown-Lipe. Ejes traseros Timken. Ejes delanteros Shuler. Frenos hidráulicos Lockheed. Mecanismos de dirección Ross, de leva y palanca. Juntas universales Spicer. Carburadores Stromberg. Ruedas Budd. Radiadores Young de tubos chatos.

Todas estas marcas son reconocidas como STANDARD donde quiera que se usen camiones.

S. Y. V. A., S. L.

- - DISTRIBUIDORES GENERALES PARA ESPAÑA - -

FELIX PIZCUETA, 13

- - VALENCIA - -

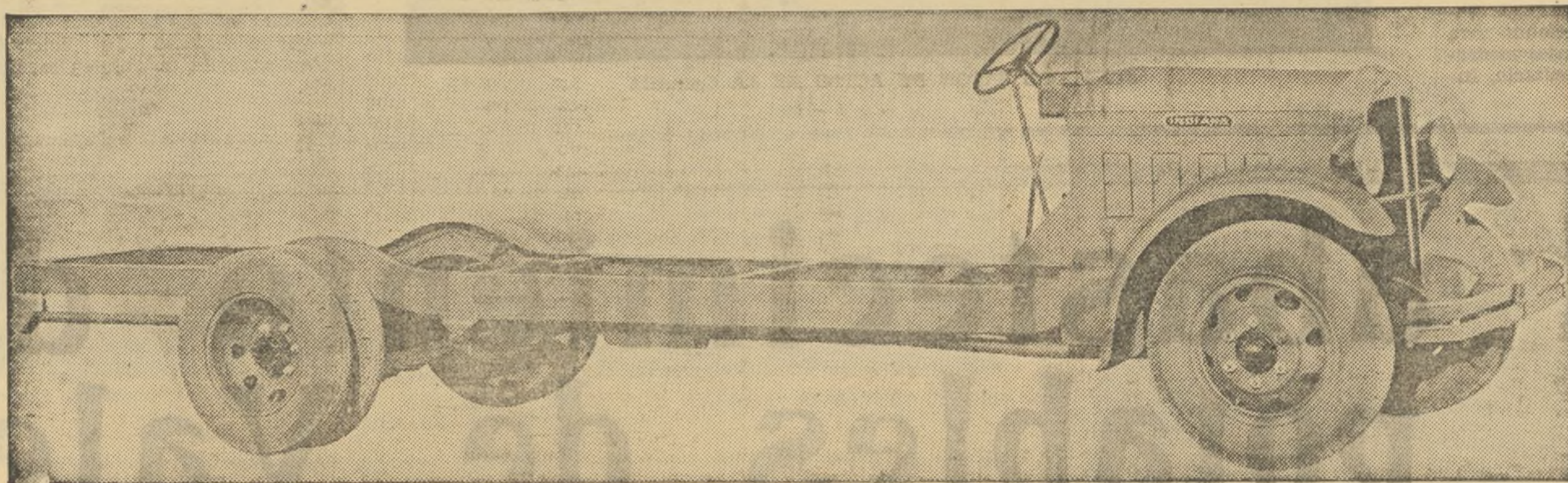
TELEFONO 12576

CHASSIS OMNIBUS**INDIANA - WHITE****Equipados con motores Diesel y de Gasolina**

Una ANTIGUA marca americana que vuelve a ser NUEVA y bate su propio record, colocándose a la cabeza de la producción y venta

Construïdos y garantizados por LA WHITE COMPANY-CLEVELAND

SERVICIO DE PIEZAS DE RECAMBIO GARANTIZADO

**Construcciones y Pavimentos, S. A.****Contratistas generales de obras públicas en toda España****Propietarios de la patente número 92.329 del sistema BARRIOS de pavimentos de hormigón blindado****Domicilio social: Barcelona, calle Diputación, 239****Sucursales en Madrid, Valencia, Málaga, Córdoba, Zamora, Tarifa, Huelva, Sevilla y Villa Alhucemas****VALENCIA - Oficinas: Calle Cirilo Amorós, 52; teléfono 12.106****Almacén y talleres: Calle Teruel, 11; teléfono 17.953****Dirección telegráfica y telefónica: CIMENFER**

UN CUENTO EN LA OFICINA

(Paisajes de la juventud)

Cuando yo era joven, casi un muchacho, trabajaba en el escritorio de una fábrica de mi pueblo.

La población era muy pintoresca, en una alta planicie, rodeada de grandes montañas y de caminos que iban al otro lado de la divisoria. Las alamedas a la orilla del río tenían una belleza exquisita de soledad. Yo paseaba en los anocheceres precisamente cuando los pocos paseantes del campo regresaban a las soportales de la villa. Era el momento indeciso de llegar la noche lo que tenía para mí corazón una misteriosa belleza en las alamedas solitarias de aquel río y por allí solaba yo los cuentos que escribía para el periodiquito de la localidad. En la oficina yo era el último de los empleados y tenía la obligación de acudir el primero y de salir el último. Yo cerraba a la una y media y subía la llave a la casa del propietario del negocio que la tenía, maravillosa para mí entonces con los dos pisos del inmueble que estaba en la plaza de la villa romántica. Esto de ser el último de los empleados, y serio, a la vez un joven aficionado a leer y escribir me tenía el corazón un poco entristecido. Lo bastante precisamente para sostener la necesaria tensión poética de un joven que aspira a ser escritor.

El último puesto en la oficina me obligaba a varios menesteres voluntarios, unos, y de mi cargo y responsabilidad otros. Por ejemplo. Yo salvaba en muchas ocasiones a uno de los viejos empleados, pues el pobre se emborrachaba habitualmente y no podía cumplir muchos días con su obligación. Yo era el encargado de llevar notas y advertencias a la administración de la fábrica, adonde se iba cruzando el río por un puente de madera, cerca de un molino rodeado de sauces, de campo, de arroyuelos que bajaban de la presa.

En la fábrica veía la tragedia del trabajo infantil pues ayudaban los chicos de trece y catorce años en la tarea de producir objetos de cristal. Esta misión de los niños en el trabajo, en los días de mucho calor o en los días de lucha con la nieve en las calles me enternecía como si fuera el hermano mayor de aquellos obreros.

En razón también de ser el último empleado de la oficina yo me quedaba casi solo en ella des-

de las once y media hasta cerca de las dos.

Los empleados de más categoría iban marchando poco a poco y yo aprovechaba aquella hora para escribir mis cuentos. Realmente yo acababa mi trabajo, y a veces el del pobre empleado viejo y borracho para las once y media o las doce y desde aquel momento me aplicaba disimuladamente a mi literatura o leía, teniendo mucho cuidado de que no me vieran o escribía en las vueltas de los sobres usados como fingiendo operaciones de matemáticas. Todos mis cuentos de aquella época fueron escritos así.

Un día publicó el periodiquito un cuento que yo había titulado: «El Prensapapeles». Era el prensapapeles una mano auténtica de mujer. Se trataba de un médico que de estudiante había querido a una mujercita preciosa, y que un día volvió a hallarla muerta en una mesa de autopsias. Como las manos de aquella novia le habían impresionado tan amorosamente el corte de una de aquellas manos bellísimas, la embalsamó como un artista y la engar-

zó en oro, para tenerla en su mesa y verla y acariciarla siempre.

El médico era viudo y vivía solo con un hijo. Un día, el niño, recién puesta la mano en prensapapeles sobre unas cartas que aquellas mismas manos habían escrito, corrió asustado llamando a su papá porque la mano había hecho una caricia al chiquitín...

Sea porque yo había puesto todo mi pobre arte en hacer el cuento, sea porque la descripción de aquella mano había conmovido a todos de un hondo sentimiento de belleza, el caso es que, en fin, dijeron algunos señores que mi cuento era muy bonito. Llegué a saber también que algunas muchachas de la villa habían dicho que era un cuento encantador.

Eran los días de Julio y había llegado ya a casa de mi jefe uno de sus hermanos con las dos hijas. Yo iba hacia la fábrica a llevar una nota de administración y en el puente de madera tuve que cruzar con aquella familia. Pensé pasar tímidamente, casi inadvertido; pero el hermano del jefe me detuvo y me vi en medio de aquella familia distinguida todo acobardado. Me dijeron:

—Es muy bonito el cuento de esta semana.

Me dieron la mano todos saludándome y bajo la sombra en que estábamos sobre el río, la mano de la hija mayor vino hacia mí en un claro de sol... Tenía yo 19 años, ganaba muy pequeño

suelo; vivía como jefe de familia entre mi madre y mis hermanos... Aquellos señores habían conocido a mi padre que se había muerto en el trabajo de la oficina. Aquel paisaje, eran mi propia vida. Se comprenderá, pues la gran emoción de aquel momento para un pobre muchacho como yo. Salvo la muerte en casa nunca he pasado por una intensidad de vida interior como la de aquel día entero.

Uno de los siguientes yo estaba en mi pupitre, a la una de la tarde leyendo, ya en la soledad de la oficina. Me pareció haber oído un ligero rumor de pasitos en la escalera. Otro día en el mismo silencio, también oí un rumor que no parecía de ser viviente, es decir, que daba más bien una impresión de sombra o de perfume, una sensación de que algo había en torno, muy alado y sutil. La puerta de entrada a la oficina estaba a la izquierda de la escalera de la casa; después, ya dentro del escritorio había una mampara de madera pintada de blanco y una ventanilla para despachar el cajero. Al lado de la ventanilla había una carpeta negra, de piel, para firmar sobre ella. Yo trabajaba aquel día con una emoción de lágrimas en un cuento que se titulaba «El carterero», cuyo asunto era la conmovedora emoción de hermano mayor. Oí dar en el reloj de la plaza la una y media y me levanté para cerrar y subir la llave. Al volver la cara, vi que sobre la carpeta de la ventanilla del cajero había una mano maravillosa como la del prensapapeles, blanquísima, sin alfileres; mano maravillosa que era como yo elogiar a la divina hermosura de aquella manita de mi cuentecillo. Engarzada en oro también porque en la muñeca resplandecía una pulsera. Fue un minuto de maravilloso ensueño y yo vi claramente, serenamente, desaparecer seguidamente, la mano de sobre la carpeta negra de piel y yo oí también claramente, el rumor alado y sutil, la impresión de que había cerca de mí una sombra o un perfume que vivían.

Guardé mis cuartillas, o mejor dicho, mis sobres usados, con el nuevo cuento para el periodiquito. Cerré, subí la llave y llamé con no sé con qué esperanza en la puerta.

—Va usted muy tarde a comer. ¿Por qué no cierra otro empleado la oficina?—me dijo la hija mayor.

Y una manita resplandeciente con muñeca de oro recogió la llave como a la puerta de un palacio encantado.

Ramón SANCHEZ DIAZ.
(Prohibida la reproducción.)

HOTEL VICTORIA

Barcas, 4 - VALENCIA

TELEFONO 11.360

Dirección telegráfica: VICTOREL

Propiedad de Hoteles Unidos, S. A.
La mayor organización hotelera en España

Se complace en recomendar a usted los siguientes establecimientos de su propiedad y que en la actualidad se hallan bajo su dirección

Barcelona	—Hotel Oriente. Hotel España.
Tarragona	—Hotel Europa.
Valencia	—Hotel Victoria.
Alicante	—Hotel Palace.
Sevilla	—Hotel Madrid.
Alcázar de Guadaira	—Hotel Oromana.
Cádiz	—Hotel de la Playa.
Bilbao	—Hotel Carlton.
San Sebastián	—Hotel M. ^a Cristina.
Granada	—Hotel Alhambra Palace.
Sitges	—Hotel Playa de Oro.

Maquinaria - Hierros - Metales

MIGUEL ALEIS

Sucesor de Francisco Aleis

Tornos mecánicos - Maquinaria para taladrar - Yunque y tornillos banco Bombas para riego - Tuberías - Carrioles de diferentes perfiles - Hierro cortado a medida para herraduras - Clavos para herrar - Corte de planchas a tijera

Gran Vía Ramón y Cajal, 29 y 31. - Valencia
TELEFONO 11.113

¡Una vez fui valiente!

Si la cobardía consiste en falta de ánimo para provocar cuestiones con nuestros semejantes y en sobre prudencia y de paciencia para hacer caso omiso de las frases impertinentes de los necios o de las provocaciones de los camorristas, confieso que yo he sido en mi niñez un cobarde y que después he seguido siéndolo.

Mi cobardía quedó bien acrecentada cuando yo contaba ocho años... Lo recuerdo muy bien. En cada una de las secciones en que estaba dividido el funcionamiento de la escuela elemental, había un "valiente", es decir un chico que por sus felices disposiciones para imponerse a los demás con sus amenazas y con sus puños, había conquistado aquel título.

El valiente de la sección a que yo pertenecía estaba envanecido de su superioridad y tenía, por lo visto, especial empeño en hacerme sufrir todo el peso de ella, ¡a mí, que siempre le miraba con respetuoso temor y que nunca me atreví a contradecirle ni a probarle de sus frecuentes burlas... ni siquiera de los coscorrones con que alguna otra vez tenía a bien obsequiarme!

Llegué a ser la más predilecta víctima de los malos instintos de aquel muchacho, que venía a tener la misma edad y la misma estatura que yo, y que me cogió como instrumento de sus travesturas atentatorias a la disciplina de las clases y a la autoridad y respetabilidad del viejo maestro, acérrimo partidario de los duros castigos que se aplicaban hace cincuenta años en la vida escolar.

Por diabluras que yo cometía obedeciendo las órdenes y las instrucciones de mi camarada y por diabluras que cometía él y de las cuales me acusaba, sin que nadie se atreviera a testificar en favor mío, quedábame yo sin ir a casa a comer un par de veces a la semana y otras tantas veces recibía en las nalgas, previamente descubiertas o en las palmas de las manos o en los nudillos, "que era lo más doloroso", una regular ración de palmateos... Y de vez en vez, sufría un castigo que me producía verdadera angustia: el de permane-

cer durante media hora con los brazos en cruz, pendientes de las muñecas dos carteras llenas de libros, y de rodillas, no sobre el suelo, sino sobre un saquito en cuyo interior, perfectamente alineados, para producir su doloroso efecto, había un buen puñado de garbanzos, martirizadores.

Una tarde, al salir de la escuela, pasó ante nosotros una mendiga de la que la suciedad, la miseria y la idiotez habían hecho un sér repugnante. La conocíamos con el nombre de La Tiñosa, y algunos de mis compañeros llevaban su falta de compasión, su maldad mejor dicho, hasta el extremo de acorralarla, pronunciando a gritos aquel apodo y dándole empujones y hasta disparando sobre ella piedrecitas con el tiragomas.

El valiente sintió ganas de insultarme y encarándose conmigo, ante un grupo de muchachos que no tomaban parte en la brutal diversión, me dijo:

—Tu madre, también es una tiñosa.

En mi sangre, en mis músculos, en mi espíritu, produjeron estas palabras una revolución. La vergüenza y el horror de ver a mi madre comparada con aquella mujer y de pensar que mis compañeros podrían figurársela con un aspecto tan desastrosos, tan repulsivo, ¡a ella, tan limpia, tan risueña, tan hermosa!... me trastornaron por completo.

Me abalancé al valiente que, claro está, no esperaba mi ra-

biosa acometida; le tumbé de espaldas sobre el suelo y comencé a descargar puñetazos sobre su rostro...

—Déjame—gritó él con voz angustiosa—: ya sé que me puedes! —Déjale ya!—exclamaron algunos de mis compañeros.

Al mismo tiempo que sentía compasión me asaltó la idea de que si le dejaba libre me devolvería grandemente aumentados los golpes que le daba. Seguí pegándole y mi mano se manchó con la sangre que brotaba de sus narices.

Nos separaron, y un miedo cerval se apoderó de mí... Un miedo que quedó reemplazado por el asombro, al ver que mi con tricante echaba a correr llorando, en vez de acongojarme y dejarme hecho una lastima.

Miré a mis compañeros y en sus ojos y en sus actitudes leí la profunda admiración que les causaba mi valentía, el respeto con que habían de tratarme desde aquel momento. Al día siguiente, fingí un fuerte dolor de cabeza y mi buena madre no me dejó salir de casa. Dominábame el dolor de que mi enemigo tomara el desquite y me diera una soberana paliza. Temores infundados, porque el valiente me consideró desde entonces como invencible y buscó mi amistad con frases cariñosas.

Por una sola vez en mi vida —y tengo ya setenta y dos años— he sido valiente... Para volver a serlo, hubiera sido necesario que ofendieran nuevamente a mi madre (que en gloria esté), cosa que, por fortuna, no ha vuelto a ocurrir.—T. C.

Gran armería y bazar

Eduardo Altarriba

(Antes Schilling)

Calle de la Paz, números 11 y 13
Teléfono número 11.706

Valencia

JOSE ANTONIO NOGUERA, S. A.

Gran Vía, 12
VALENCIA

IIII

Teléfono núm. 14.530 -- Apartado de Correos núm. 9



Fábrica de aceites
Aceite de Coco
Aceite de Linaza
Aceite de Ricino
Aceite de Colza
Aceite de Maní
Manteca de Coco para uso comestible
Pastas alimenticias para ganado
Turtos para abonos, de Ricinos y Colza
Glicerinas

Fábrica de superfosfatos y productos químicos

Guano confeccionado marca La Noguera, para toda clase de cultivo.

Sulfato de Amoníaco. Sulfato de Potasa. Sulfato de Hierro. Sulfato de Cobre. Sulfato de Sosa. Sulfato de Zinc. Nitrato de Sosa. Cloruro de Potasa. Fosfato de Sosa. Bisulfato de Sosa. Ácido Sulfúrico. Ácido Clorhídrico. Ácido Nítrico. Superfosfato de Cal y de Hueso.

Gran Vía, 12 - Valencia

La mujer en París La mujer elegante lleva...

...Muchas capas a todas las horas del día.

...para el deporte, un vestido de género sastré en tweed a cuadros con una capota sujetando las espaldas y abierta sobre un chaleco de terciopelo o de algodón unido.

...para las mañanas, sobre un vestido de lana fina, chaquetita de castor con mangas anchas.

...para principio de tarde sobre sus vestidos sencillos una "visita" rodeada de renard u otra piel por el estilo.

...para la tarde, una capa de paño como un capuchón que se puede hacer también de terciopelo.

...sus sombreros son de maneras muy diversas lo mismo muy metidos de la parte de adelante para abrigar la mirada y alargar el perfil, que echados hacia atrás para dejar libre la frente. Se suelen hacer de piel de suecia unas gorritas que dan una elegancia exquisita a la mujer que las lleva. También, pueden ser hechas de fieltro.

...para la ciudad unos guantes de lanilla con pelo en azul, ardiente; o bien en gris de tono medio, cuya palma es de suecia, color negro.

...para los vestidos de mañana. los echarpes de lana con pelo en tejido gro-gro y del mismo color que los guantes, dan una vistosidad y una elegancia no en desacorde con la femineidad exquisita que caracteriza a las mujeres.

...todos los echarpes son anudados cerca del cuello como si fueran verdaderas corbatas de caza y van rematados con un alfiler de dos cabezas, un aderezo de turquesas o una barra larga o de metal o de madera labrada.

...la nueva moda ha recogido unos preciosos bolsillos especiales que ella ha echado en su saco para traerlos a nosotros y ofrecérselos. Son hechas en antepe y se cierran por medio de una cinta plateada o de cualquiera otro color que haga juego con el bolsillo, a la vez que con el vestido, forman un conjunto agradable, o también se suelen cerrar por medio de esas cerraduras de metal llamadas «cremallera» que tan prácticas son y tan elegantes resultan.

...en la tarde, para el restaurant, para el teatro o para conciertos se usa un elegante vestido de satén brillante o de terciopelo negro con mangas largas y ajustadas en las muñecas cortadas de un modo irregular y dando al brazo la forma de una serpiente voluptuosa. Además se usa una especie de corbata anudada al cuello, pero por encima del vestido que se sujeta detrás, en la espalda por un lazo, cuya caída resulta muy graciosa.

...al vestido anteriormente dicho, se le puede añadir un cinturón de la misma tela, pero sin anillo, que da más esbeltez al tallo; con este vestido se lleva un sombrero del mismo género y de una forma que se asemeja a una gorrita.

...sobre sus trajes de principio de tarde o de noche, se llevan broches en los cinturones y de toda clase de adornos, cuanto más grandes y más brillantes, mejor, pues este año, parece indicar que estamos en el imperio del níquel.

COQUELICOT.

La limosna necesaria

Marcha el niño sucio y harapiento por las calles de la gran ciudad... Con la expresión alegre de su mirada, en la que se refleja infantiles anhelos de correr, de jugar, de jugar con todos los niños que encuentra a su paso, trastornan de un modo notable el encogimiento seguramente forzado de su endebles querecillo y el sonsonete triston—forzado también—de su voz que implora la limosna de los transeúntes...

Una limosna para su madre enferma, o para su padre, que se cayó de un andamio y está en el Hospital... o para él, que tiene mucha hambre, pues no ha comido desde el día anterior! Lo de su hambre, tal vez es cierto, aunque no sea tan atrasada como él la pinta. Los otros tristes motivos son, sin duda alguna, bien aprendidas lecciones de los que le lanzaron a la mendicidad callejera y explotaron, con esa pobre criatura, el sentimentalismo de las personas mayores...

Resuenan angustiosas y resonantes las salmódicas súplicas que salen de la boca del niño sucio y harapiento... Y muchas personas ponen en sus manos, compasivamente, monedas de cobre y se alejan pensando que han aliviado una desgracia y saboreando tal vez el goce moral que acompaña siempre a un cristiano deber cumplido...

¡Por Dios, que no es esa la limosna que el niño necesita!... A ese pedreguño infantil, le hace falta, muchísima falta, limosna de cariño, limosna de amorosa protección, limosna de educación, de instrucción, de ideas nobles que le impulsen por el camino de la honradez laboriosa, apartándole de la vagancia y que él siga y por la cual va derecho a la delincuencia...



EFFECTOS NAVALES

José Valls, antes TOVACABO

MUELLE, 12—GRAO (Valencia) — Teléfono 30.520

Productos «MANO ROJA». Patentes para fondos de madera y hierro. Esmaltes, Barnices, Pinturas, Aceites, Brochas, Pinceles, e. c., etc. Artículo para pesca, Hilos y Redes, Cables de Acero para pesca y maniobras. Malletas de todas clases, Alquitranes y Estopas

OTRAS NAUTICAS, DE JOSE GARCIA DE PAREDES

BANCO DE VALENCIA VALENCIA

CAPITAL AUTORIZ. DE: 50.000.000 de pesetas

CAPITAL SUSCRITO: 20.500.000 » »

Dirección telegráfica y telefónica: VALGASANT

Filial BANCO DE CASTELLÓN: Castellón

SUCURSALES Y AGENCIAS:

Alberique, Albocácer, Alcira, Alcora, Alcudia de Carlet, Algemesí, Alginet, Benaguacil, Benifayó, Benisa, Buñol, Burriana, Callosa de Ensañá, Carcagente, Cullera, Chelva, Denia, Játiva, Gandía, Liria, Lucena del Cid, Manuel, Masamagrell, Moncada, Morella, Nules, Oliva, Onda, Onteniente, Pedreguer, Pego, Puebla Larga, Puzol, Requena, Sagunto, Simat de Valldigna, Sollana, Sueca, Tabernes de Valldigna, Turis, Utiel, Vall de Uixó, Villafraña del Cid, Villarreal, Villanueva de Castellón

Agencias del mismo: Almazora y Vinaroz

CAJA DE AHORROS al cuatro por ciento de interés anual, con servicio de huchas

CAMBIO

BANCA

BOLSA

Teléfono 14.420 --- Apartado núm. 5

Alfredo Calderón, núm. 11

VALENCIA

Hierros - Aceros - Vigas
Tubos - Máquinas
Herramientas y Utilaje

Hijo de Miguel Mateu

TELEFONOS 13.000 y 13.009
APARTADO 35

DESPACHO:

Guillén de Castro, 5 al 11
VALENCIA

Dr. Carrió = Asma y bronquitis crónica

Curación radical y definitiva del Asma

Consulta de once a una
SAN VICENTE, 16, Pral.



FRENTE AL PASAJE
RIPALDA

Obran en mi poder, a disposición de quien lo solicite, declaraciones firmadas por muchos enfermos de Asma y Bronquitis, que fueron curados en mi clínica hace más de un año y continúan muy bien, permitiendo asegurar su curación radical y definitiva. A continuación doy detalles de algunas de ellas.

Declaración hecha por doña Mercedes Montes, enferma número 41:

Yo: Mercedes Montes, abajo firmada, de 35 años de edad, domiciliada en Valencia, calle de Pl y Margall, número 82, padecía durante tres años de Asma; consulté al doctor Carrió el 3 de Febrero de 1932, quien me practicó 20 tratamientos en su clínica y me dejó completamente curada, continuando desde entonces hasta la fecha muy bien. Declaración que tengo el gusto de firmar, haciendo honor a la verdad y para bien de la humanidad enferma de tan penosa dolencia.

Valencia 5 de Abril de 1933.

Mercedes Montes

Declaración hecha por la señorita Amparo Artés, de Liria, enferma número 5:

Yo: Amparo Artés, abajo firmada, de 19 años de edad, domiciliada en Liria, calle Rey Don Jaime, 81, padecía de Asma durante dos años; acudí al doctor Carrió el 30 de Diciembre de 1931, y en un mes de tratamiento en su clínica me dejó curada, al parecer radical y definitivamente, pues hace más de un año que me encuentro muy bien. Declaración que tengo el gusto de firmar, haciendo honor a la verdad y para bien de la humanidad enferma de tan penosa dolencia.

Liria 2 de Marzo de 1933.

Amparo Artés

Declaración hecha por don José Colomer, enfermo número 109:

Yo: José Colomer, abajo firmado, de 34 años de edad, domiciliado en Játiva, calle de Pablo Iglesias, número 98, padecía de Asma

durante tres años, calmada con muchos humos, y de Bronquitis durante doce años; consulté al doctor Carrió el 23 de Abril de 1932, practicándome en su clínica 33 curas repartidas en dos meses, dejándome completamente curado, y desde entonces hasta la fecha continúo muy bien. Declaración que tengo el gusto de firmar, haciendo honor a la verdad y para bien de la humanidad enferma de tan penosas dolencias.

Játiva 2 de Abril de 1933.

José Colomer

Declaración hecha por don Salvador Peiró, enfermo número 75:

Yo: Salvador Peiró, abajo firmado, de 44 años de edad, domiciliado en Gandía, en Paseo de Germanías, número 6, padecía Asma y Bronquitis durante catorce años; acudí a la clínica del doctor Carrió el 22 de Marzo de 1932, quien me practicó en su clínica 44 curas repartidas en varios meses, deján-

dome completamente curado, y desde entonces hasta la fecha continúo muy bien. Declaración que tengo el gusto de firmar, haciendo honor a la verdad y para bien de la humanidad enferma de tan penosas dolencias.

Valencia 15 Septiembre de 1933.

Salvador Peiró

Declaración hecha por el señor Ferrer, padre del enfermo niño Enrique Ferrer, enfermo núm. 99.

Yo: Padre del niño Enrique Ferrer, abajo firmado, declaro que mi hijo Enrique, de nueve años de edad, domiciliado en Montroy, Valle del Río, padecía Asma durante seis años; consulté al doctor Carrió el 12 de Abril de 1932, practicándole a mi hijo 35 curas repartidas en tres meses, dejándole completamente curado, y desde entonces hasta la fecha continúa muy bien. Declaración que tengo el gusto de firmar, haciendo honor a la

verdad y para bien de los niños enfermos de tan penosa dolencia.

Montroy 2 de Abril de 1933.

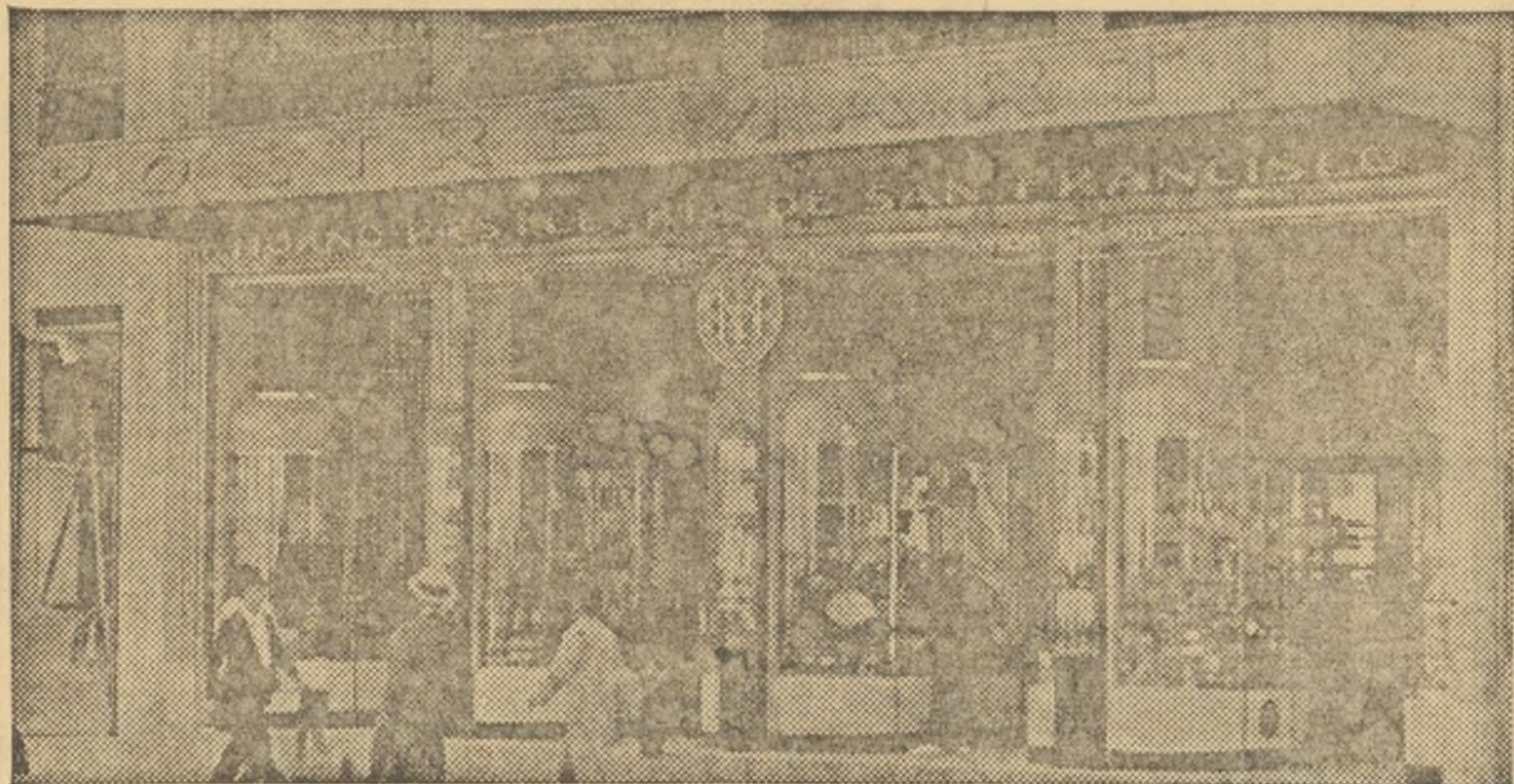
Antonio Ferrer

Declaración hecha por don Bautista Palmer, enfermo núm. 153:

Yo: Bautista Palmer, abajo firmado, de 29 años de edad, domiciliado en Villalonga, calle del Cementerio, padecía de Asma durante diez años; consulté al doctor Carrió en 5 de Septiembre de 1932, quien me practicó 25 curas en su clínica, dejándome completamente curado, y desde entonces hasta la fecha continúo muy bien. Declaración que tengo el gusto de firmar, haciendo honor a la verdad y en bien de la humanidad enferma de tan penosa dolencia.

Villalonga 2 de Abril de 1933.

Bautista Palmer



POSTRE MARTI

AVENIDA BLASCO IBAÑEZ
Teléfono 15.020 :: Valencia

VERMOUTH

KYSSET

EL MAS SELECTO

TOME USTED

Citrato de Magnesía Efervescente
del Doctor TRIGO

Granular y en polvo. Laxante agradable y eficaz

De venta: En farmacias de toda España.

Pavimento PENOLITHIC

La mejor solución para las carreteras españolas



Presupuestos y consultas a

Pavimentos Warrenite-Bitulithic, S. A. E.

PLAZA DE EMILIO CASTELAR, 7

Apartado 119

Teléfono 14.448

VALENCIA

Telegramas:

Bitulithic-Valencia



Carretera provincial de Villanueva de Castellón (Valencia),
pavimentada con PENOLITHIC

PASCUAL MARTINEZ SALA

Fuel-Oil y Gas-Oil
para

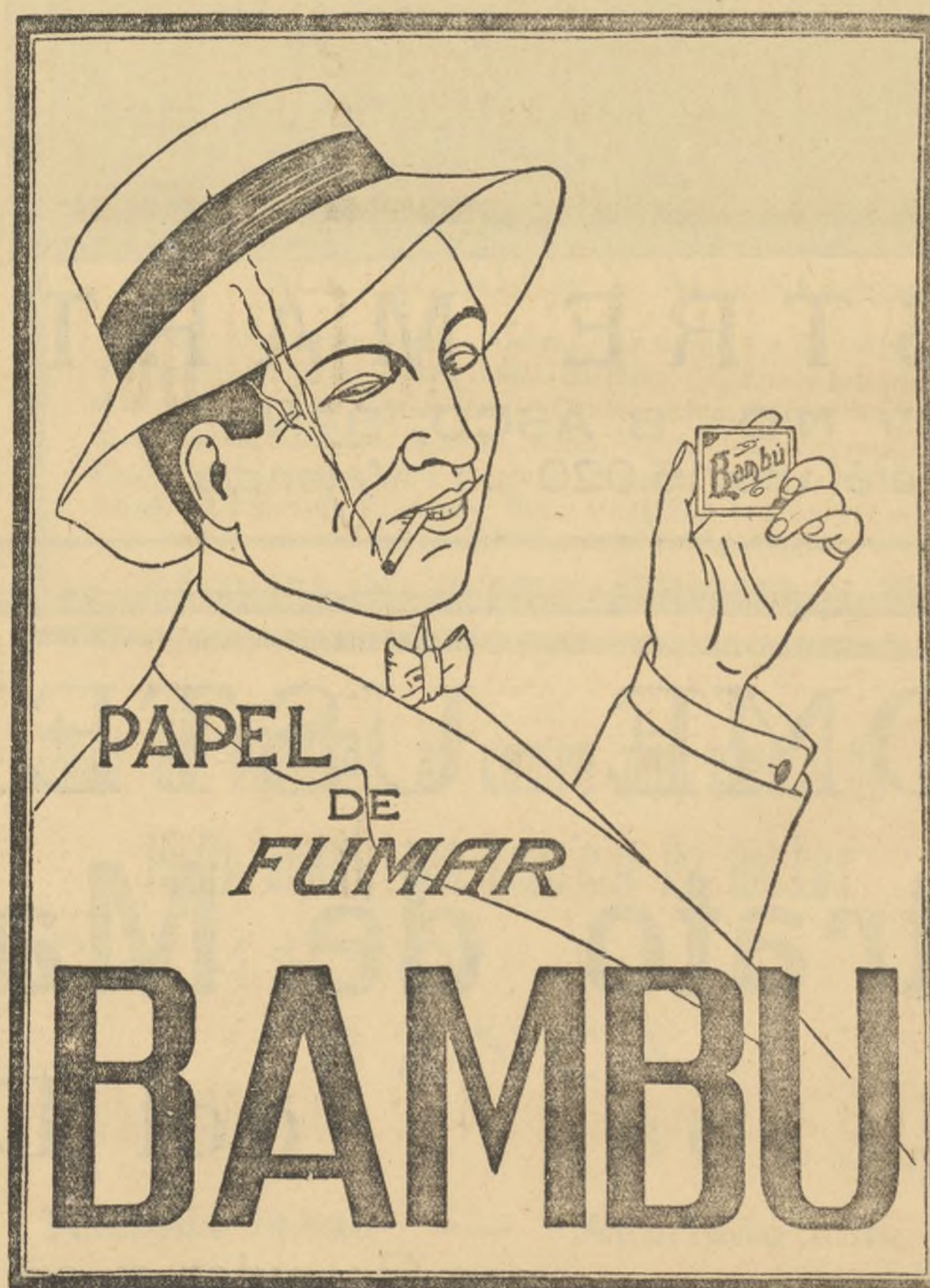
motores Diesel y
Semi Diesel

Lubrificantes y Grasas

TELEFONO 30.727

Avenida del Puerto, 253

GRAO - (Valencia)



La moda ante el invierno

PUNTOS NUEVOS

De las siguientes aparentes contradicciones ha nacido la moda de este invierno. La silueta se afianza, pero se buscan más las formas. Se adelgazan las faldas, pero las caderas se redondean. El busto se hace más amplio, pero las espaldas encuentran su gracia natural. El tallo se afina, pero sin dar un sentido de debilidad. Los cuellos se alzan de una forma algo exagerada, pero sin perder su flexibilidad. Los delanteros son más planos, pero las espaldas son más guarnecidas. La línea se simplifica, pero los detalles se complican...

Vestido de bellas telas, envuelta en ricas pieles, tocada de sombreros atormentados, angulosos, diversos, pero sean los que sean, la mujer encuentra en el otoño, una feminidad abandonada después de varias estaciones. Este invierno la mujer no guarda aquel aspecto masculino que tenía en los vestidos de deporte, de viaje, hechos con amplitud, para que resulten más confortables y que nuestros modistos habían encontrado la forma de hacerlos aunque de sentido masculino, no perdía por eso toda la gracia que acompaña a un vestido femenino de elegancia indisculpable.

Son numerosos los modelos para este invierno de trajes sastre, pero todos están cortados por el mismo modelo (chaqueta con cinturón, cuello alto, falda derecha, lo que les da una elegancia exquisita y un sentido de comodidad no exento de feminidad que no dudamos que satisfará a las mujeres en general). Parece que sólo la clase de las telas les da el destino preciso. (Lanas, lanas de pelo, algodón fuerte, moiré, satén.) También se encuentra en una gran diversidad este año la blusa, desde la camisa de lana hasta las blusas de satén, así como los chalecos tienen ejemplos inimitables, debido a la cantidad de modelos

con que los modistos nos han obsequiado.

Se puede decir que todo esto que tiene cierta semejanza con los chalecos y tales como la coraza, el ajustado, todo esto que oprime el busto y deja las mangas libres, son de otra tela fuerte y diferente que tienen gran aceptación. Cerrados por delante, de lado, por las espaldas, hechos en satén, en pieles, en oprimán, en tela picada, en tela de punto, son tan lindos sobre un vestido como sobre una blusa. Muy a menudo llevan mangas de otra clase de tela, lo cual les da una diversidad de aspecto que resulta muy vistosa.

Muy simples, de un estilo muy limpio son los vestidos de lana que hacen muelle la silueta sin hacerla perder un ápice de su forma elástica y su feminidad elegante, que monjan como un vestido de «quakeres». Algunas abriéndose con un pequeño cuello «plastrón» dan la sensación de una linda chaqueta. Se las lleva bajo chaquetas de la misma tela, cortas y amplias, de vestidos derechos, en pieles, con cuello de pieles, y también con capas medio largas con forma oprimiendo las espaldas.

Su cierre aparente se realiza por medio de cierres de cremallera o botones de formas inéditas cuadradas, en triángulo, cilindricas, ovaladas, etc., etc., trabajados en madera, metal o cuero, lo que da a los vestidos un aspecto a pesar o quizá por la simplicidad de la tela.

Se llevan los mismos adornos sobre los vestidos de tarde que sobre los de noche, los cuales son hechos de materias más preciosas y más brillantes, tales como cristal, espejo de formas indefinidas por su variedad, metal pulido, tanto níquel como plata.

En estos vestidos, el adorno,

las joyas, tienen ya su puesto reservado de antemano, retienen un pañuelo, cierran un cinturón, unen cualquiera clase de cintas, acerca los dos bordes de una diadema, etcétera, etc.

Nos parece que el interés de la nueva moda es llevado hacia los nuevos cuellos. El cuello detiene el punto de mira del vestido, así como del abrigo. Lo mismo las corbatas que los cuellos altos. De una manera general cubren el cuello hasta el hombro. Lo mismo los cuellos robespierre se pueden contar como estos modelos y dan una nota de sensibilidad.

Describiendo la moda nueva, lo mismo nos acercamos a las líneas generales que a los detalles.

¿Y cómo hablar de la moda nueva sin hablar de los vestidos de tarde?

En ellos tampoco hay que omitir los cuellos montantes, los de paño, los bucles, adornos y los nudos del vestido, ni tampoco los adornos de piel que, oprimiendo el cuello, cambian el total de la hechura del vestido. Pero el punto nuevo reside sobre todo en la espalda que está cortada en forma de kimono o de «angón», que buscando su línea natural la van a encontrar al alargarse después de desmenujar debajo de las espaldas. El grosgrain mate, el satén y las fanillas son las tres telas de tarde de este año.

La "Marcha fúnebre" de Chopin

Fue improvisada por el gran músico al final de un espectáculo de fanteches que se daba en casa de un célebre pintor. La obra terminaba con la muerte y el entierro de uno de los muñecos.

Chopin se sentó al piano bromando e improvisó la admirable «Marcha fúnebre», que es una de las páginas más conmovedoras que haya dejado el artista polaco.

Exportador de Frutas y Hortalizas

Dirección Telegráfica: "MIRALLES"

Luis Miralles

TELÉFONO 10.803

Plaza República, 2

VALENCIA

Recetas de cocina

PERDICES ESCABECHADAS

En muchas cacerías se cogen un gran número, de suerte que no pueden consumirse en muchos días, por lo cual existe el peligro de que se pasen.

Para que se conserven mucho tiempo se escabechan en la forma siguiente:

Después de limpiarlas se ponen a cocer con abundante aceite añadiendo vinagre, una cabeza de ajos, laurel, tomillo y pimienta. Cuando estén casi cocidas se sacan y se ponen en una vasija grande con el líquido e ingredientes en que han cocido, añadiendo aceite y un poco de vinagre hasta que queden muy cubiertas.

SOPA JULIANA

Córtense en pedacitos dos zanahorias y dos racimos de apio se ponen en una cacerola con manteca moviéndolos sin cesar hasta que estén ligeramente dorados; se agregan dos puerros cortados en pedazos, algunas hojas de lechuga, alcachofas y un poquito de zanahoria. A esto se le echa dos litros de caldo, haciéndole hervir despacio una hora. Cinco minutos antes de sacar la sopa se agregan una cucharada de guisantes verdes y unos tostones de pan al servirlo.

ESPINACAS A LA ANDALUZA

Las espinacas deben lavarse muy bien por la tierra que suelen tener adherida. Se ponen a cocer en agua y sal y cuando están cocidas se les echa un poco de aceite y se dejan en una cacerola. En aceite caliente se frien unos ajos y un picadillo de jamón y con el aceite se echan en la cacerola.

Antes de sacarlo a la mesa se adorna con unos huevos duros cortados muy menudos que se reahogan en la sartén con un poquito de aceite y sal.

ARROZ A LA ALICANTINA

Se frien tres o cuatro pimientos verdes, pequeños y no demasiado blandos, dejándolos escurrir sobre un paño doblado. En el mismo aceite utilizado para freír los pimientos, se echan dos dientes de ajos, tomate pasado, media docena de alcachofas pequeñas y dos cucharadas de guisantes frescos en conserva. Cuando todo esto está bien reahogado, se echa en el arroz un poco de azafrán, otro poco de pimiento encarnado y el agua suficiente. Cuando está el arroz a medio cocer, se añaden pedacitos de pescado fresco, dándole que prosiga la cocción a fuego muy vivo. Entonces se machacan los pimientos verdes en

un mortero, se deslien en un poco de agua y se agregan al arroz, que no se aparta del fuego hasta que el agua esté mermada y resulte el grano bien cocido y suelto.

SALSA TARTARA

Hay quien gusta de salsa fuerte, y en este caso se hace la siguiente: En una taza grande se ponen dos yemas de huevo, se echa una cucharadita de vinagre, otra de mostaza, sal y pimienta, perejil y una jicara de aceite, mezclándolo todo muy bien como en la salsa mayonesa. Se aproxima al fuego y se le da unas vueltas durante tres o cuatro minutos.

Pueden añadirse también cebollitas o carlotas, picadas muy menudas.

HUEVOS A LA NATA

En una cacerola se pone manteca, perejil, cebolla picada, sal y unas raspaduras de nuez moscada y un vaso no lleno de nata la cual se habrá mezclado con una cucharilla de harina. Se revuelve todo muy bien y se le echan huevos duros cortados en tiras o rodajas poniéndolos al fuego y se sacan antes que hiervan.

Los originales que se pierden

Oscar Wilde, que tenía la afición de la elegancia, perdió los originales de una de sus comedias, nada más que por no correr en pos de un coche que acababa de abandonar.

Jamás los recuperó y en las pos-trimerías de su existencia, mucho lamentó aquella pérdida.

Conrad, el gran novelista del mar, también, en cierta oportunidad, a raíz de la explosión de una lámpara de petróleo, perdió los originales de su novela «Al extremo del cabo», que había comenzado a publicarse en forma de folletón en el «Blackdow's Magazine». Pero el maestro de Tifón, como buen marino, era hombre de palabra y persona a la cual no amedrentaba el trabajo. Sus originales se quemaron, pero él, a las pocas semanas, logró reconstruir la novela, y ésta no sufrió alteración en su publicación. Sólo al cabo de los años se conoció el pernacón, para el cual el autor jamás tuvo una sola palabra de lamentación.

KODAKS

RADIO
la Voz de
su Amo

CUESTA

Blasco : :
: Ibáñez, 7ALMACEN Y REFINACION
DE ACEITES DE OLIVA

Joaquín Segovia

LONJA MESA 57 — Teléfono 31.349

Telegramas y Telefonemas: JOSEVIA

Padre Porta, 9 (Grao-Valencia)

DIRECCIÓN { Telegráfica { Ferrer - Grao
{ Telefónica { Suñer - Sete
Suñer - Burdeos

Navieros - Consignatarios

AGENTES DE ADUANAS

TELÉFONOS: 30.900 - 30.908 Y 30.909

AGENTES

DE LA COMPAÑIA NAVIERA

Sota y Aznar

BILBAO

GRAO (Valencia)

FERRER PESET, S. A.

Casa En SETE (Francia), Ferrer Peset, & Vi-
guier, 10, Quai de Bosc.Casa en Burdeos (Francia), Ferrer Peset, & Vi-
guier, 72, Cours de L'Intendance.

MUELLE, 10 y 12

El Nostre Bar

Juan Bello

Pl y Margall, 14 :: Teléfono 17.768

El más típico y popular de Valencia

Esmerado servicio y selección de
los mejores artículos del ramo

LOTERIA DE LOS 40.000.000

CASA DE CAMBIO

Imprenta, papelería y objetos de escritorio - Gran surtido
en plumas estilográficas de las mejores marcas - Escribanías
y muy variados artículos para regalo

Trabajos de imprenta de todas clases

Despacho:

Plaza de Emilio Castelar, núm. 14 :: Teléfono 12.008

Talleres:

Calle Colón, núm. 16 :: Teléfono 11.546

VALENCIA

La Diputación de Valencia y sus centros benéficos

El antiguo noviciado de la Orden de Montesa, el edificio espaldón del Temple, que la desamortización puso en manos de la Corporación provincial, ha sido hasta ahora, reposada y confluencia de antiguos e idóneos representantes del caciquismo rural, que en convenida armonía



DON JUAN CALOT, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN Y FIRME PUNTA DE LOS INTERESES VALENCIANOS

deslizaba una exigua actividad, sin que por las dependencias de este organismo vibrase un hábito de vital preocupación popular.

Las barras de Aragón, el casco de Sobrarbe, la cimera del alado dragón, brilla múltiplemente en la indumentaria del personal de aquella Casa, burocrático y subalterno.

Hora de recibo, y el largo corredor, la galería de los presidentes tiene la resonancia de un refectorio antes del toque de "Angelus".

Comisiones de los más apartados lugares de la provincia, alcaldes, secretarios, rudas gentes de la montaña, de la ribera, del llano, afluyen a la casa del jefe de como que les informe, del interventor que aclare un expediente, del ingeniero que les active un proyecto.

Todo mediante la intervención de un diputado, la indicación del

dan singular viveza al recinto. Don Juan Calot no es protocolario: es admirablemente expeditivo.

Atajamos mutuamente la cuestión, y prendemos el hilván del interrogatorio.

No hay mejor médico que el propio enfermo, y más en cuestiones de gestión pública.

—¿Diagnóstico de su actuación? — inquirimos.

—Examen de conciencia, ¿no? — Es oportuno, cuando menos una vez al año, un almanaque; es lo menos que puede pedir, señor presidente.

—Exacto, y atiende: Con toda sinceridad, el año que acaba, dentro del orden administrativo, no puede ser más próspero para la Diputación provincial. Comenzó con dificultades de tipo netamente técnico, con nebulras en su futuro, que la buena voluntad y la rigidez del procedimiento procuraron vencer, como labor constante del funcionario que persigue el éxito del organismo al que sirve, por encima de todas las diferencias doctrinales.

—¿Su liquidación será óptima? — interrumpimos.

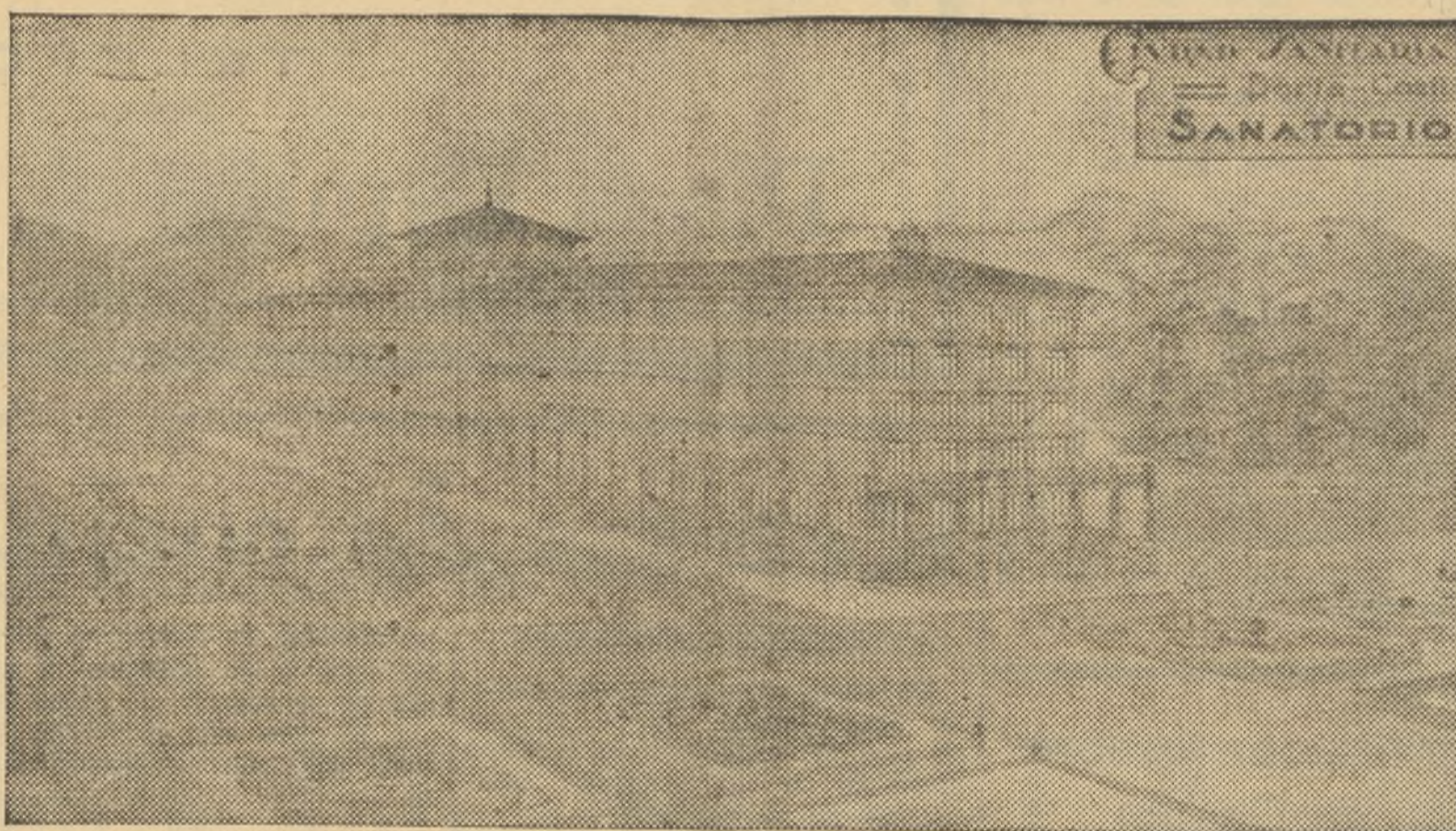
—Desde luego, el año 1933, como podrá demostrarse al liquidar el presupuesto correspondiente, es uno de los de mayor ingreso que se han conocido hasta la fecha en la historia de la Corporación.

—No se extrañe usted. Al principio se tropezó con las resistencias naturales de entidades y pueblos; la tenacidad del cuerpo administrativo supo asaltar el obstáculo para bien y fausto de la República, llevando el convenio al pagador, situado debajo en la escala gubernativa, de que sin cumplirse estos deberes económicos no se podían exigir derechos.

—Un cambio de rumbo saludable — le objetamos.

—Desde luego, el organismo provincial en el actual régimen ha de vivir por la colaboración de administradores y administrados, pero con saludable colaboración que permita, dentro de la democracia, irradiar beneficios a

joras significadas por los puentes diversos en Buñol, Perellón y Perelló, y el proyectado sobre el río Magro, en Carlet. De caminos vecinales ha construido la Diputación novecientos cincuenta kilómetros; tiene en construcción actualmente doscientos, y en proyecto mil, dentro del



VISTA GENERAL DE LO QUE SERA EL SANATORIO DE PORTA CAELI

plan para el que el Estado incrementa la subvención en los presupuestos votados por las Cortes.

—El estado económico de la Diputación estará limpio de toda preocupación?

—La elocuencia de los datos anteriores responden; la regularidad en los servicios de asistencia social y benéfica, y el mantenimiento del crédito de la Corporación en la Bolsa, cual justifican las de sus títulos sin variaciones sensibles, son datos más que elocuentes para proclamar el éxito de la Comisión Gestora de Valencia que el interviuado preside en nombre de una organización republicana tan vieja como el republicanismo español, de la que nosotros creemos ser los más fieles servidores.

se impuso al monasterio de cartujos fundado en 1274, al pie de la incomparable sierra de Náquera, lugar deliciosísimo, paradisíaco, con extensos y magníficos pinares que embalsaman y purifican el ambiente de saludables aromas, con pobladas montañas, desde las que se con-

nombre de hospital hacía un efecto deplorable en el estado de ánimo del enfermo e infirmita que tenía que recurrir para alivio de sus dolores a él, bien fuese por los pocos cuidados que se recibían o bien por la negligencia de médicos y directores.

En cambio, hoy día, qué di-

establecimientos, a fin de dotarlo, dentro de la estrechez del presupuesto provincial, del mayor número de servicios y especialidades y constantemente se introducen mejoras en beneficio de la clase menesterosa, a lo que, justo es consignar, contribuyen y han contribuido los diputados-directores del establecimiento, el ilustre y competentísimo Cuerpo de Beneficencia provincial y las abnegadas Hijas de la Caridad, todos los cuales ponen a contribución sus energías, ciencia y cuidados, en beneficio de la misión a que se dedican.

El Hospital provincial posee rentas propias que nutren su elevado presupuesto de gastos, siendo las más importantes las producidas por su capital en láminas intransferibles al 3 por 100 y otras clases de valores públicos, y las que obtiene de la plaza de Toros y el teatro Principal, fincas ambas de la propiedad del citado establecimiento, aparte de otras rústicas y urbanas, cuyos productos se invierten, exclusivamente, en atenciones del Hospital provincial.

Estas rentas, aun siendo muy considerables, no bastan a cubrir todos los gastos, por lo que la excelentísima Diputación provincial cubre el déficit del presupuesto de dicho establecimiento.

Los siguientes datos estadísticos referentes al número de enfermos asistidos anualmente en el Hospital provincial y los que se relacionan con otros servicios darán una idea clara de la misión altamente trascendente y benéfica que el establecimiento de que nos ocupamos presta a la provincia, demostrativos, a la vez, del celo y entusiasmo con que los señores que han constituido las diputaciones han rivalizado para elevar sobre sólidas bases el bien ganado prestigio que el Hospital provincial de Valencia goza en todas partes.

El número de enfermos de todas clases que, por término medio, existe hospitalizado, es el de 700. Anualmente reciben asistencia unos 3.200 varones, 1.600

El total de intervenciones quirúrgicas que al año se efectúan no baja de 1.700.

En el departamento de la Inclusa, que está instalado dentro del recinto del Hospital y funciona con la misma dirección administrativa del Hospital provincial, ambas delegadas de la ex-



D. MANUEL GISBERT, A QUIEN TANTO DEBEN LOS VALENCIANOS

celentísima Diputación provincial, existen acogidos, como término medio, 40 niños, además de los 150 externos que por cuenta de la citada Corporación son lactados por nodrizas residentes en los diversos pueblos de la provincia.

El Cuerpo de Beneficencia provincial se constituye por un decano, nueve médicos de Sala, doce médicos agregados, un médico ayudante de Oftalmología, un médico radiólogo, dos médicos encargados de policlínicas de adultos externos, un farmacéutico y un odontólogo.

El de practicantes lo integran: Dos aparattistas, seis practicantes de primera, ocho de segunda, diez de tercera y diez supernumerarios.

El servicio espiritual de las enfermerías está a cargo de un vicario y cinco capellanes.

El doméstico y mecánico lo rigen ocho religiosas de la Or-



PORTA CAELI—FUENTE DE LA HOYA

presidente; todo en medio de aquella babel de la provincia.

Y es que tanto y tanto dejó por hacer la monarquía con su feudalismo distrital!

Interésanos un rápido disparo de impresión con el presidente, con don Juan Calot.

Su nombre recuerda abiertas luchas contra los protegidos caciques de la Ribera. Republicano de antigua filiación, mantuvo constante oposición como abogado y como político, en Alcira, contra la agobiante presión de los influyentes dinásticos que asfixiaba todo anhelo democrático de la gran masa republicana de la Ribera.

Su doble personalidad de presidente de la Comisión Gestora de la Diputación provincial y ex diputado a Cortes por la provincia, acusan más aún su relieve.

Subrepticamente hemos llegado al cuadrilongo de su despacho, donde los magníficos óleos de Sorolla, Ferrándiz y Domingo

todos los sectores de la masa social.

—¿Entonces está satisfecho de la labor de la Corporación?

—No, del todo. Si más no se pudo hacer, culpese al centralismo que, entre sus múltiples preocupaciones, quizá no mire a Valencia con el cariño que ésta merece, pero jamás a quienes, rigiendo sus destinos desde los cargos, tuvieron siempre preparada la demanda, presentada la solicitud y despierta su inteligencia para ser vocero humilde de unas y otras.

—El balance de obras realizadas... — le insinuamos con interés.

—Modesto, por sus medios, pero voluntarioso en esfuerzos. La Diputación provincial, en materia de carreteras cuya creación le incumba, aun con escasos medios, ha construido trescientos diez kilómetros; tiene en construcción cuarenta, y en proyecto sesenta; aparte de las me-

res continuando la brillante historia del gran valenciano y excelente democrata que se llamó Blasco Ibáñez.

Dicho esto, no restaba más que una afectuosa y parca despedida.

Y por el vericuetado de corredores y pasadizos del caserón del Temple, ganamos la calle con el anhelo firme en una esperanza; la del logro de nuestro Estatuto autonómico.

PORTA-CAELI

Sabido es que la tuberculosis, la terrible "peste blanca", enfermedad que ocasiona anualmente innumerables víctimas, truncando ilusiones juveniles y destruyendo existencias en la plenitud del derecho a la vida, se cura siempre, si se acude a tiempo al tratamiento sanatorio.

La Comisión Gestora de la Diputación provincial de Valencia, apenas constituida, creyó urgente acudir a su inmediato remedio, olvidando los absurdos prejuicios imperantes sobre la tuberculosis y sanatorios; y aprovechando la finca, granja y cartuja de Porta-Caeli, edificio espacioso, propiedad de la provincia, lo transforma rápidamente en sanatorio provisional, construyendo y adaptando siete espaciosas salas para enfermos, con todos los servicios, dependencias y organizaciones precisas, higiénicas y confortables, para que no tuviesen que sostener aquellos sus ilusiones y esperanzas, hasta la construcción del magnífico proyecto de nuevo y modernísimo sanatorio definitivo que ha de concretar en la realidad todas las aspiraciones que la ciencia preconiza y que será indudablemente, sin par en el mundo.

Porta-Caeli es el nombre que

templa un panorama rico y plebético que justifica plenamente el pomposo título que lleva: sobre los restos de aquel monasterio, está establecido el actual sanatorio provisional, con ochenta camas, y a cargo de los doctores Desfilis, director; Sánchez García, médico-cirujano, y Damián y Aguilar, residentes.

Así se pudo conseguir que tuviese realidad, un deseo tanto tiempo acariciado por nuestra ciudad en este lugar de excepcional situación y de apropiadísimas condiciones de clima para los efectos curativos de las enfermedades respiratorias; y allí mismo ensayó sus proyectos hace más de treinta años, el inolvidable doctor Moliner, demostrando sus máximas probabilidades y las privilegiadas condiciones que reúne para combatir dichas afecciones.

Y cumplido este deber primordial la Comisión Gestora se aplicó con ahínco a la obra cumbre de realizar el magnífico proyecto de sanatorio definitivo, que trazó el genio de su llorado arquitecto provincial don Vicente Rodríguez, y que informado favorablemente por el Consejo Nacional de Sanidad, y aprobado por la superioridad, se está construyendo ya en la partida del Cremat de los mencionados montes, con orientación y situación admirables, a 200 metros sobre el nivel del mar, capaz para 400 camas, rodeado de pinares y extenso y bello parque y jardines, por el constructor don Alberto Villalba, mediante subasta, por un presupuesto de 3.600.000 pesetas en números redondos, de cuyos progresos ofrece idea alguno de los fotogramas que aquí se publican y a cuya obra contribuirá el Estado con la subvención de 600.000 pesetas. El joven arquitecto don Luis Albert dirige las obras, y todo hace presagiar que la Diputación provincial valenciana, verá dentro de poco más de un año "dieciocho meses es el plazo fijado para su construcción", inaugurarse este grandioso sanatorio, que responderá a los aspectos de ciencia, higiene y comodidad y que satisfará las necesidades tanto tiempo sentidas.

Allí, unido a la vida reposada y tranquila que los enfermos pobres llevarán, las conferencias que se les den, la disciplina a que estarán sometidos, rodeados de todos los encantos y comodidades del más refinado confort, cuartos fufidos, galerías y terrazas soleadas, comedores holgados y sencillos, dormitorios bien aireados, gabinetes de aseo, sencilla cocina, clínicas y dispensarios, respirando forzosamente el aire puro, oreados por el aroma de los pinares y el encanto de las flores, es de esperar se regeneren los organismos empujados y se curen los enfermos, que han de volver sanos y vigorosos al trabajo que ennoblece, mantiene y eleva la cultura de los pueblos.

M. GISBERT RICO,
diputado-ponente.

El Hospital provincial de Valencia

La obra magna que se ha impuesto la Comisión Gestora de nuestra Diputación provincial, no termina en las notas que más arriba dejamos transcritas.

En otro de los aspectos de su acción benéfica, merece citarse con especial interés la ejecución en el primer centro benéfico oficial de nuestra ciudad.

Hace aún pocos años, el solo

ferencia del de ayer. Ya no es la tétrica casa donde el popular enfermo aseguraba se hacía sufrir a los enfermos. Los adelantos más modernos han sido introducidos en las inmensas salas y los médicos más afamados de la ciudad son los que atienden con verdadero esmero y cuidado al sinnúmero de pacientes allí instalados.

El Hospital de Valencia fue fundado en el año 1410, a raíz de los ultrajes que la chusma infería a los dementes que existían en la ciudad, habilitándose con fondos recaudados a tal fin un local donde fueron recluidos los dementes pobres y abandonados.

Aquella iniciativa repercutió prontamente en los buenos valencianos, que no necesitaron de

más incentivos para iniciar tan benéfica obra que luego, pasado el tiempo, se tenía que convertir en orgullo de la ciudad y su mayor timbre de gloria.

A partir de esa fecha, fueron varias las fundaciones que se instituyeron en la ciudad, si bien cada una de ellas con un fin determinado para la asistencia y convencidos los iniciadores de la obra que los esfuerzos de todos debían aunarse en bien de los enfermos, decidieron agrupar en uno sólo los hospitales de En Clapés, San Lázaro, la Reina, etc., con la denominación de Hospital general. Y aunque esta tendencia encontró gran oposición, al fin consiguieron su propósito con la aprobación de Fernando II, quien en 30 de Septiembre de 1512 tomó a su protección y salvaguardia el Hospital general.

Esa fecha, pues, fue en la que se inició la edificación del hoy Hospital provincial, construyéndose las salas "en forma de cruz", que es la que ha conservado siempre, y en las que se acogió a los dementes, enfermos de todas clases y expositos, siendo de justicia consignar que esta fundación siempre mereció, desde tan remotos tiempos, privilegios y concesiones, para que pudiera atender a sus necesidades y aunque época de gran penuria y escasez, esto dió motivo para que los ilustres patriotas que constituían su junta de gobierno redoblaron sus energías y su desinterés en favor del Hospital general, quien logró, al cabo, recobrar su vida regular y normal.

Desde que por ministerio de la ley se incorporó al Hospital la excelentísima Diputación provincial, ha sido motivo de su preferente atención tan importante



JARDIN Y PATIO DEL MANICOMIO DE JESUS

hembras y 800 niños de ambos sexos.

En las policlínicas destinadas a la curación de enfermos externos son atendidos, anualmente, alrededor de 11.200 de ambos sexos. En la anterior cifra están incluidos los asistidos en el servicio de urgencia o de guardia, que se eleva a 1.500, poco más o menos.

den de San Vicente de Paúl, que nes cuentan para ello con 29 enfermeros, 22 enfermeras y 15 lavanderas.

El personal administrativo está constituido por un administrador, al que auxilian varios funcionarios de la excelentísima Diputación provincial que prestan servicio en el mismo establecimiento.

RADIOLA

RCA SICE

RADIO

Pureza de sonido - Se'lectividad - La más completa garantía

GUZMAN PI Y MARGALL, 35

Señores Propietarios y Contratistas

¿Queréis que os hagan las instalaciones eléctricas con seguridad y con arreglo a la nueva ley? Dirigid vuestros encargos a

"EL AS"

Sanmartín y Moltó, S. L.

Calle Serranos, 16 - Teléfono 12.951

VALENCIA

¡TEJIDOS!

TODOS los
de la temporada
que signifiquen NO-
VEDAD Y TODOS los
precios que representen
ECONOMIA, sólo los en-
contrarán en la COLOSAL LI-
QUIDACION POR CAMBIO de
DUEÑO de la
CASA MIRALLES
Calle San Fernando **VALENCIA**

Almacenes Maiques

Moratín, 3 -- Teléfono 13.315

MAÑANA empieza la

GRAN SEMANA DE MANTAS

Dedicada exclusivamente para la venta de mantas cama y algodón

Precios sensacionales

Mantas cama matrimonio, desde diez pesetas en adelante

Aproveche esta ocasión, única en Valencia

MORATIN, 3

Señoras: ¿Queréis tener contentos a vuestros maridos?

Lo conseguiréis gastando poco dinero con los SOMBREROS, por eso os recomiendo visitéis la casa más importante de Valencia, la creadora del precio de diez pesetas

LA MODA

(NOMBRE REGISTRADO Y ÚNICA EN VALENCIA)

MAS de 200 modelos para escoger — CALLE DE EN LLOP, 1, PRAL. (Junto a los Almacenes Jesús)



PIELES AÚN MAS BARATAS
que nuestra fábrica de la

Calle de Cuarte
En
Guerrero

(Antes Calabazas) y

Pí y Margall, 57

(Esquina a la Gran Vía)

Rebajamos diez por ciento de los precios de fábrica para que conozcan
nuestras sucursales. Teléfonos 15.510-16.527

INSTITUTO TECNOS

CENTRO DE ENSEÑANZA
Y
PREPARACIONES

Plaza Mariano Benlliure (antes Pelot), 9, y calle San Vicente, 19.—VALENCIA
CLASES DE SIETE MAÑANA A ONCE NOCHE

COMERCIO — INDUSTRIAS — AVIACION — MAGIS-
TERIO — BACHILLERATO — IDIOMAS

SECCION COMERCIAL

Cultura general, Ortografía, Aritmética y Cálculos Mer-
cantiles, Correspondencia Comercial, Taquimecanografía,
Contabilidad General y de Empresas

CLASES ESPECIALES PARA SEÑORITAS

Cultura general, Análisis gramatical (sintáctico y mor-
fológico), Taquimecanografía, Prácticas de Oficinas y
preparación comercial

HONORARIOS CONVENCIONALES

OPOSICIONES

Preparación militar, registros, abogados del Esta-
do, notarias, secretarios de Ayuntamiento de primera y
segunda categoría, interventores y depositarios de fon-
dos, oficiales de administración provincial y municipal,
Hacienda, pericial de contabilidad, auxiliar de contabili-
dad, Telégrafos, Correos, carteros, policía, prisiones, ta-
bacalera, Banco de España, interventores de ferroca-
rriles, Gobernación, Agricultura, radiotelegrafistas, se-
cretarios juzgados municipales, condestables, aduanas,
ayudantes Obras públicas, topógrafos, administrativo
de la Armada, delineantes, montes, etc., etc.

PR. F. SORADO Integrado por Licenciados en Ciencias y Letras, Maestros y Maestros Superiores, Peritos, Profesores e In-
tendentes Mercantiles. Y el especializado en Oposiciones, procedente del respectivo Cuerpo.
NOTA.—Se gestiona con ocasión, gratuitamente, a los alumnos de la Sección Comercial.

¡ESTE INVIERNO HARA MUCHO FRIO!

¿Queréis evitarlo? Visitad los

ALMACENES JESUS

Donde encontraréis inmenso surtido en géneros de punto de
luna y afelpado, pullovers, sueters, peletería y toda clase de
géneros de invierno. Especialidad en fajas de señora, borda-
dos y encajes para equipos de cristianar. Sección de cami-
sería y perfumería, TODO A PRECIOS DE ALMACEN
Venta exclusiva en Valencia de las insuperables MEDIAS PICHÍ
CALLE EN LLOP, NUM. 3 **Teléfono 16.047**

Grandes Almacenes de Sastrería y Pañería

Calle de la Carda, 10 y 12

Aviso a su distinguida clien-
tela y público en general

Que habiendo ampliado e inaugurado los
entresuelos de estos almacenes y haber
recibido unos saldos para la próxima tem-
porada, liquido **20.000 abrigos**, desde 25
pesetas. **Trojes** estambre confeccionados,
desde 30 pesetas. Pantalones confecciona-
dos y a medida, a cualquier precio

No dejen de visitar estos **ALMACENES** (plantas
bajas y entresuelo), que por su calidad y precios
nadie puede igualar en Valencia

Calle de la Carda, 10 y 12

LA MARINA DE Santiago Boluda

Fábrica de aguardientes, anisados, licores y jarabes
Almacén de vinos del país, y elaboración de mistelas, en comisión y cuenta propia

Fábrica y despacho en **Ondara** Teléfono 4 (Alicante)

EMPRESA
DE
PUBLICIDAD

GINESTAR Y ALCAIDE

MESON TERUEL, 2
Teléfono 13.408

Cómo escribía las novelas Blasco Ibáñez

Julio Cejador, notable crítico, en el tomo IX de su «Historia de la Literatura», inserta una carta fechada en 6 de Marzo de 1918, en Villafraña, en la Costa Azul, en cuyo punto, precisamente, las escuadras francesas y españolas, rendían honores y recibían los restos de Blasco Ibáñez. En la carta, el gran novelista habla de la novela y dice cómo la forja y la vive. Veamos:

«Vamos a charlar un poco de novela, ya que usted me lo pide. Yo acepto la conocida definición de que la novela es la realidad vista a través de un temperamento. También creo, como Stendhal, que «una novela es un espejo paseado a lo largo de un camino». Pero claro está que el temperamento modifica la realidad y que el espejo no reproduce exactamente las cosas con su dureza material, pues da a la imagen esa fluidez ligera y azulado que parece nadar en el fondo de los cristales venecianos. El novelista reproduce la realidad a su modo, conforme a su temperamento, escogiendo en esa realidad lo que es saliente y despreciando, por inútil, lo mediocre y lo monótono. Lo mismo hace el pintor, por realista que sea. Ve-

lázquez reproduce como nadie la vida. Sus personajes, viven. Pero si estos personajes hubiesen sido fotografiados directamente, tal vez serían más exactos y vivirían mucho menos. Entre la realidad y la obra que reproduce esta realidad, existe un prisma luminoso que desfigura las cosas, concentrando su esencia, su alma, y agrandándolas: el temperamento del autor. Para mí, lo importante en un novelista es su temperamento, su personalidad, su modo especial y propio de ver la vida. Esto es verdaderamente el estilo en un novelista, aunque escriba con desaliño. Y como los temperamentos son variadísimos (afortunadamente para el arte, que no gusta de monotonías y repeticiones), de aquí que yo no crea gran cosa en las clasificaciones, escuelas y encasillados de cierta crítica. Todo el que sea verdaderamente novelista, es él y nada más que él. Tendrá un parentesco lejano con otros novelistas, pero no forman familia estrecha con ellos. Hablo de los novelistas cuando ya están hechos, cuando han llegado a la cúspide de su obra, desarrollando todas sus facultades en plena madurez. Es indudable que, al principio, en plena juventud, todos sufrimos la influencia de los maestros que se hallan en tales mo-

mentos gozando un éxito universal. En la vida nadie escapa a la influencia de sus mayores. Nuestro presente se compone de nuestro pasado y teje a su vez nuestro porvenir. En la vida biológica y psicológica, sufrimos la presión de las generaciones que nos precedieron; somos los herederos de una herencia ancestral, de la que nos despojamos en parte, gracias a nuestra iniciativa, a nuestra potestad de libertad. ¿Cómo no sufrir en literatura la misma presión del pasado y del presente, cuando iniciamos los primeros balbuceos?...

Del mismo modo que las religiones contarán siempre con la gratitud de sus fieles, por ser generadoras de consuelo y esperanza, las novelas que son novelas, que hacen vibrar una cuerda de la vida y proporcionan unas horas de ilusión, serán amadas por miles y miles de seres, aunque la crítica se empeñe en demostrar que no merecen aprecio. La crítica habla a la razón y la obra de arte habla al sentimiento, a todo lo que en nosotros forma el mundo más extenso y misterioso que llevamos en nosotros, pues nadie conoce sus límites ni remotamente, mientras que la razón es limitada. Recordará usted, querido amigo, aquel tamborero-trovador de Provenza que aparece en una novela de Daudet. Antes de tocar su flauta fastidiosa cada vez al público con una ridícula explicación de cómo se le ocurrió su música escuchando cantar al ruiseñor debajo de un olivo, y todos sienten tentaciones de gritar: «Basta de lata. ¿No es usted flautista?... Pues calle y toque». Yo, ante los prólogos, explicaciones técnicas, manifiestos, etcétera, que muchas veces han aparecido al frente de los libros de otros o sueltos en forma de artículos, siento la misma tentación de gritar: «Novelista... ¡a tus novelas!» Sólo Orbanje necesitaba escribir al pie de su cuadro: «Esto es un gallo». El pintor seguro de su mano y de su imaginación no coloca explicaciones al margen de su obra. El público verá claramente lo que quiso expresar en el lienzo y cómo quiso expresarlo. Y si el público da una docena de versiones diferentes, ¿quién sabe si la definitiva, la que acaba de triunfar, no es superior a la que pensó el artista?... Acordémonos de nuestro gran don Miguel, que en el Quijote tal vez sólo quiso decir una cosa y luego la admiración del mundo entero le ha hecho decir tantas, tan variadas y tan hermosas... Asusta, además, la suerte final de toda la doctrina expuesta por los novelistas para explicar sus obras y sus pretendidas innovaciones.

Yo escribo novelas, porque esto es en mí una necesidad. Tal vez he nacido para ello, y cuanto

haga para librarme de esta servidumbre, será inútil. Hay algunos que escriben novelas porque otros las escribieron antes. De no haberles precedido una serie de modelos, nunca se les habría ocurrido este trabajo. De nacer yo en un país salvaje, sin libros, sin escritura, tengo la certeza de que caminaría jornadas enteras para ir a contarle a otro hombre las historias que se me ocurriese imaginar en mi soledad y que él a su vez me contase las suyas. Cada vez que termino una novela lanzo un bufido de descanso y desahogo, como si saliese de una operación dolorosa. «¡Al fin!... ¡Esta es la última!» Y lo digo de buena fe. Yo soy un hombre de acción, que he hecho en mi vida algo más que mis libros y no gusto de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón, con el pecho contra una mesa, escribiendo diez horas por día. Yo he sido agitador político, he pasado una parte de mi juventud en la cárcel (unas treinta veces), he sido prisionero, me han herido mortalmente en duelos feroces, conozco todas las privaciones físicas que un hombre puede sufrir, incluso la de una absoluta pobreza, y al mismo tiempo he sido diputado, hasta que me cansé de serlo (siete veces); he sido amigo íntimo de reyes de Estado, conocí personalmente al viejo sultán de Turquía; he habitado palacios; durante unos años de mi vida he sido hombre de negocios y manejado millones; en América he fundado pueblos... Quiero manifestar con esto que las más de las veces, por mi gusto, haría las novelas en la realidad mejor que escribiéndolas sobre el papel. Pero toda novela nueva se impone en mí con una fuerza fisiológica y puede más que mi tendencia al movimiento y mi horror al trabajo sedentario. Crece en mí imaginación: de feto se convierte en criatura, se agita, se pone de pie, golpea mi frente por la parte interior, y tengo que echarla fuera como una parturienta, so pena de morir envuelto por la putrefacción de mi producto, falto de luz. Es inútil cuanto he dicho de no trabajar más. Estoy convencido de que, mientras viva, haré novelas. Se forman en mí por el procedimiento de la bola de nieve. Una sensación, una idea, no buscadas, surgidas de los limbos de lo subconsciente, y en torno de ellas se amontonan nuevas observaciones y sensaciones almacenadas en ese mismo subconsciente, sin que uno se haya dado cuenta de ello. El que verdaderamente es novelista, posee una imaginación semejante a una máquina fotográfica, con el objetivo eternamente abierto. Con la misma inconsciencia de la máquina, sin enterarse de ello, recoge en la vida diaria fisono-

mías, gestos, ideas. Luego, lentamente, todas estas riquezas de observación se mueven en el misterio inconsciente, se amalgaman, se cristalizan, esperando el momento de exteriorizarse; y el novelista, al escribir con ese imperativo de una fuerza invisible, cree estar diciendo cosas nuevas y acabadas de nacer, cuando no hace más que transcribir ideas que le fueron sugeridas por un personaje olvidado, por un paisaje remoto, por un libro del que no recuerda. Yo me enorgullezco de ser un escritor lo menos literato posible; quiero decir lo menos profesional. Aborrezco a los que hablan a todas horas de su profesión y se juntan siempre con colegas, y no pueden vivir sin ellos, tal vez porque sustentan su vida mordiéndoles. Yo soy un hombre que vive y, además, cuando le queda tiempo para ello, escribe por una necesidad imperiosa de su cerebro. Siendo así, creo proseguir la tradición española, noble y varonil. Los mejores genios literarios de nuestra raza fueron hombres, hombres, hombres verdaderos, en el más amplio sentido de la palabra: fueron soldados, grandes viajeros, corrieron aventuras fuera de España, sufrieron cautividades y miserias... y, además, escribieron. Cuando tuvieron que refirir a brazo partido con la vida, abandonaron la pluma, considerando incompatible la producción literaria con las exigencias de la acción. Acuérdese que nuestro Cervantes estuvo una vez ocho años sin escribir. Así se conoce la vida, creo yo, mejor que pasando la existencia en los cafés, viéndolo todo a través de los libros ajenos o de las conversaciones, reuniéndose siempre los mismos interlocutores, modificando el pensamiento con idénticas afirmaciones, nutriendose de los propios jugos, sin ver otros horizontes, sin moverse de la orilla junto a la cual se desliza la corriente de la humanidad activa.

En escritores como yo — viajeros, hombres de acción y movimiento —, la obra es producto del ambiente. Vuelvo a recordar «el espejo» de Stendhal, imagen justa de un gran artista conocedor de la vida, que también fue viajero y hombre de acción. Reflejamos lo que vemos. El mérito es saber reflejar. Lo importante es ver las cosas de cerca y directamente, vivirlas aunque sólo sea un poco, para poder adivinar cómo las viven los demás. Yo, querido Cejador, no creo que las novelas se hacen con la razón, con la inteligencia. La razón y la inteligencia intervienen en la obra artística como directores y ordenadores. Tal vez ni siquiera dirigen ni ordenan, manteniéndose al margen del trabajo como simples consejeros. El constructor

verdadero y único es el instinto, el subconsciente, las fuerzas misteriosas e invisibles que el vulgo rotula con el título de «inspiración». Un artista verdadero hace las mejores cosas porque sí, porque no puede hacerlas de otra manera. Las cosas más alabadas en una novela son casi siempre aquellas que el autor ignora y sólo viene a conocerlas cuando la crítica se fija en ellas. Yo, cuando termino un libro, quedo como si acabase de salir de un ensueño. No sé si he hecho algo que vale la pena o si he hecho una tontería. No puedo contestar a las preguntas. No sé nada... Espero. El artista creador de belleza es el más inconsciente de los productores. Esto no es nuevo: es una verdad vieja como el mundo. Platón, hablando de los poetas, afirmó que dicen las cosas más hermosas sin saber por qué las dicen y muchas veces sin saber que las dicen. El vulgo ha pretendido esto mismo en su refrán «el poeta nace y no se hace». La razón, la inteligencia y la lectura pueden formar grandes escritores, inimitables escritores, dignos de admiración. Pero no serán nunca con tales elementos novelistas, dramaturgos o poetas. Para esto es preciso que intervenga lo subcon-

ciente como factor principal: la adivinación misteriosa, el presentimiento, los elementos afectivos, que son las más de las veces diametralmente opuestos a los elementos intelectuales. Claro está que no hay que abusar de esta doctrina y, con excusa de la soberanía que ejerce lo subconsciente en una obra de arte, prescindir de la razón y del estudio. Todo debe aprovecharse y armonizarse. Tampoco puede admitirse que, con pretexto de dejarse arrastrar por las fuerzas inconscientes, se digan majaderías y disparates. Para terminar, querido amigo, ahí va una afirmación peregrinilla, y que, sin embargo, es digna de largas reflexiones. «Para escribir novelas hay que haber nacido novelista.» Y nacer novelista es llevar dentro el instinto que hace adivinar el alma de las cosas, así el detalle saliente que evoca la imagen justa, poseer la fuerza de sugestión necesaria para que el lector tome como realidad lo que es obra pura de la fantasía. El que carezca de este poder, por grandes que sean su talento y su ilustración, producirá un libro interesante, correcto y hasta hermoso cuando pretenda escribir una novela; pero no escribirá nunca una novela.



ALMACEN DE CRISTAL, LOZA Y PORCELANA

Viuda de José González Carrión

Guillén de Castro, 113

(CERCA TORRES DE CUARTE)

Casa fundada en el año 1892

Gran surtido en vajillas, cristalerías, etc. -- Artículos para fondas, cafés, etc. -- Siempre grandes stocks de artículos para cocina

Teléfono 12.516 -- VALENCIA

MUEBLES PARA DESPACHO

Burós - Mesas Ministro - Archiveros - Clasificadores
Ficheros - Sillones - Librerías - Mesas de máquina, etc.

Consúltame precios.

A. BELTRAN -- PILAR, 45

Manuel Selvi Ballester

Almacén de compra y venta

DE --
materiales procedentes de derribos
Y --
metales viejos

Rocás, 5, bajo - Teléfono 13.975 - Valencia



FONTANERIA

Daniel Alegría

Instalaciones para agua,
:: gas y saneamiento ::

COLON, 22

TELÉFONO 12.073

VALENCIA

Garaje Colón

Manuel Ricart

Calle Francisco Sempere
(Entre Císcar y Salamanca)

Teléfono 15.828

VALENCIA

Talleres de Fumistería

Fabricación de cocinas económicas
Calificación IDEAL CLASSIC

A. BURAGLIA

Ruenda de Pérez Baldés, 8 -- Teléfono 13.469

Palace Hotel

y

Restaurant del Club Náutico

120 habitaciones a todo confort

Gran comedor restaurant

PAZ, 42

Teléfono 13.165



Situado en el Muelle de Caro

Gran piscina de natación

Bar americano --- Terrazas sobre el mar

Montado espléndidamente

Entrada pública

Teléfono 31.210

Dirección técnica: Francisco Tormo, de HOTELES Y DEPORTES, S. A.

CAVACASES

Elixir Pulmo - Bronquial
(MARCA REGISTRADA)



Su larga existencia y el favor que le dispensa el público, es la demostración más eficaz de que

CAVACASES

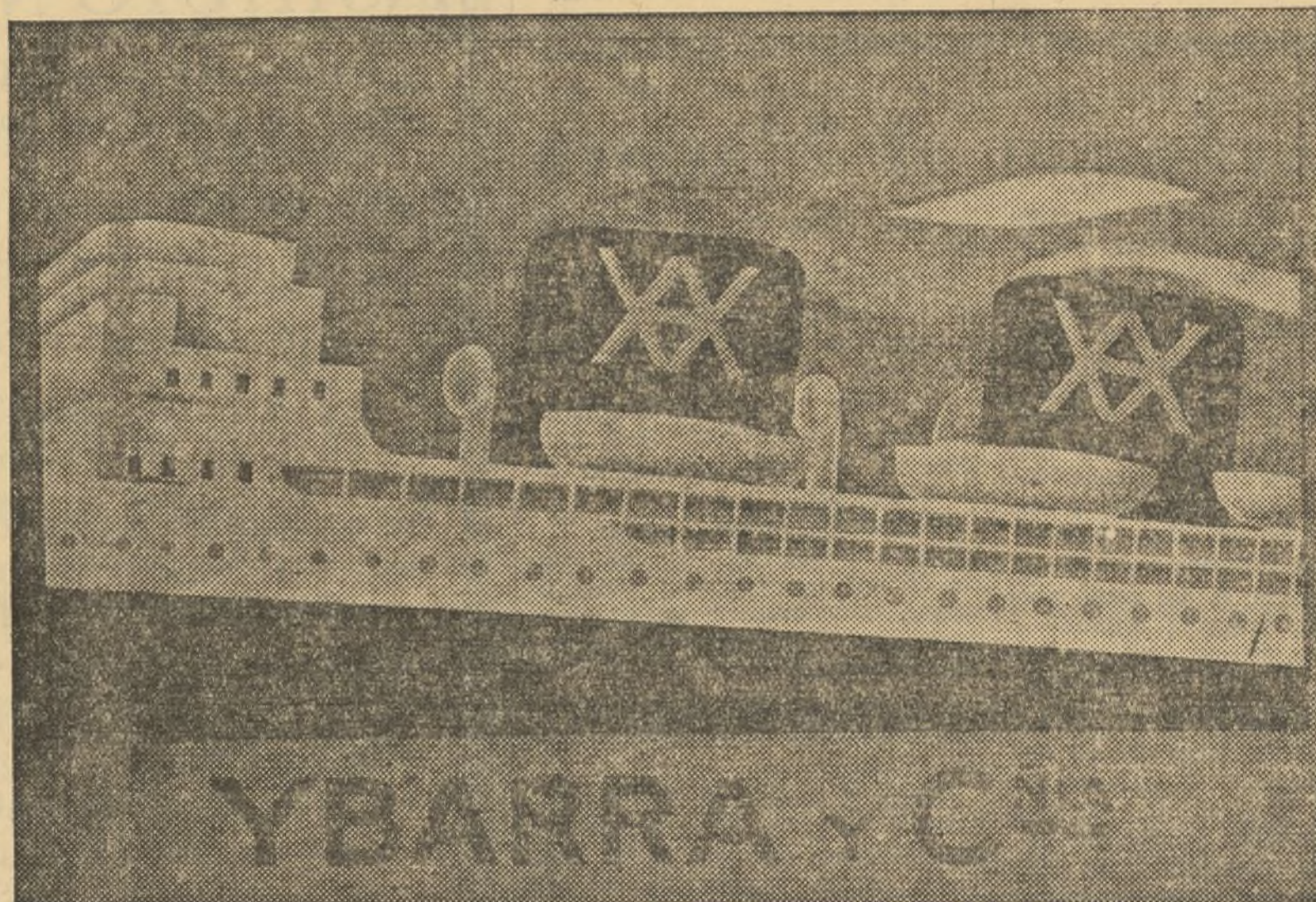
no tiene rival para curar los catarros, bronconeumonías, pulmonías y aquellas enfermedades procedentes del aparato respiratorio.

Rechazad la venta a granel.

Venta: En farmacias

Laboratorio: Guillén de Castro, 97, bajo

Teléfono 15.639 - Valencia



Ybarra y Compañía, S. en C.

NAVIEROS - SEVILLA

Servicios regulares de cabotaje entre Bilbao y Marsella y puertos intermedios.
Servicio regular de cabotaje entre Marsella, puertos españoles peninsulares del Mediterráneo y Sur y puertos de Marruecos.

Línea Mediterráneo - Brasil - Plata

Salidas regulares cada 21 días para Santos, Montevideo y Buenos Aires, por los grandes moto-trasatlánticos correos españoles. Salidas de Valencia:

CABO SAN AGUSTIN, 9 NOVIEMBRE
CABO SAN ANTONIO, 30 NOVIEMBRE
CABO SANTO TOME, 21 DE DICIEMBRE

Acomodaciones para pasajeros de clase de Cabina. Buques especializados para el transporte moderno de pasajeros de tercera, en camarotes exclusivamente.

Seguridad - Rapidez - Economía - Esmerado trato - Comida excelente

--- INFORMES ---

En Sevilla: Oficinas de la dirección, Apartado núm. 15. - Telegramas Ybarra.
En Valencia: Señores Ybarra y Compañía, S. en C. - Delegación, Muelle de Poniente, 6. - Telegramas Ybarra.

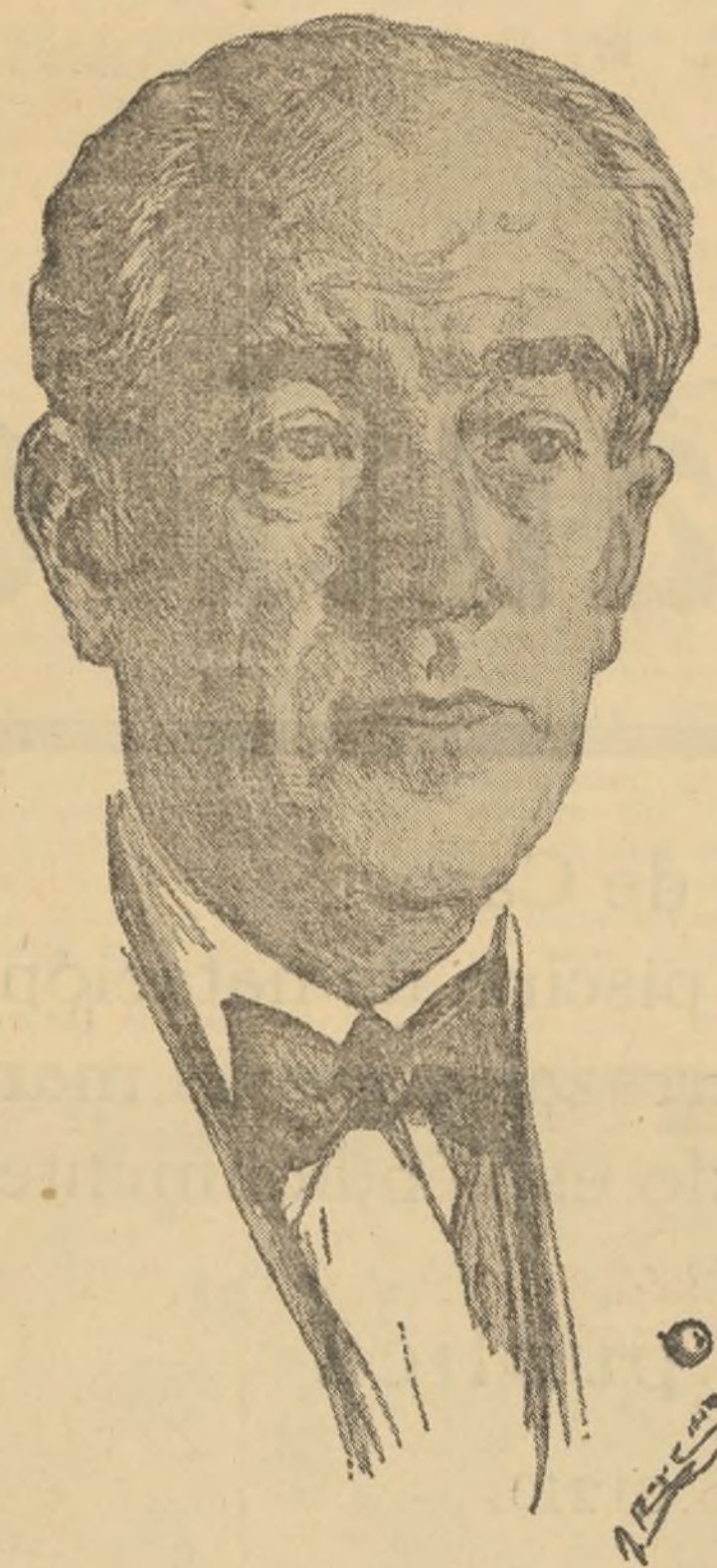
AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS

Los libros de Blasco Ibáñez vivirán siempre

He querido y admirado profundamente a Vicente Blasco Ibáñez. Desde que hemos tenido el dolor de perderlo, no pasa día en que deje de acordarme afectuosamente de él.

Nada podrá llenar el vacío que la

vestidos por la pátina que confiere a las novelas una especie de valor histórico. Nada de esto sucede en los libros de Blasco Ibáñez; tienen tanta vida como el primer día. Parece que el escritor os hable como si lo hiciera a sus



desaparición de este gran escritor e incomparable amigo ha dejado en el corazón de cuantos le han conocido.

Afortunadamente, nos quedan sus obras. Hace poco, en el silencio del campo, propicio a las grandes lecturas, he releído algunas de sus novelas. El paso del tiempo, lejos de perjudicarlas, les es favorable, lo que constituye un caso excepcional. Frecuentemente los novelistas—hasta los más ilustres—sufren un período de sombra tras su muerte. La forma los sentimientos; los personajes evocados en sus obras palidecen, aparecen como marchitos por el tiempo. Necesitan esperar a ser re-

familiares. Se le reconoce por el don de vida que es la característica de todas sus obras, gracias a la que será siempre inmortal; por su viveza de movimiento, su maravillosa generosidad de espíritu y de corazón; por su profundo conocimiento de los hombres y esa abundancia que es el signo mismo del genio.

Es justo que un gran país honre a un gran escritor. Con esto da un ejemplo: rinde al arte, en la persona que lo ha servido piadosamente, un caluroso homenaje en brillante desquite.

Nuestra emoción iguala a nuestra gratitud.

HENRI DUVERNOIS.

Recordando al Maestro

Mujeres valencianas, mujeres españolas: ¡Blasco Ibáñez, vuelve a su patria! Los restos del glorioso novelista, de aquel que inundó de luz nuestros ojos y ungió de aromas de azahares nuestro corazón, aquel que supo deslumbrarnos con la orgía de color de la huerta valenciana, aquel que nos hizo sentir todas las inquietudes, todos los tormentos y todos los amores del alma femenina, vuelve a España.

¡Triste retorno el del genio portentoso a su Valencia amada! A esta Valencia que él amó con todo el fervor y todo el entusiasmo de su alma levantina.

¡Triste retorno, pues que en sus labios no fulgurará la palabra luminosa del gran tribuno ni sus manos acompañan la palabra genial, la frase coruscante, las imágenes líricas, los altos conceptos que tejían su oratoria prodigiosa!

La llama creadora de tantas obras excelesas se extinguió para siempre en la mente del novelista inmortal. Mas la voz de Blasco Ibáñez está en sus libros, vibra patente en las páginas de sus narraciones, la percibimos clara en «Mare Nostrum», tan verdadera, tan real, que creemos estar escuchando al Maestro.

Si recordar es llorar en silencio, desde hace tiempo que nuestra alma llora, pues evocación de continuidad es la que despierta en mí el glorioso nombre de Blasco Ibáñez; nombre que desde niña fuéme familiar y querido como ninguno.

Jamás se borrará de mi pensamiento la última vez que acompañada de mi llorado padre, almorcé con el autor de «La Barraca». Al oír hablar al Busto novelista creí escuchar a Rafael de «Entre Naranjos», al protagonista de «Mare Nostrum» o al príncipe Miguel; me imaginaba que en el Maestro se fusionaban los héroes todos de sus relatos y mi interés era ya devoción profunda, admiración sincera hacia el creador de tanta maravilla...

Hablaba Blasco Ibáñez de la juventud y de la muerte.

—Yo, no seré nunca viejo—nos decía sonriendo—Ahora me sien-

El traslado de los restos de Blasco Ibáñez

La noticia resultaría vieja para España puesto que data, al parecer, de la fecha en que yo abandoné precisamente sus cosas, pero para mí es reciente. Acaba de sorprenderme a mí llegada a la ciudad de los virreyes: por fin, van a ser trasladados a su tierra natal de Valencia los restos del glorioso Blasco Ibáñez.

Según leo en estos periódicos que me traen la buena nueva, una comisión de valencianos, pertenecientes al Partido Republicano Radical Autonomista, ha salido para Madrid y al objeto de entrevistarse con el Presidente de la República y acordar fecha y ceremonias. Ante la noticia, no se me ocurre más que esta exclamación: ¡Muy bien; ya era hora!

Y, momentáneamente, me abandono a la íntima alegría de saber que, tras dos largos años de existencia, la República española va a reparar por fin un abandono francamente imperdonable cometido en la persona del más fervoroso de los republicanos en los tiempos difíciles en que, serio, equivalía a arrostrar el peligro de la hacienda, de la fama y de la tranquilidad.

El caso de Vicente Blasco Ibáñez lo conoce muy bien España—y el mundo entero—para que haya que señalarlo de nuevo, con el puntero del charlatanismo, sobre la pizarra de la vida pública. Hombre que pudo tenerlo todo—fútil, honores, «fama oficial y palaciega»—con sólo haber adoptado una postura cómoda de transigencia o, siquiera, de silencio y que nada de eso quiso tener por mantenerse firmemente, virilmente erguido en el avanzado picacho de sus ideales antimonárquicos y democráticos. Novelista glorioso—y millonario—, situado ya por encima del reducido mar-

co de todas las banderías políticas y por encima también de todas las pequeñas preocupaciones económicas y que, sin embargo, conscientemente guiso saltar de esa su posición de excepcional privilegio a la palestra para malharar su fama y su dinero en la magnífica quijotada de emprenderla a lanzazos con un régimen que, desde sus años juveniles, había considerado funesto para España.

Y, por último, su gesto, su magnífico gesto rebelde, digno en verdad de aquellos héroes de otros tiempos que sabían llevar el coraje de su insumisión hasta más allá de las fronteras de la muerte: su postrera disposición de no aceptar el reposo supremo en su tierra valenciana hasta tanto que sobre España no ondeara la bandera de la República... Era un exilio voluntario cuya duración—¿días? ¿meses? ¿años?—no se podía entonces prever.

Pero he aquí que, sorprendiendo todos los cálculos, la soñada República, hecha realidad, batía sus alas por el cielo de España el 14 de Abril de 1931. El voluntario exilio había tocado a su fin. El obstáculo que se oponía al traslado de los restos del gran republicano acababa de allanarse... Y todos—yo la primera—soñamos con una pronta realización de las postreras disposiciones del ilustre sepultado en Niza.

Pero pasaron los primeros meses, un año, dos... y los restos del Maestro continuaban fuera del regazo maternal de su patria. ¿Cómo explicar este retraso, esta desidia que más bien parecía un olvido o un abandono? En estas mismas columnas de EL PUEBLO yo dije, hace mucho tiempo ya, mi palabra sobre este hecho raro e insólito. ¿A qué se

esperaba. ¿Qué inexistentes tremendas preocupaciones embaraban a los gobernantes españoles que no les permitiesen la tan ansiada resolución de esta deuda de gratitud?

Hoy, a muchos cientos de kilómetros de distancia de Valencia, al desembarcar en mi bella ciudad natal de Lima, me sorprende la buena nueva tanto tiempo esperada. Y, sí, sí; momentáneamente, me abandono a la íntima alegría de saber que, por fin, la que yo reputaba como una gran injusticia va a ser reparada.

Pero, luego, mi alegría se trueca en nostalgia, en pesar, en íntima tristeza también. Pienso, de pronto, que tal vez este magno acontecimiento tenga lugar durante mi ausencia de España, se realice cuando ya me halle todavía a muchos miles de kilómetros de distancia de la huerta valenciana... Pienso en que, como sería mi más fervoroso deseo, acaso tampoco ahora pueda asistir a este último homenaje... Y esta idea de mi fatalidad en la elección del instante se clava en mí como el retorcido garfio de un remordimiento.

¿Estará escrito que siempre haya de llegar tarde en los homenajes al hombre a quien, desde mis primeras lecturas infantiles, admiré tanto?

ROSA ARCINIEGA.

Lima, 1933.

Toda la correspondencia a EL PUEBLO, debe dirigirse al Apartado de Correos número 333

Caja de Previsión Social del Reino de Valencia

COLABORADORA DEL INSTITUTO NACIONAL DE PREVISIÓN

- ¿Desearéis asegurar una Dote para vuestros hijos?
- ¿Queréis procuraros una renta de vejez, libre de inquietudes o fluctuaciones?
- ¿Buscáis un adecuado empleo a vuestros AHORROS, dotándoos de las máximas garantías y seguridad?
- ¿Os gustaría ir, poco a poco, constituyéndoos un capitalito para cuando lleguéis a viejos?

La Caja de Previsión Social del Reino de Valencia

os ayudará a resolver todos y cada uno de estos problemas. El informarnos no supone compromiso alguno por vuestra parte. SU CAJA DE AHORROS tiene pormenores que os interesa conocer.

REGIMEN OFICIAL DE SEGUROS SOCIALES

Retiro Obrero :: Régimen de Mejoras del mismo :: Seguro de Maternidad :: Mutualidades Escolares :: Fomento y Construcción de Escuelas Nacionales :: Protección, Ayuda y Asistencia Social a la Mujer que Trabaja

DELEGACIÓN DE LA

Caja Nacional de Seguro de Accidentes del Trabajo

— Y —

Caja Nacional contra el Paro Forzoso

OFICINA CENTRAL:

AVENIDA DE NICOLÁS SALMERÓN, 10

EDIFICIO DE SU PROPIEDAD

Sucursal del Grao: AVENIDA DEL PUERTO, 356

SUCURSALES: ALCIRA: Mendizábal, 19.—ALCOY: Anselmo Aracil, 24.—ALICANTE: Caja de Ahorros y Monte de Piedad.—CASTELLÓN: Mayor, 119.—DENIA: Constitución, 18.—ELCH: Conde, 4.—GANDIA: Paseo de Germanías, 26, esquina a San Francisco de Borja.—JAT VA: Diputado Villanueva, 39.—ORIHUELA: San Agustín, 5.—REQUENA: Pintor Martín z Cheza, 5.—SEGORBE: Caja de Ahorros y Monte de Piedad.—VILLENCA: Paseo de Chapí, 30

AGENCIAS: Albaida, Almoradí, Aspe, Altea, Callosa del Segura, Crevillente, Elda, Ibi, Jijona, Mönóvar, Morella, Novelda, Onda, Onteniente, Pego, Puebla Larga, Sagunto, San Mateo, Santa Pola, Sueca, Torrente, Torrevieja, Vail de Uxó, Villafraña, Villajoyosa y Vinaroz

BLASCO IBÁÑEZ

¡Qué magnífica figura! ¡Qué vida tan poderosa! ¡Y cómo, cuando se piensa en él, la mayor parte de los hombres parecen privados de ardor, de fuego! Blasco Ibáñez tenía necesidad de dar. Dar siempre: su corazón, su fuerza, su talento, su dinero. Se dio a su país por la causa republicana. Se dio hasta correr el riesgo de ir a la cárcel, hasta morir.

Cierto día en que almorzaba con Anatole France y el autor de estas líneas, France habló de sus amigos socialistas, de revolución. Blasco Ibáñez le escuchaba con impaciencia. «No me hable de su acción revolucionaria. Yo he estado en la cárcel. Pero si usted lanzara una bomba a los pies de monsieur Poincaré, levantaría la gente las espaldas, se reiría y se diría: «France, se divierte.» Blasco no se contentaba con meditaciones teóricas. Ya se vio cuando se lanzó contra la realista española. Recuerdo siempre una visita que le hice en el hotel del Louvre, de París, cuando daba la última mano a su «Alfonso XIII, desenmascarado». Le rodeaban unos jóvenes que preparaban vuelos sobre España para repartir el folleto desde los aviones. Escuchando a Blasco dar órdenes, advertía al jefe. Era el hombre que había querido fundar ciudades en América del Sur. Se lanzaba a la pelea dirigiendo sus columnas de asalto, sin retroceder ante ninguna responsabilidad, presto a asumir todas las cargas.

«Un escritor—decía—no debe ser un «locador de flauta». El no podía incurrir en este reproche. No contento con luchar por su país, luchaba por el nuestro. Amaba a Francia porque era la patria de la Revolución, de Hugo, de Zola. Luchó por Francia y su libros célebres, «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», «Mare Nostrum», etc., han ejercido una acción considerable sobre la opinión pública de los Estados Unidos en la hora en que ni los torpedos submarinos ni la simpatía por los compatriotas de Lafayette, hubiesen logrado, aun más allá del Océano, inclinar la balanza.

Un luchador: he aquí lo que era este impresionante, este centelleante Blasco, dispuesto siempre al combate y preparado para combatir... para vivir en cualquier sitio. Apenas comenzó a desarrollarse el cine, entrevistó las enormes posibilidades y ya ponía en ejecución proyectos grandiosos, no quimeras de soñador, sino planes de jefe que ve a distancia y marcha delante de los hombres varios años por anticipado.

Todo le apasionaba: la Naturaleza, los viajes, la navegación, la política, las artes, los libros; leía, leía, sitiado por los libros que día tras día invadían sus estancias, prendándose de los muertos que encontraba en ese encantador cementerio, que son a veces las bibliotecas y no pensando más que en devolverles la vida que su poderoso genio podía infundirles. Quien no le había oído hablar del emperador Federico de Sicilia, del papa Pedro de Luna, de Colón, no puede imaginar qué poderosa resurrección había en su palabra, en sus gestos, en todo su ser. O, mejor, para formarse una idea de esta resurrección prodigiosa, no hay más que coger sus libros.

En un artículo tan corto no es posible llegar a ellos. Pero, otros, en este diario, los elogiarán con más arte que yo pude hacerlo. Sin embargo, amigos de Valencia, todos no podrán decirnos, como un francés que vive lejos de vuestra ciudad, el amor que por vuestro país ha hecho nacer Blasco Ibáñez en nuestros corazones. Muchos de nosotros sólo conocemos vuestra patria por sus libros. Sus primeros libros valencianos, con sus hombres rudos y áspers, sus heroínas ardientes, sus perfumes de azahar y las velas desfilando sobre el mar, nos han revelado vuestra provincia, y algunos de nosotros, gracias a la potencia evocadora de estas novelas, creemos haber deambulado por la

Sé muy bien que en España no falta algún crítico que reprocha a Blasco Ibáñez ciertas negligencias de factura. No pienso que se sitúen en el punto de vista que les corresponde. Los grandes frescos no comportan la técnica de las miniaturas. Y a cualquier país se puede contemplar con una admiración igual ante la obra de Blasco Ibáñez. Abraza muchas, muchísimas figuras de una fuerza comparable, revelando toda la amplitud de visión de este magnífico escritor capaz de fijar cien aspectos de la comedia humana en la fuerza, el fervor o la gracia. Fué un gran animador y un gran artista.

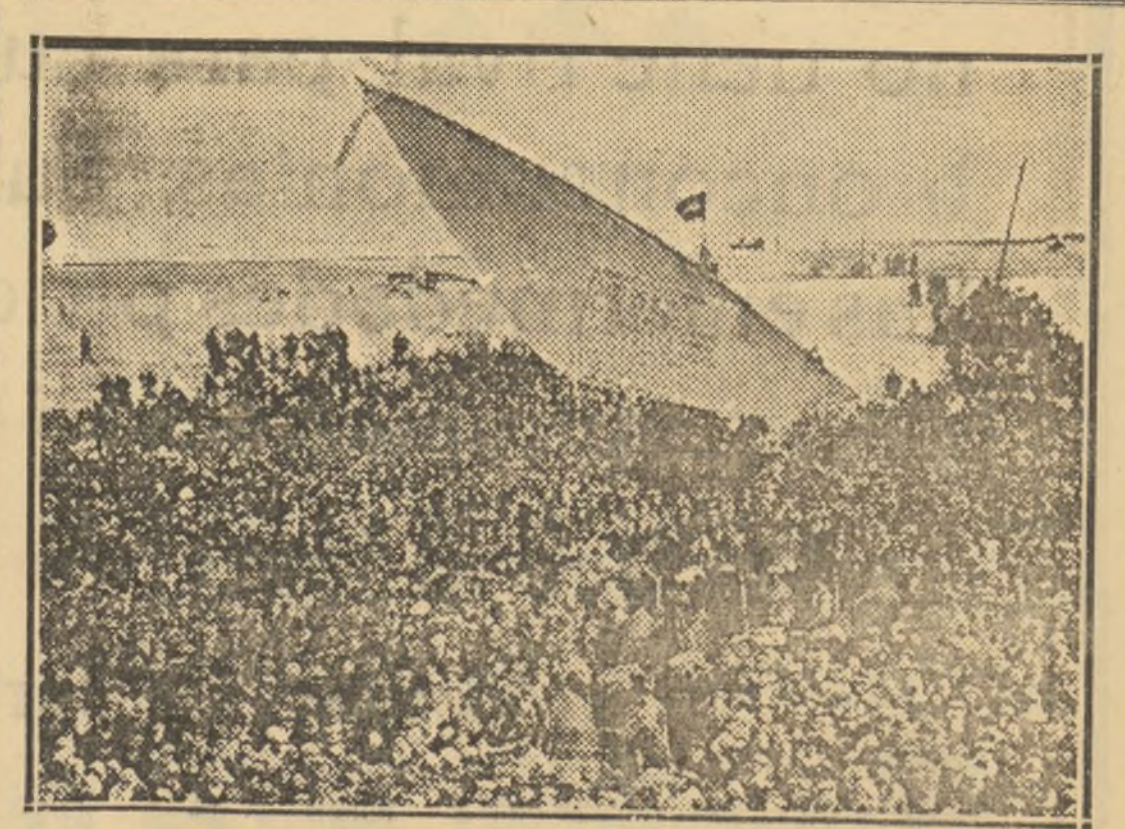
Después de su muerte, decía él, los escritores entran en un túnel. La cuestión está en saber si se quedarán, y si deben salir cuando saldrán.

Para Blasco Ibáñez no hay túnel. Su nombre ha quedado de golpe grabado con la gloria, que permanecerá siendo suya.

MARCEL THIEBAUT
Director de «La Revue de Paris».



al Prado, a los jardines del Retiro; otras, a Toledo, bajo los techos de la Catedral; otras, a Andalucía o Baleares. Para impresionar un corazón no hay más que tocar al son que espera. De Blasco Ibáñez—y gracias a él—, muchos franceses han pasado a otros escritores vuestros: Unamuno, Ayala, Valle Inclán, Gasset. Su conocimiento, su curiosidad por España, no han hecho más que crecer y han intentado conocer mejor vuestra literatura, investigar lo que hay detrás de esos hombres, de escritores ilustres, de los que no se leen sus obras, generalmente. Por cuanto nosotros, sobre todo cuando se trata de literaturas extranjeras, somos respetuosos con las categorías establecidas y demasiado peregrinos para comprobar su fundamento. Hay que creer que, contrariamente a todas las apariencias, los sentimientos no se pierden completamente en el mundo, ya que las simpatías francesas de Blasco Ibáñez han podido hacer florecer entre nosotros muchas simpatías por España. Recuerdo aún horas pasadas con el ilustre autor de «Sangre y arena» y cierto escritor egipcio, Alberto Adés, que había escrito sobre su país un libro de un penetrante y natural orientalismo. «Goha el Tonto».



FRENTE AL MAR, SE CONGREGARON LOS SUFRIDOS PESCADORES, QUE VENERABAN AL MAESTRO. BLASCO IBÁÑEZ HABLO DESDE LA BARCA «SALMERÓN». LAGRIMAS DE EMOCION HUMEDECIERON LAS RUDAS MEJILLAS DE LOS HEROES DEL MAR

No malgaste usted su
dinero. Pruebe antes
un nuevo modelo

Geugeot



RAMON BURDEOS

Despacho: COLON, 26 - Tel. 11 818 - Garage y estación de servicio: Gran Vía del Marqués del Turia, 28, VALENCIA
Publicidad: Ginestar y Alcalde

Almacenes FLETA

Chafalán Linterna, 15. Músico Peydró, 17 (antes Gracia)

La casa más surtida y que más barato vende en
Valencia

Lanas Lisas - Caladas - Cuadros - Labradas - Última novedad.

Gamuzas Fizo y dibujo - Colores moda.

Mantas Fantasía - Cuna - Lana - Algodón, todos tamaños.

Confecciones Gabanes - Trincheras - Checos - Abrigos cuero.

EXITO

Continuamos vendiendo el célebre abrigo de 8'50 ptas. corie

LIQUIDAMOS

Gran partida de Mantas lana a peso

FIJESE BIEN: Visitar esta casa es ganar tiempo y dinero

Publicidad: Ginestar y Alcalde

LAMPISTERIA DE SANTA CATALINA

DE JUAN RAGA MORENO

Instalaciones eléctricas - Lámparas de todas clases - Aparatos eléctricos - Depósito de la lámpara Osram
PLAZA DE LOPE DE VEGA, NUM. 12 - TELEFONO 13.408 - VALENCIA

Vda. de Pascual Galiano
VALENCIA



Avenida Pablo Iglesias, núm. 11

Teléfono 17.122

Sucursal: Pie de la Cruz, núm. 18

Publicidad: GINESTAR Y ALCAIDE

Camisas - Corbatas - Géneros de punto
Medias y calcetines

Especialidad en el corte de camisas y calzoncillos

CASA.....

PRECIOS BARATISIMOS

Bolsería, núm. 32 :::: VALENCIA



Recuerde usted que **MUEBLES ARMENGOL**
SON LOS MAS BARATOS DE VALENCIA

Armarios con luna, a. 95 pesetas.
Camas con sommier, a. 35 pesetas.
Mesas noche, a. 12 pesetas.
Bastones con luna, a. 33 pesetas.
Lavab. s. a. 8'50 pesetas.
Mesas comedor, a. 15 pesetas.
Sillas comedor, a. 7 pesetas.

Y UN INMENSO SURTIDO DE MUEBLES A
PRECIOS ESCANDALOSOS

Especialidad en dormitorios y comedores de
todos precios y estilos

No lo olvide usted: **MUEBLES ARMENGOL**, los más baratos de Valencia

Calle de Castellón, número 10, teléfono
13.987. (Detrás plaza de Toros)

Farmacia Portaceli

LABORATORIO - Teléfono 11.663

Proveedor de la COMPAÑIA FERROCARRILES NORTE

Nueva instalación moderna.-Especialidad
en recetas e inyectables.-Productos puros

Castellón, 12 - VALENCIA

DESDE MADRID

¡Hoy llega Blasco!

¡La llegada de Blasco Ibáñez!
¡Hoy llega Blasco!
¡Cuántas veces oí estas voces, como clarines que invitaban a la lucha o con sonos de himno victorioso!

Recuerdo perfectamente la procesión enardecida de Blasco y sus amigos pasando frenéticos en días electorales, por la calle de la Nave, camino del viejo círculo de la calle de Libreros.

Era yo entonces un niño enfermizo que tenía que contentarse con gritar los vótores tras los cristales del balcón, mientras se escandalizaba la beatería de unas vecinas, que poseían un mirlo que silbaba constantemente unas notas de vals. Era la época de Capriles y del obispo Nozalada, de Sancha y de la peregrinación a Lourdes.

Conserva mi memoria con toda fidelidad los detalles de otra llegada de Blasco a la casa de EL PUEBLO. Esta:

Los chicos ensayábamos un drama de Mario Blasco, en el que el autor representaba el papel de Brissot; Julio, el de Dantón; la Sancha, el de Carlota Corday, y el que esto escribe se resignaba a ser asesinado por ella, bajo el disfraz de Marat.

Llegó Blasco con Castrovieja, que trataba de alcanzar a saltos a Pilar Blasco que le había arrebatado la muleta. En la calle el tumulto de una entusiasta muchedumbre a la que Blasco arengaba desde el balcón de aquella habitación adornada con sombrillas japonesas. Era la época de Viñas, el magnífico tenor de «Lohengrin» que Blasco impuso al gusto de los valencianos. Mario estaba muchas veces enfermo. Junto a su cama algún amigo oía con él los libros que donña María nos leía pacientemente. Otras veces eran las meriendas en el alegre comedor mientras en el fonógrafo rodaba el cilindro de «La Primavera», de «La Walkiria».

Años más tarde, Blasco ha estado en América. Vuelve por unos días a Valencia. Durante ellos pronunciará aquella bellísima conferencia acerca de «La novela y su influencia en la vida social».

La plaza de Castellar, muy obscura aún. Más solares que jardines. Tras el coche de Blasco corrían grandes y chicos hasta la calle del Palomar, donde se editaban los libros de la Biblioteca Sempere. Valencia comenzaba a sentir ambiciones de gran ciudad. Blasco, se presentaba por primera vez ante sus correligionarios con una barba muy cortita y afeitadamente vestido de «smoking».

La guerra. Blasco, va a llegar. Se temen agresiones de los jaimistas. Los germanófilos han proferido amenazas. Salimos a recibir a Blasco a un pueblo cercano. En las estaciones, grupos entusiastas que se nos agregaban llevando el coche-cama de gritos rurales y estrujaban las manos del Maestro, dejando martirizados sus finos dedos y de color marrón sus guantes amarillos.

La plaza de la Estación, vacía. Tras las verjas, una apretada multitud. Va a aparecer Blasco. Un silencio de máxima emoción. Aparece. El silencio se adensa, se materializa en fuerza de esperarse. Y una ovación como nunca oí. Entusiasmo, amor desbordado, frenesí.

Recuerdo, no sé por qué asociación de ideas a Andrés Alfaro y al «Morrut».

El último viaje lo recuerdan todos. Es una marcha triunfal. Si los demás tenían «tempo» rápido, «alegre», este último tiene la solemnidad de los «andantes». Blasco es ya doctor «honoris causa» de universidades americanas, es el novelista de las grandes tiradas, periodista solicitado por los más selectos públicos. Cuando habla, ya no es el político. Huye asimismo de la exuberancia formal, la suntuosidad en las imágenes que le caracterizaban.

Habla sencillamente, escuetamente. Cita cifras y pone en sus párrafos una tenue nota de «humor» que nunca abandonó del todo.

Ahora va a llegar nuevamente el cuerpo de Blasco Ibáñez. Cuando su espíritu triunfó plenamente. Cuando en España se ha instaurado la República que tanto amó y que como pocos contribuyó a traer. Yo soñaba, al final de una conferencia que acerca de Blasco y su obra pronuncié en la Casa de la Democracia, en una futura fiesta en la que se celebrasen las bodas de oro de Blasco con la Literatura.

Una fiesta pagana junto al mar Mediterráneo. Con desfile de los toros que arrastran los barcos conducidos por los bravos e ingeniosos nietos de Ulises, que Blasco cantó en «Flor de Mayo» y en «Mare Nostrum». Con cabalgatas de los huertanos, que inmortalizó en «La Barraca»; fuertes huertanos que desfilaban con sus muretes, cargados de los frutos y las flores de la huerta, al son unos y otros de las caracolas. Caballos blancos, enjaezados ricamente como reproduciendo un cuadro de Anglada; comisiones de ibicencos con «Flor d'Atmeller» al frente; jerezanos de «La Bodega», que hicieran de la ofrenda del vino, y miembros de «El Instru»... Pálidos hebreos como «Luna Benamor» y comisiones de las tierras remotas donde cabalgó el centauro Mardaga. Soldaditos de Francia, pescadores de la Costa Azul... vuelos de palomas, repicar de campanas; una fiesta, en fin, alegre y gloriosa como una Epifanía.

Va a llegar el cuerpo de Blasco que murió fuera de Valencia y de España. Toda la pompa oficial será rendida a su presencia. Yo deseo y estoy seguro de que se logrará que por encima de ella, domine la emoción de todos los corazones que le amaron mientras meditaban las mentes que le admiraron tanto. Y en el silencio de la primera emoción, recordaremos todos, echándola de menos, la voz maravillosa de Blasco, aquella voz honda y melancólica de sus buenos años, cargada de sugerencias maravillosas, aquella voz llena de nostalgias que nos hacía a cuantos la oíamos, añorar los maravillosos paisajes que, como nadie, supo evocar.

Y echaremos de menos a Azzañi, que nos hubiera dicho seguramente, como cuando entraron los restos de Sorolla: «Para hacer entrar dignamente tal cuerpo, habría que celebrar algo maravilloso, como las místicas hecatombes. Destruir parte de la ciudad, sus torres gloriosas y pasar por encima su cadáver. Hombre como éste nacen tan pocos y tan de tarde en tarde, que son dignos de que, por ellos, se destruya mucho, para construir en su nombre y con él, algo grandioso, superior a lo conocido.»

J. ESTELLES.

Madrid-October-1933.



Blasco Ibáñez, en Marzo y Abril de 1920, hizo su excursión a Méjico, invitado por el que entonces era su presidente, don Venustiano Carranza. Cuando el Maestro llegó a Nueva España para pasar allí dos meses, todo parecía tranquilo. Su objeto no era otro que estudiar Méjico a fondo para luego escribir acerca de esta República de lengua española su novela «El águila y la serpiente».

El presidente Carranza recibió con toda solemnidad a Blasco Ibáñez. En el grabado aparecen con el ilustre novelista, además del presidente, las personalidades más destacadas de Méjico.



BAR CAFE

Especialidad en café exprés, cerveza marca La Cruz del Campo y Aguila :: Licores de todas marcas
Salón de billares completamente reformado
Especialidad en la leche, Bombón Nutria y toda clase de tapas :: Excelente servicio para bodas y bautizos :: Primer salón en Valencia y en su especialidad, con calefacción

Director propietario: ANTONIO PRINI

Calle de las Barcas, 11 - Teléfono 12.818

L'HOSTAL DEL NINOT

Cubiertos a 3'50 pesetas

Carta, platos típicos

Calle de la Sangre, 9 y 11, y En Llop, 10
Teléfono 14.882 VALENCIA

OSTREIRO

A CARGO DE MIGUEL COLLADO

Paseo de Caro (En el interior del mar) - Teléfono 31.906

El sitio más pintoresco.-El establecimiento que extrae del mar los mariscos a la vista de los clientes.-SERVICIO PERMANENTE.-Taxis hasta la puerta.-Salones independientes.-Restorán económico.-Especialidad en la langosta americana.-Ostras.-Langostas.-Almejas.-Langostinos. Cigalas y Clóchinas.-TODO VIVO :: :: ::

Una antigua amistad

Fui de los primeros o quizá el primero que advino el germen de buen novelista que llevaba dentro Blasco Ibáñez.

Corría hacia su fin el año 1885; en un corto viaje a Játiva, para distraerme durante el trayecto, después de pasear la vista por artículos y noticias, la fijé en la novela que en el folletín publicaba un diario: era éste «El Correo», que entonces veía luz en Valencia bajo la dirección de mi amigo Ramiro Ripollés. Tras de un párrafo leí otro y luego otro y no cesé hasta terminar el último del número. Quedé sorprendido: tales eran la novedad del estilo y la recia textura del pensamiento. Aquello no podía ser de una pluma vulgar. Me entró el deseo de conocer al autor y lo reservé para cuando viera a Ripollés. Desde luego, lo que a primera vista pudiera parecer una novela traducida — no era admisible porque el argumento se desarrollaba en tierra valenciana, y los protagonistas, un alemán y una setabense, si mal no recuerdo —. Creo que el título de la novela era «Caerse de un nido».

Unos días después satisface mi curiosidad. El novelista era un joven que se llamaba Vicente Blasco Ibáñez e iba frecuentemente a la redacción de «El Correo», llevando novelitas cortas con ansias de verlas impresas. Ripollés no le daba importancia, pero yo sí, y quise verle. Fue la primera vez que estreché su mano. Era, en efecto, un muchacho, de pelo rizado, barba corta, ancho y risueño rostro y aire de atractiva simpatía.

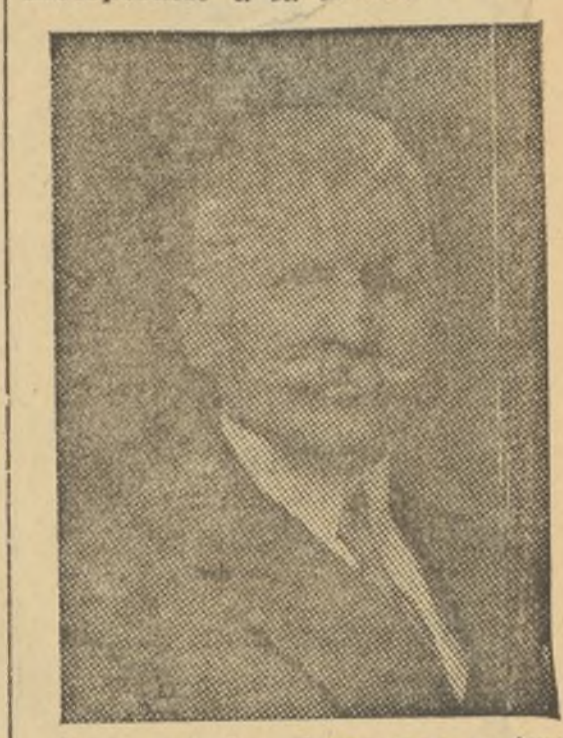
—Amigo mío — le dije —, tiene usted verdadera médula de novelista moderno: no hay por aquí nada parecido. No se inmutó, como si llevara en su interior seria convicción de su mérito. Todo gran talento considera la modestia excesiva como una de las virtudes de los que no tienen otra, según Schopenhauer.

Desde aquel día nos unió la amistad que no encontré en los azares de dos vidas distintas, pretextos para turbarse. Seguí con ella en todas las asperas de la suya, le aplaudí en todos los instantes de sus glorias, y mi admiración por sus lisonjeros éxitos fue siempre adelantándose a sus obras. Cuando pude serie útil me presté con toda el alma a serlo. Diganlo mis gestiones para librarme de la cárcel en los duros períodos de sus campañas políticas. El paquete de cartas suyas que poseo rebosan de agradecimiento y afecto y los pequeños favores por él pedidos y por mí prestados en ocasiones en que la suerte me dió facilidades para hacerlo, fueron muestras de recíproca amistad. En la intimidad familiar aún resultó más patente el lazo que nos mantenía en consorcio de inclinaciones literarias y de gustos artísticos, a pesar del foso que nos separaba en el continuo trajín de la vida pública.

Aún de lejos, en España y fuera de ella, la unión ni se aflojó ni se dió por vencida. Tengo todos sus libros dedicados por él; llevan en la portada la frase del recuerdo cariñoso y su firma por mí tan apreciada. Viviendo él en Madrid me adelantaba el plan de sus trabajos y hubo alguna de sus obras en que si la trama le obligaba a hacer enfermar o morir a alguno de sus personajes, el médico consultor era yo, y a mí acudía para

que le describiera el cuadro de la dolencia imaginada y de la muerte necesaria.

«La Horda» tiene un capítulo casi entero hecho con apuntes que él tomó personalmente en una sala de mi clínica hospitalaria; mi ayudante entonces, el doctor Desfilis, tan conocido ahora en Valencia, fué utilizado para incorporarlo a la novela.



Pocos pueden darse por amigos más íntimos que yo. Por eso le conocí tan bien. Que nuestra España haya sido invadida y hollada por diversas razas sobrepujadas y fundidas al cabo, es cosa sabida, pero el estudio psicológico de una persona que haya recogido elementos étnicos de varias razas no suele hacerse; y eso que sería curioso advertir y señalar la armónica floración cerebral que salda de semillas cruzadas da carácter a un genio.

Blasco Ibáñez tenía del fibero la rebeldía; del fenicio y del griego que colonizaron nuestras costas, la fina malicia, el sentido comercial y el refinamiento artístico; del romano la rudeza dominadora; del árabe la sensualidad exquisita y sobre todo ello la voluntad movible y la agilidad mental del hombre mediterráneo.

El alma valenciana es la que alienta y palpita en sus obras, hasta en aquellas a las que parece que engendraron, la contemplación y el estudio de tierras extrañas. Hay en ellas imaginación narrativa, agitación y luz, visión de películas coloreadas y sonoras. Su pluma, más que en tinta debió mojarse en el agua azul del mar que trae a la costa española, desleído, algo del genio griego que pasó rozando a Italia.

La República española, debe mucho a Blasco Ibáñez: fué uno de sus más fervientes y decididos apóstoles, pero al político sobrepasará siempre en la Historia el escritor insigne, el novelista famoso.

AMALIO GIMENO.

El novelista y el torero

La casualidad quiso que, cuando regresaba a España, se encontrara Blasco en Montevideo con el célebre torero Antonio Fuentes, quien se afirma le sirvió de modelo para crear parte al menos de su personaje Juan Gallardo, de «Sangre y Arena». El torero ganaba por corrida diez mil pesetas, y Blasco, con cierto orgullo irónico, le hizo saber que él, en una tarde, había ganado en una conferencia catorce mil quinientas. «Ya era hora—dijo—de que un escritor español ganase más que un torero.»

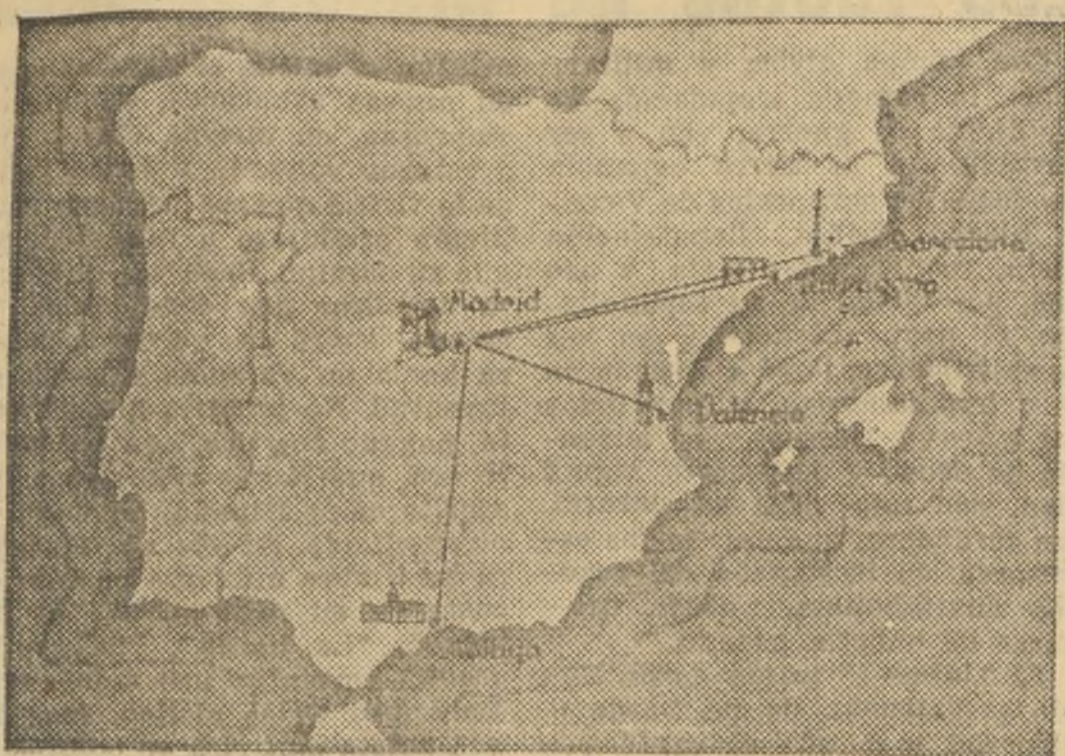


BLASCO IBÁÑEZ HA TRIUNFADO. SU CUERPO VUELVE A SU PAÍS, TRAS EL DESTIERRO, RECLAMADO POR LA REPÚBLICA, DE LA QUE EL FUE EL TRABAJADOR MAS HABIL Y CONSTANTE. SU ESPÍRITU Y SU ALMA NO DEJARÁN JAMAS DE ESTAR ALLI PARA PERFILAR LA VOLUNTAD REBELDE. SOY EL ENCARGADO DE EJECUTAR EL MONUMENTO QUE EN SU MEMORIA SE ERIGIRA EN UNA DE LAS PLAZAS DE PARÍS. Y ESTOY ORGULLOSO DE TALLAR EN LA PIEDRA LA EXPRESION DE DISGUSTO, DE LA PASION DESBORDANTE Y DE LA FE DEL GRAN APOSTOL ESPAÑOL, QUE SUPO UNIR AL GENIO DE LA LITERATURA EL FERVOR IRREDUCTIBLE POR LA LIBERTAD

T. LA MONACA.

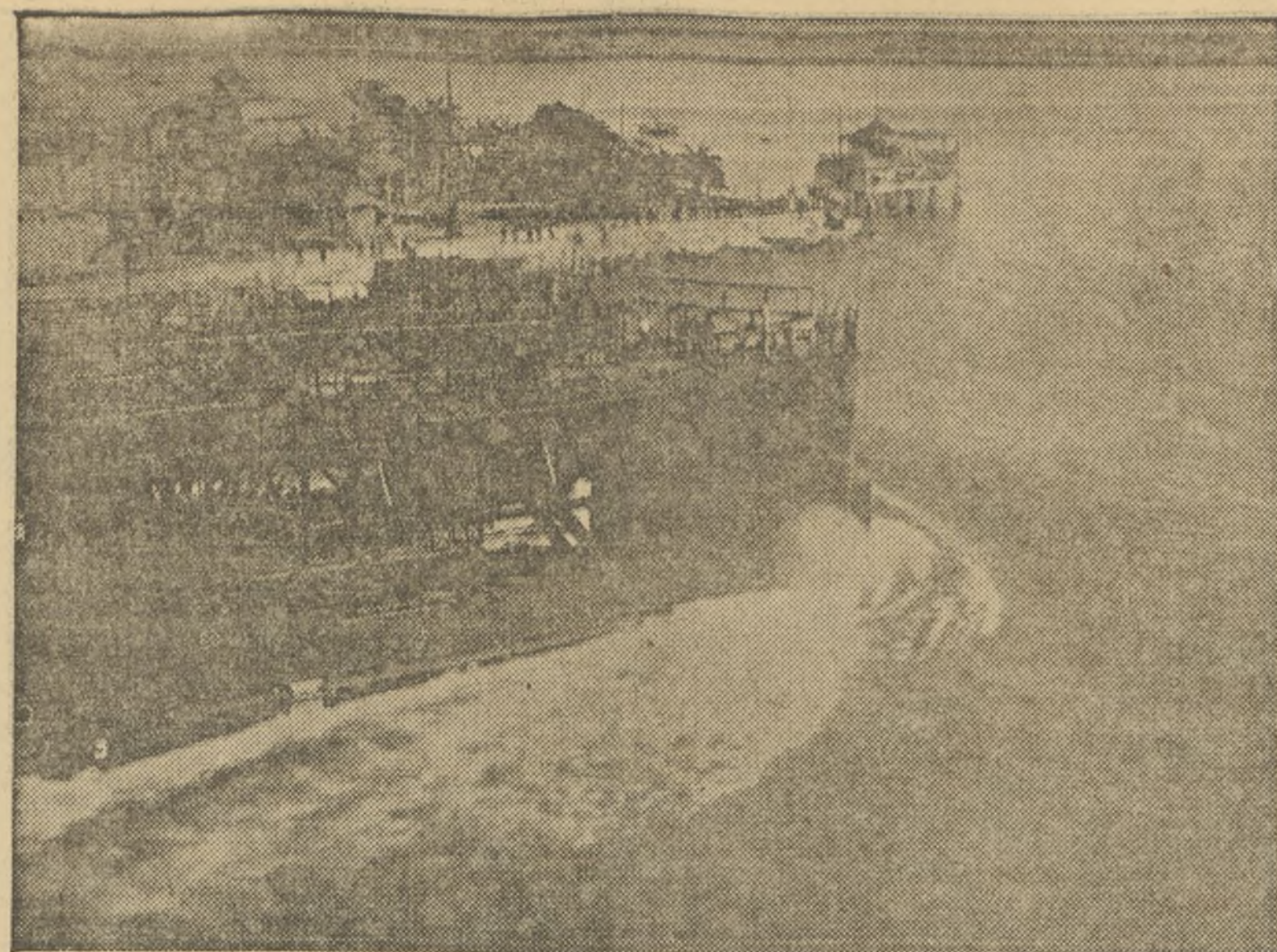
Paris, Octubre 1933.

LA UNION NAVAL DE LEVANTE S. A.

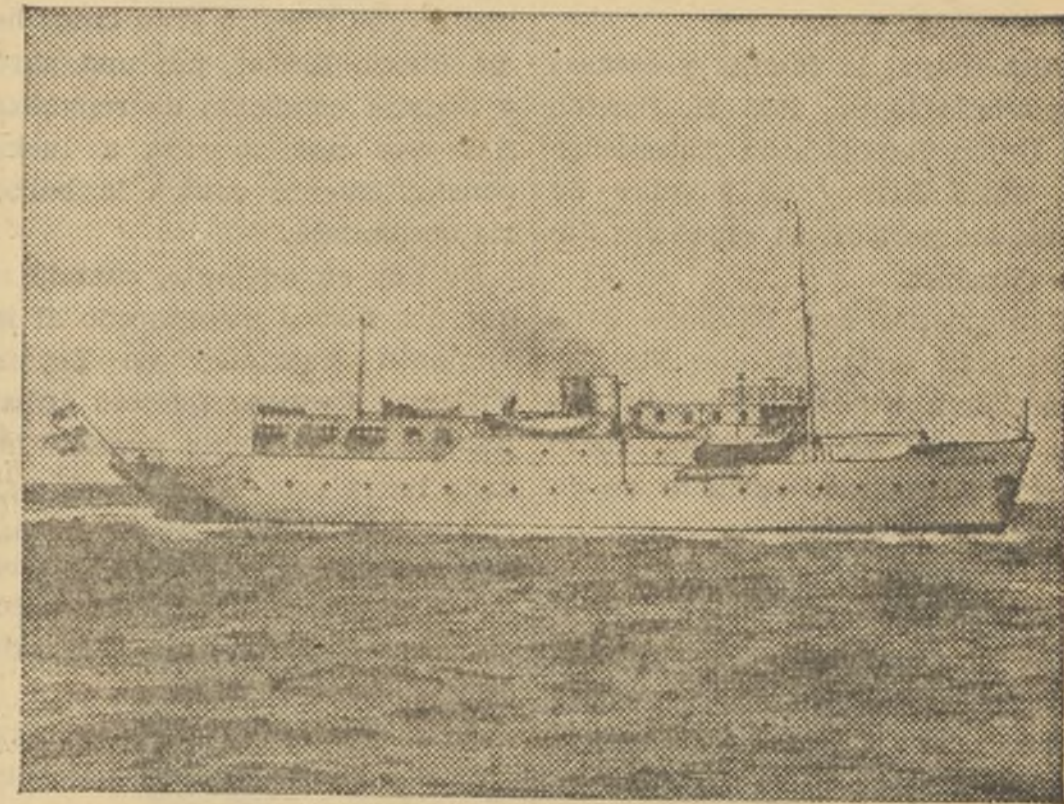


FACTORIAS DE UNION NAVAL DE LEVANTE S. A.

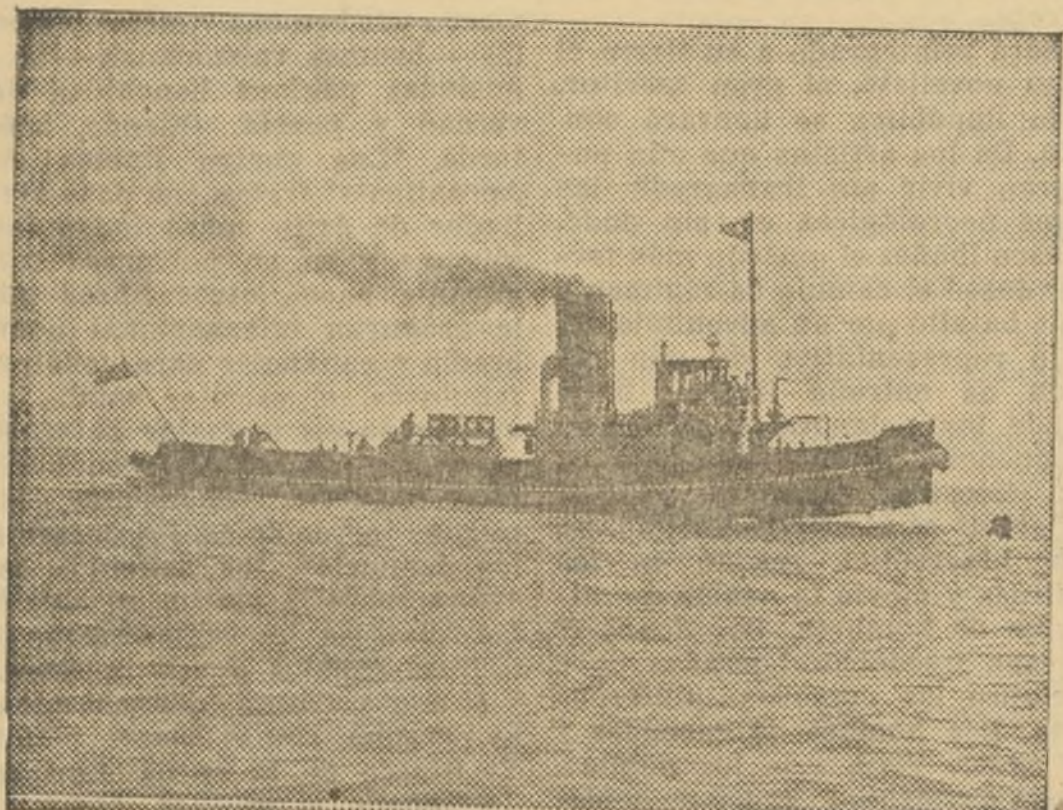
Barcelona: Talleres «Nuevo Vulcano». Reparaciones de todas clases y Construcción de Maquinaria.—Tarragona: Astilleros y talleres de reparaciones. Varaderos de 300 y 100 toneladas.—Valencia: Astilleros y talleres de maquinaria. Reparaciones de todas clases. Dique flotante de 4.200 toneladas.—Málaga: Reparaciones de todas clases. Dique flotante de 2.000 toneladas.—Casa Central: Madrid, Paseo de la Castellana, 14



Momento de la botadura del dique flotante para la marina de Guerra, destinado a la base naval de Mahón



El «Artabro», buque de la expedición al Amazonas, que se construye en los Astilleros de la U. N. de L. S. A.



Remolcador «Angela Comes» para el puerto de Valencia

Año 1930, «Ciudad de Alicante», desplazamiento 2.900 toneladas; velocidad, 16'5 nudos; tipo motor, dos hélices.

Año 1931, «Ciudad de Valencia», desplazamiento 2.900 toneladas; velocidad, 16'5 nudos; tipo motor, dos hélices.

Año 1933, «Ciudad de Ibiza», desplazamiento 2.230 toneladas; velocidad, 15'5 nudos; tipo motor, dos hélices.

Año 1933, «Ciudad de Tarragona», desplazamiento 2.230 toneladas; velocidad, 15'5 nudos; tipo motor, dos hélices.

Año 1928, «Plus Ultra», desplazamiento, 6.360 toneladas; velocidad, 13'5 nudos; tipo vapor, una hélice.

Buques petroleros:

Año 1932, «Campuzano», desplazamiento, 12.000 toneladas; velocidad, 13 nudos; tipo motor, dos hélices.

Año 1933, «Campillo», desplazamiento, 7.275 toneladas; velocidad, 12 nudos; tipo motor, dos hélices.

Remolcadores:

Año 1929, «F. Montenegro», desplazamiento, 333 toneladas; velocidad, 10 nudos; tipo motor, dos hélices.

Año 1930, «Angela Comes», desplazamiento, 195 toneladas; velocidad, 11 nudos; tipo vapor, una hélice.

Año 1933, seis para la marina de guerra, desplazamiento, 132 toneladas; velocidad, 11 nudos; tipo vapor, una hélice.

Buques especiales:

Año 1933, cañonero transporte de guerra, desplazamiento, 1.600 toneladas; velocidad, 20 nudos; tipo turbinas a vapor.

Año 1933, «Artabro», buque para expediciones científicas, desplazamiento, 800 toneladas; velocidad, nueve nudos; tipo propulsión Diesel eléctrica.

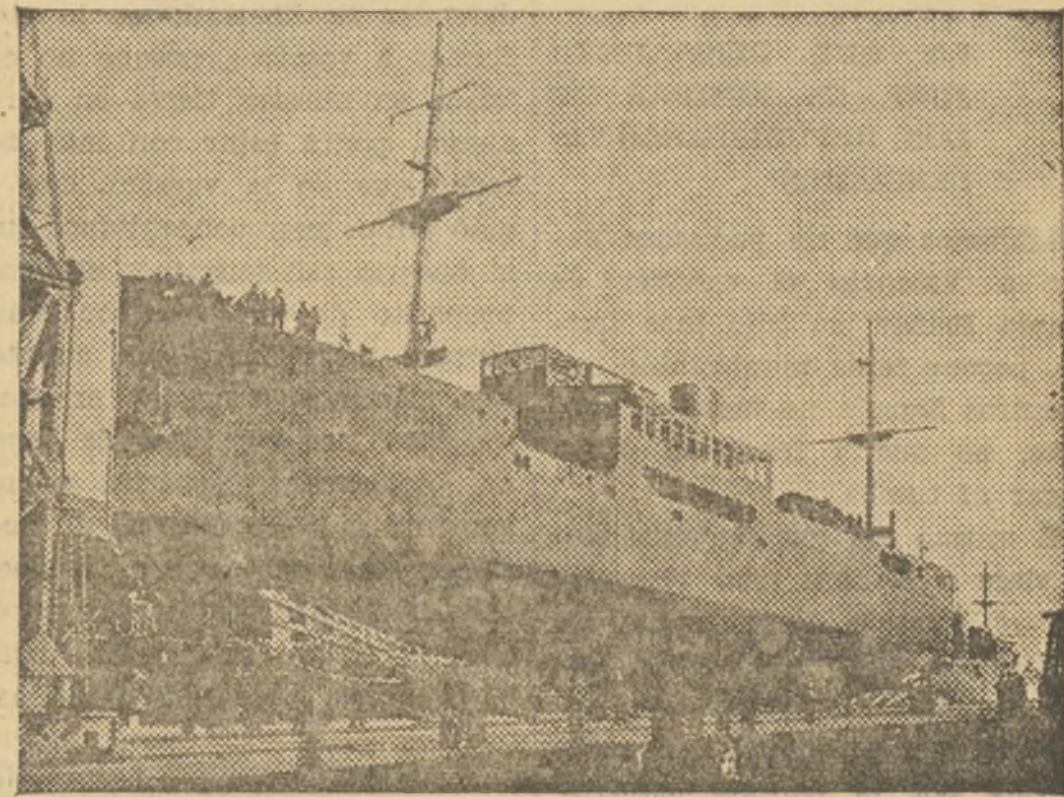
Diques flotantes o pontones:

Año 1930, dique flotante para Mahón, 3.500 toneladas; 2.000 toneladas de fuerza ascensional.

Año 1930, pontón flotante para Mahón, 1.550 toneladas; 1.000 toneladas de fuerza ascensional.

Grúas flotantes:

Año 1927, grúa de 30 toneladas para Valencia; 527 toneladas; accionada por motor Diesel.



Buque de pasaje «Ciudad de Tarragona», destinado a la Compañía Trasmediterránea, dispuesto para su botadura

Unión Naval de Levante S. A. Astilleros y Talleres de Valencia, es una importante factoría naval que ha sabido colocarse en pocos años a la cabeza de los Astilleros españoles.

Es una industria netamente valenciana, que al año distribuye en Valencia más de ocho millones de pesetas entre sueldos, jornales y adquisiciones de otras industrias de la región.

Construye buques de todas clases, pero se ha especializado principalmente en buques a motor para pasajeros, petroleros y remolcadores.

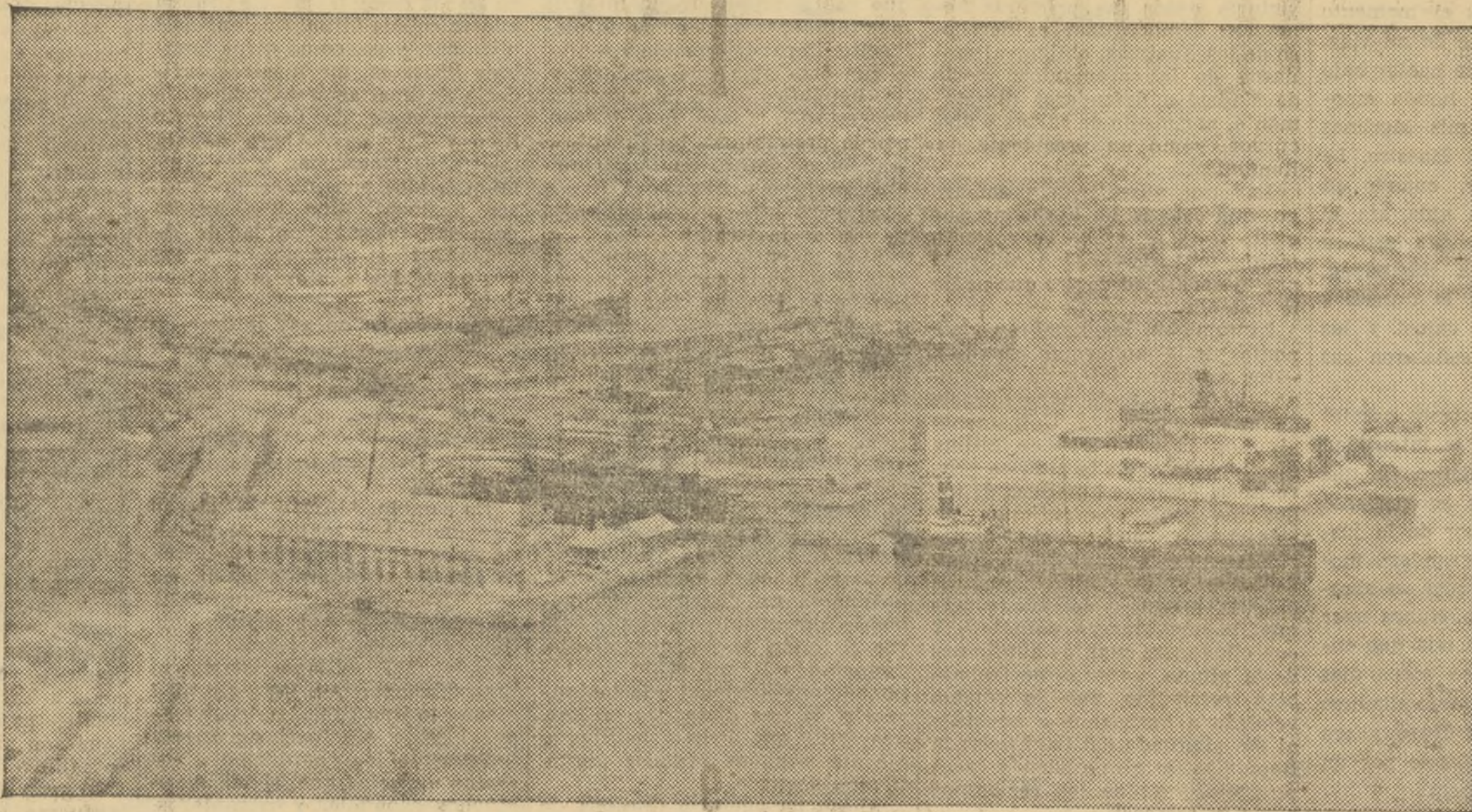
He aquí la lista de las

ULTIMAS CONSTRUCCIONES DE UNION NAVAL DE LEVANTE S. A.

Buques de pasaje:

Año 1927, «Ciudad de Algeciras», desplazamiento, 1.095 toneladas; velocidad, 16 nudos; tipo motor, dos hélices.

Año 1928, «Ciudad de Ceuta», desplazamiento, 1.095 toneladas; velocidad, 16 nudos; tipo motor, dos hélices.



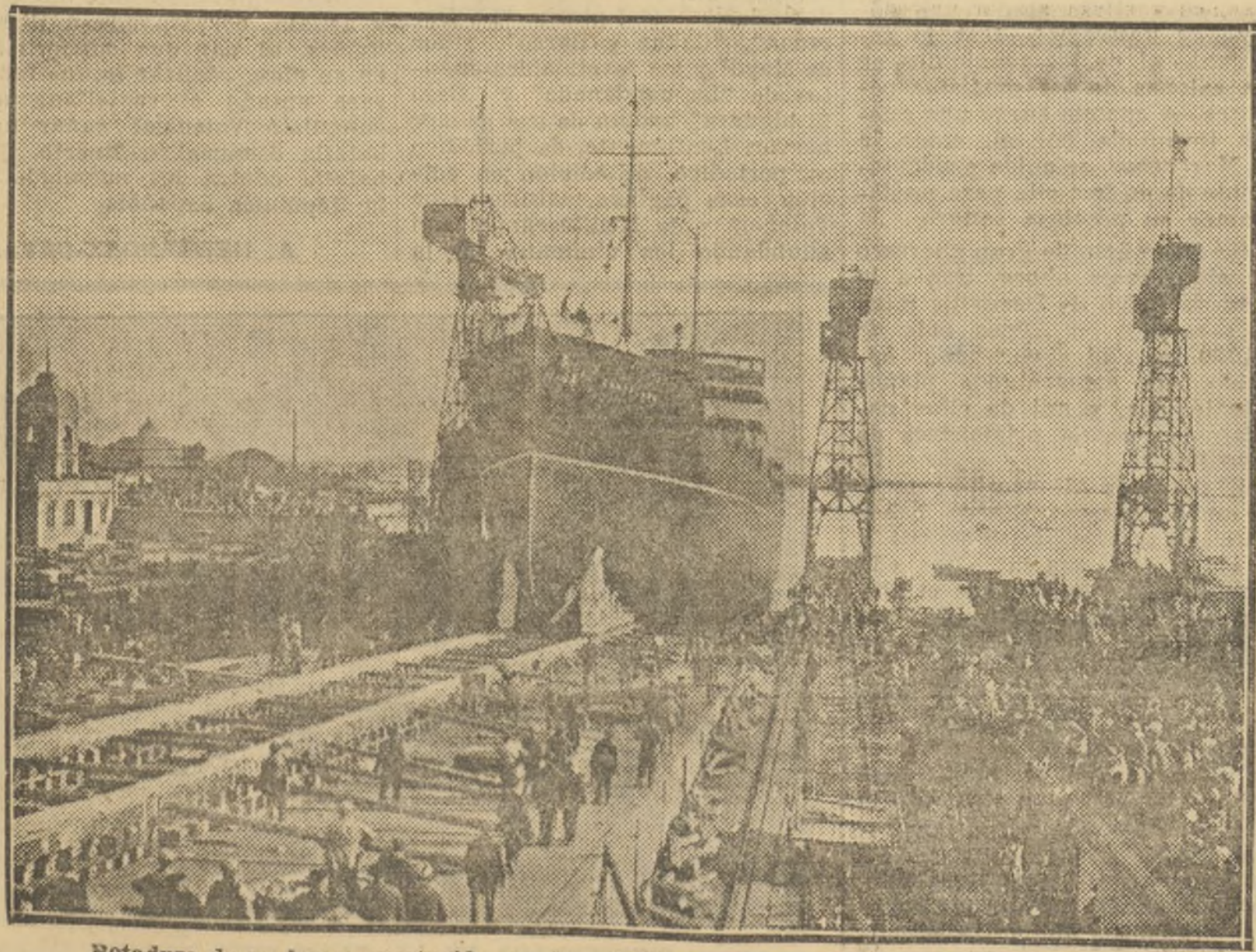
LOS ASTILLEROS DE LA UNION NAVAL DE LEVANTE S. A., VISTO DESDE UN AVION

Año 1929, grúa de 100 toneladas para Cádiz; 710 toneladas; accionada por motor Diesel.

Merece también consignarse que por su sólida garantía técnica y por la perfección de la mano de obra, ha conseguido recientemente el encargo de dos buques de construcción sumamente delicada, que elevarán el prestigio del Astillero: el «Artabro», destinado a la expedición Iglesias al Amazonas, primer buque construido en España con propulsión Diesel eléctrica, y el cañonero transporte «A», de 1.600 toneladas y 20 nudos de velocidad para la República de México.

La sección de talleres, con herramienta modernísima, se dedica a la construcción de máquinas de vapor, calderas, motores Diesel, maquinaria auxiliar para buques, sea a vapor o eléctrica y toda clase de material ferroviario.

Esta importante factoría ejecuta también toda clase de reparaciones de casco o maquinaria y cuenta para ello con un magnífico dique flotante de 4.200 toneladas de potencia ascensional.



Botadura de un barco construido en los Astilleros de la Unión Naval de Levante



Buque-tanque de 8.000 toneladas de carga, «Campuzano», destinado a la C. A. M. F. S. A.

Recuerdos de una fecha triste

28 Enero 1928

Muere en el destierro, en su casa de Menton, don Vicente Blasco Ibáñez. 28 de Enero de 1928, fecha triste, imborrable de toda alma republicana.

Allá fueron la familia y escasas representaciones. Por el Partido de Unión Republicana Autonomista, Julio Just y en nombre de todos los periodistas españoles Julio Giménez.

Juntamente con Eduardo Sancho, gran amigo de don Vicente, cumplieron con su deber y nuestro Blasco Ibáñez, reposa sobre tierra valenciana, envuelto en la bandera y cubierto de flores de esta vega, en el féretro que hoy llega.

En el Cementerio de Menton ante miles de personas, ante las autoridades y ante las fuerzas francesas que daban guardia de honor a Blasco Ibáñez, pronunciaron discursos el alcalde de Menton, don Eduardo Ortega Gasset, Julio Just y nuestro compañero Julio Giménez.

LO QUE DIJO JULIO JUST, EN NOMBRE DE LOS REPUBLICANOS VALENCIANOS.

Sabíamos que no podíamos llevar a Valencia el cadáver de Blasco Ibáñez, su hijo más ilustre, porque tenía manifestado que mientras España no fuera un país libre, no quería tener en él ni hogar ni tumba.

El mismo día que emprendimos el viaje a Menton para representar al Partido Republicano, un clamor de una gran muchedumbre reunida en un viejo casino republicano y profundamente conmovida por la pérdida irreparable que acaba de sufrir, expresaba el deseo de que los restos mortales de Blasco se llevasen a Valencia.

Casi todos aquellos hombres de rostro enérgico, de mirada brillante por las lágrimas, que había acudido allí abandonando los talleres y las fábricas para saber la cruel noticia, para verla confirmada, mejor dicho, de la muerte de su gran tribuno recordaban que años antes, después de un viaje triunfal por América, había estado con ellos, había estrechado sus manos encallecidas por el trabajo y les había dicho al final de un discurso inolvidable, pronunciado frente al mar:

—Si la muerte un día me sorprendiera lejos de Valencia, pedid mi cadáver; yo quiero reposar en esta tierra.

Pero ellos olvidaban en su afán de verle por última vez, de sentirle cerca, como un buen dios titular, que la última gran lección de su tribuno había de ser esa: la de aceptar permanecer enterrado lejos de la patria, bajo otros cielos, como una constante protesta contra un régimen que ha envilecido la dignidad nacional, y para que sirva de estímulo a quienes se sientan capaces de una acción libertadora.

Y esa acción, como él deseaba, ha de suscitar más que la pura lección verbal de unos principios, la decisión inquebrantable de incorporarlos a nuestra vida, de infundir nuestro aliento, de darnos nuestra sangre.

La situación actual de nuestra

Patria nos obliga a darle sepultura aquí, en esta noble tierra francesa, resolviendo con ello la angustiosa situación dubitativa que nos creaba nuestro gran amor hacia Blasco Ibáñez, por una parte, y nuestra condición de republicanos que nos impulsa a luchar constantemente contra la barbarie absolutista.

De hoy en adelante, cuando los que nos hemos incorporado al movimiento libertador de España, sintamos flaquear nuestro ánimo, habremos de dirigir nuestra mirada hacia esta tierra, hacia esta colina que avanza hacia el mar, como una fabulosa nave cargada de reliquias, pues ello nos habrá de proporcionar nuevos y grandes estímulos para la lucha.

Aquí dejamos a nuestro héroe envuelto en la bandera valenciana: os lo confiamos, hermanos franceses, a vosotros, que más felices que nosotros, podéis llamarlos hombres libres y podéis ofrecer seguro asilo a los perseguidos por defender la libertad; os lo confiamos a vosotros, porque no estando en nuestra tierra en parte alguna podrá estar con más derecho que en la vuestra, que él amó tanto; pero consentidos que, al hacerlo así, tengamos el firme propósito de que sea por breve tiempo; permitidos que, cuantos nos sentimos honrados españoles, bien nacidos, hijos de España, nos comprometamos solemnemente a rescatarle, no de vosotros, sino de nosotros mismos, que no hemos sabido hacer de nuestra patria, una patria digna de hombres como Blasco Ibáñez.

EL REPRESENTANTE DE LOS PERIODISTAS ESPAÑOLES JULIO GIMÉNEZ, DIJO:

«Considero que es el momento más difícil y solemne de mi vida, éste en que tengo que hablar bajo el peso de la más honda emoción, conteniendo mis lágrimas ante el cadáver del Maestro. Le recuerdo con amor, cuando en plena fuerza de su vida era el periodista valenciano que forjó su temperamento en la adversidad, que sufrió procesos, la dureza y la injusticia de la cárcel y las persecuciones que señalaron sus comienzos literarios.

Los hombres a quienes admiró marcaron el rumbo y la intensidad de la gloria y la admiración que él merece. Cuando se presentó ante Zola, el defensor de la justicia, ante aquella grandeza moral, hermana de la suya se arrojó y besó su mano. Nunca nace la estimación más honda que entre los iguales. Hace pocos días pronunciaba un hermoso discurso en honor de Víctor Hugo y era aclamado con entusiasmo por un fervoroso público liberal.

Blasco Ibáñez ha vivido la vida de dos grandes pueblos: España y Francia, que se simbolizan en su tumba sobre la tierra francesa. Sobre ella Blasco Ibáñez recibe el abrazo de la Senyera valenciana que le sirve de sudario. Sólo a vosotros, franceses, podríamos confiar el sagrado depósito de su cadáver, mientras los ideales que con tan hermoso ardor y convicción defendió, abren en España su ruta victoriosa.»



LA FAMILIA DE BLASCO IBÁÑEZ EN LA PLAYA DE LA MALVARROSA, EN EL AÑO 1903

El novelista y el Borbón

Blasco Ibáñez publicó en París, los años 1924 y 1925, los famosos folletos "Alfonso XIII, desenmascarado" y "Lo que será la República española". Fundó, además, en unión de otros patriotas, el valiente periódico "España contra el rey", y, sin embargo, le obligan a que le pague todos esos millones.

Ahora muchos españoles le piden que deje de ser rey, y él finje que no se enterará de tal exigencia. Tal vez para sincerarse menciona el homenaje que él mismo se preparó y otras manifestaciones de lealtad y entusiasmo de sus amigos, los cuales parecen muchos porque disponen del Poder y no pasarían de cien si estuviesen en la desgracia y en la proscripción.

Para que la verdad triunfe definitivamente, podríamos hacer lo que yo he propuesto en mi primer folleto. Organizásemos un plebiscito libre del pueblo español y que éste diga qué prefiere, si la República o la monarquía. Concretando todavía más el caso, podría preguntarse igualmente a España si dentro de la monarquía prefiere a Alfonso XIII o a cualquiera otro rey, aunque sea un rey de la baraja.

Si la mayoría de los españoles vota libremente por él, yo me callaré para siempre. Pero no hay que esperar que esta consulta al país pueda realizarse en su reinado, que es el fingimiento hipócrita y la eterna mentira.

Y pasemos al discurso de Córdoba. En 1924 Alfonso XIII fue a dicha ciudad, le dieron un banquete, se embriagó en él—como va siendo su costumbre, según aumentan en años—y a los postres, arrastrado por su manía oratoria, pronunció un discurso terriblemente imprudente, en el que dejó ver el fondo de su pensamiento, anunciando la supresión del régimen constitucional y la instauración de una dictadura militar, proyectos que Primo de Rivera ejecutó por sus órdenes algún tiempo después.

Ahora ha vuelto a Córdoba, le han dado otro banquete y se ha emborrachado de nuevo, pronunciando un segundo discurso, que no puede ser más estrafalario e incoherente.

He aquí lo que dijo en substancia, pretendiendo atacar:

«Al hablar de esa campaña difamatoria a que ha aludido el alcalde de Córdoba, yo tengo que decir que he cumplido en todo momento con mi deber, y es una íntima satisfacción de mi conciencia. Cuento con mi pueblo, y os aseguro que el rey morirá incluído en su puesto, pero el lodo no le alcanzará. Cuando hay en Marruecos hombres que, bajo la bandera, luchan y mueren, hablar mal de ellos es ser traidor a la patria. Es preciso ir allí para encontrarse cara a la muerte, antes de difamar a los que luchan y a los que sufren. Se ha calumniado a mis oficiales, cuando hay en Marruecos cementerios llenos de quienes dieron gloriosos su sangre y su vida. Tales calumnias no pueden verse impunemente. Esto no puede decirse contra quienes tienen sus pechos acibillados a balazos. Quien así habla fuera de España, sin haberla ofendido su sangre, vertiendo injurias y especies calumniosas, es un enemigo de su bandera. ¡Que Dios ilumine a ese mal patriota y le perdone el daño que hace a España! ¡Valiera más que, en vez de esas campañas, empleara su pluma en cánticos gloriosos a la epopeya, siempre noble, de su país.»

Lo único gracioso en su carta es la afirmación de que nadie

le preguntó si quería ser rey... Pero, aunque no se lo preguntaron, lo es y cobra por ello una cantidad considerable de millones todos los años.

Tampoco al pueblo español, que no interviene para nada en su engendramiento, le preguntaron si quería que el hijo de doña Cristina fuese rey, y, sin embargo, le obligan a que le pague todos esos millones.

Ahora muchos españoles le piden que deje de ser rey, y él finje que no se enterará de tal exigencia. Tal vez para sincerarse menciona el homenaje que él mismo se preparó y otras manifestaciones de lealtad y entusiasmo de sus amigos, los cuales parecen muchos porque disponen del Poder y no pasarían de cien si estuviesen en la desgracia y en la proscripción.

Para que la verdad triunfe definitivamente, podríamos hacer lo que yo he propuesto en mi primer folleto. Organizásemos un plebiscito libre del pueblo español y que éste diga qué prefiere, si la República o la monarquía. Concretando todavía más el caso, podría preguntarse igualmente a España si dentro de la monarquía prefiere a Alfonso XIII o a cualquiera otro rey, aunque sea un rey de la baraja.

Si la mayoría de los españoles vota libremente por él, yo me callaré para siempre. Pero no hay que esperar que esta consulta al país pueda realizarse en su reinado, que es el fingimiento hipócrita y la eterna mentira.

Y pasemos al discurso de Córdoba. En 1924 Alfonso XIII fue a dicha ciudad, le dieron un banquete, se embriagó en él—como va siendo su costumbre, según aumentan en años—y a los postres, arrastrado por su manía oratoria, pronunció un discurso terriblemente imprudente, en el que dejó ver el fondo de su pensamiento, anunciando la supresión del régimen constitucional y la instauración de una dictadura militar, proyectos que Primo de Rivera ejecutó por sus órdenes algún tiempo después.

Ahora ha vuelto a Córdoba, le han dado otro banquete y se ha emborrachado de nuevo, pronunciando un segundo discurso, que no puede ser más estrafalario e incoherente.

He aquí lo que dijo en substancia, pretendiendo atacar:

«Al hablar de esa campaña difamatoria a que ha aludido el alcalde de Córdoba, yo tengo que decir que he cumplido en todo momento con mi deber, y es una íntima satisfacción de mi conciencia. Cuento con mi pueblo, y os aseguro que el rey morirá incluído en su puesto, pero el lodo no le alcanzará. Cuando hay en Marruecos hombres que, bajo la bandera, luchan y mueren, hablar mal de ellos es ser traidor a la patria. Es preciso ir allí para encontrarse cara a la muerte, antes de difamar a los que luchan y a los que sufren. Se ha calumniado a mis oficiales, cuando hay en Marruecos cementerios llenos de quienes dieron gloriosos su sangre y su vida. Tales calumnias no pueden verse impunemente. Esto no puede decirse contra quienes tienen sus pechos acibillados a balazos. Quien así habla fuera de España, sin haberla ofendido su sangre, vertiendo injurias y especies calumniosas, es un enemigo de su bandera. ¡Que Dios ilumine a ese mal patriota y le perdone el daño que hace a España! ¡Valiera más que, en vez de esas campañas, empleara su pluma en cánticos gloriosos a la epopeya, siempre noble, de su país.»

Lo único gracioso en su carta es la afirmación de que nadie

nación secuestrada" notaría en seguida la frescura con que faltó a la verdad este mentiroso coronado, que pasa su vida engañando a sus cortesanos, como su bisabuelo Fernando VII, y cree que puede hacer lo mismo con la opinión de las naciones.

Precisamente yo hago justicia en mi libro al valor infructuoso y mal dirigido del ejército en Marruecos y lamento que hayan muerto 25.000 españoles en una guerra sin más objeto que dar importancia militar a este imitador de Guillermo II, que nunca se ha batido. Además, creyó emplear un argumento sin réplica acusándonos de no haber derramado nunca mi sangre por la patria. ¿Cuándo podía haberla derramado? ¿Cuándo ha sido invadido el suelo de España y han corrido todos los españoles a defender su integridad?

Durante mi vida, España sólo ha tenido dos guerras. Una fue la guerra en sus últimas colonias de ultramar, y yo, como otros hombres liberales, me mostré partidario de que se reconociese la independencia de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Ahora hay la guerra de Marruecos, y soy enemigo de ella, pues no es una guerra nacional, sino una guerra para satisfacer la vanidad de Alfonso XIII y para los negocios sucios de las gentes que le rodean.

Además, yo no soy militar de profesión, no he cobrado nunca un céntimo del Estado español ni tengo uniforme alguno. Ninguna obligación pesa sobre mí de ir a luchar en una guerra colonial de la que abominan los más de los españoles.

En cambio, Alfonso XIII, desde que empezó a mamar el pecho de su nodriza, empezó izando a recibir siete millones de pesetas por año. Tiene ahora unos 39 años, de lo que resulta que lleva cobrados del pobre pueblo español 273 millones hasta el presente momento. Esto sin mencionar lo que cobra cada uno de sus hijos y sin tener en cuenta igualmente los cuantiosos y secretos negocios que, según dicen muchos españoles y extranjeros, ha podido realizar gracias a su influencia de rey.

Y lo único que ha hecho a cambio de tan enormes ganancias, es vestirse al día una docena de uniformes—trabajo semejante al de los manifiestos en los salones de los modistos célebres—y cuando surge una guerra inventada por él, como la de Marruecos, se cuida prudentemente de no ir a ella para no derramar su preciosa sangre.

Su único acto de gran guerrero ha sido, hasta ahora, ir a la casa de juego de Deauville mientras morían en África más de 10.000 españoles por haber seguido sus disparatados planes estratégicos, y mil de ellos gemían de miseria prisioneros de los rifeños.

El deseo de Alfonso XIII parece que sería ver a Blasco Ibáñez dedicado a escribir "cánticos a la gloria de la patria" o sea a la gloria de él mismo, pues el bisnieto de Fernando VII considera modestamente que la patria es su persona.

Verme escribiendo las glorias de Alfonso XIII, la española manzana de Annual organizada por su ignorancia, la retirada catástrofe de Primo de Rivera, la miseria, la incultura y el fanatismo religioso fomentados por él en España, etc., resultaría una vergüenza aún mayor que todas las vergüenzas que sufre actualmente mi patria, bajo su reinado.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.
26 Enero de 1925.

ESPEJO DEL MUNDO

Los restos de Blasco Ibáñez

Con pompa cívica y militar, sobre la armada trepidación de un buque de guerra, van a ser devueltos a la tierra española los despojos corporales de Vicente Blasco Ibáñez. Repatriación justa, resurrección justa, y eso que, por virtud de su españolismo, el gran valenciano, en vez de expatriarse, llevó a España en sí e irradiando de sí por todos los mares y tierras, y en ausencia de exodo y de muerte, siguió vivo, con una vida tan natural, tan verdadera, que muy pocos escritores, en la España del regodeo analfabetista, pueden ufanarse de haberla gozado.

El "Jaime I" traerá desde Mentón a Valencia, de un borde a otro del mar que él cantó poderosamente, sus huesos y su calavera. La advocación de un gran rey cobijará, sin que a nadie choque, la advocación de un gran republicano, ya que unos cuantos restos de hombre apenas cuentan cuando ese hombre deja una obra duradera. Y el monarca y el ciudadano no reñirán, porque, en fin de cuentas, cuando la grandeza es auténtica, ciertas modalidades políticas cuentan menos que lo que a primera vista parece.

Será reintegrado a su tierra el gran novelista, el gran escritor, y la República se honrará con ello. De los artistas que aún pudieran vivir sin transgredir las leyes necrológicas es, sin duda, Blasco Ibáñez el que con más fervor desee el cambio de régimen y más batalló por su advenimiento. Hijo representativo de una región de entraña liberal, halló desde los primeros años en su elocuencia, en sus visiones y en su necesidad dinámica, modos de servir al ideal republicano. Su voz hiperbólica resonó en los mítines y movió la pasión de millares de hombres. Por donde él pasaba quedaban borradas para siempre las cómodas indiferencias. Era hombre de encender y de arder. Vivía a la luz pública, y, sin embargo, lo rodeó de continuo una aureola de mito. Por temperamento, por idiosincrasia, le hubieron esas habilidades del miniaturismo literario; era buen levantino, hombre de retina sensible y de mano rápida: pintor de grandes frescos, manejador de colores primarios. Sus caracteres, el contraste de sus escenas capitales, sus descripciones, sus anécdotas, su sistema apostolado, le apartaban de las sutilezas. Lo que veía, lo que sentía, lo que transcurría al punto en luz y en vibración. No escribía: hablaba. Su arte novelesco es pictórico y oratorio. La savia de su región le subía por los pies hasta el cerebro, y bajaba después, transformada en palabras, a los labios y a la pluma. ¡Y hay menguados retóricos que aseguran que carecía de estilo! Lo tuvo como pocos. Si el estilo constituye las facciones del alma, el modo inconfundible que cada espíritu tiene de manifestarse y de reconstruir su universo, ¿quién puede negar que al gran novelista se le reconociese entre todos por su acento y por su modulación? Aquel su desmembrado, aquella su confianza en sí, aquel su poderoso don de manejar las masas y de modelar como a hachazos, pero perfectamente, personajes y episodios, ¿qué son sino máximas virtudes de estilo?

El gran español, sirviéndose de la fuerza suprema del instinto, realizó en su primer ímpetu juvenil, no la obra que había de darle el dinero que apetecía su sensualidad, sino la que había de darle la inmortal gloria. "La Barraca", "Cañas y Barro", "Flor de Mayo" y los formidables cuentos de "La condenada" y "Bajo la higuera" brotan de ese primer hervor. Lentamente, de periódico en periódico, de edición en edición, esas páginas, saturadas de Valencia y de Mediterráneo, van ahondando los cimientos de la

estatua mientras el hombre vive, en nuevas aventuras, en nuevas empresas, en nuevas obras, que a retazos volverán a tener vetas de la virtud que esa primera ebullición produjese a raudales, si que su camino. Cada vez que quiera acendrar sus condiciones, el artista tendrá que volver la cabeza hacia su Valencia y hacia su juventud. No importa que el éxito, pagado con oro, con verdadero oro, que jamás conocieron los escritores de España, le venga de otros climas. Su voz no recobrará su timbre más que cuando de cosas de su raza hable. "El intruso", "La horda", "Sangre y arena", revelarán una mente más ambiciosa de lo cíclico, mas no una paleta más rica en colores ni un cincel más expedito en sacar de los grandes bloques eternos formas humanas. Aquel centauro Madariaga que cabalga por la pampa argentina; aquel personaje inolvidable, tritón familiar que pasa en el agua horas y horas y surge de playa en playa con la barba chorreante, sensual y risueño, nos parecerán siempre personajes de la primera porción de su obra: porción venturosa en que un naturalismo suavizado por brumas violetas y azules—brumas valencianas—troqueladas páginas henchidas de verdad y poesía. Cuando, más tarde, "Los cuatro jinetes del Apocalipsis" troten con paso arrador de éxito sobre todos los idiomas y en su polvareda fulgurante nacen otros libros que le aseguran internacional nombradía y ganancias para nosotros fabulosas, el escritor estaba ya asegurado en lo mejor de sí. El escritor y también el repúblico. Los discursos vehementes, las pugnas torrenciales, los desafíos, los denuestos, los artículos escritos sobre la platina al son de las rotativas, los vastos trozos de pintura-espejos donde la muerte y el mar viven en ensanchamiento perenne, son el Blasco mejor. El Blasco de la barba morisca, descuidado y profuso, como un Balzac español; el Blasco de la Malvarrosa y del hotelito de la calle de Salas, entonces suburbio de Madrid, fue el que granjeó la inmortalidad y permitió al otro Blasco de las uñas pulidas y del francés inverosímil dar la vuelta al mundo con fausto. Y así, no una, varias veces, el escritor que en cualquier librería de los bulevares parisienses o de Nueva York firmaba libros con la disciplina propia de los hábitos de fama, tenía en España, en su España, el júbilo puro, infantil, de comprobar que no se había ido, a pesar de vivir fuera tantos años, cuando un índice lo señalaba o unos labios decían en voz queda su nombre. Y es que se puede ser célebre en el mundo entero; pero arraigar, ser levedura entrañable, sólo se es en su tierra.

Vuelvan a ella los restos del gran español y pisen sus descarnados pies la tierra republicana con que tanto soñó. Honor justo y ejemplaridad estimulante la de esa reintegración que solemniza la República. Viajará el "Jaime I" rodeado de fantasmas por las aguas azules, y cuando sus cañones retumben en el puerto del Grao, ese estruendo pasará sobre la huerta de enjambalgadas barracas y se propagará a la nación toda. Y si a la vibración de esas salvas de gloria se suspenden algunas vanas disputas y se definen algunas manos sembradoras de cizañas, el destino del insignificante escritor quedará por completo cumplido, porque, luchador y artista, corresponde a Blasco Ibáñez, al par que superviviese en su obra, realizar lo que realizase anteño el castellano que conquistó Valencia: ganar una batalla después de muerto. Una batalla contra los enemigos de la República española.

A. HERNÁNDEZ-CATA.



CARROZA PRESENTADA EN LA CABALGATA ALUSIVA A LA OBRA LITERARIA DE BLASCO IBÁÑEZ, CELEBRADA EL 21 DE MAYO DE 1921. EL GRABADO REPRESENTA EL TRIUNFO DEL MAESTRO, GLORIFICADO POR LAS BELLAS ARTES



LAS TROPAS FRANCESAS DAN GUARDIA DE HONOR A BLASCO IBÁÑEZ

Un documento acusador

Reproducimos la protesta que a raíz de la ejecución de los condenados por los sucesos de Vera suscribió Blasco Ibáñez con Unamuno y Ortega y Gasset.

«Protestamos en nuestro nombre y en el de numerosos españoles, que por no disfrutar de libertad no pueden hacerlo, del cruel atropello de la justicia que acaba de cometer el Directorio, haciendo ejecutar a los procesados por los sucesos de Vera.

Los pundonorosos oficiales del primer Consejo de guerra, al absolver con arreglo a su conciencia, hacen constar la absoluta falta de pruebas para condenar.

Las declaraciones que constan en autos, no fueron leídas a los procesados para que expresasen su conformidad; los detenidos no lo fueron «in fraganti», sino bastantes horas después del hecho; no fueron tampoco sometidos al reconocimiento de testigos en rueda de presos.

El fiscal mismo del Consejo Supremo, al formular su acusación, comprendiendo que se fundaba en una prueba arbitraria, hace constar su deficiencia y acusa como en un juicio medioeval, por convicción moral; esta misma autoridad judicial atenta el terrible ritualismo a que le impulsa su función y al pedir la pena de muerte manifiesta que en tal caso procede la aplicación del indulto.

Finalmente, el defensor, en un clarísimo informe que lleva la convicción al ánimo más suspicaz y apasionado, termina diciendo: «Os juro en mi conciencia honrada, después de haber meditado mucho sobre cuanto figura en los folios de este proceso, que no encuentro pruebas, no ya suficientes, pero ni indiciarias para que tres hombres sufran la más irreparable de las penas.

Sin embargo, los jueces militares de Pamplona, que absolvieron

con toda clase de pronunciamientos favorables, a estos desgraciados que ya no existen, han sido arrestados por no haber querido aceptar otra coacción que la nobilísima de su rectitud y su honor.

Al Directorio le convenía hacer creer en una organización revolucionaria y es inventada la absurda fábula de un complot comunista, impulsado por elementos republicanos y con la finalidad de dar el Poder a un monárquico, el conde de Romanones. Para vestir esa farsa, no se ha dudado en lanzar nuestros nombres, ni lo que es más grave, en teñirla con la sangre de tres inocentes.

Por nuestra parte consideramos legítimo cuanto se haga para derrocar una dictadura que nos envilece y nos degrada ante el mundo, y cuando creamos contar con medios adecuados para tal fin, ocuparemos, sin alardes, pero sin titubeos, nuestro puesto. Pero éste será el que nos señale nuestro deber, no el que intente discernirnos la fe desleal de unos adversarios sin normas de justicia ni aun de delicado respeto a la honra ajena.

Ahora, cumplimos con la obligación del momento, protestando con la máxima energía de la muerte de unos inocentes: lo expuesto nos autoriza a calificar de asesinato. Con la petición de indulto del fiscal cae íntegramente su sangre sobre el extraño Gobierno que oprime hoy a nuestro país. Protestamos asimismo de que con tales actos se labre el descrédito de España ante la civilización y suplicamos que no se juzgue a nuestra patria por lo que es obra de una minoría que la tiraniza, la menos preparada, la menos apta de cuantas pudieran regirla. España demanda el regularse, como todos los pueblos modernos, por la sincera y espontánea expresión de la mayoría nacional.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ
MIGUEL DE UNAMUNO
EDUARDO ORTEGA Y GASSET

Anatolio France y Blasco Ibáñez, en Buenos Aires

Al llegar Blasco Ibáñez a Buenos Aires, el exquisito cuentista francés se encontraba allí desde hacía pocos días. Estos dos hombres, a quienes aproximaban rasgos comunes de su espíritu y un mismo ideal político, entablaron en la Argentina gran amistad, amistad que ha perdurado siempre a pesar de las diferencias de edad y

cuya lengua hablaba por ser la de su país y donde contaba con un público fiel de lectores. Existe en la Argentina una colonia española nutridísima, de ideas avanzadas, que quería demostrar a este perseguido de la monarquía que encarnaba la fidelidad a las doctrinas que eran la vida y las obras del escritor.



ENTRADA TRIUNFAL DE BLASCO IBÁÑEZ EN BUENOS AIRES

que se ha sostenido desde entonces en la forma más cordial y más franca.

Blasco Ibáñez era sincero admirador de las delicadas literarias del académico socialista y cuando residía en París, don Vicente invitaba con mucha asiduidad a almorzar con él a Anatolio France.

En aquellas comidas ocupaban puesto preferente en la mesa los editores de las grandes traducciones francesas de los libros de Blasco Ibáñez. Eran éstos los hermanos Calmann-Levy. Casi nunca se dejó de evocar en ellas los recuerdos lejanos de la estancia en la Argentina de ambos escritores.

Muchas veces, Anatolio France, el autor de «Thais», preguntaba a Blasco Ibáñez:

—¿Recuerda usted su entrada triunfal en Buenos Aires?

—¿Triunfal? No—replicaba Blasco—. Había mucha gente y eso es todo.

—Triunfal, triunfal; yo la vi, como también el maravilloso discurso de salutación que usted lanzó desde un balcón. Yo no sabía mucho español, pero a usted se le entiende perfectamente; yo le comprendí.

Aquella entrada en Buenos Aires fue extraordinaria. Era el primer escritor español que venía a reanudar las relaciones intelectuales entre la América del Sur y España, la nación que se llama siempre «madre patria». Iba Blasco Ibáñez a reanudar el hilo de la comunicación mental directa, rota desde hacía muchos años. Se presentaba, además, en Repúblicas

El presente número consta de 40 páginas

En memoria de Blasco Ibáñez

Ha muerto Blasco Ibáñez (q. d. D. g.) y ha muerto en la brecha. Su muerte ha sido un acto; un acto civil, político; un acto de vida. Ha muerto como desterrado activo de su patria—su destierro era acto—y al ir a morir declaró que ni vivo ni muerto quería volver a nuestra patria mientras deshonrara y encadenara a ésta la tiranía. Por eso no se llevó su cadáver a su Valencia, a su España. Se le llevará a Valencia, cuando España se haga, rompiendo sus cadenas, digna de recibirlo.

No voy ahora a hablar aquí del novelista, del literato. No me interesa ahora y aquí la novela, sino la historia, y menos la literatura. Literatura deriva de «literas», letra, es algo así como «letradas» o «letraduras» —a escoger— y aquí tratamos de espíritu, es decir, de ciudadanía, de política. Porque la ciudad hace el espíritu y el espíritu hace la historia. Blasco Ibáñez, el novelista, el literato, ya obtuvo en vida su recompensa de tal. Quiero hablar del ciudadano, del político.

Y no el de la política que ejerció cuando dirigía sus huestes republicanas en Valencia; cuando hacía, como diputado a Cortes, campañas en el Parlamento; cuando escribía artículos que le llevaban a la cárcel. Conozco mal su actuación en aquella época, ya que entonces vivía alejado de aquella política electoral y parlamentaria, aunque dedicado a otra. Quiero hablar de la política que hicieron juntos en el destierro, como desterrados, combatiendo por la honra de España. Pues fue él, Blasco Ibáñez, quien propuso que llamáramos «España con Honra» a aquella revista semanal que hacíamos en París, tratando luego de introducirla en España. Y a la vez dimos un mitin juntos en París, en que hablamos él, Blasco Ibáñez, Eduardo Ortega Gasset y yo, entre otros. Aun le recuerdo en aquel acto, y cómo respondía a los comunistas y sindicalistas que querían llevarle a su terreno. Por ahora ésta es nuestra obra—venía a decirles—; después vosotros «la continuareis». Y los que hayan leído su folleto «Lo que será la República Española»—¿y esto quién lo sabe?—saben dónde se defendía. Ni vamos a juzgar si hacía bien o mal en ello; consignamos un hecho. Por lo cual quien le llamó conservador a aquél a

quien los tiranuelos de España trataron de presentar como un desafiador anarquista—hay anarquistas aforados y al servicio del ministerio de la Puerta del Sol—y como un antipatriota.

Lo que traigo aquí a propósito de lo que ocurrió con ocasión de aquella infame celada «policiaca» es decir, demoniaca—de Vera. Los tiranuelos pretorianos de España saben mejor que nosotros, que vagan y obscuramente los sabemos, quiénes y cómo y con qué fines lanzaron a aquellos pobres llusos a la disparatada aventura de entrar por la frontera, a pie y sin más que pistolas, a hacer la revolución. Esos tiranuelos empezaron desde luego a propalar que éramos nosotros, Blasco y los que con él llevábamos en París la campaña contra la tiranía pretoriana que desencadenó don Alfonso XIII, los que habíamos inducido a los provocados a la aventura. Así lo dijo un horrible diario, cifra y compendio de la más negra perversidad, que cultivaba en Madrid sistemáticamente la mentira y la perfidia. Ciertamente es que nosotros, Eduardo Ortega y yo con él, con Blasco, firmamos luego una protesta contra la ejecución—el más repugnante crimen de la tiranía—de los apresados en Vera sin prueba alguna de su culpabilidad y después de haberlos absuelto un primer tribunal. Y por haber firmado aquella protesta nos procesaron. Parece ser también que se nos procesó como inductores de la intención a sabiendas de que no lo habíamos sido, y que luego, en un juicio se nos absolvió de ello y no se publicó esta absolución. Pero hay más.

Hay más y es que cuando estaban en espera de ejecución de la sentencia los condenados a muerte, un hediondo sicario que hace de jefe de policía en Gulpizcoa, y responde al nombre de Antonio Santos, fué a decirles a los que fueron agorrotados que si declaraban que nosotros los habíamos inducido a su intención, serían indultados de la pena de muerte. Y aún hubo algo más horrible todavía. Al fin los pobres, fueron agorrotados, menos uno que se arrojó de lo alto de la prisión regando la tierra con su sangre. Adivinaba acaso lo que una vez me dijo don Alfonso XIII de Borbón y Habsburgo-Lorena—lo oí con mis oídos y lo oyo con los suyos Romano-

nes—que la muerte en garrote es «al menos sin efusión de sangre». Pero allí hubo efusión de sangre, como la hubo en el asesinato del teniente de artillería señor Tordesillas. Y luego el lóbrego y tenebroso M. Anido dice que si alguna vez se faltó a la justicia fué por conservar el orden—¡el orden! De los asesinos y ladrones—. Pero aún es peor lo que el Primo de Rivera, más ruin y con menos grandeza trágica demoniaca que el M. Anido, dijo para excusar aquel crimen de Espado a un diario bonaerense. Había que asesinar y aun a sabiendas de que los ejecutados no estaban ni convictos ni confesos del delito de que se les acusaba, y había que asesinarlos para dar muestras de energía y por ejemplaridad. Pero no, se les ejecutó para atraer sobre nosotros, sobre Blasco y nosotros, la odiosidad de los crédulos y tímidos. Con tal de mancharnos de sangre no regularon en mancharse con ella ellos. Esto hizo el «verdugo negociante», como le llamó al Anido Blasco Ibáñez; eso hizo el Primo, negociante también y peor que verdugo: eso hizo el rey que no quiere efusión de sangre.

En cuanto a éste, al rey, cuando supo que Blasco había escrito el folleto desenmascarándolo, parece que dijo: «Yo me tengo la culpa, por no haber dado importancia a ese hombre; pero eso cambiará», y ordenó que se le tratara como a una gloria nacional. Lo que da la medida de su manera de estimar a las personas y de los móviles que atribuye a las conductas ajenas.

En esta solidaridad de una campaña patriótica por la redención de España, por la justicia civil—es decir: por la justicia, pues no hay otra—, es cuando he conocido a Blasco Ibáñez. Y de este Blasco Ibáñez que he conocido como español patriota, como ciudadano, como hombre, es de quien he querido hablar. Ha caído a nuestro lado, en hospitalaria tierra francesa, desterrado de nuestra patria, y su muerte ha sido otro acto. Recogemos el arma que dejó y con ella nos proponemos honrar su muerte y su memoria peleando por la causa por la que él peleó. Y que su España, nuestra España, y su Valencia se hagan dignas de recibir sus restos mortales.

MIGUEL DE UNAMUNO.
París-Enero-1928.

MI OFRENDA

No tuve la dicha de conocer personalmente a Blasco Ibáñez. Pero, desde muy joven, leí con emoción sus novelas y seguí con entusiasmo sus campañas políticas. La obra influyó mucho en mi espíritu. No obstante, el colorido de sus descripciones, que me llenaba de encanto, sus novelas me hacían pensar mucho, por el pesimismo inespereado con que traba la vida de sus personajes, que siendo dignos de triunfar por su trabajo, su virtud o su arte, acababan siempre fracasados. El caso de Batiste, en «La Barraca», el de Gabriel en «La Catedral», el de Renovales, en «La Maja Desnuda» herían vivamente mi tierna sensibilidad y rebelaban mi corazón contra la injusticia del Destino.

Con esa concepción de la vida que revela el fondo de sus obras, no se explica que pueda triunfar nadie, más que siendo un genio poderoso, como lo era en efecto Blasco Ibáñez.

En estos días que Valencia tributa a su memoria el homenaje

merecido, no quiero que en la lista interminable de sus admiradores y discípulos falte mi nombre.



Permitidme, pues, que en las columnas de EL PUEBLO, obra entrañable suya, lo estampé como una humilde ofrenda.

J. BOTELLA

Ministro de Justicia.

Simpatía, admiración...

Simpatie con el novelista cuando en los años de mi niñez me apasionaron sus obras.

Admiré al genio en 1924, cuando con ocasión de una visita mía a

Quien con pluma maravillosa tan brillantemente supo cantar a nuestra tierra, no puede morir nunca en el alma del valenciano.

JOSE APARICIO ALBISANA
Director del diario «La Voz Valenciana».

Qué quería ser, Blasco, en la República

Una sola vez hablé con Blasco Ibáñez, tranquila y libremente, sin testigos.

No era fácil, para mí, conseguir oportunidad tan agradable. Ni se me ocurrió intentarlo, porque me consideraba sin derecho a distraerle de sus perennes actividades.

Y como fué iniciativa suya brindarme tan grata eventualidad, yo, agradecido, he gozado muchas veces la íntima satisfacción de revivir aquel momento inolvidable.

Noche de Julio. Plantío de la Alameda. Habían apagado las luces de la feria. Paseábamos solos. Me llevaba del brazo. Hablaba de sus geniales proyectos literarios con aquel su verbo candente y optimista que arre-



Santiago Alba en París, departí largamente con el Maestro Blasco en el Hotel du Louvre, oyendo de sus labios palabras y conceptos sobre la Libertad y la dictadura, que no olvidaré nunca.

Aplaudí al político al contemplar el fruto de la simiente que en el campo valenciano arrojara.

Blasco Ibáñez, doctor «honoris causa»

La Universidad George Washington, en sesión solemne en la cual tomaron parte más de seis mil personas, le concedió el título de doctor en letras «honoris causa». Algunos meses antes, había otorgado el mismo título, pero en derecho, al rey de los belgas y al cardenal Mercier, con ocasión de una visita aná-

Towner, que presidía la comisión de Asuntos extranjeros, tras de pedir a la Asamblea una corta exposición, dijo: «Señor presidente, con mucho gusto anuncio a la Cámara que hoy tenemos la visita de Blasco Ibáñez, quien como sabe cada cual, es el primer escritor español del mundo, el autor de «Los



loga. Blasco recibió el suyo al mismo tiempo que el general Pershing, comandante en jefe de los cuerpos expedicionarios americanos en el frente europeo.

El rector de la Universidad George Washington, el señor W. Miller Collier, es un antiguo embajador de los Estados Unidos en Madrid. En el discurso que leyó en inglés y en español, se entregó a un estudio minucioso de la persona y de la obra del recipiendario, a quien el viejo William Dean Howells, ese novelista social, muerto cuando Blasco pronunciaba sus conferencias americanas en el invierno de 1920, había declarado el sucesor inmediato de Tolstoi, según el testimonio consignado en 1917 por el señor Romero Navarro en su libro «El hispanismo en Norteamérica».

Por lo que respecta a Blasco, disertó brillantemente, a guisa de tesis doctoral, sobre «La primera de las novelas». Ya se adivina que se trataba de «Don Quijote». Aquella estancia en Washington fué señalada por otras solemnidades tocantes. El embajador de Francia, señor Juserand, sagaz letrado, ofreció un banquete en honor de aquél cuyos «Cuatro jinetes del Apocalipsis» habían obrado con tanta eficacia sobre la opinión americana. El embajador de España, don Juan Riano Gayagos, a su vez, dió otro banquete y una recepción elegante dedicados a Blasco.

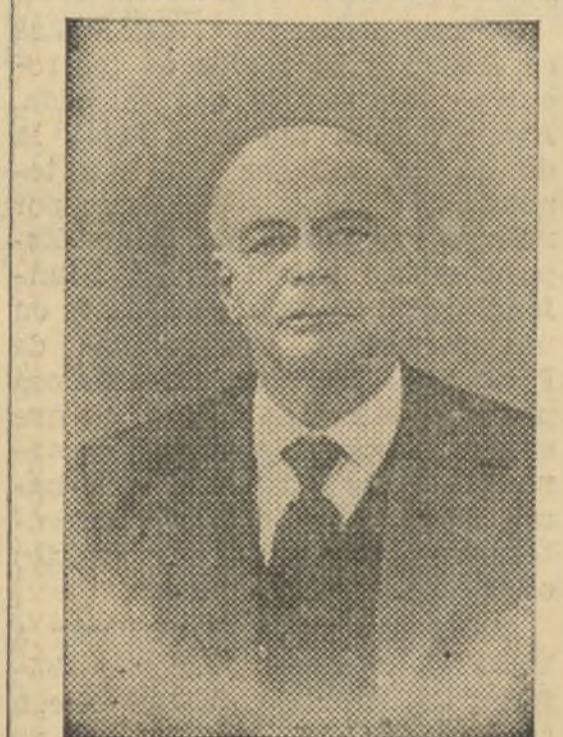
La visita que éste había hecho a los representantes de la nación en su hall del Capitolio, fué causa, por otra parte, de un curioso incidente. Desde una tribuna de las galerías que rodean el hall inmenso—42 metros de largo por 23 de ancho y uno de alto—Blasco asistía a la sesión del Congreso, cuyas deliberaciones se asemejaban bastante a las de la Cámara francesa, quizá con la diferencia de que allí el ruido y el desorden son mayores aun y el presidente no siempre consigue con facilidad atraer sobre sí la atención de la sala, uno de cuyos lados lo ocupan los republicanos y los demócratas el otro. Un diputado célebre, el antiguo juez

El presidente del Senado de Washington había invitado igualmente a Blasco a sus salones, y nadie ignora que el vicepresidente de los Estados Unidos es también presidente de oficio del Senado. Este dignatario republicano presentó al novelista a gran número de senadores distinguidos, mostrándose todos muy enorgullecidos de estrechar la mano de un escritor español que pensaba a la moderna.

Si al presidente Wilson no se lo hubiera impedido entonces su precario estado de salud, es indudable que Blasco también hubiera podido tener el honor de ser recibido por este gran hombre. Sin embargo, le envió un secretario suyo, quien le aseguró que el señor Wilson, uno de los primeros lectores y admiradores de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», tendría una verdadera alegría en verle si más tarde, con ocasión de otra estancia del novelista en Washington, su presencia coincidiera con la vuelta a la salud del ilustre padre de la Sociedad de las Naciones, ese ensueño de un corazón generoso y de un poderoso cerebro. Blasco tuvo, por lo menos, el gusto de conocer a diversas personas de la familia del presidente y, en particular, a una de sus hijas.

Lozanía de visión y robustez léxica de Blasco Ibáñez

Imagino a Blasco Ibáñez como un rezagado de la generación valenciana del Renacimiento, enamorado de la opulencia epicúrea, deslumbrado por el afán aventurero



de aquella época vital, en que se pasaba desde el recuerdo de las azarosas expediciones mediterráneas a las nuevas y más peligrosas empresas atlánticas. Como hijo fiel de la escuela valenciana, Vicente Blasco Ibáñez me sugiere un

indiscutible predecesor: Juan Martorell, el novelista de «Tirant le blanch». Pero en realidad, no es lícito hablar de una sola escuela valenciana, porque Valencia ha sido en su tradición una madre fecunda y pudo pasar desde la escueta poesía de Ausias March a la jocosidad de Jaime Roig, a la fuerza clásica de Jordi de Sant Jordi y al colorido de Martorell, sin perjuicio de alcanzar después la gracia leve de Gil Polo y el alisto pre romántico de Guillén de Castro. Igualmente, su pintura puede abrazar la serenidad contemplativa de Juan de Juanes y el valor trágico-torturado, de Ribera.

No se olvide que Valencia fué la verdadera capital de Cataluña en los tiempos más gloriosos de la literatura catalana.

Blasco Ibáñez, para mí, ha trasplantado en nuestro país la esencia de la gran novelística catalana del cuatrocientos en el molde de la lengua castellana, aportando a ésta una lozanía de visión y una robustez léxica que ha sido para ella como una cuerda nueva de su lira.

GABRIEL ALOMAR
Embajador de España en Roma.

Sobre el plinto glorioso

No es al hombre a quien veo en él: es a la Humanidad.

Epiteto.

Cuando una región admira, reverencia y enaltece a un hombre hasta el extremo de glorificarlo, singularmente en el orden políti-



co, este hombre no suele alcanzar la misma deslumbrante aureola pasadas las lindes de su pequeña patria. Es el representante de una aspiración emancipadora local, todo lo noble y grande que se quiera, pero que ha agitado sus poderosas alas geniales sobre las aguias de un solo templo o las cimas de una cordillera. De Valera en Irlanda, como antes Martí en Cuba o Aguirre en el archipiélago filipino son de ello ejemplos, como lo fueron en Cataluña los Concellers y en Vasconia Diego López de Haro. Visitando las grandes capitales europeas, el viajero suele quedar absorbido ante muchas estatuas erigidas a sus más excelentes figuras: son Lincoln o Gambetta, Lenin o Hindenburg. La humanidad entera se inclina ante esas celebridades grandiosas; pero nunca con el fervor que ante las de sus compatriotas. Para cada pedestal erigido en honor de extranjeros hay, en todas las ciu-

dades, ciento alzados en holocausto a los nacionales.

Con Blasco Ibáñez no sucede tal. Fué valenciano, uno de los valencianos más gloriosos de la historia, pero fué también uno de los españoles más grandes de todos los siglos y a más uno de los genios más poderosos literarios y comprensivos de todas las naciones de la tierra. Por eso Valencia lo glorifica; pero también lo hace toda España y lo hacen Francia y América y el Mundo. Para llegar a tales merecimientos no basta haber ensalzado y glorificado a una región; es menester haber sentido todos los grandes ideales humanos y luchado hasta el sacrificio por lo que une a todos los seres del planeta y por lo que es el fin primero de la Humanidad: el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza, del espíritu sobre la materia y de la justicia y la fraternidad sobre el despotismo y la barbarie.

Al igual que los levantinos, castellanos, aragoneses, vascongados, catalanes y andaluces, sentimos la alegría de ensalzar al inolvidable novelista y luchador como si fuera nuestro paisano y lo mismo hacen todos los extranjeros cultos. Porque no puede haber fronteras para las aspiraciones emancipadoras. Ser humano como Blasco Ibáñez, es llegar a las altas cumbres a que puede ascender el genio que suele ser egoísta, parcial y egolatra. Es muy difícil a su muerte, se abren las puertas de las Walhallas y sueñan en sus recintos las músicas acordes para saludar la entrada de un dios.

Honor a Valencia, que ha engendrado hijos tan magnos en inteligencia y en voluntad que, al glorificar a su región amada como a su madre, ha rendido culto de amor y de piedad no solamente a su genitora divina, sino a todas las madres que gimen y piden justicia en todos los idiomas.

ANTONIO ZOZAYA.

A Blasco Ibáñez

Maestro inolvidable: España entera te abre hoy de corazones un camino, senda gloriosa que trazó el Destino como remate a tu triunfal carrera.

Pero ocultan crepúsculos su bandera y llora con dolor su triste sino; que ella adoraba al hijo que no vino y su beso de amor, en vano espera.

¿Dónde fué aquel cerebro prodigioso? ¿Dónde aquel corazón tan generoso que nos robó la muerte, en tierra extraña?

Maestro: vuelve, y, al llegar al puerto, ojalá, como el Cid, después de muerto, tengas poder para salvar a España.

EMILIO GONZALEZ DEL CASTILLO.

Lo que perdió la República

Blasco Ibáñez era el hombre serio, llama y penacho de un pueblo. Su alma egregia, calificada, vivió siempre en el amor de la democracia, levantina, de la cual era como una emanación. Magnificaba cuanto recibía el aliento prodigioso de su espíritu. Y así se da el caso de que sin haber perdido nunca el acentuado aroma de su terruño, supo dar a su obra una expansión y una vitalidad, que rompió los cerros regionales y nacionales para lograr un ámbito de universalidad, de amplia humanidad.

Faltó a la República en su nacimiento el que había sido uno de sus principales forjadores y fué ello gran desgracia para España. El, con su gran personalidad, con su fina y honda percepción de los anhelos democráticos, que se cifraban en la República, habría logrado que ésta alcanzase desde sus primeros pasos el matiz exacto con el que la había soñado el pueblo. No lamentaríamos ahora las consecuencias de este descuido a que la han llevado los hombres incoloros, arbitrarios, que no han interpretado ni comprendido cuál era la voluntad nacional dictada el 12 de Abril, o que han creído, con un gesto muy de la vieja política tutelar de los pasados tiempos, que sus concepciones personales eran superiores. Por una o por otra causa, han falseado la República y han defraudado a la nueva democracia.

Blasco habría impedido este gran daño porque su espíritu era una condensación de las masas y sus palabras, como un rumor de muchedumbres. Había vivido siempre en el centro de sus directos embates, en perpetuo contraste de sus ideas con las del pueblo. No era un personaje creado en el aislamiento de las luchas políticas, ni de mente deformada en el bizantinismo de tono bajo de las discusiones de

un Ateneo, como el que por los extraños e insospechados designios de nuestra desconcertada política ha regido el primer bienio de la República.



Mi admiración por Vicente Blasco Ibáñez y el fervor de mi recuerdo durarán lo que mi vida. Algún día, si me deja lugar la dureza de la lucha que aún tenemos que seguir sosteniendo por nuestra República, por la que España quiere y aún no ha triunfado, ese recuerdo preclarará en mis memorias. Las escenas de París y de Mentón, su ardorosa propaganda en los mítines en que con el insignie Miguel de Unamuno y conmigo interviní, me harán revivir al escribirlos, momentos que pasan por mi espíritu como una ráfaga luminosa.

Ahora digamos que al llegar a Valencia los restos de Blasco Ibáñez para fundirse de nuevo con su nativa tierra tan amada y ya libre, debemos hacer vibrar en nuestros músculos su voluntad de conquistar e instaurar la República de España.

EDUARDO ORTEGA Y GASSET



EN EL CABANAL FUE UN DIA DE JUBILO EL 16 DE MAYO DE 1921, EN QUE BLASCO IBANEZ PUSO LA PRIMERA PIEDRA DEL GRUPO ESCOLAR MARE NOSTRUM EN LOS TERRENOS SITUADOS A ESPALDAS DEL DESAPARECIDO TEATRO SERRANO. LA FOTOGRAFIA RECOGE EL MOMENTO EN QUE BLASCO IBANEZ PRONUNCIO SU MEMORABLE DISCURSO DIRIGIDO A SUS INNUMERABLES AMIGOS DE LOS POBLADOS MARITIMOS

Ha traspasado las puertas de la inmortalidad...

Entre Mentón y todas las ciudades del globo se mantuvo hace cinco años un diálogo palpitante de inquietud, desasosiego, esperanza, tribulación, de interlocutores desconocidos entre sí. Eran amigos, apasionados, que interrogaban por teléfono, telegrafo, cable y radio, y los familiares que, angustiados, contestaban dando informes del curso de la enfermedad de

conquista de México. En nuestro tiempo, le lanzó a peligrosas aventuras para conquistar, en una conquista de espiritualidad, la admiración del mundo para nuestra España, después de haber conquistado a España para la democracia y la civilidad.



Blasco Ibáñez, hasta que allí, en la Costa Azul, en el soñado «Jardín del Novelista», frente al mar latino que coloreó la palabra y la pluma, mejor diríase la paleta o el cincel del insignie español (por que cuando escribía o hablaba pintaba o esculpía) con todos los matices, las fulguraciones y las promesas, además de dar a su cerebro los atisbos de la civilización que simboliza, ocurrió el tránsito, el tránsito doloroso y conmovedor de la vida a la inmortalidad.

Han pasado cinco años. El amor de los suyos fortalecido por el amor de España, trae los restos del gran novelista a su amada Valencia.

Podría y no sé si debería, escribir ahora las semblanzas del periodista, del publicista, del orador, del político, del artista, del conductor de muchedumbres, del novelista que ensalzó a su patria, el Hombre... Mas para realizar este empeño, cuando la prosa es flácida y destañada, habría de reallizarse el milagro de captar un destello de la luz que se extinguió, y entonces lograría plasmar al genio que cautivó más apasionadamente en la literatura española de este siglo; al periodista que supo agitar hondamente la opinión; al político que dió altos ejemplos de sacrificio; al tribuno que conmovió a las muchedumbres; al literato de las magníficas amplificaciones; al pintor de los grandes llenzos murales; al guía de multitudes; al artista, en fin, del color, cuya alma bañaron los cambiantes de la inspiración levantina.

Y, aún entonces, fuera la mía una labor desahogada e innecesaria cuando los hombres de letras de todos los sitios del planeta pregonan en todos los idiomas su canto de admiración hacia el hombre que perdió España.

¡El hombre que murió! Ese es nuestro más vivo dolor: que España perdió un hombre...

Blasco Ibáñez era muchas cosas tocadas de grandeza, pero, sobre todas las demás cosas, era un Hombre. El género ha disminuido; está en decadencia. A millares son los que tienen figura y atributos de hombre, pero son figuras y atributos sin masculinidad, sin brío de raza, sin alma... Blasco era un Profesor de Energía, y, por serio, era un Hombre. O, por ser Hombre, era un Profesor de Energía.

Esta cualidad, en el siglo de Hernán Cortés, le habría llevado a la

Frecuentemente hemos leído atenta y devotamente en muchos periódicos españoles y extranjeros, estudios de altos méritos acerca de la psicología de Blasco Ibáñez. Uno de los que más nos ha cautivado, es la sencilla prosa del ilustre novelista Palacio Valdés.

«Los caracteres como Blasco despertaban simpatía o aversión—dice el patriarca de la novela—; jamás la indiferencia. Son almas que ocultan en el fondo tesoros de nobleza y sinceridad. Sus cóleras son hijas del temperamento. Los que por ellos se sienten agraviados, deben comprenderlos y perdonarlos, porque no es esta casta de enemigos la que hace más daño, sino la otra, la solapada, la traidora, la que besa como Judas y nos entrega al suplicio.»

A esa luz debe verse a Blasco. Era un sincero, un apasionado; un noble espíritu, ya antes lo dijimos, un Hombre.

Su gallardía de dominador, su carrera triunfal, tuvo un séquito amarillo. Escritores incapaces de rasgar el anónimo y asomarse al mundo, que se debatían como insectos en la gota de agua de su oscuridad, lanzaron flechas al gigante; flechas que resbalaban en la piel curtida por los aires del triunfo cosmopolita. Ponia máculas a su manera de escritor la Envidia. Es el murciélago reprochando al águila, porque abre sus grandes alas para cernirse sobre las cumbres.

Cuando, imposible, desafiaba las ventoleras de sus luchas valencianas con una pluma en la diestra y una pistola en la siniestra, resistió la galerna que su gesto encerraba. Pasó la tormenta y se lo creyó desencantado en un renacimiento creado por las delicias de su Costa Azul. Sin embargo, pocos días antes de morir recibió carta suya, probablemente su última carta, y en ella latía su alma como en sus horas de frágil juventud y la esperanza surgía azul y clara.

Pero ya no existe. La muerte recibida por él como por un estotico, hizo presa en el rebelde a toda tiranía. Cegó ese cerebro para siempre. Cada vez que cae un gran hombre, pienso en los millares de idiotas que se mantienen en pie, Valencia, enlutada y triste, le envió un vagón de tierra para que en tierra valenciana reposase su cadáver y un vagón de rosas para que las amontonasen sobre el féretro.

Ahora, todos los jardines de Valencia, todos los republicanos españoles, toda España amante de sus legítimas glorias, vuelca sobre los restos del grande hombre sus flores de recuerdo y su oración de amor.

Maurice De Waleffe, en la sesión dedicada en París por el Comité de la Prensa Latina a la memoria de Blasco Ibáñez, dijo que al morir traspasó las puertas de la inmortalidad. El insignie novelista entró en la inmortalidad bendecido por todos los pueblos que aman la Belleza, perfumado por la fragancia de las flores levantinas y arrullado por el mar latino, que él cantó tantas veces en su prosa magnífica.

DARIO PEREZ.

VIDA EN MARCHA

El arte de Blasco Ibáñez arranca de las fuerzas elementales de la vida, de su apetito de vivir y de vivir gozosamente, rodeado de cuanto hace grata la existencia. Por eso en sus novelas predomina un hondo optimismo, aun en los cuadros donde el tema arrastra luces cárdenas, negros redobles del dolor. Los valores principales de este gran amante de la vida en plenitud, son—naturalmente—la pujanza, el brío colorístico, el desdén por lo feble y mortecino la pomposidad a lo Rubens, la alegría vital—su alegría vital—revelada por modos plásticos mejor que musicales, exteriores como todo desbordamiento de buena salud.

Muchos de sus capítulos son, ante todo, espléndidos cuadros al fresco. Con su hondosidad, con todas las consecuencias de la vida sobran. En sus novelas, poco o nada podría satisfacer al paciente miniaturista. Blasco Ibáñez es un escritor que decora sátiros o amplias galerías abiertas, soleadas, por donde pasean—a veces disminuidos por la decoración—los personajes. Tiene bien arraigado el sentido de lo sumptuoso, como Wagner. También Wagner sumergía a sus héroes en un tumulto de espumas sonoras, de ondas rítmicas. Blasco Ibáñez las sumerge de luz en el crudo azul del mar, en la paleta inagotable del mar.

También sus paisajes se nutren de elementos primitivos al desnudo: del viento y del fuego, de la tierra y del mar. La tierra con lo más luminoso de sus frutos, el mar con lo más nervioso de sus aventuras. No es Blasco Ibáñez novelista de menudos recintos, no es pintor «de cámara», no es escritor «de cámaras», es un tenaz independiente, un obstinado rebelde en busca de su propia vida, que desea tan gozosa como el más auténtico levantino la pudo siempre codiciar. Su rebeldía «integral» se manifestó en cuantas zonas vino actuando: no es preciso aquí, en este periódico, insistir acerca del Blasco Ibáñez político, del hombre de acción. Basta con añadir que todas esas inquietudes arrancaban de una sola raíz, de un solo sentido profundo de la vida, que en ocasiones estallaba en la superficie bajo las formas literarias de mayor seducción.

Por eso irradió tanto. Por eso los continentes se disputaban sus libros. Un torrente vital así acaba por imponer su compás de marcha. Con todos sus tropiezos y rectificaciones. No pidamos estos o aquellos matices a una catarsis. Brota con el único fin de darnos una lección de plenitud vital no de artificio. Blasco Ibáñez—como todos los grandes conquistadores, de esta o aquella zona humana—proyecta su ambición en grandes planos. Los últimos detalles, cómo podría verlos? Tampoco llegó a verlos el Goya de las cúpulas y de los anchas muras.

Faltaba a España, en la novela, su gran conquistador de América, y lo tuvo con Blasco Ibáñez. Valencia con su mar, su sol y sus huertos, fué la carabela donde Blasco Ibáñez se embarcó para recorrer el mundo. Viaje feliz la carabela está siempre aquí esperando al ya mudo viajero. Y toda España asiste al último viaje del conquistador.

BENJAMIN JARNES.

Una jira a la Albufera

Con la boca abierta de oreja a oreja y lanzando a cada momento exclamaciones de asombro, como el más ignorante forastero apenas salido de su aldea, acompañaba yo el otro día a una docena de compañeros queridísimos que, en obsequio a la amistad, renunciaban a descansar de la diaria faena para enseñarme ese rincón precioso de Valencia que se llama la Albufera.

Todo parecía animar nuestra jira: la gran esmeralda que tiene por cielo esta región privilegiada, atenuaba en nuestro obsequio el ardor de las caricias con que el sol fecunda a la naturaleza; un viento fresco y suave aliviaba nuestros cuerpos y desahzaba con majestad sublime sobre las aguas el barquichuelo que al Palmar nos conducía, y el ingenio de los amigos aceleraba la marcha de los relojes.

Una laguna casi con horizonte, rodeada de espléndidos sembrados, como joya en riquísimo estuche encerrada, se ofrecía a la contemplación de mis ojos, habituados al monótono y triste paisaje castellano, árido, seco, miserable; campos sobre los cuales eternamente parece escucharse el eco reciente del galopar de las devastadoras legiones de Atila, y con melancolía infinita pensaba en el abandono cruel en que la naturaleza dejó a mis pobres paisanos, agotando en Levante y Mediodía los incalculables beneficios del calor y la humedad que requiere la tierra para alimentarnos.

El tufillo tentador de una descomunal «paella» hubo, apenas desembarcamos en Palmar, de desenterrar de mi cerebro tan tristes reflexiones.

Aquellas gentes sencillas, cuyo exterior de atraso y miseria contrasta extraordinariamente con las solicitudes afables de su trato y el buen gusto y la pulcritud de sus viviendas, agolaban su ingenio en obsequiarlos con todas sus habilidades culinarias; y en inmenso «salón» de humilísima caña, blanca y limpia como la pureza de los elegidos, sentámonos alrededor del clásico manjar de la tierra para regalar nuestros estómagos.

«Estas originalidades—decía yo—están pidiendo una gran obra literaria que perpetúe sus bellezas. Este islote cuajado de cabañas triangulares, de sólida y blanquísima armadura y obscura techumbre vegetal, bandada de valomas que remojan sus negros picos en la laguna, evoca en mi memoria el recuerdo de inmensos territorios que la torpeza de nuestros gobernantes nos dejó arrebatado casi sin lucha. Esto es una ranchería filipina en pleno corazón de España, a una hora de la capital valenciana; y parece

algo así como una reconstitución arqueológica, espontáneamente hecha por la naturaleza, para atormentarnos con el recuerdo de lo perdido. ¿Cómo es—preguntaba yo—que nuestro ilustre Blasco Ibáñez no immortalizara estos lugares y perpetuara sus rarísimas costumbres en una novela?

«Lo está haciendo—me replicaron—. «Cañas y Barro» llevará por título, y en ella describirá, como él sabe hacerlo, la vida miserable de estos infelices indígenas, degenerados por las emanaciones enfermizas del cieno que llena la laguna, arrastrando su existencia casi anfibia entre el barro de los arrozales y el sol que seca sus cerebros, sentenciados a muerte prematura, y tomará pretexto para esas descripciones en alguna de las muchas leyendas trágicas que tuvieron y frecuentemente tienen por teatro las soledades de la Albufera.

«Digno es el asunto de tan gran artista como Blasco Ibáñez—dije yo—y sin duda será esa la gran novela entre las grandes novelas valencianas de nuestro amigo queridísimo.

En estas y otras chacharas llevo, muy a pesar nuestro, la hora en que las ocupaciones de todos nos obligaban a abandonar aquel refugio de tranquilidad paradisíaca, para continuar cumpliendo la eterna maldición divina.

Oculto el sol tras del horizonte, sus últimos apagados reflejos envolvían a la laguna en una luz de misterio y fantasía que agigantaba a nuestros ojos sus bellezas. Era ya casi de noche cuando el viento nos deslizaba por el lugar de su mayor extensión, y los vapores que del estómago al cerebro nos subían, excitaban la imaginación, despertándonos dormidos apetitos.

Gran pena que la ausencia de la mujer, eterno complemento de toda felicidad humana, bálsamo para todos nuestros dolores y corona de todas nuestras alegrías, nos impidiese rendir al amor el tributo que la esplendidez de la naturaleza hacia oportuno. Si otra vez la casualidad me trae a esta región hermosa, me prometo repetir la jira a la Albufera y de nuevo cruzar su inmensa laguna, pero del brazo de la mujer amada, admirando en sus ojos negros la reproducción de los bellísimos paisajes que parecen expreso combinados por la naturaleza para marco de llenzos amorosos, y conducido, a ser posible, por un barquero ciego.

A. AGUILERA Y ARJONA.

(Este artículo lo publicó EL PUEBLO el 9 de Mayo de 1902, en ocasión de uno de sus viajes a Valencia del actual Gobernador de Valencia.)

Blasco Ibáñez, Valencia y Alicante

En Blasco encontramos, como en todo lo extraordinario, varios contrastes: quiere profundamente a Valencia y es donde menos está; es hombre de tierra y se encariña con el mar; es temperamento fuerte, decidido y hasta violento en ocasiones y su alma es todo bondad; vive rodeado de todas las bellezas y carifios y busca en los azares de lo desconocido emociones más intensas. Su principal preocupación fué luchar y allí donde fué creó amor y admiradores.

A los levantinos, como a los demás españoles, nos despertó Blasco y nos ha hecho mucha falta después. En el momento de la República nadie ha ocupado aún el puesto que pudo ocupar él; nadie tan desinteresado, tan lleno de emoción y respeto para el régimen nuevo; nadie con tanta capacidad para dirigir, amar el sentido de una patria grande. Habría impuesto a todos, con su autoridad, la obligación de la fraternidad. Los que ocupan puestos elevados no deben decir que son sus discípulos y amigos, porque Blasco no odiaba ni perseguía a sus correligionarios. Su firmeza de ideal, su honesto concepto político, le daban tal prestigio, que él por sí sólo, en estos momentos hubiera impuesto un buen sentido cordial entre los republicanos.

Blasco quería a los alicantinos porque sabía que no han regateado nunca sacrificios; conocía sus ideales, que coincidían con los suyos; tenía confianza en ellos, le satisfacía tener alguno a su lado, porque tenía la seguridad de que no nos dominan los egoísmos y sentimientos siempre ansias elevadas.

La desaparición de Blasco Ibáñez produjo en los alicantinos dos grandes dolores: el irreparable de su eterna ausencia y el que aún puede mitigarse si los valencianos despiertan el sentido que Blasco tenía de lo que es Alicante para Valencia. La compensación de los pueblos levantinos podrá ser con el espíritu respetuoso, elevado y atrayente de Blasco, pero no con el tradicional concepto conquista-

dor de don Jaime. Que la idea que pueda unir a los creyentes sea Valencia, que tiene alma, fervor y arte para hacer milagros visibles, palpables e imperdables.



Elevemos nuestra bondad con firmeza limpia de egoísmos y fuerte en resolución, honrando a Blasco en esta ocasión emocionante por la gran ilusión de tenerlo entre nosotros y todas nuestras almas unidas sinceramente por su recuerdo prometan solemnemente cumplir lo que él pudo hacer en Levante y en España. Acompañemos siempre a su espíritu, que se ha elevado, después que acompañamos su materia para depositarla tiernamente en la tierra que él tanto amó.

LORENZO CARBONELL SANTACRUZ
Alcalde de Alicante

AVISO

El doctor Héctor Altobas asistirá a sus clientes en su clínica, Nicolás Salmerón (antes A. Gimenos), 9, todos los días laborables, de cuatro a seis tarde, excepto los miércoles y jueves.

GANDIA: Sábados, de diez a doce.

Los demócratas franceses a Blasco Ibáñez

Nosotros le amamos

En el momento en que la España republicana se yergue estremecida para acoger magníficamente los restos de Vicente Blasco Ibáñez, nosotros nos adherimos con la más viva efusión a este pueblo vibrante, en el homenaje ardiente que ofrece al que fue el más grande de sus libertadores.



Si nosotros participamos fervorosamente en la grandiosa solemnidad, en que Francia devuelve los restos a su patria al fin liberada, es porque nosotros le amamos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma de republicanos.

El fué el gran amigo de toda la Francia, pero, sobre todo, ha sido un profundo enamorado de la gran Revolución francesa, y esta íntima devoción suya a los orígenes de nuestra República, la agradecemos más expresiva y hondamente a los restitutos en estos momentos de su gloria.

Nosotros le amamos porque encarna la gran alma del pueblo español, porque ha salido del pueblo. Blasco se sirvió admirablemente de estas armas y no se encuentran, verdaderamente fuertes y bellas, más que en el pueblo mismo.

Trabajador infatigable, razón perfectamente equilibrada, amor absoluto a la justicia y a la honestidad. El tuvo la personificación magnífica de todas estas fuerzas esencialmente populares, las poseyó tan plenamente, prestándole su formidable erudición y poderosa inteligencia, que llegó a encarnar al pueblo español, en sus cualidades más arrogantes y sublimes.

Todo el mundo siguió con emoción al audaz hijo del pueblo, que tuvo en laque a la más vieja de las monarquías.

En tierra de destierro escucha la voz de sus hermanos que sufren y cristaliza en páginas de rebeldía toda la opinión republicana española, páginas inolvidables que dicen el pensamiento de todos y le elevan a gran jefe de la revolución española.

Alrededor del trono, el torbellino ascendente del descontento popular, produce miles de rugidos, cientos de movimientos diversos, que Blasco, seguidamente, encaniza y dirige. Y fué entonces, en plena comunicación con el pueblo español, cuando éste, a pesar de las cadenas y de las persecuciones, se une a Blasco para seguir a su libertador.

Para Blasco Ibáñez

Cada vez que pienso en Vicente Blasco Ibáñez — y pienso con muchísima frecuencia, por cuanto su retrato con dedicación pende de una pared de mi despacho — evoco un noble fulminado por el rayo... —[Era tanto el poderío vital e intelectual de este coloso cuyas novelas se hermanan con las más bellas que surgieron de nuestra literatura naturalista!]

¡Qué pena tan profunda para mí, no sólo como amigo, sino también como escritor, cuando supe la noticia de su muerte en plena savia de producción! «Mare Nostrum», «Sangre y arena», «Entre naranjos», «Cañas y barro», para no citar más que algunas de sus obras, son como fundidas en bronce. Sobre todo la última, ¡tiene tal grandeza salvaje y tal sabor de eternidad! España puede mostrarse orgullosa de este hijo suyo que, por lo demás, aspiraba a la emancipación que ha acabado por conquistar gracias a la perseverancia de los grandes liberales que la han redimido.

Pero nosotros, franceses, lo hemos adoptado como uno de los nuestros, porque fué el amigo de los días lúgubres de la Gran Guerra, durante la cual supo hacer oír por el mundo entero su voz tan afectuosa como sobria. Esta voz cálida y reconfortante, la de la Libertad, tenía un eco profundo en el corazón de los «pobres», que no es posible olvidar sus grandes llamamientos a nuestro favor, que no cabe olvidar los escritos que salían de su pluma al servicio de nuestro valor y de nuestra voluntad dispuesta a vencer. ¿Quién

Nosotros le amamos porque él ha sido la gran voz de un pueblo oprimido. Porque en su grandeza, apartado del comando de sus tropas, meditó a fondo en su retirada y se lanzó hirviendo con la pluma a su enemigo y ofreciendo a todo su pueblo el espectáculo inolvidable de una monarquía rodeada de cañones, que, enloquecida, buscó su salvación en una huida deshonrosa y rápida.

Nosotros le amamos por su admirable coraje. El dió la cara y el pecho. Estuvo siempre en primera línea en la batalla, dando el arrebatador ejemplo del hombre mejor y al mismo tiempo el más arriesgado.

Protegí la debilidad de sus tropas perseguidas y maltrechas, con toda su pujanza de héroe, buscando el más potente, el más peligroso de sus enemigos y atacándole con una bravura espléndida e irresistible, despreciando los peligros, sobrio de valor y de audacia.

Nosotros le amamos porque él ha sido de la talla de aquellos héroes legendarios que por sí solos y con algunos golpes de espada, cambiaban el destino del pueblo y el curso del devenir del mundo.

El fué la fuerza de la democracia misma, una fuerza inteligente, impetuosa, que nosotros admiramos y amamos en el acto. Y es que Blasco, identificado con los republicanos franceses, con los humildes, con los de los arrabales de Zola, con los oscuros que hace ya años aplaudían la obra del gran Blasco Ibáñez.

Nosotros queremos concretar este amor respetuoso en un monumento, que elevaremos espléndido sobre la más bella plaza pública de Mentón.

Un artista de gran talento, monsieur Bouraine, escultor muy conocido en el mundo artístico, admirador de Vicente Blasco Ibáñez, ha forjado en arcilla la maqueta de un monumento magnífico, de diez metros de altura. En su proyecto sobre el borde del Mediterráneo, la piedra y el bronce cantarán la gloria de Blasco y la amistad fraternal que liga más y más las dos repúblicas latinas.

Este monumento nosotros lo elevaremos, pero estaremos más orgullosos y esta obra tendrá una significación mucho más pujante, si los republicanos españoles responden al llamamiento que nosotros le dirigimos, vengamos a nuestras costas y con ellos y nuestros donativos, unidos por el mismo fervor y por el mismo ideal, nosotros alzaremos este monumento a la memoria del hombre que es una gloria para España y honor para la humanidad.

¡Republicanos españoles! republicanos franceses! De corazón a corazón y estrechadas las manos trabajemos. El día de hoy es la época del gran Blasco Ibáñez. Día de gloria para la gran obra de paz y de amor universal.

Que nuestro monumento sea su testimonio.

THEOPHILE LAURENT.

Presidente de la Liga Francesa de los Derechos del Hombre (sección Mentón)



EUGÈNE FIGUIÈRE.

Editor

to hacia el panteón de la Eternidad, donde se dan cita los dioses de nuestra Humanidad agitada; tu noble figura se grabará en el zócalo de las edades, y aún desaparecido, tu acción liberadora continúa manifestándose en bien de los hombres y por su amor a la Libertad tu hermosa patria te devuelve triunfalmente recorda tu país y París, que sabe recordar, va a elevar un monumento digno de ti, digno de tu gloria, y por esto yo digo a todos los republicanos, mis hermanos: La vida es útil y digna de ser vivida cuando nos es dada como ejemplo por un demócrata como el ilustre y eterno Vicente Blasco Ibáñez.

PARIS.

Blasco Ibáñez y Francia

Con motivo del traslado solemnemente de los restos de Blasco Ibáñez desde Mentón a Valencia, su ciudad natal, que le reserva honores soberanos, se evocará en todas partes la figura extraordinaria del admirable novelista de reputación mundial, del prestigioso orador, del corredor de océanos, del creador de ciudades, del gran republicano siete veces reelegido diputado a Cortes y que murió poco tiempo antes del establecimiento de la República española, de la que hubiera sido, casi ciertamente, su primer presidente.

Sólo quiero habiar aquí del hombre que fué amigo de Francia hasta arriesgar por ella su fortuna, su tranquilidad y su vida.

La literatura francesa, por la que se interesó desde su primera juventud, le infundió a Blasco Ibáñez su amor a Francia. Nuestros grandes escritores liberales, Lamartine, Michelet, Víctor Hugo, sobre todo, le apasionaron por la República. «Por qué ama tanto a Francia?», le preguntaba un día un redactor de una gran revista en una entrevista. «Porque amo a Víctor Hugo», respondió simplemente Blasco.

Lo mismo que para Clemenceau, la Revolución francesa era para él «un bloque». Olvidaba sus excesos para no ver en ella más que sus destellos de emancipación intelectual y social.

Detestaba a Alemania no como nación — nada más que él admiraba a sus grandes hombres: Goethe, Schiller, Wagner, Beethoven —, sino porque sus dirigentes querían darle un aspecto de imperio autocrático y medieval.

Aborrecía al ex kaiser hasta tal punto, que la embajada de Alemania le persiguió judicialmente a principios de este siglo porque en el diario EL PUEBLO que él dirigía en Valencia, se había atrevido a comparar a Guillermo II con Nerón.

Su fe en la Francia republicana era tal que en los días más negros de la gran guerra abrigaba una certeza indefectible con la que infundía valor a sus ami-

gos franceses: «Francia es una República, ¿no es verdad? — le decía — Pues, bien: jamás la República francesa ha sido vencida por los prusianos. Han derrotado a los dos Napoleón porque estos dos hombres traicionaron la causa republicana. El curso de la Historia — añadía con su gran risa contagiosa — no se desviará hoy para darle gusto al kaiser.»

Y de esta manera se revelaba Blasco uno de los mejores profetas de esta victoria, que provocó la caída de cuatro imperios y de una veintena de reinos y principados.

Desde el comienzo al fin de la guerra, hasta últimos de 1918, Blasco fué uno de los más intrépidos propagandistas de la causa de los aliados. Desde Octubre de 1914 mantuvo en París la publicación de un fascículo semanal de 32 páginas: «Historia de la Guerra Europea», que continuó durante cinco años y que formó nueve tomos en folio. El primer número escrito sobre el Manifiesto francófilo de los intelectuales españoles fué el de Blasco Ibáñez.

Recomendado a Franchet d'Espèrey, visitó diez veces el frente, fortaleciendo su confianza en la victoria de los aliados entre el heroísmo de nuestros soldados.

Cuando España estaba indecisa sobre la continuación de su neutralidad, cuando se hablaba incluso de su alianza con los imperios centrales, Blasco Ibáñez intentó dar, en 1915, una serie de conferencias en favor de los aliados. Se le prohibió hablar en Madrid, lo mismo que en Valencia, su ciudad natal, a la que había representado en las Cortes muchas veces... Y empujando el revólver, desafiando a toda la canalla de Barcelona, pagada por los «boches», encontró allí asilo en casa de su hermana, cuando una lluvia de piedras rompía los cristales...

Vuelto a París, escribió «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», uno de los más preciosos reconvertidos morales que jamás se le pudo dar a Francia. Publicada en España esta obra maestra, apenas si tuvo repercusión. Traducida en Norteamérica, era célebre, tres meses más tarde, en

todo el mundo. Esta obra, «el más leído de todos los libros impresos, a excepción de la Biblia», contribuyó poderosamente a ligar al pueblo norteamericano a la causa de los aliados.

Invitado a habiar en la Sorbona, en Mayo de 1918, Blasco pronunció un resonante discurso, del que interesa hoy reproducir este pasaje:

«Nosotros, latinos, que consideramos vuestro país como otro hogar, que hemos puesto en él un poco de nuestro pasado, recibimos, centuplicado y vivificado como a los rayos del sol, el producto de vuestras antiguas ofrendas. Si Francia se extinguiere, nuestros pueblos latinos permanecerían errantes a través del ciclo de la Historia como planetas sombríos y fríos, esperando la hora en que un nuevo astro, informe y monstruoso, formado de materias que nos serían extrañas, viniera a arrastrarnos en su torbellino vertiginoso, como polvo sumiso e inerte...»

Su amor a Francia subsistió hasta su último suspiro. Desterrado de su país, vivió en Niza largos años, y en Mentón, en su magnífica propiedad de Fontana Rosa, murió el 28 de Enero del año 1928.

Los homenajes, cien veces merecidos, que se le van a rendir en Mentón los días 24, 25 y 26 del actual, tendrán una gran repercusión en aquella España de la que Blasco Ibáñez es uno de sus hijos más gloriosos.

Esperemos seguros de que la municipalidad mentonense se honrará dando a una de sus vías principales el nombre del gran escritor. Probablemente, sucederá lo mismo en Niza, donde vivió algunos de los años más laboriosos de su vida. Y París, es demasiado agradecido con todos los extranjeros que lo amaron para que algún día no le dé el nombre ilustre de Blasco Ibáñez a la calle de Ramequin, donde, durante tres años, durante el curso de la gran guerra, trabajó noche y día por el triunfo de Francia y de sus aliados.

GEORGES MAUREVERT
Director de «L'Eclair»
de Niza.

Homenaje a Blasco Ibáñez

En vísperas del día en que la República española, en un gesto de conmovedora piedad, va a venir a buscar a Mentón, la tierra francesa que él había escogido para morir, al más grande y noble de sus hijos, Vicente Blasco Ibáñez, me siento dichoso de aportar aquí un homenaje en el que vibre la ferviente admiración que le profesé siempre.

Yo no he tenido, como tantos de mis amigos de Mentón, la alegría y el honor de conocerle personalmente; pero Blasco Ibáñez ha tenido, a través de toda su existencia de novelista y de hombre público, tal esplendor y una personalidad tan intensa que, para los que atraía hacia él un ideal común, ha sido siempre objeto de un interés apasionado.

A través de las tierras y los mares que él recorrió incansablemente, ávido de un contacto físico con una humanidad, de la que no se saciaba nunca, le seguí paso a paso, y le encontré mucho más tarde, cuando se había apagado en él ese destello tan vivo y de-

vorador, cuyo fin nadie podía imaginar.

En este rincón de Mentón, don-



La Francia judicial y Blasco Ibáñez

Conoci a Blasco Ibáñez durante la guerra. Vivía en París, compartiendo nuestras angustias y nuestras esperanzas. Era el hombre más representativo de esta España democrática que, sola, tenía las simpatías sinceras por nuestro país.

Ni un solo francés puede olvidar que él puso su inmenso talento al servicio de nuestra justa causa, ni la hora donde tras la tapadera de la neutralidad, los agentes de la monarquía, los que se aprovechaban de las guerras, los clericales españoles, daban asilo a los submarinos, realizando la más salvaje de las guerras, Blasco Ibáñez escribió sus «Jinetes del Apocalipsis», y los entregaba, con su admirable generosidad, en provecho de la causa que le era cara.

No siendo respirable para él la atmósfera de la España monárquica y clerical, vino a vivir a Francia.

Llegué a ser su amigo, su abogado, y pude con frecuencia apreciar el vigor y la sinceridad de sus convicciones republicanas y de la energía de su acción revolucionaria.

Teníamos que defender aquí a los refugiados españoles perseguidos por el Gobierno de Alfonso XIII, el

cual, con demasiada frecuencia, se hacía pagar la adhesión de España a las tesis francesas y en la Sociedad de Naciones, a cambio de medidas policíacas con respecto a los refugiados.

También cuando el embajador de su majestad se puso en ridículo queriendo que se persiguiese en Francia a Blasco Ibáñez por su folleto «Alfonso XIII, desmascara-



do», hubo un movimiento de opinión democrática y socialista en el Parlamento y el Gobierno francés hizo comprender al representante de su majestad hasta qué punto sería inoportuno y se volvería contra la monarquía.

Mal puede imaginarse a los jueces franceses condenando a Blasco Ibáñez a prisión por los monárquicos germanófilos...

Me basta recordar que cuando Carlos Espiá fué perseguido por el castigo impuesto a uno de los manenedores del régimen caído, los jueces, obligados a constatar que los golpes habían sido administrados, lo castigaron con la pena teórica de un franco de multa, en una sentencia que era una vejación para el querellante.

La muerte de Blasco Ibáñez fué una pérdida cruel para Francia, como para España. Fué uno de los que mejor nos hicieron comprender el parentesco racial, intelectual y político que existe entre españoles y franceses. No fué sólo el profeta de la idea republicana en España, sino el artesano de la aproximación entre nuestros dos pueblos, que aspiran al mismo régimen de una República democrática y social.

MARIUS MOUTET
Abogado de la Cour d'Appel de París y diputado por el departamento del Drôme.

HOMENAJE

Fuerte de color y desbordante de actividad, meridional en el buen sentido de la palabra, con ese poderoso entusiasmo que constituye el honor de las naciones mediterráneas, tal fué la personalidad de Blasco Ibáñez; y si bien pocas figuras de escritores habrán sido, en su país, tan populares como la suya, muy pocas también se habrán impuesto con su fuerza y su relieve al público mundial. Y es que en todas partes, en todo lo que emprendía, tan to en su obra como en su vida, que no son más que una cosa, Vicente Blasco Ibáñez se entregaba siempre con toda su alma.



Como Balzac, Blasco Ibáñez fué un tipo de escritor infatigable, poseído por el terrible demonio de la escritura, jamás le rehuía, y se agotó literalmente en la labor; y, aun así, bajo este cielo cálido de Mentón, en la paz de Fontana Rosa, jamás dejó la pluma, jamás descansó verdaderamente. Y Blasco Ibáñez no fué por eso ciertamente «hombre de letras»: ningún calificativo le disgustaba tanto ni le correspondía menos que éste. Su personalidad era justamente demasiado completa, demasiado humana para mantenerse en un marco tan estrecho; fué, ante todo, un hombre, y siendo su genio una fuerza natural, se dejó llevar naturalmente por su vida en vez de dirigirla; jamás jugó astutamente con la gloria, jamás le tendió los lazos, cuyos secretos conocen hartos bien los literatos profesionales; la gloria fué hacia él y aún una vez le sorprendió, como se sabe, al publicar «Los cuatro jinetes del Apocalipsis».

ARMAND LUNEL.

Nota de la Redacción.—El autor de este artículo nació el 9 de Junio de 1892, en Aix en Provence (Francia). Es profesor de Filosofía y novelista excelente. Su primera obra apareció en las prestigiosas colecciones de la editorial parisienne de la «Nouvelle Revue Française», en 1924. En 1926, obtuvo el importante premio literario que lleva el nombre de Theophraste Renaudot.



DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, EN SU DESPACHO DE FONTANA ROSA, ESCRIBIENDO SUS ÚLTIMAS NOVELAS

Las democracias se honran honrando a los luchadores

Con emoción supe que el traslado del cuerpo de Blasco Ibáñez había sido ordenado por el Gobierno español.



Las democracias se honran honrando a aquellos que lucharon y murieron por ellas. Aquí, más que

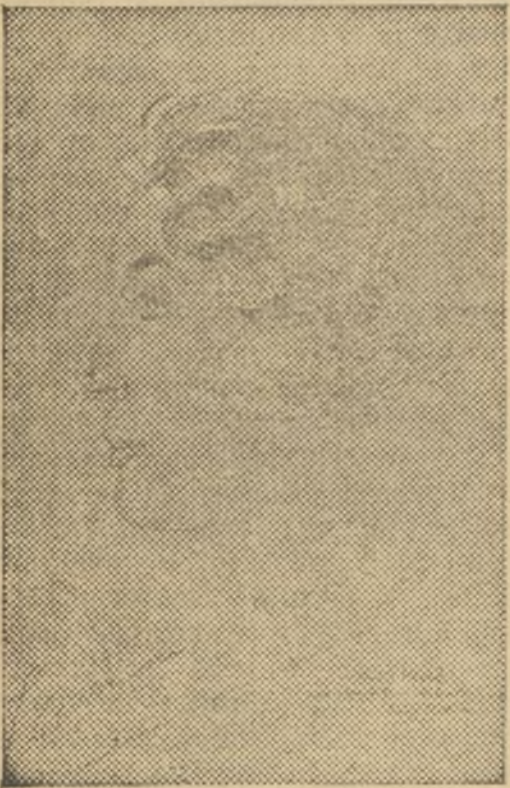
en otras partes, lo paado es presencia del porvenir: por el culto con que ella rodea la gloriosa memoria de sus héroes y de los mártires, la República española afirma su voluntad de permanecer fiel a su ideal de paz y de libertad.

Relevados hoy de nuestra guardia sagrada, nosotros, franceses, que habíamos acogido y velado a Blasco Ibáñez con alma y corazón fraternos, no olvidaremos nunca la lección de esta vida ejemplar.

JEAN DE ROVERA.
Director de «Comedia».

ADIOS AL HUESPED SAGRADO

¡Oh, mi amigo querido, llústre Blasco Ibáñez! He aquí llegada la hora marcada por usted para el retorno de sus restos a su patria. Va a atravesar por última vez ese Mediterráneo que usted ha celebrado en «Mare Nostrum». Sobre él se deslizará la nave que va a llevarlos con la gracia y la majestad que corresponden a poeta que ha visto pasar sobre sus ondas, por sus orillas, a multitud inagotable de los vivientes y de las sombras.



Valencia, os recibe al fin. ¡Como os ha amado la ciudad que va a sembrar a su paso rosas y laureles! Es este amor el que me envolvió en 1916, cuando los amigos de Francia no sabían cuán inmensa era la popularidad del apóstol de la República.

Aquí, los escritores que os dedicaban su cálida amistad sabían que vuestro espíritu prodigioso, vuestro espíritu claro y justo basaba para atraer hacia usted a los seres que aman la vida en sus formas innumerables. Vuestro genio había revivido el pasado: «La Horda», le daban su marca, relleno, vigor, pasión.

Admirábamos en el fuego tumultuoso de vuestra conversación ese pensamiento que lo abarcaba todo, que se elevaba con audacia, con certeza, porque se apoyaba en el conocimiento de los hombres y las leyes de la naturaleza; el magnífico realismo de vuestra concepción literaria no excluía el sueño en que se esfuma el tormento de la humanidad, en que triunfa su rebeldía y en el que la felicidad no es más que una ilusión. ¡Oh, Blasco, hermano de Goya!

Pero el orador, el tribuno, el indomable soldado que sentíase vencedor aun en el desierto, no reconocía su derrota, pues sabía que el porvenir era suyo. Le conocimos luchando en medio de la violencia del combate. Conocimos igualmente al orador, en posesión de un verbo inflamado que llegaba al corazón de la masa popular suspendida de sus labios elocuentes como las abejas de que hablaban los griegos cuando pensaban en Platón.

Me hallaba en Valencia, adonde fui apoyado en vuestro nombre y en nuestra amistad. En aquel tiempo, usted, español caballero y libre, estábais a nuestro lado en la batalla en que estaba comprometido el destino de la civilización latina. Vuestro amigo Azzati, Director de EL PUEBLO, me demostró que en España nuestros amigos eran seguros y fieles. El discípulo ferviente de vuestras ideas republicanas, este hermano de elección que hubiera dado su vida por vos, Azzati, no cesaba de hablar de su Maestro ni de referir vuestra juventud entusiasta.

Visitamos juntos Valencia, esa ciudad dorada por la gloria.

—Aquí nació Blasco— me decía Azzati, con fervor.

Y yo oía en mí como un eco que decía:

—Esta casa es la Belén donde nació la España libre.

—Este es el colegio donde aprendió a leer.—En esta placita, habió por primera vez al público.

—Este huerto de naranjos es el escenario de una de sus mejores novelas.—He aquí el diario EL PUEBLO, que él animó con su fe en la República, y con su patriotismo. Sus artículos eran como el trueno. Le llevaron a la cárcel.

¡Cuánto sufrió en aquel tiempo por la causa!—añadía este apóstol amigo con dulce sonrisa.

Así es cómo la Valencia de Blasco

co Ibáñez se me apareció en aquellos tiempos de guerra como un peregrinaje a lugares que conservan un gran recuerdo. En aquellos días vi su más bella imagen y la más verdadera. En la primera página de EL PUEBLO y en medio de una plaza pública una multitud enorme aclamaba a un hombre de pie en la tribuna.

El orador enardecido que acentuaba con un gesto autoritario las palabras que entusiasmaban al pueblo, dándole cuerpo y alma, era mi Blasco y érais como Hércules, dios de la elocuencia, de la fuerza justa y bienhechora.

Veo que esta misma multitud os espera en la playa; los brazos que se tendieron para aclamaros os llevaron con dolor, con amor, con respeto, querido proscrito, que sólo dormirás finalmente cuando reposéis en la tierra de vuestra patria.

Y ahora, seremos vuestros amigos de Francia, los que guardaremos vuestro recuerdo en Mentón; nosotros guardaremos al extranjero venido de lejos a buscar nuestra sombra por los lugares que habéis preferido, en este lugar que habéis vivido con el ritmo musical que la felicidad habrá creado, ritmo de trabajo y de reposo alternado, en esta Fontana Rosa, llena de flores, de hojas, de surtidores y de pájaros que avivaban en vuestro corazón juvenil el recuerdo de Valencia. Una dulce compañera de mujer, la de la compañera que supo proteger vuestra soledad y vuestro trabajo sagrado de escritor.

—Es aquí—decía a los peregrinos de vuestra gloria—junto a estos naranjos donde soñé «Mare Nostrum», en esta altura donde los espíritus se hunden en la tierra como las espadas en el corazón de las vírgenes españolas—dirá ella tal vez.

—Aquí concibió Blasco su novela «Los enemigos de la mujer».

Bajo esta cuna cubierta de vívidos, bajo estas higueras cargadas de frutas, sobre este banco que acaricia el murmullo de una fontana, ante las montañas argentadas, gloria de Mentón, a los pies de las palmeras, sentada en bancos de Valencia cubiertos de rosas, yo evocaba con él y con la señora el viaje encantador que hizo Blasco Ibáñez alrededor del mundo.

He aquí la sala sagrada, propicia a su trabajo fecundo. Es su despacho, fresco como una gruta, donde había reunido sus libros. Los retratos de sus intérpretes cinematográficos, los retratos de sus amigos, los innumerables documentos que le ayudaban a continuar una obra gigantesca. Así como Blasco Ibáñez, velado plácidamente por los que le amaron, ha dormido su última noche, bajo la luz del Cid que Valencia trajo para que la imagen de la patria protegiera su entrada en la Eternidad.

Volved vuestros ojos por última vez hacia este paraíso terrestre que vos habéis creado, como habéis creado vuestros libros. Contemplad estas estatuas de escritores inmortales que conversaban bajo vuestros laureles, como los sabios en los Campos Elíseos. Cercantes os acogerán en los jardines de vuestra tumba.

Adiós, amigo, que nos abandonáis, después de haber sido hasta la muerte el huésped sagrado de mi país, que amábais con toda vuestra alma caballeresca. La nave que os conduce a Valencia lleva por escolta la legión de héroes, de poetas, de artistas, de conquistadores, de santos, de demonios, de pobres seres desgraciados que vuestro genio ha creado.

La nave francesa que acompaña a la nave española en prueba de honor, de amistad y de respeto, se estremece sobre el mar como en la lira vibra un corazón reconocido. Es el corazón de mi patria, que no olvida que si Colón, vuestro héroe supremo, ha dado América a España, vos, ¡oh! mi querido Blasco Ibáñez, habéis abierto el corazón de América a la Francia martirizada, devastada, en trance de muerte, cuando escribisteis durante la guerra «Los cuatro jinetes del Apocalipsis». Y con el libro cerrado, alguien, allá lejos, se ha levantado y mostrando el camino de Francia, ha gritado dirigiéndose hacia nosotros: —¡Lafayette, henos aquí!

GABRIELLE REVAL.



Valencia i Blasco Ibáñez

De toda l'obra de Blasco el tros més bell i colpidor es precisament el que descriu la vida valenciana: per sona i paisatges vibren intensament a través de la prosa de l'autor. I es comprén per què aquest no feia altra cosa que projectar el que vivia amb intensitat dins de la seva ànima. Per això, quan s'allunya de la seva terra, malgrat l'esforç de l'artista, els protagonistes perden vigoria i es dilueixen.

Blasco es Valencia. Aquesta fidelitat mutua entre l'artista i el poble és el que dona la grandesa a l'home; el poble que vol prescindir dels seus grans homes, de-

cau i ben aviat l'esclavitzarà per qui no té exemples en educar la seva moral col·lectiva ni meritis per a exigir respecte; l'artista que defuig el seu poble, s'anul·la del tot; extranjer per on passi, creará obra superficial i fonèdissa.

Valencia fa bé en reclamar el cos mort de Blasco. Retornará a la terra el que era de la terra i farà revivir amb el recort el fervor per la patria que havia donat un esperit a l'artista i amb aquest esperit li havia conquistat gloria.

J. AYQUADER I MIRO
Regidor en Cap de Barcelona.

Bajo el signo de Blasco Ibáñez

El espíritu del Maestro debe presidir las primeras elecciones normales de la República

Días después de la llegada material de Blasco Ibáñez a Valencia, van a celebrarse en España las primeras elecciones normales de nuestra República. El pueblo español va a pronunciarse en condiciones delicadas, en medio de las pasiones desatadas de los enemigos del régimen, que nuestros gobernantes no pudieron o no supieron conservar en la impotencia en que quedaron el 14 de Abril de 1931. Se precisa, pues, que los republicanos todos vuelquen en la conciencia pública todo el entusiasmo de que sean capaces, rectificando errores indudables.



Ya sé que si toda España fuera Valencia, no habría problema. Pero como no es así, lo mejor será poseer el emblema del Maestro, su bandera y su espíritu, de un extremo a otro de la Península, por todos los rincones de la patria: aldeas, pueblos, ciudades, fábricas, minas... ¡Que no se olvide que Blasco Ibáñez, el artista excelso y artesano insuperable de la República, reposa ya en su tierra natal, bajo su suelo y su cielo! ¡Que él ha vuelto, porque había jurado no regresar sino cuando la libertad y la democracia triunfasen!

Y que sus cenizas sagradas deben ser el más poderoso aliciente para que los republicanos triunfen, consolidando con admirable ejemplo de ciudadanía el régimen que preconizó y preparó uno de los más legítimos orgullos de nuestra raza!

Cuando los republicanos vayan a hablar en los mítines, cuando vayan a combatir a otros republicanos, ¡que se acuerden de Blasco! Cuando los electores vayan a las urnas, cuando vayan a decidir con sus votos la suerte del régimen, ¡que piensen en Blasco!

Y así, de las elecciones del 19 de Noviembre, saldrá triunfante y limpia la verdadera, la única República con que soñó Blasco Ibáñez.

El acontecimiento es tan magno, tan solemne, que es difícil recobrar la serenidad al trazar unas líneas. Para los que le tratamos íntimamente, en París, en Fontana Rosa; para los que hasta días antes de su muerte oímos su voz, sus palabras, su verbo, sus consejos; para los que asistimos a sus prolegomenos en tusismos políticos y literarios, la emoción ha de ser más grave, más profunda, más difícil de dominar...

Blasco Ibáñez, que había conquistado la fama y la gloria, que había vivido y amado profundamente era republicano como se es rubio o moreno, alto o bajo, fornido o esquelético... Lo ha recordado alguien, aunque sin citarme, al hablar de una de mis intervenciones con el Maestro, hace pocos días, aquí mismo, en EL PUEBLO... Blasco llevaba su republicanismo hasta el punto de no vivir y de no viajar, sino en países republicanos.

España, al recibir los restos de su hijo preclaro, lo hará con la emoción profundísima de los grandes hechos históricos. Para España, Blasco representa todo: la gloria expandida por el mundo entero, la inmensa personalidad literaria de un escritor cumbre, el cariño de un orador grandilocuente, de un formidable tribuno de la plebe y la gratitud hacia quien más y mejor supo laborar por la caída de Alfonso XIII. El último rey estaba, en efecto, políticamente herido de muerte, desde los celeberrimos folletos de Blasco. En el mundo civilizado la caída del señor Borbón estaba prevista desde entonces. Los que hemos recorrido Europa y parte de América, lo sabemos. Por esto, a los méritos innumerables del Maestro, debe unirse, en este regreso definitivo de su cuerpo, la aureola de un general genial y victorioso. Y de ahí que vengan tan a pelo los honores militares que van a rendírsele.

Los restos de Blasco van a ganar, como el Cid, después de muerte, su última batalla: la de la República española. Y así se habrá puesto el digno colofón a la vida y a la obra de aquel coloso que se llamó Vicente Blasco Ibáñez.

Blasco Ibáñez, reintegrado a la patria, significa, sencillamente, un compromiso de honor de todos los republicanos para conservar la libertad y la República. Blasco Ibáñez, en España, quiere decir, simplemente, que hay que morir antes que consentir el fracaso de la República.

ARTEMIO PRECIOSO
París, Octubre.

El sencillo complejo de Vicente Blasco

Difícil—como ante ciertos fenómenos de la Naturaleza que nos son familiares y no por eso menos maravillosos—decir algo a propósito de Blasco que no caiga en la banalidad de lo dicho mil veces o en la angustiosa inexpresividad de una mera exclamación de asombro.

Leyendo a Blasco—«La Barraca», «Cañas y barro», «Entre naranjos»—la primera sensación es de pánico ante tanta luz, tanto color, tanto dinamismo, ante una expresión, por decirlo así, tan frenética, de la realidad, del paisaje y de la vida.

Y es que Vicente Blasco Ibáñez era—es, ahí está su obra—lo que se llama una fuerza de la Naturaleza.

Y eso explica, también, el rarísimo, el extraordinario maridaje que en él se da—admirablemente—entre el hombre de acción—el republicano, el político—y el hombre especulativo, el escritor, el poeta.

Y, a poco que se penetra en su personalidad y en su obra, bien claro se advierte luego que en el escritor está el hombre de acción. Y en el hombre de acción, en el político, vibra generoso el poeta.

MANUEL MACHADO.

El triunfo

Nunca podré olvidar el último día que vi a Vicente Blasco Ibáñez. Era en París, el 25 de Noviembre, día de Santa Catalina, la fiesta de tradición en que las modistillas parisenses celebran un alegre carnaval y extienden por la ciudad su rejocillo bulidor y callejero, vestidas con pintorescos atavíos y tocadas con gorros caprichosos que a determinada edad significan lo que en España se llama quedarse para vestir imágenes.



Por excepción, en esa época del año, era un día de tibia ambiente y lucía el sol. Acudía yo al Hotel Claridge donde me había invitado a almorzar un insignie político español que en París pasaba sus años de expatricación, obligado a vivir fuera de su patria por las persecuciones de la Dictadura. En la puerta de aquel hotel había de esperar me Carlos Espil, entonces corresponsal de algunos periódicos. Le hallé con Blasco y con la esposa del gran novelista y me añadí a ellos, felicitándome del encuentro.

Pero la alegría de volver a ver a Blasco y de verle en plena calle, como si sus quebrantos físicos se hubieran interrumpido o aliviado, quedaba roto al saberle casi ciego, vislumbrando o adivinando más bien la luz solar. Y era su fulgor y era el rumor del paso jocundo de los grupos de costuritas lo que le incitaba a permanecer en plenos Campos Elíseos, disfrutando del templado ambiente.

—Me parece que estoy en Valencia.

Así decía con un acento lleno de nostalgia, que producía una impresión amarga y melancólica. A gran dolor movía la presencia de aquel coloso cuya energía se contemplaba ya deshecha. El hombre cosmopolita, el gran escritor que había recorrido el mundo en alas de su gloria, allí, en la Avenida más bella y suntuosa de París, sólo pensaba en su tierra natal y recordando alzaba los ojos apagados hacia el cielo luminoso buscando el sol.

Poco después, partía para Mentón donde le acechaba la Descartada. Pero si le agobiaba el dolor de no acabar sus días en su patria libre, al menos le daban los dioses el consuelo de morir frente al mar latino, a su Mediterráneo bien amado.

No murió en su tierra ni la vió liberada. Pero como el Cid, gana batallas después de muerto, y ahora las aguas de ese mar que tuvo en él uno de sus admirables captores, le miran pasar a bordo de un navío que ostenta un nombre histórico y simbólico, y ese acorazado de la que fue real armada es la que le ofrece el homenaje de la República española y le trae a reposar en la tierra fecunda, perfumada de azahar y dorada luego por los frutos de sus naranjos.

PEDRO DE REPIDE

Cortesía funeral del grumete

Por entre la manigua de rumbos que se entretienen en los senos mediterráneos se abre uno nuevo, recto y duro, tallado a punta de proa por un barco de guerra. Trae a media asta el pabellón y en el castillo un ataúd.

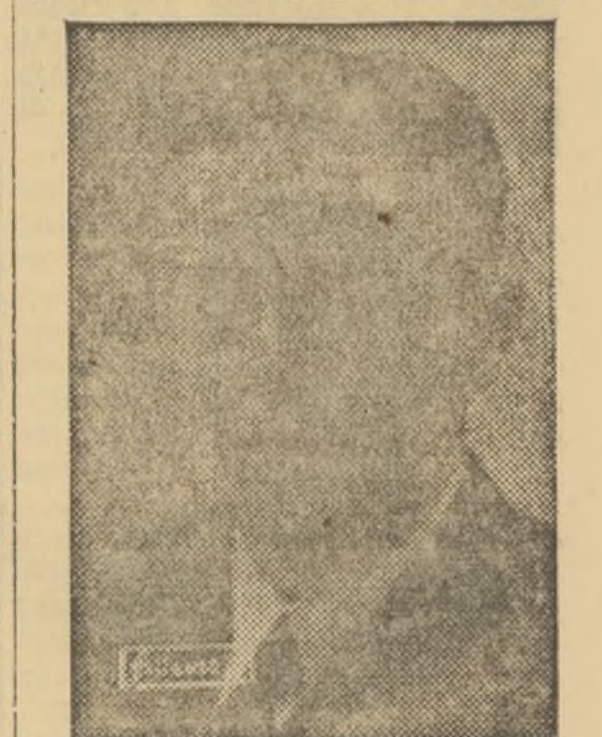
Un coro de resonancias romances efíe con sus voces la majestuosa singladura del barco que lleva un nombre de rey mediterráneo: Jaime I, que empujó por delante de su imperio la música maravillosa de una lengua imperial. Lengua que había de adquirir el empaque mayestático en Ausias March. Vieja lengua en la que se escribió el primer elogio romance a los pálidos mármoles de la Acrópolis de Atenas «la pus richa joia que en el mon slas».

Corta el navío todos los rumbos ilustres de la humanidad que al partirse abren calle al fuerte cuerpo dormido de Vicente Blasco Ibáñez. Rumbo de la nave fenicia cargada de púrpura y de plata; rumbo de la nave griega y de la trirreme cesárea con sus vientres henchidos de esencias de civilización; rumbo de la nave cristiana arbolada de cruces y de insignias papales; rumbo de la nave sin nombre y sin bandera del hebreo; rumbo valiente de la nave corsaria. Y esperando el barco, en tierra, anudado por los caminos de la Mancha hasta el corazón de Castilla, la andadura de Rodrigo el castellano.

Fué aquí, al pie de una torre púdea arrebatada al infiel, donde se emitió el más sintético y delicado elogio a Castilla. Cuando Milnaya Albar Fañez, que Zorita mandó parte para el real de Almadón con veinte caballos ricamente enjaezados, el Cid le despidió con estas palabras: ¡Ides vos, Minaya, a Castilla la gentil».

Vaya de Castilla «la gentil» a la amura del «Jaime I» mi saludo al fuerte capitán de las letras españolas caído en tierra extranjera. Mi gorra de grumete cantábrico al aire y unos versos en la lengua mediterránea de Muntaner:

«La nostra vida es lluita, el nostre cor es fort; ningú ha pugut tos fills domar, només la mort, només la mort, la neu dels cims i els fons del mar».



Que los oleos aromáticos de las raíces del naranjo unjan el cuerpo del gigante valenciano. El recorrió, para la muerte este rumbo recto de Mentón a Valencia, cuerda tirante del arco magnífico de un imperio. Esa cuerda, tirante y tensa un día, lanzó a Vicente Blasco Ibáñez en una parábola majestuosa como la de los astros, sin principio ni fin.

VICTOR DE LA SERNA.
Madrid, Octubre de 1933.

Blasco Ibáñez y la gloria española

La gloria del hombre está en sí misma fundida con la maravilla creadora, por ser su resultado inmediato, como la claridad que nos alumbraba es consecuencia de la llama mística del sol. Gloria es poder, fuerza, energía, genio creador, fecundidad, pero en lo que estos conceptos tienen de espiritual, de trascendente y eterno, porque la gloria auténtica, sin brumas ni equívocos temblores, es la que se forja en la mente y se troquea en la conciencia del hombre, por la sola acción del pensamiento ennegado en luz de verdad, de bondad y de belleza, por la manifestación de la voluntad que sólo cede a los impulsos del bien. ¡Por eso, doquiera haya una verdad sin sombras, un aliento, divino o humano, con la sola razón de la justicia absoluta, ahí habrá gloria, pues la grandeza verdadera lleva consigo su verdadera alabanza.

Pero el contraste humano de la proeza, la terrena medida de la gloria, dependen, única y exclusivamente, del sentimiento de la gratitud.

Vemos y sentimos el bien que nos llega de las profundidades de lo desconocido o de la cercana evidencia de otro ser y entonces la admiración fervorosa se confunde y se trasmuta en un sentimiento cordial de gratitud que brota de manera espontánea de nuestra ánima entraña, ya que la gloria cierta no es la que admiramos con la mente, sino aquella a la que amamos con el corazón.

Es por eso que en estas horas solemnes en que nuestra Valencia acoge en su seno materno los restos venerados del que fué su hijo glorioso, España entera, se conmueve, no por renacimiento de la colectiva admiración hacia el escritor preclaro, sino porque es ahora cuando de manera instintiva y unánime se contrasta y aglutina su grandeza y el patriotismo inabarcable del portento de nuestra raza que se llamó Blasco Ibáñez.

¡Qué fué toda, absolutamente toda la vida del gran republicano, del eminentísimo escritor, cuál fué siempre la trayectoria de sus luchas sociales, de sus intelectivos propósitos, de sus fervidas aspiraciones políticas?

Blasco Ibáñez fué, en verdad, desde los días de su juventud hasta las horas de su muerte, un derrochador de amores, de grandes y definitivos amores por España, por la pobre patria de todos y por nuestra Valencia, que siempre fué para él algo como la hispana gloria común.

Su fondo espiritual, de auténtica democracia sin tembores, lo convirtieron en días de juventud atormentada, no sólo en el ciclope de sí mismo que va creando, a golpes rudos de la voluntad y del pensamiento la base incommovible de su gloria futura, sino también en titán que forja simultáneamente el mágico pedestal de la gloria española, puesto que cuando los hombres de su talla y de su aliento se encumbran y resplandecen, su patria va con ellos fundida en su propio corazón, y ambos llegan al mismo tiempo a las alturas.

Jamás temió la muerte, y la desafío con frecuencia no sólo porque creía en la fatal e invariable trayectoria de su destino, sino porque sabía, como todas las cumbres del pensamiento, que cuando se lucha por la libertad y la justicia, no hay más bella manera de vivir que despreciando la muerte.

Por eso nuestro llústre paisano, y yo he sido testigo de ello en mis múltiples viajes, pasó por América y Europa las glorias de nuestra tierra, no se conformó con la batalla en las tierras españolas, no fué sólo un creador de energías patrióticas en el seno del país, sino que con el santo egoísmo de los hijos bien nacidos quiso—que los extraños, también vencidos por su genio, sumaran su admiración por España, que encarnada en la vida y la obra del levantino inmortal, creyeran que era nación viva, nación de redentores e inextinguibles energías con alientos para encumbrarse hasta las alturas de lo eterno.

Por eso, el temblor emocionado y amoroso de estos días, ante la llegada a nuestras playas de los restos del patriota inmortal. Es la gratitud de sus hermanos y de España entera que rinde su ofrenda de lágrimas y de amores ante la sombra inmensa del que le ofrendó su vida y con ella el perfume de una gloria cumbre que a todos nos alcanza.

Y Valencia, la que le vió nacer y le sintió morir porque las olas de sus playas llevaron hasta Mentón la trepidación de sus penas, verá cómo su afán maternal se satisface, cómo su orgullo fraterno alcanza la máxima plenitud con el espectáculo de las otras regiones, sus hermanas que forman columna de honor, abrazadas en espíritu, para que ante ellas entre flores y lágrimas, pasen los restos del que siendo un valenciano definitivo, fué siempre de todos, porque su grandeza fué inabarcable, porque su gloria fué española.

MARGARITA RUIZ DE LIHORY

El más puro ímpetu de renovación

La República española se enaltece reconociendo lo que debe a Vicente Blasco Ibáñez. Nadie puso como él al servicio del ideal, con tan gallardo gesto, una notoriedad europea, una situación lograda, una fuerza propulsora conseguida, en otros órdenes de la actividad, presente generoso del espíritu a lo que sólo podía traerle por el momento desazones.

Gloria de Valencia y de España,

Blasco Ibáñez representa el ímpetu más puro de renovación, el más noble empuje de la República en su época heroica de preparación. Como hispanoamericano quiere añadir mi nombre en la lista de los que celebran la memoria del ciudadano admirable y del novelista inmortal.

MANUEL UGARTE
París, Octubre 1933.

Blasco Ibáñez, abogado

Conoció y fui presentado a Blasco en la redacción de «El Correo de Valencia», de la que aquel formaba parte para escribir las novelas de su folletín —«El conde Garcil-Fernández», «Romeu el Guerrillero», «En pace», entre otras— el mismo día que el ilustre escritor acababa de sufrir en nuestra Universidad examen de licenciatura en Derecho.

Antes eran ya del dominio público las andanzas de su vida escolar. En plena juventud, Blasco Ibáñez, que fue siempre ante todo un gran propagandista, alternaba los estudios universitarios recorriendo la provincia en sendos viajes dedicados a difundir sus ideas, combatiendo muy especialmente en aquella época la labor que en los pueblos realizaba el P. Vicent.

Bullicioso en los claustros, aprovechaba toda oportunidad para ser el caudillo de los más avanzados, recorriendo al frente de ellos, henchido de patriotismo, las calles de la ciudad cuando se sintió ultrajada España en el deplorable incidente de las Carolinas.

No estaba en aquellos tiempos la juventud entregada a las sesiones vermuth, a los tangos ni a los cocktails.

Sin duda por ello, era más intensa la labor ateneísta de Blasco Ibáñez, alumno de los últimos cursos de Derecho, se destacaba como orador polemista en los salones de aquella casa que en la plaza de Mirasol ocupaba el Ateneo Científico, leyendo como secretario de la sección de Ciencias Políticas y Sociales una Memoria acerca de «El Federalismo» y defendiéndola, diciéndola brillantemente entre otros con Joaquín Arnau, docto catedrático de Metafísica, César Santomá, Vicente Dulaide, Luis Morote y el doctor Más.

Gran cultura, palabra elocuente, arrebatadora, dialéctica que cautivaba haciendo surgir el convencimiento y serenidad en la contienda para lograr victoria sobre el adversario...

He aquí las condiciones sobresalientes que según un ilustre jurista consulto deben brillar en el abogado y todas ellas concurrían de modo predominante, en Blasco Ibáñez.

Si sus tareas políticas y literarias le hubieran permitido perseverar en la profesión, seguramente entre nosotros hubiese logrado sin duda destacarse como en el foro y en la política se destacó Poincaré en Francia.

Ossorio, en un conocidoísimo libro, ha dicho que como amoroso testimonio, es la novicia quien debe bordar la bolsa que habrá de contener la toga del abogado novel y eso se cumplió en Blasco Ibáñez, que en visperas de jurar el cargo se le oía enamoradísimo, lleno de entusiasmos, hablar de aquella ofrenda regalo de la que habría de ser prestigiosa dama, para cuantos la conocían, doña María Blasco, símbolo del más intenso amor, dedicada en su juventud a los cuidados de un tío canónico con quien vivía y a alentar en sus ideales progresivos a su prometido, en quien vislumbraba al político que cambiando el régimen llegaría a los más altos puestos, al literato de gran fama y también... al abogado de renombre.

Llegó Blasco a las listas de nuestro Colegio en 1889-1890 con el número 517, figurando en ellas por orden alfabético entre don Aurelio Blasco Grajales y el inolvidable don Manuel Boira y Camps.

Con Blasco se inscribieron al propio tiempo don Matías Calvo Alfonso, durante muchos años juez municipal de Bétera y el más antiguo de los pasantes de Dulaide, don Rafael Gómez Martínez, que fue diputado provincial, don Manuel Juan Sebastián, don Juan Francisco Llorca Llinares, don Vicente Marín Ferrer, don Eduardo Martínez Ferrer, don Ezequiel Palos Ruiz, don Ramón Reig Genovés, hijo de aquel maestro de maestros don Juan Reig y García, que supo transmitir a su malogrado hijo fallecido en plena juventud sus más preciadas dotes; don Pascual Soriano Roca, dignísimo notario, don Teodoro Blasco Más, don Francisco García de Cáceres Ansaldo, que fue concejal representando al partido conservador y don Luis Hernández Rico, periodista y ex secretario del Ayuntamiento de Buñol.

De todos ellos tan sólo existen don Eduardo Martínez Ferrer, número 36 de los que no ejercen y

don Luis Hernández Rico, número 27 de la misma sección y en la actualidad residente en Madrid.

Al ingresar Blasco en el Colegio era decano el insigne catedrático don Antonio Rodríguez de Cepeda, formando parte de la junta como diputado primero don Carlos Tesor Pascual; diputado segundo don Facundo Burriel Guillem; diputado tercero don Vicente Barrachina Llorca; diputado cuarto, don José María Gadea Orozco; diputado quinto don Manuel Valli Sacristán; diputado sexto, don Vicente Arnal Asensi; tesorero, don Eduardo Pastor Giner y contador-secretario, don Francisco Vives Liern.

Estableció Blasco Ibáñez oficialmente el despacho en su propio domicilio, plaza de San Gil, 5, pero en realidad trabajó siempre en el de don Vicente Dulaide, al que fue a pasar prácticas, considerando como maestro, igual que otros, a aquel que en el foro siguió las huellas de su inspirador don Juan Reig, destacándose como el primero en los diversos aspectos que ofrece el ejercicio de la profesión.

Quien había de ser excelso novelista vistió la toga en todos los asuntos correspondientes al turno de oficio; se envolvió en ella también para defender a cuantos correligionarios fueron en aquella época perseguidos, pero sobre todo se reveló precisamente en lo civil con motivo de un asunto que fue comentado en casi toda la Prensa española.

Se hallaban entonces aún en mantillas contratos como los de publicidad y edición que luego ha desenvuelto la jurisprudencia, fijando su especial naturaleza.

Una casa mercantil de Barcelona, la casa Moles, concertó contrato de publicidad con afamada empresa periodística y habiéndolo infringido ésta, por indicación de Dulaide se encargó del pleito y redactó la demanda Blasco, que no sólo logró éxito completo, sino que consiguió fuera aquel escrito inicial difundido con profusión, leyéndolo curiales y extraños con especial interés, pues el garrulo estilo forense era sustituido por literatura impecable y amena que libraba de pesadez a los jurídicos razonamientos.

Debe ser la autoridad atrayente y persuasiva convenciendo por lo justo de su proceder más que atemorizando con sus destemplanzas.

Sin embargo, no lo entendió por lo visto así en aquella época un conocidoísimo magistrado presidente de la sección tercera—eran tres las secciones en que entonces se dividía la sala de lo criminal de esta Audiencia—que estimaba por su actuación debía la jurisdicción ir unida al mal genio.

Aun siendo recto y bueno aquel funcionario, imponía con gritos y campanillazos. Blasco, aún bisoño, demostró sus condiciones en la banca no amilanándose, haciéndose comentar favorablemente la energía no incompatible con el respeto que puso de relieve para que no fuera atropellado su derecho. ¡Qué lástima que Blasco Ibáñez, a los dos años de ejercicio se apartara de la profesión, incluyendo su nombre desde 1891-92 entre los abogados no ejercientes atraído por la política y la literatura y más quizá por su impulso de brillar más y más en zona superior a la de Valencia y aún a la de España!

Tenía como nadie cualidades para sobresalir en el foro. Aparte de las indicadas y de ser un formidable luchador, reunía la esencial en esta carrera, en la que el combate es constante.

De ella se hacen eco el insigne ex decano del Colegio de Abogados de París, Henri Robert en «L'Avocat» y nuestro Ossorio y Gallardo en «El Alma de la Toga».

Cuando el abogado tropieza con contradicciones colocándose frente a la injusticia, debe sustituir la ira por el desdén. Sólo de mentalidades deficientes, de espíritus insignificantes es propio el rencor. «Desprecio para los venales y los influencias», para los hipócritas y los necios —dice Ossorio— para los alevosos y los perros ladrones.

Blasco Ibáñez, en sus campañas, supo cuándo fue preciso abrir los brazos empujándose.

Aun no examinando sus glorias de literato, como hombre que entre nosotros ejerció con buena voluntad la carrera, merece tributo sincero y excepcional al deplorar su muerte...

ERNESTO IBÁÑEZ RIZO

Decano del Colegio de Abogados.

El maestro Serrano y Blasco Ibáñez

Todo artista, pintor, músico o escriptor tropieza para su obra con dos enormes dificultades: pintar el ambiente y retratar el espíritu de los personajes.

Estas dos enormes dificultades, con las que yo tropiezo diariamente, las tenía resueltas Blasco Ibáñez con tan asombrosa facilidad, con tan extraordinaria sencillez, que a buen seguro, después de leer «Entre naranjos», «La Barraca», «Cañas y Barro», habrán dicho más de cuatro literatos incautos: «Esto también lo escribo yo.» Y han pasado muchos años desde que es-

tas obras se escribieron y pasaran otros muchos todavía, sin que nadie las supere ni siquiera las iguale; porque Blasco era un genio y un genio no nace todos los años. Por eso cuanto haga España, y sobre todo Valencia, para honrar y glorificar la memoria de aquel gran español, de aquel gran valenciano y de aquel gran artista, me parecerá poco.

¡Era mucho hombre Vicente Blasco Ibáñez!

J. SERRANO

Valencia 10, 1933.

LAS LUCHAS CON EL MAR

«¿Aún les parecía caro el pescado?... ¡A duro debía costar la libra!— Blasco Ibáñez.

Las barcas, aunque con gran trabajo, doblaban la escollera e iban entrando en el puerto, saludadas por los gritos de las familias que corrían alegres hacia el Grao para abrazar a los suyos. Según entraban las embarcaciones...



nes de pesca, disminuía la muchedumbre en la punta de la farola.

La embocadura del puerto iba haciéndose por momentos más inabordable. Tres barcas quedaban a la vista, y durante una hora tuvieron a toda la muchedumbre con el corazón en un puño, luchando con la marejada feroz que las empujaba sobre las piedras.

Entraron al fin, y un suspiro de satisfacción dilató los pechos. Entonces fué cuando en el brumoso horizonte empezó a marcarse una barca solitaria avanzando veloz, a pesar de que navegaba casi a palo seco.

Los marineros que estaban entre las rocas tendidos sobre el vientre para presentar menos blanco a las olas voraces, se miraron con un gesto de tristeza. Aquella «pagaba el pato». La rezagada no conseguiría entrar: lo afirmaban como hombres expertos en tales hechos. Llegaba demasiado tarde.

Su vista de marino reconoció al poco rato a esta barca que tan pronto parecía volar como se sumergía, quedando invisible. Era la «Flor de Mayo».

La madre y la mujer del «Retor» gritaron como locas. Querían arrojarse al agua; si cuando menos hasta los peñascos más avanzados, que asomaban entre la espuma sus cabezas de gigantes submarinos.

La conmiseración popular, el afecto que la desgracia despertaba en las muchedumbres, rodeó a las dos pobres mujeres. Ya nadie maldecía al «Retor». Todos habían olvidado su temeridad contagiosa y procuraban consolar a las dos mujeres con falsas esperanzas. Algunos marineros se colocaron entre ellas y el mar, evitando que presenciaran la fiera lucha, cuyo triste fin adivinaban.

Duró una hora la angustiosa situación, lo bastante para encanecer. Cuando la «Flor de Mayo» fué envuelta por las dos olas y reapareció sin mástil, con la cubierta rasa, un alarido de horror sonó en

la muchedumbre: «Estaban perdidos. ¡A morir!»

La barca ya no obedecía al timón. El mar la hizo emprender una carrera loca hacia los peñascos y lo único que conseguía el patrón, a costa de muchos esfuerzos, era que no presentase sus costados al oleaje.

Por una casualidad no chocó contra la escollera. Un golpe de mar la elevó a tiempo y pasó co-

por un calabrote que sostenían sus compañeros, se lanzó valerosamente entre las rocas bajas, entre los escollos submarinos, sosteniéndole en las aguas rebullentes a costa de fuerza y destreza.

Varias veces chocó el inanimado cuerpecillo en las piedras salientes, arrebatándolo de nuevo el mar entre alaridos de horror. Al fin, el marinero pudo

alcanzarlo cuando iba a golpear otra vez el gigantesco muralón. ¡Pobre Pascual! Tendido sobre la fangosa plataforma de la escollera, su cara ensangrentada, sus miembros amoratados, desgarrados por las aristas del rodeno, asomaban por las aberturas del voluminoso salvavidas como las extremidades de una tortuga.

La abuela intentó reanimar con sus manos aquella cabezita cuyos ojos se habían cerrado para siempre; Dolores, arrodillada junto al pequeño cadáver, se arañaba el rostro, se mesaba la suelta y hermosa cabellera, mirando fírmemente a todas partes con sus ojos dorados.

Un lamento de dolor cruzaba incesantemente el espacio: «¡Fill meul... ¡Fill meul!»

Las mujeres lloraban. Rosario, la esposa despreciada y estéril, conmovida por la desesperación de esta maternidad gimiente, perdonaba a su rival.

Y en lo alto, dominándolos a todos, estaba la «tía Pícoras», erguida y soberbia como la venganza, indiferente a todos los dolores; con las faldas ondulantes como una bandera, azolando sus piernas.

Ya no enseñaba el puño al mar. Le volvía la espalda con desprecio, pero amenazaba a alguien que estaba en tierra adentro, a la torre del Miguelete, que alzaba a lo lejos su robusta mole sobre la masa de tejados de la ciudad.

Allá estaba el enemigo, el verdadero autor de la catástrofe. Y el puño de la bruja del mar, hinchado y enorme, siguió amenazando a la ciudad, mientras su boca vomitaba injurias.

«¡Que viniesen allí todas las zorras que regateaban al comprar en la Pescadería! ¡Aún les parecía caro el pescado?... ¡A duro debía costar la libra!»

«Flor de Mayo». — 1895.

En los años provecos de mi mocedad—en 1912, en 1913...—tuve la suerte de tratarle muy de cerca, en París, viéndole vivir, oyéndole opinar, recibiendo de con su consejo de catador insobornable de la vida, que había espumado una gran variedad de experiencia, llegué a considerarle el «maestro en la vida» que mostrándonos cómo se sabe con amabilidad de «causar», enjuiciando, nos allana un poco el camino... Sobre todas sus cualidades de hombre verdaderamente genial, Blasco poseía la fuerza singular de que la vil salpicadura de la diaria carrera a tra-

vés de las realidades humanas le levantara de la caída con una especie de rejuvenecimiento insuperado.

Lo amé yo muy de cerca, le reverencé largos años, para que deje de estar ese nombre insigne en mi memoria y en mi corazón, como el del santo en el creyente, y en las horas ásperas y amargas en que el creyente confía a su fe en el santo la resolución de sus problemas, no voy más pensamientos al recuerdo de Blasco, buscando soluciones en la práctica de los consejos que él me diera...

F. GOMEZ HIDALGO

Blasco y las dos Españas

Hay en España dos Españas: la del Norte y la del Sur; Cantábrico y Mediterráneo. El Cantábrico abstracto: religión, política, literatura abstractas. El Mediterráneo claro, luminoso, reflejante, panteísta, liberal, lleno de fantasía imaginativa.

Hay unos escritores del Norte —Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Concha Espina, Ayala, Pardo Bazán, etc.—de líneas vagas, indecisas en su estilo; de tonos penumbrados en su temática profunda.

Hay otros escritores, los del litoral mediterráneo—Blasco, Valera, Alarcón, Maragall, «Azorín», Miró, Pi y Margall, etc.—brillantes de luz y de color, de gran espíritu creador, profusos pero nunca confusos, elegantes en su estilo

o en lo objetivo de su literatura. Norte, pesimista, verde-oscuro, de pasiones recónditas, saturado de preocupaciones ultraterrenas: Cantábrico, reverberante de luces y de fantasías de Oriente.

Blasco Ibáñez ha sido el Gran Capitán de este barco de argonautas de la literatura mediterránea. La nave de su imaginación ha surcado todas las rutas del mar latino y su pensamiento creador lleno del cadmio de la paleta de Sorolla, vibrante y frágil como la vega valenciana, ha rebasado los límites de nuestro viejo mar y ha volado triunfador sobre los cinco abismos continentales.

MANUEL FONTDEVILA
Director de «Heraldo de Madrid»

PREAMBULO

In promptu:
«Allá van en rauda vuelo las aguilas imperiales
De las gestas inmortales
De Valencia y Aragón.»

I.—EL VUELO DEL GENIO

Crujió el vacío. Quebróse el firmamento y en el azul profundo del inmenso Zenit, brillante estaba la mina al cielo cortándolo en dos. Centelleó de nuevo la luz del Genio y al marcar la huella humana en el ámbito azulado, el soplo divino lo acogió, lo acrecenta y abrele paso.

A su alid acelerado, el rayo ruge vencido y las fuerzas indomables de los caos insondables retorcidos dose humilladas no lo logran detener. Va en pos del aura inmortal que domeña el cielo y tierra, la Gloria imperecedera y la soberbia Victoria precedida de la Fama en su cuadrilla triunfal.

Los espacios a su roce lanzan iris perleados y los vientos admirados, impotentes, dominados, se dejan avasallar. El Océano abatido a sus pies gimieudo queda. Los continentes se achican. La Nada se empujece. El Toro desaparece, mientras que de mi raza, la estela del Genio, gravando va, en la Epopeya de la bóveda azulada, perfumada por esencia de mirto, laurel, olivo, flor de azahar y miel de pétalos de rosa, la más bella a la par que más briosa y heroica hazaña que hasta a Dios pudo llegar.

Todo el Eter sojuzgado queda al paso arrollador. Sus fulgores de púrpura y oro, en carmesí tornasolados, el Sol, quiebra en su loor. Maravillanse los Mundos y detienen un momento el rodar inmutuable de su órbita. El Iris centuplica sus colores y en mil tonalidades los estira. La Aurora al albeir refugiea sus más radiantes albores. Huye la noche a su paso y se eterniza el día; mientras el águila de la gesta valenciana, tras el índice triunfador, avanza, prolífica, serena, inclita y vencedora con empuje rotador.

II.—EL CONJURO

Blasco Ibáñez. La República Española al rubricar hoy con tu finvite nombre, un nuevo timbre de gloria, incorpora, añade, a los muchos que en sus lares y en sus blasones ostenta. Insignia de oro de ley, del más puro y acrisolado valor. Honor y rúbrica que al ofrendarte Valencia con su pluma que escribe legendarias heroicidades sobre su laureada historia, eleva un himno de estrofas maternales al preclaro hijo que asombró al Mundo con el tesoro de su ingenio inagotable, reservando para su madre patria el aroma de su inspiración, la esencia de su obra creadora, cual joyel que encierra las más preciadas joyas y los más íntimos pensamientos de novicia engalanada con guirnalda del más puro y casto azahar.

Blasco Ibáñez. El cantor de lo Bello y de lo Lindo. El trovador de mi patria. El que supo arrancar

al rulseñor sus más dulces y senti dos trinos y engarzados entre son risas de bella laboradora valenciana, prendidos en el cáliz de las rosas de un jardín valenciano, no sin antes perfumarse bajo las purpúreas arcadas de los palmerales allicantinos y la deliciosa y fragante ntida albadá de los huertos castellonenses.

El que todo lo domina a su genio creador y con su pluma de oro al trazar, de un nada, de una quimera, de un nuevo soplo crea un Mundo de poemas, de vida, de pasión, de amor.

El de trazo de fuego y color que envidia la paleta del pintor.

El que al paisaje y al terruño dor mudo vivifica y le da un alma.

El que pinta si escribe y si habla crea; el que al mirar absorbe, atrae, cautiva y retiene en su retina, todo cuanto tiene un átomo de savia, vida y color sobre la tierra.

El que conjura a todo lo creado en noble lid, y extirpa del dolor, con su amor y el caudal de su fantasía inagotable, el gemir de la duda.

Quien forjó la maravilla de hacer brotar de zarzal de hediondo cenagal el delicado encanto de la más primorosa y humilde violeta...

¡Quién tuviera la olímpica inspiración de Orfeo, la sabiduría de Herodoto y la divina facultad de Homero y Virgilio para poder resquebrajar mi pluma, ahorrarme mi cerebro, divinizar mi verbo y dar rienda suelta a mi alma en su libre albedrío, para poder y saber ensalzar tu magnífica obra en su justo valer!

Hoy es día de alegría y felicidad. Y al recibirte hoy, bajo arco triunfal, Valencia, tu madre, será tu desposada. Tu sagrado recuerdo le servirá de amoroso velo sobre su frente de inmaculada purísima y pensamiento magnánimo.

Mestro: Interrumpe por unos minutos tu sueño eterno. Reabre por unos momentos tus órbitas creadas para contemplar frente a frente los rayos del Sol y el mirar de los dioses. Vuelve tu corazón de cíclope a latir por unos instantes bajo el febril rugir de tu sangre de titán. Y, contempla a tu Valencia, a tu Valencia amada, cómo se postra a tu paso, y elevando a lo más alto su voz, afiye a sus labios la frase adorada, el grito de máximo amor «¡Fill meul!», mientras España entera, con gesto recogido y emocionado respeto, saluda tu regreso a la Patria.

III.—RENACER

Y ya las flores renacieron de nuevo sus corolas. Y ya los pájaros vuelven a entonar sus más bellos gorjeos. Y ya las aguas vuelven de nuevo a cantar, saltarinas y juguetonas, por entre los sombrados riu chuelos de la alegre foresta. Hasta el pobre gorrión vuelve a sentirse feliz con su nidada.

Y la Historia de Valencia y de España entera, vuelve a reabrir sus aspergamadas páginas, consagradas en el holocausto del patrio estudio y del patrio sacrificio.

¡Abricías, pueblo! Ya está el hijo en el hogar.

ROGER BOTY.

(Del poema teatral blasconiano «Fontana Rosas»)

Un ruego comprensivo a los correligionarios

A los que vienen a Valencia para recibir los restos de Blasco Ibáñez, a todos, absolutamente a todos, inmensa gratitud.

A los que constantemente se han acercado a nosotros, a la Redacción de EL PUEBLO, creyendo que en esta casa, donde alienta el espíritu de Blasco Ibáñez y para él vive, donde toda nuestra razón de existencia se condensa en sus doctrinas, de las cuales somos los verdaderos sacerdotes, a todos los que estos días y hoy seguramente vendrán tras nosotros, pidiéndonos que les proporcionemos sitio en la comitiva, puesto en las tribunas y lugar preeminentes en los festejos, hemos de significarles que todo lo que hace referencia a esta organización, raída, por voluntad expresa del Partido, en el Comité Pro-restos de Blasco Ibáñez, que ha asumido por completo estas obligaciones.

Por otra parte, todos los buenos republicanos deben comprender que esta gran solemnidad es obra a la que concurren todos, a cuyo grandioso éxito deben colaborar todos, los republicanos y los que no lo son; los que no conocieron a Blasco y le admiran, como los que junto a él aprendieron a amar la República y hasta aquellos que tuvieron momentos de alucinación y volvieron libres de extravíos. Esto quiere decir que en estos momentos no se puede vivir sino para Blasco y vivirlo en el hogar, en el casino, en la calle, en la plaza pública, en el más apartado rincón o donde sea.

Cuanto más se ame a Blasco y más se le admire y más devoto de sus doctrinas nos sintamos,

mayores esfuerzos y sacrificios debemos hacer.

Se honra la memoria de Blasco a costa de sacrificios, que todos serán pequeños ante la grandiosidad de su figura.

Tened en cuenta, amigos y republicanos que quisierais todos ir junto a su féretro y llevarlo, que esto es imposible, y que él, que fué todo sacrificio y todo lucha, nos enseñó ese camino.

En los espléndidos jardines valencianos, cuyas flores se ofrecen hoy a Blasco Ibáñez, junto a las rosas y claveles revueltos, surgen también las humildes violetas de la más pura y serena fragancia.

En este mes aparecerá

«La pluma en la barricada»
de Julio J u t

Libro de combate, poblado de altas ideas, en que el ex diputado autonomista hace una calurosa defensa de la República y señala los presentidos rumbos del nuevo régimen.

Todos los correligionarios deben apresurarse a comprarlo

FRUTERIA

Se traspaasa una, situada en la plaza de la Congregación, núm. 2. Razón en la misma FRUTERIA

El gran republicano

ESTE ARTICULO LO DEDICO BLASCO IBÁÑEZ A VICTOR HUGO CON MOTIVO DE SU CENTENARIO EN 26 DE FEBRERO DE 1902.

Ayer se cumplieron cien años que en una modesta casa de Bezanón nació un niño de cuerpo enteco y cabeza enorme, al que pusieron por nombre bautismal Víctor María.

Su abuelo fué un pobre carpintero de Nancy; su padre, Leopoldo Sigisberto Hugo, era un general de brigada del ejército napoleónico; uno de aquellos bravos jornaleros de la época de la República, que, a la voz de Danton, arrojaron las herramientas para empuñar el fusil y correr a la frontera, transformándose en los primeros soldados del mundo. Guerrando en la Vendée contra los realistas, el comandante Leopoldo Hugo se casó con la señorita Sofía Trebuchet, hija de un armador de Nantes, y de este matrimonio nació el poeta más grande de la época moderna.

El padre, plebeyo, republicano y escéptico, como todos aquellos soldados que, faltos de pan, llevaban sus mochilas a Voltaire y Diderot; la madre, aristócrata, realista y devota. Este cruzamiento de clases y opiniones, propio de la agitada vida de la Revolución, reflejó en la existencia de Víctor Hugo, que comenzó cantando en la infancia el blanco estandarte de las flores de lis para acabar sus días entonando en nombre del porvenir un himno de clemencia para la roja bandera de la Commune, enseña de los indignados y los oprimidos.

Francia entera, que desfiló hace años ante el féretro del gran poeta, celebra ahora, con el concurso de todos los pueblos, el natalicio del genio que llena con su gloria el siglo XIX. Napoleón, que apenas fijó sus ojos en el modesto general Hugo, estaba lejos de creer que un rapazuelo de aquel sufrido soldado, rodando de guarnición en guarnición, de Nápoles a Madrid, por caminos infestados de guerrilleros, entre victorias y retiradas, había de ser más grande que él en la memoria de los pueblos, ocupando con su fama un siglo que parecía monopolizado por el gran conquistador.

¿A qué hablar de la gloria literaria de Víctor Hugo? A los dioses se les adora en silencio, con el ánimo sobrecogido ante su grandeza: es un sacrilegio analizar su obra. La humanidad, marchando a través de la noche de su tristeza, encuentra a trechos inmensos, cada cuatro o cinco siglos, faros aislados de eterna luz que la guían hacia la belleza ideal, alegría de la existencia. Esos faros se llaman en la antigüedad, Homero y Esquilo; en la Edad Media, Dante; en el siglo del renacimiento literario, Shakespeare y Cervantes, y en la época moderna, Víctor Hugo: sólo Víctor Hugo.

Eminentes es Balzac con su colosal bagaje de «La Comedia Humana»; asombra Zola por lo gigantesco de sus concepciones, que hacen de él un Miguel Ángel literario; Tolstói, inspira la veneración del santo, guardador de las llaves del cielo, donde se purifican las almas; pero con toda su gloria, estos tres grandes artistas de nuestro siglo, no son más que gradas del pedestal en cuya cima sonríe con la majestad serena y bondadosa de un dios, el autor de «La leyenda de los siglos».

¿Quién desconoce su nombre? ¿Quién ignora su gloria? Tres generaciones han aprendido a leer en «Nuestra Señora de París»; la humanidad entera se ha conmovido ante las desdichas del presidiario sublime de «Los Miserables», y muchas veces, en la vejez del poeta, bastó una estrofa dirigida a los soberanos del mundo pidiendo la vida de un condenado a muerte, para que la víctima se salvara en los mismos peldaños del patíbulo. Cuasimodo y Juan Valjean, Hernani y Cosette; «Cimourdin», el cura revolucionario del «Noventa y tres» y el titiritero de «El hombre que ríe», son seres reales, engendrados por el poeta, que, como el judío errante, vivirán mientras subsista el mundo.

Víctor Hugo es inmortal, porque no sólo fué artista, sino hombre de acción. La posteridad no admite enanos y sonríe desdenosamente a los artistas que, enamorados de sí mismos e insensibles a los dolores y aspiraciones de su época, se encierran en la torre de marfil, adorándose como el joven que malversa su virilidad en onánico placer. El porvenir ama al que desciende de las alturas ideales para confundirse con la gran masa que lucha y sufre; al que estrecha entre sus brazos a la áspere y fea realidad y cohabita con ella, engendrando la historia con estos rudos encuentros.

Los genios sobreviven muchas veces, porque al pensamiento unieron la acción. A Esquilo lo apedrearon en el teatro de Atenas por revolucionario; Dante vivió emigrado gran parte de su vida; Hugo, ante el golpe de Estado del 2 de Diciembre, levantó las barricadas donde murió Baudin; Zola fijó para siempre su renombre universal el día en que, abandonando la calma de su estudio, turbada por el clamor del proceso Dreyfus, bajó a la calle para luchar por la Justicia. La Francia, que celebra el Centenario de su gran poeta, piensa al mismo tiempo en el más grande de sus republicanos: en el desterrado Víctor Hugo, padre de la tercera República.

No se sabe qué admirar más: si el cantor de las «Orientales», el épico novelista de «Los Miserables» o el viejo desterrado de Guernsey, el poeta republicano que, por condensar en su persona la protesta revolucionaria contra Napoleón III, era expulsado de casi todos los pueblos de Europa, y en su triste peregrinación arrojaba a la cabeza del tirano, como las inmensas moles de la guerra de los titanes, los versos aplastantes de «Los Castigos».

La constancia del poeta, su testardez de desterrado, la fe que le inflamaba viéndose inerme, abandonado y solo ante el imperio triunfante, fué lo que proporcionó a Francia la tercera República. Profetizó desdichas a su patria por someterse a la tiranía, y las desdichas llegaron; maldijo a los reyes, y los reyes son hoy odiados por todos los pueblos. La mirada del poeta sondea el porvenir con más seguridad que el anteojito de la ciencia sondea el cielo. Por algo los pueblos primitivos, con su sinceridad bárbara, llamaron a sus cantores bardos, o sea adivinos.

De todas las frases célebres de Víctor Hugo, no conozco ninguna que me produzca el escalofrío de la sublimidad, de la inmensa grandeza, como la famosa de «Los Castigos», dirigiéndose al tirano triunfante:

«El s'il n'en reste qu'un, je serai celui-là».

El imperio estaba en su apogeo; sus ejércitos triunfaban en Sebastopol y Magenta; los negocios de Francia marchaban bien; todos se mostraban satisfechos; Napoleón, el «pequeño», parecía eterno; nadie se acordaba de la República; el vulgo despreciaba a los desterrados; las apostasías eran frecuentes; y el poeta, ante el éxito de la tiranía, casi solo en su emigración, calumniado y escarnecido, levantaba su voz de profeta revolucionario, y en nombre del ideal republicano, al que todos volvían la espalda, decía manteniendo su protesta: «Y si sólo queda uno, ese será yo.»

Los que desesperáis al ver que transcurre el tiempo sin que se derrumbe el absurdo y triunfe la razón; los que sentís desaliento viendo que aún vive una monarquía después de ser autora de las mayores vergüenzas nacionales; los que vaciláis y atraídos por el éxito veis negro el porvenir, intentando transigir con el presente pensad en el anciano sublime, en el gran republicano, en el desterrado invencible que no desmayaba ante una tiranía triunfante y floreciente, mil veces más fuerte que una monarquía agobiada por las pérdidas de territorio y la miseria de su existencia, volver vuestro recuerdo a Víctor Hugo, y con la misma fe que le hizo ver en la firmeza de la protesta, la certeza del triunfo, repetid sus palabras ante el porvenir:

«Si sólo queda uno, ese será yo.»

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

Publicado en EL PUEBLO el 27 de Febrero de 1902.

MAGNESIA / PELLEGRINO

TIPO EFERVESCENTE

EL PURGANTE MAS AGRADABLE y MAS EFICAZ
PRUEBALO; SOLO CUESTA TRES REALES

Mi amigo Blasco Ibáñez

Al escribir, pasa por mi mente toda la procesión de ellos, más vivos, más naturales, que si fueran de carne y hueso: el Tritón, la Doctora y Freya, de «Mare Nostrum», y Ulysses Ferragut, el último de esa raza de almirantes del rey y filibusteros cuyas proas surcaron las olas del Mediterráneo.



BLASCO IBÁÑEZ CONFERENCIANDO CON REX INGRAM ACERCA DE SUS PROYECTOS CINEMATOGRAFICOS

neo a través de las edades y en cuyas tenebrosas profundidades hallaron sus tumbas. A espaldas de Ferragut se tambalea el cuerpo elefantino del Tío Caracol, el cocinero medio ciego, esgrimiendo en alto una cuchilla en devota indignación, mientras que el Tritón brinda por la pagana Godesa del Mediterráneo. Anfritrón, Madariaga, el Centauro de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis»; sus nietos Alemanes y Julio el «gigolo»; Tchernoff el místico... Desnoyers... la oficialidad alemana... Renovales y Josepha, su Majestad; don Jaime, en «Los muertos mandan», con sus amigos el pelirrojo Pablo Vallis, el capitán de barco, judío, un atavismo de los días de gloria. Fenicia, y Tony Clapés el contrabandista, y luego la hermosa Flor de Almendro... la Tía Pícores, reina gigantesca de la pescadería en «Flor de Mayo», erigida sobre una roca, las olas estrellándose a sus pies y arrastran los restos de la flota pesquera, con los henchidos y amoratados cuerpos de los pescadores, sus pobres carnes desgarradas y golpeadas por las agudas rocas... —¡aún les parece que es caro el pescado!—, se levanta su voz sobre el rugido del oleaje... Todos pasan, cada uno claro, vivido, brillante... y sin embargo, Blasco Ibáñez, de la fértil matriz de su mente han nacido, no nos ha dado una descripción de ellos—sólo sus pensamientos y hechos—.

Cuando me decidí a filmar «Los cuatro jinetes del Apocalipsis» tropecé contra un muro de piedra. Tenía en mi mente una viva imagen del Centauro Madariaga, pero el jefe del personal a quien leí el pre dibujo los personajes según los imaginó, me preguntó si el Centauro de mi dibujo no era demasiado macizo y si debía ostentar bigote. Lo repasamos en la novela pero no encontramos ninguna descripción de Madariaga. Esa misma tarde recibí su telegrama a Blasco Ibáñez, en Menton. Unos días más tarde recibí su telegrama «Parfait». Sin darme cuenta había dibujado al propio Blasco Ibáñez... Había mucho más del gran escritor en el Centauro de lo que se concebía. También en «Mare Nostrum», cuando habla el Tritón habla Blasco Ibáñez. Verdaderamente, en todas sus obras, uno o más de los principales personajes son sus intérpretes y has-

dorada dominado por bustos en yeso de los Grandes en literatura, desde Homero hasta Víctor Hugo, sus desnudos en mármol, guirnaldas de hojas doradas, placas de bronce con el nombre de este Caballero de la pluma grabado—es el estudio del propio Blasco Ibáñez. Largas y deliciosas horas hemos pasado en este estudio. Las últimas, extendiendo el tema para una historia de los irlandeses del Oeste, con todas las tradiciones Fenicias y Miliesas de nuestros antepasados: la historia del alcalde de Galway, que condenó a muerte a su hijo por saquear un Galeón Español, arrojado contra las rocas por la violenta tempestad que destruyó la armada de Felipe II...

Quando filmaba escenas interiores de «Mare Nostrum» en mis estudios de Niza, nos visitaban frecuentemente Blasco y su esposa. Me lo encontraba examinando regocijamente al Tío Caracol, al Tritón, a Ulysses niño y Ulysses hombre, a Antonio Moreno y Freya. La doctora le llenaba de asombro, no podía concebir que no fuera alemana, y una tarde pensó que le engañaba cuando al ver pasar una mujer rubia, de unos 40 años, de cara agradable, le dije: «He ahí a la funesta Doctora». Una semana después se convenció al encontrarla nuevamente durante la operación de maquillaje.

Con la clarividencia del artista previó la revolución en España. Tomó la determinación de que fuéramos allí juntos para formar una gran compañía y filmar películas de carácter mediterráneo, puesto que opinaba fuertemente que la futura salvación de Europa se hallaba en los hombres nacidos en las costas de la concha del Mediterráneo, «la cuna de la Humanidad y Cultura», según él decía. Ya veía un desastre en el horizonte por la confusión que siguió a la guerra europea, y como única forma de evitarlo una sólida unión de los poderes del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta el litoral de Siria, volviendo por las costas africanas hasta donde las olas del Mare Nostrum rompen contra la pesada marejada del Atlántico...

Todos sus esfuerzos se encaminaban en producir un renacimiento cultural y material en el Mediterráneo.

REX INGRAM.

Añorando EL PUEBLO en la línea de fuego

En el año 1917, Blasco Ibáñez, que tenía un salvoconducto del Gobierno francés para vivir la guerra, y que a diario visitaba la línea de fuego, en una de esas visitas al frente se desencadenaron en él los recuerdos de su juventud de luchador, su Valencia, sus gestas revolucionarias.

Se encontraba junto a la línea de fuego, el ruido de un cañón martilleaba el espacio a intervalos regulares; en la glacial desolación de una noche, recordó el movimiento isócrono de una máquina que durante largo tiempo había arrullado sus vigilias laboriosas: la vieja Marinoni que tiraba EL PUEBLO.

Blasco Ibáñez relataba después aquel momento de recuerdo y de evocación:

«En la penumbra del sueño que nace y crece, aboliendo las ideas y las cosas, franqueo el tiempo, retorno al pasado, suprimo veinte años de mi vida y creo estar en Valencia. He vivido un periodo de mi existencia, encima de una imprenta. Me acostaba con el alba, después de haber terminado la

preparación de mi periódico. Y cuando empezaba a dormirme, la prensa, una vieja y lenta prensa, empezaba su trabajo para lanzar el número: bum... bum... bum...

Igual hace el cañón que truena en el silencio nocturno de la Champagne. Cuando la máquina se interrumpe a consecuencia de un accidente cualquiera, yo me despertaba con cierta angustia, como si me faltara el aire súbitamente.

Para dormir necesitaba la trepidación del lecho, al que conmovía el invisible trabajo: bum... bum... bum... Aquí es el mismo ruido. Calgo y recaigo en un precipicio tenebroso con los acentos de un trueno que repercute en cada cosa. Si cesara, yo me despertaría al punto, espantado, como si ese silencio ocultase algún peligro...

Y me duermo imaginando, en la fantástica incoherencia de un pensamiento paralizado a medias, que cada uno de esos golpes que lanza en la noche un periódico de acero, son caracteres de ceniza que escriben la Muerte...

Unas líneas...

Blasco Ibáñez!

Recordando la impresión que la obra total de Vicente Blasco Ibáñez ha dejado en mi espíritu, diré que sus libros se ofrecen a mi imaginación como flores de pesadilla extravagantes y magníficas, unas azules, otras negras, aquellas rojas como la sangre, y todas grandes, frescas, lozaneando pomposamente sobre un paisaje donde triunfan los dos colores máximos de la vida: el verde del mar y de los campos, y el amarillo del sol. Y más allá, muy lejos, formando horizonte, los desenlaces trágicos de casi todas sus novelas componen una línea oscura que habla de injusticias y de dolor.

Por ser partidario acérrimo del método experimental o de observación, y más aún, por haber empezado a escribir cuando el prestigio extraordinario de Emilio Zola rebasaba las fronteras francesas y llenaba el mundo, el autor de «La Barraca», fué considerado como «discípulo de la escuela naturalista en España». Esta afirmación caprichosa, lanzada por un crítico profesional cualquiera, la repetió cómodamente el vulgo de los escritores y más tarde el público. El «prurito de clasificación», que tanto adula la pereza intelectual de las multitudes porque puede encerrar «en el clisé de una frase» la personalidad completa de un autor, acabó de dar validez a lo que, por su esencia, era totalmente arbitrario y gratuito. Este criterio prevaleció durante muchos años era inútil que Blasco Ibáñez publicase obras arqueológicas, co-



mo «Sónnica la Cortesana»; o libros de tan alquitarado lirismo como «Entre Naranjos»; trabajo baldío; su renombre, para placentera comodidad y sosiego de opinión, estaba ya fijado, catalogado y equivalía a una cédula personal. La crítica—esa crítica acéfalca que no lee y juzga del mérito de un libro por los colores de su portada—le había diputado «mantenedor del naturalismo español», y era inútil que el novelista demostrase, con sus novelas, renunciar al cargo; el público no le admitía la dimisión, cual si fuese aquel un puesto que no pudiese quedar vacante.

¿Cómo negar que hay reiterados y notables puntos de coincidencia entre la obra de Emilio Zola y la de Blasco Ibáñez? Mas ello no significa que éste siga siendo puntualmente las huellas de aquél, aunque las arquitecturas que ambos dieron a sus libros sean muy parecidas; como tampoco pueden considerarse «discípulos» de Zola ni al esquivo Alfonso Daudet, ni al desconcertante Mau-passant, ni a Mirbeau, ni a Proust... aunque todos ellos cultiven el método experimental; pues a través de temperamentos tan energéticos y rotundos como los pre-citados, la realidad, aun siendo invisible y única, siempre se nos muestra remozada con matices distintos.

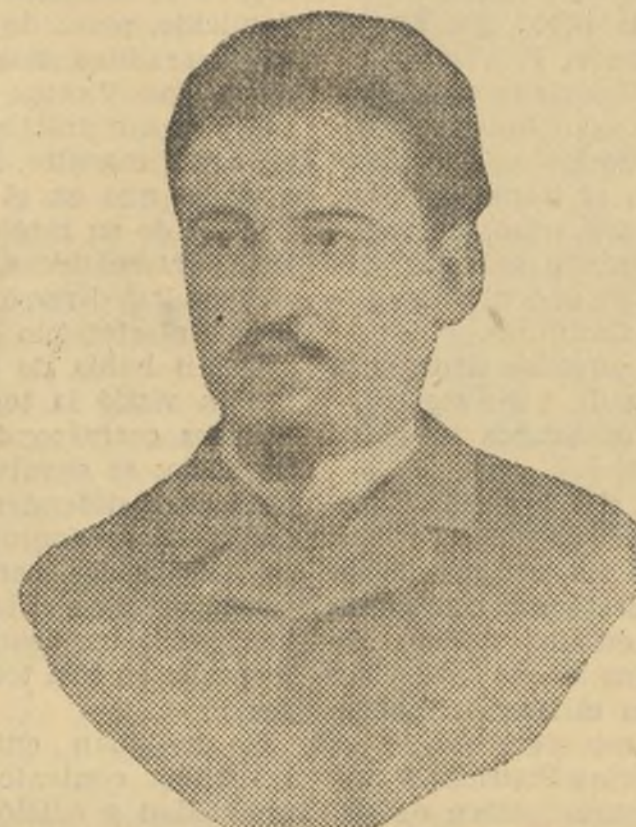
Es más: salvo «Arroz y Tartana», obra de juventud, escrita bajo la sugestión, legítimamente obsesadora, del autor de «Germinal», los demás libros de Blasco Ibáñez definen, por momentos con mayor energía, la personalidad del copioso novelista español. Blasco Ibáñez es un impulsivo, un impresionista, un impaciente formidable, que produce «por explosión», sin pauta ni medida, con una generosidad de catarata; y Zola, por el contrario, era el artista metódico, frío, avaro de su tiempo, que antes de sentarse a escribir un libro ordenaba sus notas y trabajaba con el reloj puesto sobre la mesa; fué Zola un temperamento calculador, una voluntad sin intermitencias, que burlaba la realidad y ahondaba en ella cazaquizadamente y «por penetración», con una lentitud perseverante, uniforme, de viejo buque unido al yugo. Esto lo dice su estilo compacto. Emilio Zola, además, fué un casto, un místico triste y solitario, un hombre de «vida interior» abrumado por la preocupación vigilante de amontonar volúmenes; mientras Blasco Ibáñez es una vitalidad patriarcal, prolífica, desbordante, en cuyas obras campea la satisfacción de vivir, honda, sincera, inmarcescible.

EDUARDO ZAMACOIS.

Octubre 1933.

Un soneto de la juventud de Blasco Ibáñez

A continuación reproducimos un soneto de Blasco Ibáñez. Está escrito en la época de su destierro en París, cuando huésped del Barrio Latino, hacía sus primeros estudios de novelista, viviendo la gloria de Zola y de Víctor Hugo, a quienes, por legítimos méritos, se puede comparar. Sabemos que el Maestro, en su juventud y aun en su madurez, no abandonó el cultivo de la poesía. Avaro de esta recatada producción y temeroso de exponerla al público, los versos de Blasco Ibáñez han quedado inéditos. Sin embargo, su poesía profusamente permitámonos la expresión—, ha tenido magníficas representaciones en algunas de sus páginas y, singularmente, las de ambiente valenciano. (Todo el primer capítulo de «La Barraca» puede considerarse como un bello poema por su ritmo y su emoción.) En el soneto que reproducimos, nos recuerda algunos cantos de Espronceda, si bien el gusto de Blasco, en cuanto al juego del lenguaje poético se refiere, aparece más libre.



DESDE EL DESTIERRO

¡Oh, vientos, que pasáis barriendo el cielo de la inmensa ciudad que el Sena baña! Si es que a mi patria vais, os acompaña, de un proscrito infeliz, el loco anhelo.

Llegad a ella en vuestro torpe vuelo, y decid, por Dios, a mi querida España, que un llanto de dolor mi vista empaña al verme lejos de su amado suelo.

Decide que, fiel, guarde mi tesoro, a la madre cuya voz soñando escucho y a la amante mujer a quien adoro; y decide, también, que si ahora luecho con la nostalgia, y desterrado lloro, fué por el delito de amarla mucho.

Vicente Blasco Ibáñez

El intenso afecto de Blasco Ibáñez a Francia

Blasco Ibáñez admiraba a Francia. En ella había pasado los momentos de juventud, en que sus arrestos revolucionarios le llevaron al destierro. Blasco Ibáñez vela en Francia la gran fuerza creadora que impuso al mundo los Derechos del Hombre y, sus afectos y admiración más puros fueron para Zola y Víctor Hugo.

Blasco Ibáñez, en todos los momentos de su vida, ha razonado siempre su amor a la Francia, que no cesó ni un momento; pero la Francia que él amaba, es la que hizo la Revolución y cuya historia comienza en las reivindicaciones de los filósofos y de los economistas del siglo XVIII, que habían preparado el terreno a los Estados Generales abiertos en Versalles el 5 de Mayo de 1789. La otra Francia, la que ignora los Derechos del Hombre y la que, cuando éstos fueron proclamados soñó y sueña todavía con abolirlos, no podía apasionarle. Claro es que sigue siempre con interés sus vicisitudes, pero como observador cuyas simpatías están por entero en la tradición humana encarnada en las doctrinas de liberación, condena en todo momento a todos los pueblos en cuyo pasado aparecen reyes y monarquías que son la forma de Gobierno más arcaica y caduca, imposible de adaptar al espíritu moderno.

La deuda de gratitud de Blasco Ibáñez a Francia, y así lo han reconocido los escritores y políticos franceses, comienza, pues, en la Revolución y como sus principios son inmortales y ellos constituyen un estado definitivo en el espíritu de Blasco Ibáñez, sólo acaban con su vida.

Mientras los amigos de Francia dudaban y no podían ahuyentar de su cerebro el espectro de la derrota, Blasco Ibáñez, clarividente y francamente optimista, desde los primeros días y en las horas más sombrías del gigantesco conflicto, siente su fe ardiente en el triunfo de Francia, fe de iluminado, de creyente en los destinos y en las justicias inmanentes.

El escritor español sentía firme convicción, asentada sobre bases históricas arraigadas en el espíritu desde los años en que «Los Girondinos», de Lamartine y las páginas de Michelet, traducidas por él, constituyeron su verdadero alimento espiritual.

A cuantos sentían desalentados y dudaban de la victoria, deciales

«Francia es una República y jamás la República ha sido vencida en Francia por los prusianos. Han batido a los dos Napoleones: dos hombres que traicionaron la causa republicana. El curso de la Historia no va a desviarse ahora para dar gusto a Guillermo II.»

En una conferencia dada en París, en la Sorbona, dijo:

«Todos los latinos pusimos en este pueblo hogar, algo de nuestro pasado; todos recibimos de él centuplicadas y vivificadas, como los rayos del sol, algunas de nuestras antiguas ofrendas. Si Francia se extinguiese, los pueblos de la latinidad vagaríamos por el cielo de la Historia al igual que planetas oscuros y fríos, esperando la hora en que un nuevo astro monstruoso e informe compuesto de materias extrañas a las nuestras quisiera arrastrarnos vertiginosamente, como polvo sumiso e inerte.»

Sólo un colorista como Blasco Ibáñez, dotado de un talento evocativo pudo descubrir los primeros entusiasmos de París, la impacencia bullidora de los campamentos, el dolor trágico de las ambulancias y lo tremendo de una lucha sin cuartel por tierra, por mar y por los aires, el horror de las grandes matanzas, el heroísmo del inmortal soldado francés.

Blasco vivió la gran guerra, visitó las líneas de defensa, durmió en las trincheras, en las avanzadas, sufrió de cerca e intensamente las amarguras de Francia.

HELLESEN



«LA BARRACA»

«Teresa se resistió a abandonar a su hijo aunque sólo fuera por breves minutos: pronto dejaría de verlo; que no lo robasen el tiempo que le quedaba de contemplar a su tesoro. Y prorrumpiendo en lamentos más fuertes, se abalanzó sobre el frío cadáver, queriendo abrazarlo».

Pero los ruegos de su hija y la voluntad de Pepeta pudieron más, y escoltada por muchas mujeres salió de la barraca con el delantal en la cara, gimiendo, tambaleándose, sin prestar atención a las que tiraban de ella disputándose el llevarla cada una a su casa.

Comenzó Pepeta el arreglo de la fúnebre pompa. Primeramente colocó en el centro de la entrada la mesa blanca de pino en que comía la familia, cubriéndola con una sábana y clavando los extremos con alfileres. Encima tendió una colcha de almidonadas randas, y puso sobre ella el pequeño ataúd, traído de Valencia, una monada que admiraban todas las vecinas: un estuche blanco galeonado de oro multido en su interior como una cuna.

Pepeta sacó de un envoltorio las últimas galas del muertecito: un hábito de gasa blanca con hebras de plata, unas sandalias, una guirnalda de flores, todo blanco, de rizada nieve, como la luz del alba, cuya pureza simbolizaba la del pobrecito «albaet».

Lentamente, con mimo maternal, fué amortajando el cadáver. Oprimió el cuerpecillo frío contra su pecho con arrebatos de estéril pasión, introduciendo en la mortaja los rígidos brazos con escrupuloso cuidado, como fragmentos de vidrio que podían quebrarse al menor golpe, y besaba sus pies de hielo antes de acoplarlos a tirones en las sandalias.

Sobre sus brazos, como una paloma blanca, yerta de frío, trasladó al pobre Pascualito a la caja, a aquel altar levantado e inmediato de la barraca, ante el cual iba a pasar toda la huerta atraída por la curiosidad.

Aún no estaba todo; faltaba lo mejor: la guirnalda, un bonete de flores blancas con colgantes que pendían sobre las orejas; un adorno de salvaje, igual a los de los indios de teatro. La pladosa mano de Pepeta, empeñada en tenaz batalla con la muerte, tiñó las pálidas mejillas con rosado colorete; la boca del muertecito, empujando, se reanimó bajo una capa de encendido bermellón; pero en vano pugnó la sencilla laboradora por abrir desmesuradamente sus ojos párpados. Volvían a caer, cubriendo los ojos mates, entelados, sin reflejo, con la tristeza gris de la muerte.

«¡Pobre Pascualito!», «¡Pobrecito!», «¡Obisillo!» Con su guirnalda extravagante y su cara pintada estaba hecho un mamarracho. Más ternura dolorosa inspiraba su cabezita pálida, con el verdor de la muerte, caída en la almohada de su madre, sin más adornos que sus cabellos rubios.

Pero todo esto no impedía que las buenas huertanas se entusiasmasen ante su obra. «¡Mirad!... ¡Si parecía dormido! ¡Tan hermoso! ¡Tan sonrosado!» Jamás se había visto un «albaet» como éste. Y llenaban de flores los huecos de su caja: flores sobre la blanca vestidura, flores esparcidas en a mesa, apiladas, formando ramos en los extremos. Era la vega en terna abrazando el cuerpo de aquel niño que tantas veces había visto saltar por sus senderos como un pájaro, extendiendo sobre su frío cuerpo una oleada de perfumes y colores.

Los dos hermanos pequeños contemplaban a Pascualito asombrados, con devoción, como un ser superior que iba a levantar el vuelo de un momento a otro. El perro rondaba el fúnebre catafalco, estirando el hocico, queriendo lamer las frías manecitas de cera y prorrumpía en un lamento casi humano, un gemido de desesperación que ponía nerviosas a las mujeres y hacía que persiguiesen a patadas a la pobre bestia.

Al mediodía, Teresa, escapándose casi a viva fuerza del cautiverio en que la guardaban las vecinas, volvió a la barraca. Su cariño de madre la hizo sentir una viva satisfacción ante los atavíos del pequeño. Le besó en la pintada boca y recibió sus gemidos.

Era la hora de comer. Batiste y los hermanos pequeños, en los cuales el dolor no lograba acallar su estómago, devoraron un mendrugos ocultos en los rincones. Teresa y su hija no pensaron en comer. El padre, siempre sentado en una silla de espaldas bajo el emparrado de la puerta, fumaba cigarro tras cigarro, impasible como un oriental, volviendo la espalda a su vivienda, cual si temiera ver el blanco catafalco que servía de altar al cadáver de su hijo.

Por la tarde aún fueron más numerosas las visitas. Las mujeres llegaban con el traje de los días de fiesta, guastas de mantilla, para asistir al entierro; las muchachas disputaban con tenacidad ser de las cuatro que habían de llevar al pobre «albaet» hasta el Cementerio.

Andando lentamente por el borde del camino y huyendo del polvillo como de un peligro mortal, llegó una gran visita: don Joaquín y doña Pepa, el maestro y «si se-»

flora». Aquella tarde, con motivo del «infuasto sucesos»—palabras de él—no había escuela. Bien se adivinaban, viendo la turba de muchachos atrevidos y pegasos que se iban colando en la barraca, y cansados de contemplar, hurgándose las narices, el cadáver de su compañero, salían a perseguirse por el camino inmediato o a saltar las acequias.

Doña Josefa, con un vestido algo raído de lana y gran mantilla de un negro ya amarillento, entró solemnemente en la barraca, y después de algunas frases vistosas pilladas al vuelo a su marido, apostó su robusta humanidad en un sillón de cuerda y allí se quedó, muda y como soñolienta, contemplando el ataúd. La buena mujer, acostumbrada a oír y admirar a su esposo, no podía seguir una conversación.



El maestro, que lucía su casaquilla verdosa de los días de gran ceremonia, y su corbata de mayor tamaño, tomó asiento fuera, al lado del padre. Sus manazas de cultivador las llevaba hundidas en unos guantes negros que habían encanecido con los años, quedando de color de ala de mosca, y las movía continuamente, deseados de atraer la atención sobre sus prendas de las grandes solemnidades.

Para Batiste sacaba también lo más florido y sonoro de su estilo. Era su mejor cliente: ni un sábado había dejado de entregar a sus hijos los dos cuartos para la escuela.

«Este es el mundo, señor Bautista. ¡Hay que resignarse! Nunca sabemos cuáles son los designios de Dios y muchas veces del mal sa-»

ca el bien para las criaturas. Interrumpiendo su ristra de lugares comunes, dichos campanudamente, como si estuviera en la escuela, añadió en voz baja, guiñando maliciosamente los ojos:

«Se ha fijado, señor Bautista, en toda esta gente... Ayer hablaban pestes de usted y su familia, y bien sabe Dios que en muchas ocasiones les he censurado esa malicia. Hoy entran en esta casa con la misma confianza que en la suya y les abruman con tantas muer-»

tras de cariño. La desgracia les ha ce olvidado, les aproxima a usted».

Y tras una pausa, en la que permaneció cabizbajo, dijo golpeando el pecho:

«Créame a mí, que los conozco bien: en el fondo son buena gente. Muy brutos, eso sí, capaces de las mayores barbaridades, pero con un corazón que se conmueve ante el infortunio y les hace ocultar las garras... ¡Pobre gente! ¿Qué culpa tienen si nacieron para vivir como bestias y nadie les saca de su condición?»

Calló un buen rato, añadiendo luego, con el fervor de un comerciante que ensalza su mercancía: «Aquí lo que se necesita es instrucción, mucha instrucción. Tem-»

plos del saber que difundan la luz de la ciencia por esta vega, antorchas que... que... En fin, si vinieran más chicos a mi templo, digo, a mi escuela, y si los padres, en vez de emborracharse, pagasen puntualmente como usted, señor Bautista, de otro modo andaría esto. Y no digo más, porque no me gusta ofender».

De ello corría peligro, pues cerca de su persona andaban muchos padres de los que le enviaban discípulos sin el lastre de los dos cuartos.

Otros labriegos, que habían mostrado gran hostilidad contra la familia, no osaban llegar hasta la barraca y permanecían en el camino, formando corro. Por allí andaba «Pimentón», que acababa de llegar de la taberna con cinco músicos, tran-»

quila la conciencia después de haber estado durante algunas horas junto al mostrador de «Copa».

Afluía cada vez más gente a la barraca. No había espacio libre dentro de ella y las mujeres y los niños sentábanse en los bancos de ladrillos, bajo el emparrado, o en los ribazos, esperando el momento del entierro.

Dentro sonaban lamentos, consejos dados con voz enérgica, un rumor de lucha. Era Pepeta queriendo separar a Teresa del cadáver de su hijo. Vamos... había que ser razonable: el «albaet» no podía quedar allí para siempre; se hacía tarde. Y los malos tragos, pasaron pronto.

Y pugnaba con la madre por apartarla del ataúd, por obligarla a que entrase en el «estudio» y no presenciase el terrible momento de la salida, cuando el «albaet», levantado a hombros, alzase el vuelo con las blancas alas de su mortaja para no volver más.

«¡Fill meul!... ¡Rey de su ma-»

re! «¡Hijo mío!... ¡Rey de su madre!»

se de un lado a otro de la almohada, agitando su diadema de flores, entre las manos ansiosas de la madre y de la hermana, que se disputaban el último beso.

A la salida del pueblo estaba aguardando el señor vicario con el sacristán y los monaguillos; no era caso de hacerles esperar. Pepeta se impacientaba.

«¡Adentro, adentro!» Y ayudada por otras mujeres, Teresa y su hija fueron metidas casi a viva fuerza en el «estudio», revolviéndose desgreñadas, rojos los ojos por el llanto, el pecho palpitante a impulsos de una protesta dolorosa, que ya no gemía, sino aullaba.

Cuatro muchachas con hueca falda, mantilla de seda caída sobre sus ojos y aire pudoroso y monji, agarraron las patas de la mesita, levantando todo el blanco catafalco. Como el disparo que salda a la bandera que se iza, sonó un gemido extraño, prolongado, horripilante, algo que hizo correr frío por muchas espaldas. Era el perro despidiendo al pobre «albaet», lanzando un quejido interminable, con los ojos lacrimosos y las patas estiradas, cual si quisiera prolongar el cuerpo hasta donde llegaba su lamento.

Fuera, don Joaquín daba palmadas de atención: «¡a ver!... ¡que forme toda la escuela!» La gente del camino se había aproximado a la barraca. «Pimentón» capitaneaba a sus amigos los músicos; preparaban éstos sus instrumentos para saludar al «albaet» apenas transpusiese la puerta, y entre el desorden y el griterío con que se iba formando la procesión gorjeaba el clarinete, hacía escalas el cornetín y el trombon batía como un viejo gordo y asmático.

Emprendieron la marcha los chucuelos, llevando grandes ramos de albahaca. Don Joaquín sabía hacer bien las cosas. Después, rompiendo el gentío, aparecieron las cuatro doncellas sosteniendo el blanco y ligero altar sobre el cual iba el pobre «albaet», acostado en su ataúd, moviendo la cabeza con ligero vaivén, como si se despidiese de la barraca.

Los músicos rompieron a tocar un vals juguetón y alegre, colocándose detrás del féretro, y después de ellos abalanzáronse por el camino, formando apretados grupos, todos los curiosos.

La barraca, vomitando lejos de ella su digestión de gentío, quedó muda, sombría, con ese ambiente lúgubre de los lugares por donde acaba de pasar la desgracia.

Batiste, solo bajo la parra, sin abandonar su postura de oriental impasible, mordía su cigarro, siguiéndolo con los ojos la marcha de la procesión. Esta comenzaba a condular por el camino grande, marcándose el ataúd y su catafalco como una enorme paloma blanca entre el desfile de ropas negras y ramos verdes.

«Bien emprendía el pobre «albaet» el camino del cielo de los inocentes! La vega, despidiéndose voluptuosa con el beso del sol primaveral, envolvía al muertecito con su aliento oloroso; lo acompañaba hasta la tumba, cubriéndolo con impalpable mortaja de perfumes. Los viejos árboles, que germinaban con una savia de resurrección, parecían saludar al pequeño cadáver agitando bajo la brisa sus ramas cargadas de flores. Nunca la muerte pasó sobre la tierra con disfraces tan hermosos.

Desmelendadas y rugientes como locas, moviendo con furia sus brazos, aparecieron en la puerta de la barraca las dos infelices mujeres. Sus voces prolongábanse como un gemido interminable en la tranquila atmósfera de la vega, impregnada de dulce luz.

«¡Fill meul!... ¡Ánima mehua!» (1)—gemían la pobre Teresa y su hija.

«¡Adiós, Pascualito!... ¡Adiós!» gritaban los pequeños, sobriéndose las lágrimas.

«¡Auuuu! ¡Auuuu!» aullaba el perro, tendiendo el hocico con un quejido interminable que crispaba los nervios y parecía agitar la vega con un escalofrío fúnebre.

Y de lejos, por entre el ramaje, arrastrándose sobre las verdes olas de los campos, contestaban los ecos del vals que iba acompañando al pobre «albaet» hacia la eternidad, balanceándose en su barquilla blanca galeonada de oro. Las escalas enrevesadas del cornetín, sus cabriolas diabólicas, parecían una carcajada metálica de la muerte, que con el nítido en sus brazos se alejaba a través de los esplendores de la vega.

(1) —¡Hijo mío!... ¡Ánima mía!

El despertar de la huerta

Desperezo de la inmensa vega con el resplandor azulado del amanecer, ancha faja de luz que asomaba por la parte del Mediterráneo.

Los últimos ruiseñores, cansados de animar con sus trinos aquella noche de otoño, que por lo tibio de su ambiente parecía de primavera, lanzaban el gorjeo final como si les hiriese la luz del alba con sus reflejos de acero. De las techumbres de paja de las barracas salían las bandadas de gorriónes

como un tropel de pilluelos perseguidos, y las copas de los árboles empezaban a estremecerse con los primeros juguetones de estos granujas del espacio, que todo lo aborrotaban con el roce de sus blusas de plumas.

Apagábanse lentamente los rumores que habían poblado la noche: el borbotoneo de las acequias, el murmullo de los cañaverales, los ladridos de los mastines vigilantes.

Despertaba la huerta, y sus bos tezos eran cada vez más ruidosos. Rodaba el canto del gallo de barraca en barraca. Los campanarios de los pueblecitos devolvían con ruidoso badajeo el toque de misa primera que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia esfumadas por la distancia. De los corrales salía un discordante concierto animal: relinchos de caballos, mugidos de vaca, cloquear de gallinas, balidos de corderos, ronquidos de cerdos; un despertar ruidoso de bestias que, al sentir la fresca caricia del alba cargada de acre perfume de vegetación, deseaban correr por los campos.

El espacio se empapaba de luz; disolvíanse las sombras, como trazadas por los abiertos surcos y las masas de follaje. En la indecisa neblina del amanecer iban fluyendo sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales; las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortaliñas, semejantes a enormes pañuelos verdes, y la tierra roja cuidadosamente labrada.

Animábanse los caminos de flujos de puntos negros y móviles, como rosarios de hormigas, marchando hacia la ciudad. De todos los extremos de la vega llegaban chirreos de ruedas, canciones perezosas interrumpidas por el grito que arrea a las bestias, y de vez en cuando, como sonoro trompetazo del amanecer, resaca el espacio un famoso rebuzno del cuadrúpedo paria, como protesta del rudo trabajo que pesaba sobre él apenas nacido el día.

En las acequias conmoviase la tersa lámina del cristal rojizo con chapuzones que hacían callar a

las ranas; sonaba luego un ruidoso batir de alas e iban deslizándose los ánades lo mismo que las galeras de marfil, moviendo cual fantásticas proas sus cuellos de serpiente.

La vida, que con la luz inundaba la vega, iba penetrando en el interior de barracas y alquerías.

Chirriaban las puertas al abrirse, veíanse bajo los emparrados figuras blancas que se despegaban con las manos tras el cogote, mirando el iluminado horizonte. Quedábanse de par en par los establos, vomitando hacia la ciudad las vacas de leche, los rebaños de cabras, los caballos de los estercoleros. Entre las cortinas de árboles enanos que ensombrecían los caminos vibraban cercenros y campanillas, y cortando este alegre cascabeleo sonaba el enérgico «¡arre, aca!» animando a las bestias reacias.

En las puertas de las barracas saludábanse los que iban a la ciudad y los que se quedaban a trabajar en los campos.

«¡Bón día mos done Deu!»

«¡Bón día!»

Y tras este saludo, cambiado con toda la gravedad propia de una gente que lleva en sus venas sangre moruna y sólo puede hablar de Dios con gesto solemne, se hacía el silencio si el que pasaba era un desconocido, y si era íntimo, se le encargaba la compra en Valencia de pequeños objetos para la mujer o para la casa.

Ya era de día completamente. El espacio se había limpiado de tenues neblinas, transpiración nocturna de los húmedos campos y las rumorosas acequias. Iba a salir el sol. En los rojos surcos saltaban las alondras con la alegría de vivir un día más, y los traviesos gorriónes, posándose en las ventanillas, todavía cerradas, picoteaban las maderas, diciendo a los de adentro con su chillido de vagabundos acostumbrados a vivir de «gorras»: «¡Arriba, perezosos! ¡A trabajar la tierra, para que comamos nosotros!»

«La Barraca»—Valencia 1938.

Las fiestas del Palmar

Llegaron las fiestas del Palmar. La víspera de la fiesta del Niño, por la tarde, casi todo el pueblo se agolpó entre la orilla del canal y la puerta trasera de la taberna de «Cañamel».

Era esperada la música de Catarroja, el principal aliciente de las fiestas, y aquel pueblo que durante el año no oía otros instrumentos que la guitarra del barbero y el acordeón de Toner, estrechó a pensar en el estrepito de los cobres y el zumbido del bombo por entre la fila de barracas. Nadie sentía los rigores de la temperatura.

Las mujeres, para lucir sus trajes flamantes, habían abandonado los mantones de lana y mostraban los brazos arremangados, violáceos por el frío. Los hombres llevaban fajas nuevas y gorros rojos o negros que aún conservaban los pliegues de la tienda. Aprovechando la charla de sus compañeros, se escurrían hasta la taberna, donde la respiración de los bebedores y el humo de los cigarros formaban un ambiente denso que oía a lana burda y alpargatas sucias. Hablaban a gritos de la música de Catarroja, asegurando que era la mejor del mundo. Los pescadores de allá eran mala gente, pero había que reconocer que música como aquella no la oía ni el rey. Algo bueno habían de tener los pobres de llago. Y al notar que en la ribera del canal se arremolinaba la gente, lanzando gritos anunciadores de la proximidad de los músicos, todos los parroquianos salieron en tropel y la taberna quedó vacía.

Por encima de los cañares pasaba el extremo de una gran vela. Al aparecer en un recodo del canal el latido que conducía a la música, la muchedumbre prorrumpió en un grito, como si la enardeciera la vista de los pantalones rojos y los blancos plumeros que ondeaban sobre los morriñillos.

La chavalería del pueblo, siguiendo la costumbre tradicional, luchaba por apoderarse del bombo. Metáanse los mozos adentro de aquel canal de hielo líquido, hundidos hasta el pecho con una impetuosidad que hacía castañetear los dientes a los que estaban en la ribera.

Las viejas protestaban. «¡Condenatis!... ¡Pillareu una pulmonaria!»

Pero los muchachos abalanzábanse a la barca, se agarraban a la borda, entre las risas de los músicos, pugnando por que les entregasen el enorme instrumento: «¡A mí, a mí!» Hasta que uno, más audaz, cansado de pedir, lo agarró con tal ímpetu, que casi fue al agua el gran tambor y echándose al hombro, salió de la acequia seguido de sus envidiosos compañeros.

Los músicos, al desembarcar, se formaban frente a casa de «Cañamel». Desenfundaban sus instrumentos, los templaban, y el compacto gentío seguía a los músicos, silencioso y con cierta veneración, admirando aquel acontecimiento que se esperaba todo un año.

Al romper a tocar el ruidoso pa-

sodoble, todos experimentaban sobresalto y extrañeza. Sus oídos, acostumbrados al profundo silencio del lago, conmovíanse dolorosamente con los rugidos de los instrumentos, que hacían temblar las paredes de barro de las barracas. Pero repuestos de esta primera sorpresa que turbaba la calma convencional del pueblo, la gente sonreía dulcemente, acariciada por la música, que llegaba hasta ellos como la voz de un mundo remoto, como la majestad de una vida misteriosa que se desarrollaba más allá de las aguas de la Albufera.



Las mujeres se enternecieron sin saber por qué y deseaban llorar; los hombres, irguiendo sus espaldas encorvadas de barbero, marchaban con paso marcial detrás de la banda y las muchachas sonreían a sus novios, con los ojos brillantes y las mejillas coloreadas.

Pasaba la música como una ráfaga de nueva vida sobre aquella gente soñolienta, sacándola del amodorrado de las aguas muertas. Gritaban sin saber por qué, daban vivas al Niño Jesús, corrían en grupos vociferantes delante de los músicos, y hasta los viejos se mostraban vivarachos y juguetones como los pequeños que, con sables y caballitos de cartón, formaban la escolta del músico mayor, admirando sus galones de oro.

La banda pasó y repasó varias veces la única calle del Palmar, prolongando la carrera para que el público quedase satisfecho, metiéndose en los callejones que quedaban entre las barracas y saliendo al canal para retroceder otra vez a la calle y el pueblo entero la seguía en estas evoluciones tarareando a gritos los pasajes más vivos del pasodoble.

Hubo, por fin, que dar término a este delirio musical, y la banda se detuvo en la plaza, frente a la iglesia. El alcalde procedió al alojamiento de los músicos. Se los disputaban las comadres según la importancia de los instrumentos, y el encargado del bombo, precedido por su enorme caja, tomaba el camino de la mejor vivienda. Los músicos, satisfechos de haber lucido sus uniformes, se arrebujaban en mantas de labriego, echando pestes contra la húmeda frialdad del Palmar.

Con la dispersión de la banda no se aclaró el gentío de la plaza. En un extremo de ella comenzó a sonar el redoble del tamboril, y al poco rato se anunció una dulzaina con prologadas escalas que parecían cabriolas musicales. La muchedumbre aplaudió. Era «¡Dmomo!», el famoso dulzainero de todos los años: un alegre compadre, tan célebre por sus borracheras como

por la habilidad en la dulzaina. «Sangonera» era su mejor amigo y cuando el dulzainero venía a las fiestas, el vagabundo no se separaba de él un momento, sabiendo que al final se beberían fraternalmente el dinero de los clavaríos.

Iba a rifarse la anguila más gorda del año para ayuda de la fiesta. Era costumbre antigua, que respetaban todos los pescadores. El que de ellos cogía una anguila enorme la guardaba en su vivero, sin atreverse a venderla. Si alguien pescaba otra más grande, se guardaba ésta y el dueño de la anterior podía disponer de ella. De este modo, los clavaríos poseían siempre la más enorme que se había cogido en la Albufera.

Este año, el honor de la anguila gorda correspondía al tío «Paloma»: por algo pescaba en el primer puesto. El viejo experimentado una de las mayores satisfacciones de su vida, enseñando el hermoso animal a la muchedumbre de la plaza. ¡Aquello lo había pescado él!... Y sobre sus brazos temblorosos, mostraba el serpiente de lomo verde y vientre blanco, grueso como un muslo y con una piel gris sienta en la que se quebraba la luz. Había que pasear la apetitosa pieza por todo el pueblo, al son

de la habilidad en la dulzaina. «Sangonera» era su mejor amigo y cuando el dulzainero venía a las fiestas, el vagabundo no se separaba de él un momento, sabiendo que al final se beberían fraternalmente el dinero de los clavaríos.

Iba a rifarse la anguila más gorda del año para ayuda de la fiesta. Era costumbre antigua, que respetaban todos los pescadores. El que de ellos cogía una anguila enorme la guardaba en su vivero, sin atreverse a venderla. Si alguien pescaba otra más grande, se guardaba ésta y el dueño de la anterior podía disponer de ella. De este modo, los clavaríos poseían siempre la más enorme que se había cogido en la Albufera.

¡Julio César Blasco!

En estos días de unión blasquista de ofrenda y homenaje de nuestro espíritu a todas las presencias triunfantes del Maestro, hemos de rendir un recuerdo a aquel girón de su tesoro filial: a Julio Blasco.

Julio Blasco es para nosotros una llamarada fugaz de juventud, de radiante generosidad, de centella vigorosa de libertad.

Hijo del espíritu aleteador de su padre, siguió su ruta en jornadas de aventura patricia. Julio Blasco, el que como segundo hogar tuvo la Redacción de EL PUEBLO, era todo un corazón. Sus 23 años fueron vértigo, que recorrió una juventud amplia, tan amplia, que en sus ansias infinitas chocó con la muerte.

Julio Blasco es el símbolo de una generación republicana, blasquista, la que se enfrentó con la

de la dulzaina, mientras los individuos más respetables de la comunidad vendían los números de la rifa, de puerta en puerta.

«¡Tin, traballa una vegá!»—dijo el barquero soltando el animal en brazos de «Sangonera».

Y el vagabundo, orgulloso de la confianza que ponían en él, rompió la marcha con la anguila en los brazos, seguido de la dulzaina y el tambor y rodeado de las cabriolas y gritos de la chiquillería. Corrían las mujeres para ver de cerca la enorme bestia, para tocar la con religiosa admiración, como si fuese una misteriosa divinidad del lago, y «Sangonera» les repella con gravedad. «¡Pora, fora...!» La iban a corromper con tantos tocamientos.

Pero al llegar frente a casa de «Cañamel» creyó que había gozado bastante de la admiración popular. Le dolían los brazos, debilitados por la pereza; pensó que la anguila no era para él y entregándola a la chiquillería se metió en la taberna, dejando que siguiera adelante la rifa, llevando al frente como trofeo de victoria el vistoso animal.

«Cañas y barros». Septiembre- Noviembre 1902.



UNA FIESTA EN MALLORCA, CUANDO PREPARABA «LOS MUERTOS MANDAN»

En el traslado de los restos de Blasco Ibáñez

LA ÚLTIMA VEZ

Cuando nos hemos puesto en camino de Menton pensando en Fontana Rosa y en que acaso vamos a ella por última vez, ha venido a nuestro recuerdo la reciente ocasión en que también por vez última la inspiración de las notas musicales que tantas veces transformara en páginas de belleza.

Pero ahora, esta última vez, ha sido el Blasco de piedra que en su busto se yergue entre las frondas de su jardín; y el concierto ha sido de la maestría de unos artistas—la banda de El Empastre—, que si en cirios y fiestas populares movió a risa, ahora ha producido el más profundo sentimiento.

Han ejecutado sus obras en silencio, calladamente, en la soledad de unas flores, sin público, para Blasco Ibáñez como único oyente y cuando ni este oyente estaba ya allí. Y, sin embargo, su espíritu, que allí está en el alma de las cosas que él creó, que está en el ritmo de las frondas de su jardín y en el bálsamo de sus fragancias, ha estado atento a esas lágrimas del sonido con que le han dicho por vez postrera adiós. Y desde aquel día he venido pensando si esa sinfonía, si ese abrazo fraternal de unos artistas no habrá logrado estremecerlo, en la frialdad de la muerte, cuando sonaba la hora de levantar, de mover, de trasladar su cuerpo.

Yo que deambulé por esta Costa Azul y por Fontana Rosa cuando el insignie novelista, en su optimismo por la vida, forjaba nuevas empresas sobre qué triunfar. ahora, a medida que camino de nuevo por estos lugares de ensueño, no acierto a creer que una densa nube oscura cubre lúgubremente el resplandor sol.

¿Y todo se acabó? Por circunstancias del viaje he tenido que hacer en el mismo día dos brevísimas escalas, en Niza y en Monte-Carlo. ¡Maravillas de la Costa Azul, todo me ha parecido frío esta vez, está la rienda animación, el bulir mundano aquí constante?

Sobre una altura que en Niza do mina el Paseo de los Ingleses, hay un Cementerio con una palmera; y aunque al pasar por este lugar he querido pensar en lo que el ilustre novelista dice sobre que en estos rincones de belleza hasta los cementerios pierden su triste ambiente, he tenido que recordar estas otras palabras suyas: «Un cadáver ocupa tan poco y la tierra es tan grande!»

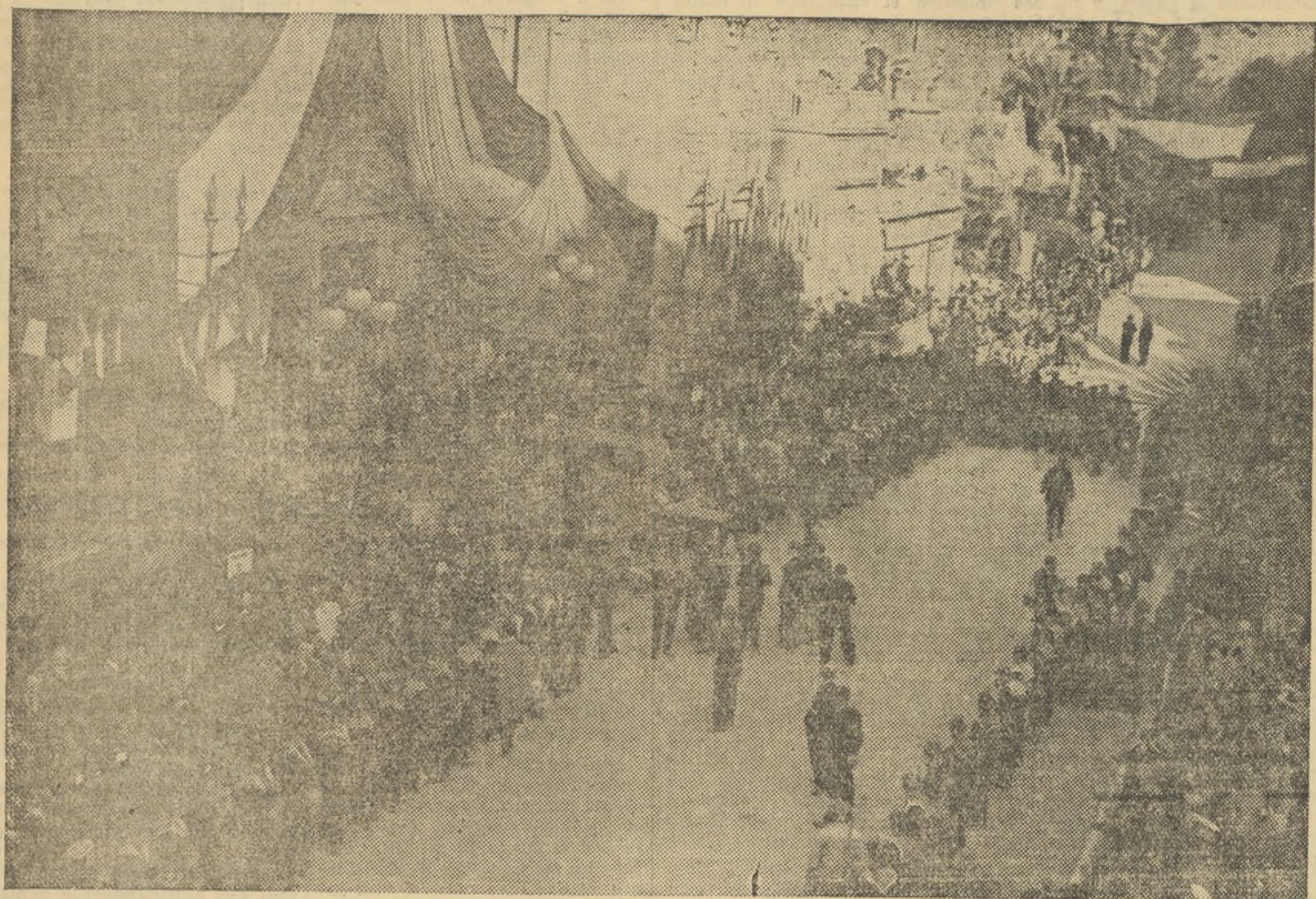
En Monte-Carlo, frente al Casino, junto al «queso» florido que él tan donosamente describió, he mirado y hecho oído como si Blasco Ibáñez fuese a pasar por allí y detenerse a observar los pobres tipos millonarios que tan magistralmente reflejó en sus novelas de la Costa Azul. Y he hecho honor a una virtud suya, no pisando el famoso Casino, donde estando él tantas veces ni una vez jugó, virtud que muchos de sus enemigos no habrán tenido.

Ya de noche, oteando sobre la negrura del mar la forma de las montañas de la Costa por el salpicado de luces de sus «Villas», acercándome a Menton, he notado como si una mano tratara de contenerme. «¡Pero es posible que esta noche el genial cantor de este paraíso francés, que un día desapareció en la vida ahora desaparece por vez última, en su cuerpo que esta tierra ha abrazado unos años?»

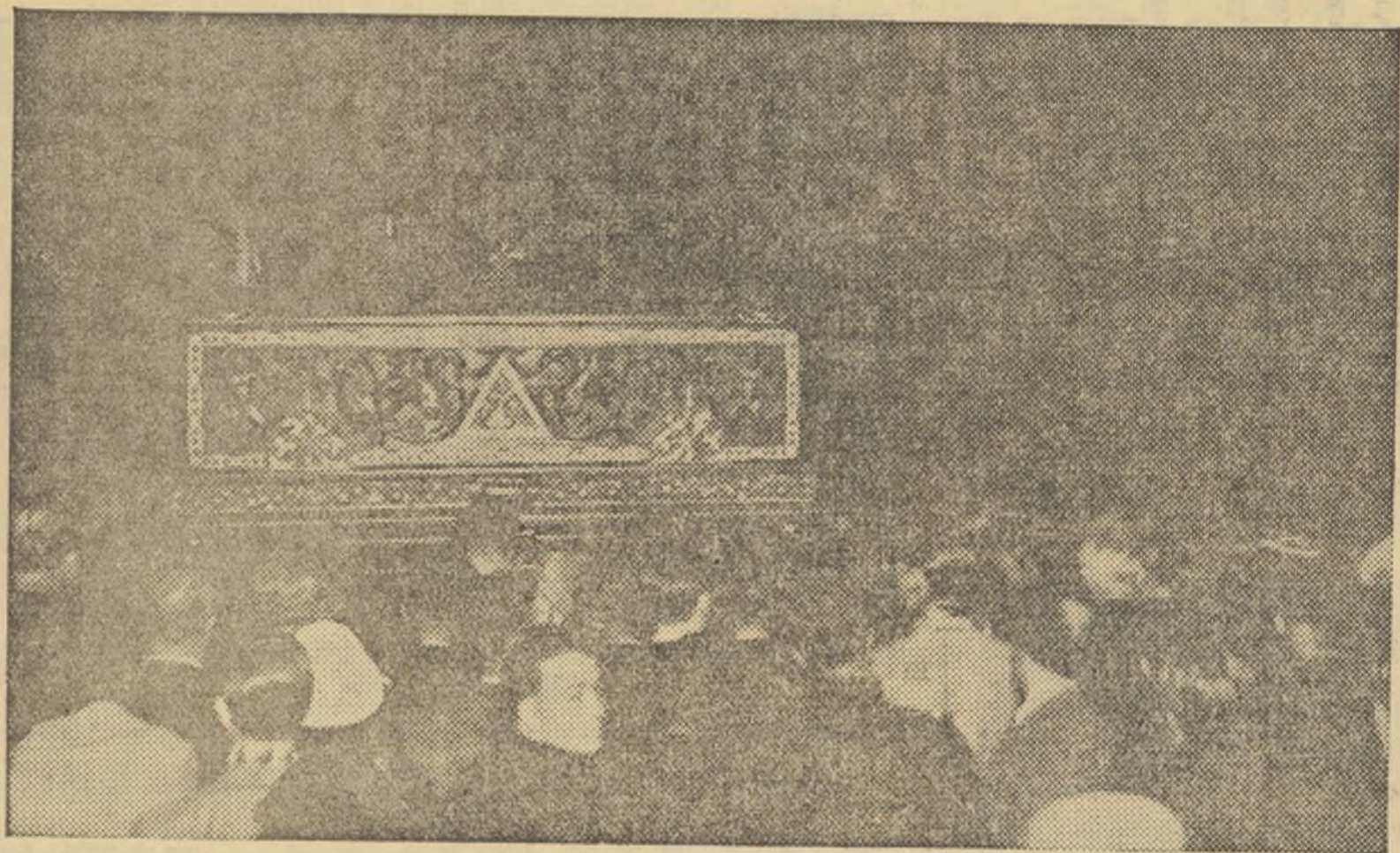
Me saca de estos pensamientos la parada del coche de punto que me ha conducido a un limpio hospedaje, donde a las pocas preguntas ha dejado el francés su dueña para hablarme en castellano; una «madame Pepita»—por ser ambas cosas—, hija de república canchales, madreleña, junto con estas dos coincidencias: la de que este hotel lleva el nombre de uno que habitó Blasco Ibáñez en París y la de que el inmortal escritor dedicó el primer libro de su novela «Sangre y arena» al padrino de esta mujer.

LUIS QUIROS ARIAS
Marsella-Menton, 25 Octubre de 1933.

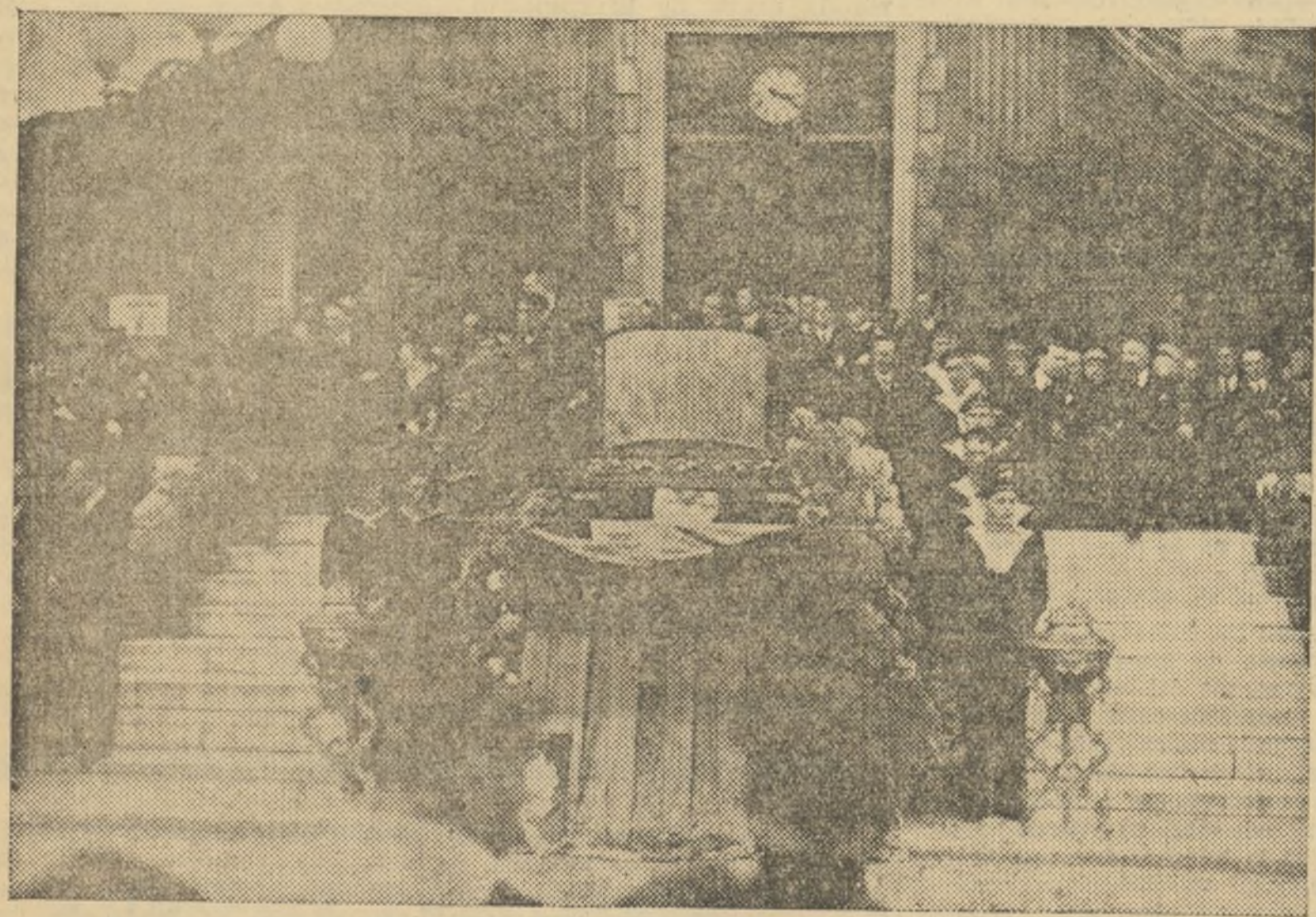
El último homenaje de Francia a Blasco Ibáñez



OTRO DE LOS MOMENTOS EN QUE VA A COMENZAR EL DESFILE DE LAS TROPAS Y DEL VECINDARIO ANTE LOS RESTOS DE BLASCO IBÁÑEZ



Siete de la tarde, el vecindario de Menton invade la mura junto a la cual gran barcaza previamente dispuesta, recoge los restos del inmortal novelista. Las autoridades francesas y españolas rodean el féretro. El momento es solemne, impone. Una tristeza infinita se revela en la multitud; toda ella siente el escalofrío de la emoción. Es el alma de un pueblo que sufre en aquellos momentos porque un ser querido se aleja, parte para siempre. La noche aumenta la emoción y forja un silencio imponente. Sueltan amarras; el cortejo fúnebre avanza hacia el acorazado; unos vivas a Francia y España nutridísimos, y aquel vecindario de Menton regresa a sus hogares satisfecho de haber sido depositario de los restos del ilustre repúblico, y apenas de que el pueblo español y su Valencia le reclamen.



Sobre la gran escalinata del Ayuntamiento de Menton es colocado el severo túmulo sobre el que aparece el féretro con el cuerpo de Blasco Ibáñez. Al féretro dan guardia de honor los marinos franceses y españoles. Los franceses ocupan la derecha y la izquierda los españoles. En la terraza, bajo las enormes banderas de las dos Repúblicas, toman asiento: a la izquierda, doña Elena de Ortúzar, viuda de Blasco Ibáñez, y D. Sigrído Blasco, el hijo del gran novelista; a la derecha, los ministros francés y español, alcalde de Menton, cónsul general de España en Niza, Estados mayores y marinos de ambas naciones y representantes del Ayuntamiento, y Diputación valencianos.

Blasco Ibáñez y Francia

Blasco Ibáñez nació las inquietudes de su juventud en la proyección fulgurante de Víctor Hugo; en ella comprendió toda la radiación luminosa de Francia. Pero Francia ya le había aprehendido, le había transformado legionario de su Revolución, del grandioso germinal libertador del mundo.

El eco de Danton vibró en la garganta de Blasco, y su voz resonadora de la gran gesta del pueblo francés, puso en pie a España, junto al corazón de Francia.

Fués patriota de la libertad defendiendo a Zola, porque sentía como propia la vida del más auténticamente democrático pueblo de Europa y entonces fué un francés más.

El regazo sereno de la novela, lo abandona por Francia. Cuando tableaban los primeros disparos beligerantes en aquellas jornadas de 1914, Blasco dice al mundo la amenaza que ciernen el imperialismo brutal de la Alemania del kaiser. Vive las horas del Iser, del Ipres, su grito indigna al universo, que contempla a través de su pluma una civilización en ruinas, una humanidad profanada.

Sus obras de la epopeya más heroica de Francia son la ejecutoria gloriosa de su universalidad redentora.

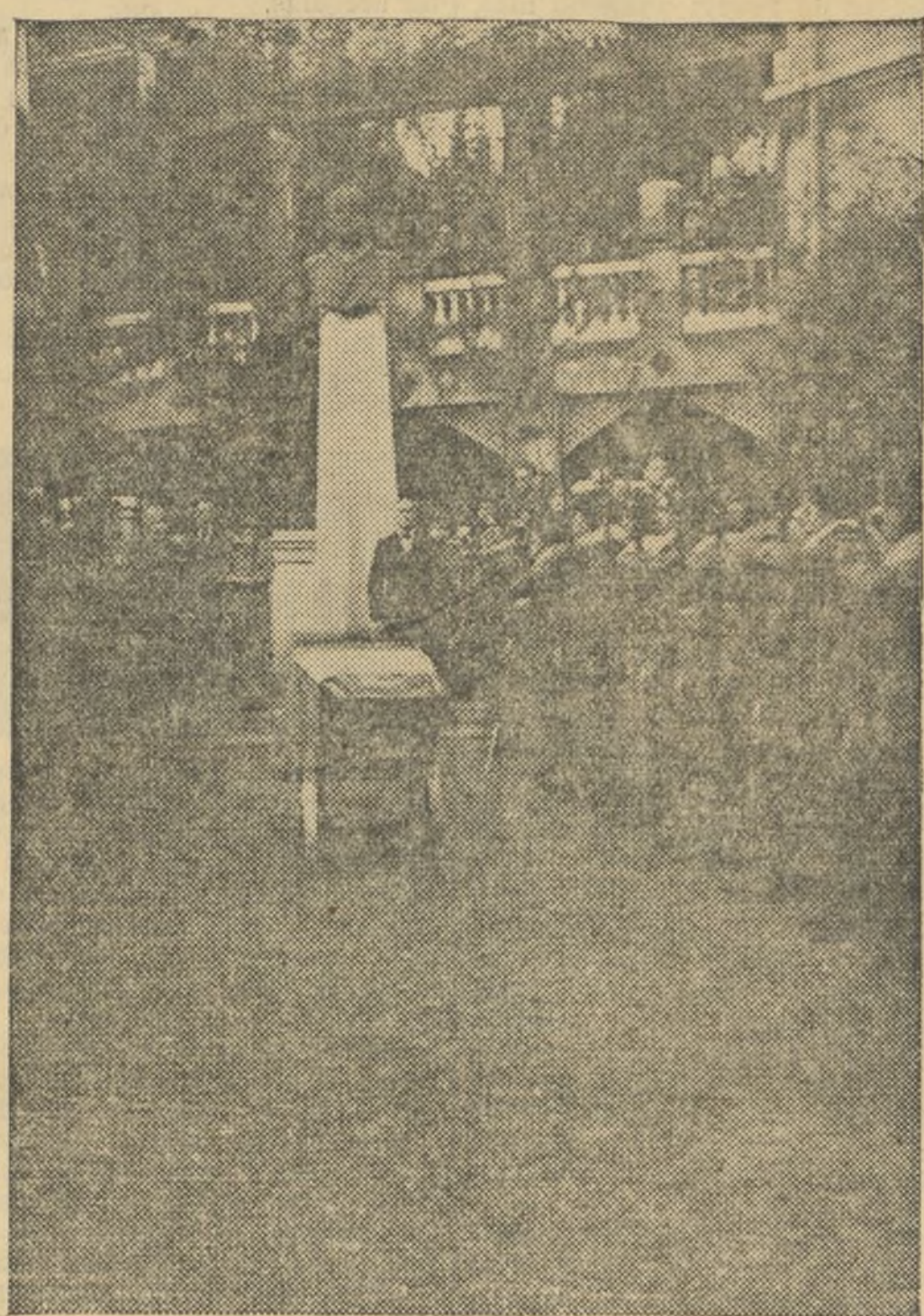
Francia le consagra como su gran ciudadano. En los días en que la reacción del poderío monárquico le alejó de su patria, Francia le dió tierra y honores.

A Francia se unen España y Valencia, por el conjuro de Blasco Ibáñez, que borró con su genio la frontera de estos pueblos y sentó en su solar el imperio de la más grande de las patrias: La Libertad.

Aviso a los suscriptores

Se ruega a los suscriptores de EL PUEBLO que cualquier anomalía que observen en el reparto del mismo se sirvan comunicarla a esta Administración verbalmente o por escrito para subsanarla inmediatamente.

Valencia ha
contraído, como
España,
una deuda de
gratitud
con Francia.
Los republicanos
valencianos
no olvidarán
jamás afecto tan
intenso



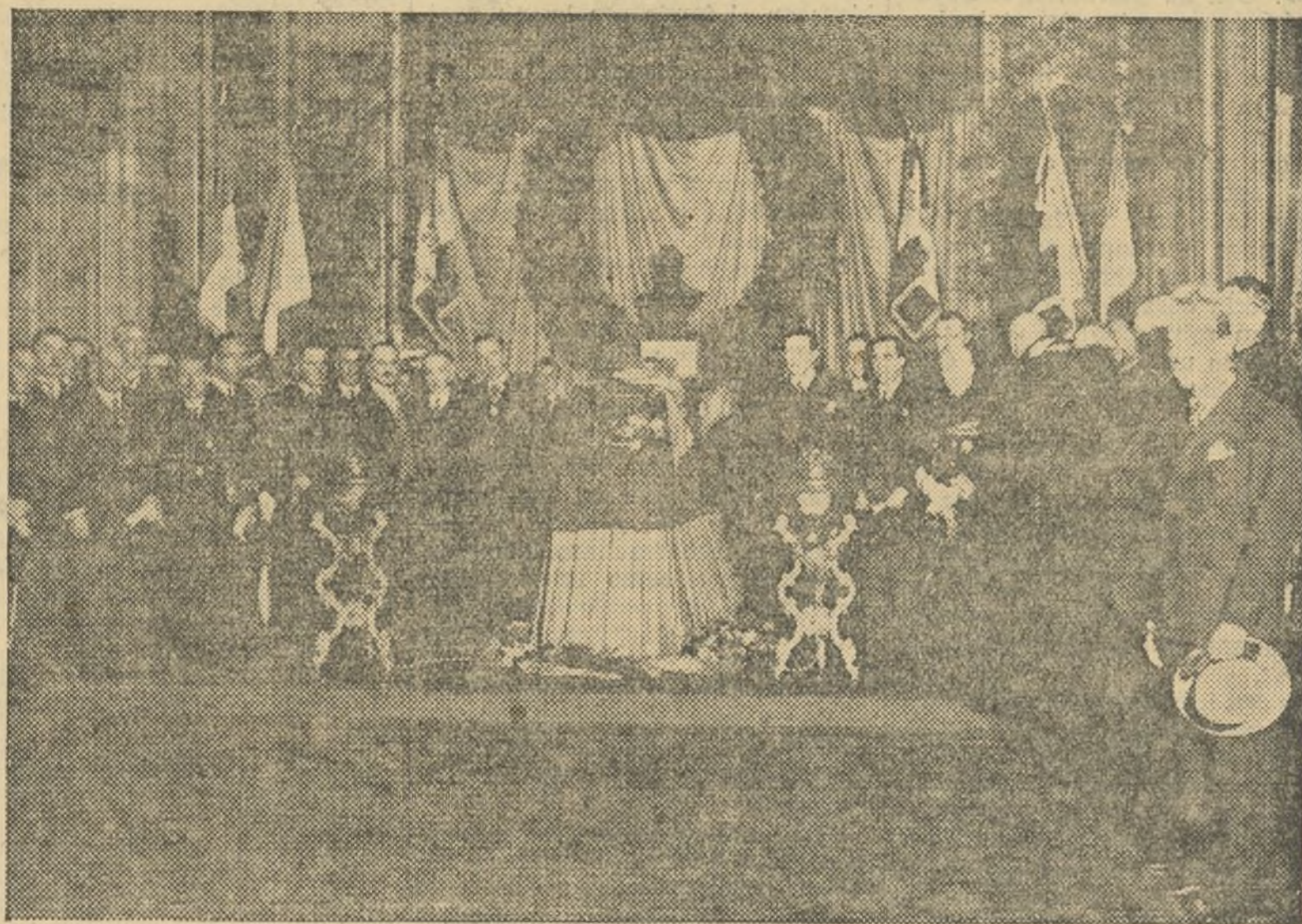
El 34 batallón de cazadores alpinos rinde honores en los jardines de Fontana Rosa a Blasco Ibáñez, en el momento de ser transportados sus restos para que sus familiares le retuvieran en su casa de Menton

Grandioso, elocuente, emotivo, de una intensidad enorme ha sido el homenaje que la Francia ha dedicado a Blasco Ibáñez. El telégrafo comunicó a los lectores de EL PUEBLO los momentos del mismo. Pero no hay nada más elocuente ni más convincente que la realidad misma, que la máquina fotográfica aprisiona y transmite.

Francia entera se ha asociado a este gran homenaje y en estos momentos en que entregaba a la República española los restos de Blasco Ibáñez, aquella nación sufría también la emoción intensa de separarse de algo que le afectaba, que consideraba como suyo.

Menton, conmovido, desfilaba ante el féretro y entregaba con toda la grandiosidad de un hon-do afecto el cuerpo de Blasco Ibáñez. De no ser España y Valencia, la tierra suya, que le reclamaba, que le quería, en Francia hubieran reposado sus restos, tal es el cariño que Francia dispensó al ilustre repúblico don Vicente Blasco Ibáñez.

Dejamos paso a la realidad y que la cámara fotográfica diga a los lectores de EL PUEBLO lo que Francia ha sido para Blasco Ibáñez.



En el gran salón de fiestas de la alcaldía de Menton, queda depositado el féretro con los restos de Blasco Ibáñez. Las banderas francesa y española le cubren. Una inmensa corona de laurel y de flores sirve de marco a un busto del insigne novelista. Olivos alpinos adornan el gran salón y en él se congregan todas las representaciones oficiales de las dos repúblicas: Francia y España



Formado el cuadro por las fuerzas de desembarco de las escuadras francesa y española, dando guardia de honor los cazadores alpinos del 14 de línea, el alcalde de Menton entrega los restos, con el ministro de la República, al ministro de Marina español, señor Pita Romero. Un público inmenso presencia y se asocia a la ceremonia

ANTE LA SOLEMNIDAD DE HOY

A Valencia, llegan hoy, sobre las espumas del mar latino, los restos nimbados por la gloria, del más genial de sus hijos. Valencia, con España, se siente estremecida, febrilmente apasionada, recibe como a un semidiós, al que en cabalgata triunfal las paseó por el mundo con el cetro de su p'uma, antorcha de arte y de Libertad.--La patria liberada se posterna con el alma de hinojos y el corazón en alto. Hoy, consagra la República, al más grande de sus libertadores. Hoy, lo estrecharán postreramente los brazos de los pescadores y del pueblo. Hoy, recobra su alma Valencia. Desde hoy Valencia, será un templo: guardará en su seno a Vicente Blasco Ibáñez

La Generalidad catalana en Valencia

Valencia le tributó un recibimiento apoteósico

Ayer tarde llegaron a nuestra ciudad las representaciones oficiales que Cataluña envía a Valencia con motivo del traslado de los restos del Maestro. Componen aquellas, por la Generalidad, su presidente don Francisco Maciá, jefe del Gobierno de la Generalidad señor Santaló y diputados del

Ayuntamiento, en donde esperaba también numerosa gente. La multitud, que llegó a ocupar toda la parte de la plaza de Emilio Castelar recayente a las Casas Consistoriales, no cesó un instante de aclamar a la representación catalana y a Blasco Ibáñez. En el Ayuntamiento, el señor

Tribunal de las Aguas que Blasco Ibáñez dió a conocer en una de sus hermosas novelas.

Conoció a Blasco Ibáñez en el momento más grave de mi destierro y desde entonces amé a aquel gran hombre que en su odio al Borbón no quiso volver aquí ni aun muerto, porque su tierra no era libre.

Cuando Blasco Ibáñez esté enterrado en esta tierra sagrada, nadie podrá tomar ni una brizna de vuestras libertades, porque las defenderéis incluso con el sacrificio de vuestras vidas. Esas libertades, amigos míos, las debéis a Blasco Ibáñez. (Vivas delirantes.)

Seguro de que defenderéis esas libertades cueste lo que cueste, os ofrezco todo el amor de Cataluña, toda la esperanza que tiene en vosotros, ya que sois lo mejor de la mejor tierra del mundo. Por eso debéis ser los primeros en defender la libertad y la República. (Ovación.)

Luchamos contra el Borbón hasta acabar con la dinastía maldita y si alguien quiere restaurar el mal, el pueblo de Valencia luchará para defender la libertad de los demás pueblos peninsulares.

Terminó con vivas a Valencia, Cataluña, Blasco Ibáñez y a los demás pueblos que forman el Estado español.

Una gran ovación acogió el final del discurso del señor Maciá, quien descansó breves momentos en el despacho de la Alcaldía.

El señor Maciá hizo presente a los periodistas su gratitud al pueblo valenciano por el recibimiento que se le había tributado.

EL PUEBLO saludó al presidente Maciá, alcalde de Barcelona señor Ayguadé y a los representantes todos de Cataluña, a la que Valencia, ayer tarde, mostró su gratitud ante el rasgo de la región hermana, asociándose a estos actos de fervor y admiración a Blasco Ibáñez.

LLEGADA DE SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE

A las 8'30 de la mañana, llegada a Valencia de su excelencia el señor Presidente de la República don Niceto Alcalá-Zamora y Torres, ministros, embajadores y delegaciones.

ARRIBO DE LA ESCUADRA

A las nueve, solemne arribo al puerto de Valencia del acorazado "Jaime I", portador de los gloriosos restos y su escolta los destructores "Churrucá" y "Alcalá Galiano", con la escuadrilla de honor de la armada francesa.

EL DESEMBARCO DE LOS RESTOS

Será desembarcado el féretro sobre el muelle de Poniente, junto al Club Náutico, haciéndose cargo del cadáver el Alcalde de la ciudad, ante su excelencia el señor Presidente, autoridades y comité ejecutivo.

En el momento de tocar tierra española, se dará suelta a veinte mil palomas, de todas las sociedades federadas a la Sociedad Colombiífilo Española. Sobre el puerto y la capital, evolucionarán docientas unidades aéreas militares y civiles. Las salvas de honor y las sirenas de los buques surtos en el puerto, serán a todos los valencianos que anunciarán a todos los países hispanoamericanos la repatriación de su inmortal hijo.

En marcha la comitiva fúnebre, por el orden que indique el protocolo, será llevado el cadáver a hombros de marineros valencianos durante el trayecto de la zona marítima. A la entrada de la Avenida del Puerto, será tomado el féretro a hombros de equipos de veinte hombres pertenecientes a los distintos casinos del Partido que creó Blasco Ibáñez, que se relevarán cada cien metros.

Los equipos ocuparán el lugar designado y publicado.

ITINERARIO

La comitiva recorrerá el itinerario siguiente: Avenida del Puerto y puente de Aragón. Cruzado el puente de Aragón, se incorporarán a la comitiva, su excelencia el señor

Presidente de la República, ministros, embajadores y representaciones oficiales. Continuará el cortejo fúnebre por la plaza de Bolívar, Avenida de Navarro Reverter, plaza de la República (lado izquierdo), calle de Colón, calle de Játiva, Avenida de Nicolás Salmerón, plaza de Emilio Castelar (frente al Ayuntamiento), donde despedirán el duelo los familiares y autoridades desde las tribunas y balcones de la Casa Consistorial.

Seguidamente continuará la comitiva por la Avenida de Blasco Ibáñez, Avenida de Pablo Iglesias, plaza del Mercado, hasta la Lonja, en cuyo Salón Columnario, será depositado. A continuación desfilará la guarnición en columna de honor, ante el Ayuntamiento, rindiendo honores a su excelencia el señor Presidente de la República.

POR LA TARDE, EN LA LONJA

Por la tarde, los ayuntamientos y comisiones que tengan dispuesta su salida para el mismo día de hoy, desfilarán ante los restos, en la Lonja.

UNA OBRA DE ARTE DEDICADA AL MAESTRO

El notable ceramista valenciano don Antonio Peyró Mezquita, ha enviado al Alcalde una preciosa cornucopia, que tiene el gusto de dedicar al Ayuntamiento, y en la que figura el retrato del gran novelista don Vicente Blasco Ibáñez y una inscripción en su parte posterior con las fechas de su muerte y traslado.

NUESTROS PAISANOS DE BUENOS AIRES

Por cable nos envían un emocionado recuerdo nuestros paisanos que integran la Sociedad Regional Valenciana El Micalet, de Buenos Aires.

DON BASILIO PARAISO

Don Basilio Paraíso, el prestigioso ex diputado radical, hijo del ilustre repúblico aragonés, envía a nuestro Director una sincera adhesión a este homenaje, desde París, donde se encuentra.

EL RECUERDO DE UNA LUCHADORA

La infatigable propagandista laica doña Belén de Sárraga, nos envía desde Málaga un sentido recuerdo para el Maestro.

EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE GARANTIAS

El presidente del Tribunal de Garantías, don Alvaro de Albornoz, ha enviado telegráficamente la expresión de su admiración por don Vicente Blasco Ibáñez y su adhesión al homenaje que se le tributa.

JUVENTUDES RADICALES QUE LLEGAN

Hemos saludado en nuestra Redacción a los enviados de la Juventud Radical de Alicante y Cultura de Puente Genil, que desde ambas poblaciones se han trasladado a pie a Valencia con el único objeto de rendir tributo y homenaje al inmortal Maestro.

La Juventud Radical Alcantina salió el pasado lunes de dicha capital y cubrió el recorrido en cinco etapas. Componen la expedición los jóvenes José Cutila, Manuel Zaragoza, Luis Pretel y Esteban Montes.

La Juventud Cultura, de Puente Genil (Córdoba) ha cubierto veintuna etapas por Manuel Flores, Rafael García y José Urbano.

A todos nuestra entusiasta felicitación y gratitud.

Los expedicionarios han sido agasajados y atendidos por nuestra Federación de Juventudes.

UN PASADOBLE HISTORICO

La prestigiosa banda Lira Saguntina, de Sagunto, ejecutará su intervención en el traslado, el histórico pasadoble de Motera que este maestro compuso como música de combate en las luchas que don Vicente Blasco Ibáñez sostuvo por todo el distrito de Sagunto y Nules.

LOS RADICALES DE TERUEL Y MALAGA

El Partido Radical de Teruel, por medio de su comité ejecutivo, ha comisionado a don Timoteo Perra y a don Tomás Gómez Cebrián, para que le representen en los ac-

tos que se celebran. Estos señores nos visitaron anoche, testimoniándonos el saludo de nuestros correligionarios turolenses.

Igualmente nos visitaron los concejales del Ayuntamiento de Málaga, don Benjamín Giner Giner, don Eugenio Entrambasaguas y don Manuel Ruiz Montilla, que en nombre de la Corporación municipal malagueña asistirá a la recepción solemne de los restos del Maestro. También nos hicieron presente que la Corporación había acordado dar el nombre de Avenida de Blasco Ibáñez al céntrico y luminoso Paseo de Redil.

LOS CORRELIGIONARIOS DE OLLERIA

En nombre de los correligionarios de Ollería, nos ha visitado don Luis Genovés, querido amigo nuestro, que nos ha hecho presente enfervorizados votos de aquellos leales republicanos.

LA LIGA DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Anoche tuvimos la inmensa satisfacción de recibir en nuestra casa la grata visita de los representantes de la Liga de los Derechos del Hombre de España don Carlos Malagarriga, ilustre abogado e hispanista, don Pedro de Rápido, el exquisito literato y antiguo colaborador de EL PUEBLO, don Tomás Gómez, don Fermín García y don Miguel Tato Amat, presidente de la Casa de la República de Madrid y viejo amigo nuestro, que vienen delegados para recibir a los representantes de la Liga de Francia, que llegarán hoy para rendir homenaje a Blasco Ibáñez.

AVISO. — LOS HOSPEDAJES

Se pone en conocimiento de cuantos nos visiten con motivo de la llegada de los restos de Blasco Ibáñez, que la entidad Fomento del Turismo, encargada de proporcionar hospedaje, estará abierta hasta las doce de la noche de hoy.

COMPANIA DE FERROCARRILES DE VALENCIA A VILLANUEVA DE CASTELLON

AVISO AL PUBLICO

Se pone en conocimiento del público, que con motivo de la llegada a Valencia de los restos del ilustre novelista don Vicente Blasco Ibáñez, esta Compañía ha dispuesto para hoy día 29, un servicio extraordinario de trenes en la línea de Nazaret, con arreglo al siguiente horario:

Salidas de Valencia para Nazaret. — A las 7, 8, 9, 10, 11 y 12 horas.

Salidas de Nazaret para Valencia. — A las 7'30, 8'30, 9'30, 10'30, 11'30 y 12'30 horas.

Para este servicio podrán utilizarse las idas y vueltas a precio reducido que se expendrán en todas las estaciones de esta Compañía.

Valencia, 28 de Octubre de 1933. — La Dirección.

LA SOCIETAT VALENCIANA D'AUTORS

En la darrera reunió del consell directiu pregué l'acord unànim d'adherir-se a tots els actes que celebren amb motiu de l'arribada a Valencia de les despulles del gloriós compatriota En Vicent Blasco Ibáñez, fene constar al propi temps que la Societat de Autors Dramàtics de Espanya, en expressiu i carinyós telegrama, ha delegat la seua representació en dits actes, en la persona de nostre president.

EL COMANDANTE DEL "JAIME I" ANUNCIA SU LLEGADA

En la delegación Marítima se recibió ayer tarde el siguiente radiograma:

«Llegaré tres madrugada fondeando ante puerto. Destructores entrarán seguramente rayar día. «Jaime I» entrará puerto hora convenida ceremonia. — Comandante «Jaime I».

Este radio fué aprobado por el ministerio de Marina y el delegado marítimo contestó con este otro:

«Conforme con radio, entraremos destructores. Cinco mañana saldrán barcos pesca y embarcaciones escolta, levando anclas a las nueve para entrar puerto. — Delegado marítimo.»

La emocionada adhesión del jefe del Gobierno

Anoche recibimos el siguiente despacho telegráfico que el señor Martínez Barrios nos dirige adhiriéndose a los actos que con motivo del traslado de los restos del Maestro se celebran:

«PRESIDENTE CONSEJO MINISTROS A «EL PUEBLO».

ENTRE LAS CONTRARIEDADES QUE PRODUCE EJERCICIO FUNCIONES GOBIERNO, FIGURA LA DE MI FORZADA AUSENCIA DE LOS ACTOS EN HOMENAJE A BLASCO, PUES AUNQUE ESPIRITUALMENTE PARTICIPO DE ELLOS. NO SE SATISFACE MI INTIMO DESEO. AMBIO EN BLASCO. TANTO COMO AL LITERATO, AL POLITICO, CREYENDO QUE HA SIDO UN FORJADOR PUEBLOS DE VIDA INMORTAL.

AL INCLINARSE HOY VALENCIA ANTE SUS RESTOS, SE MAGNIFICA A SI MISMA Y DEJA EN HISTORIA UNA PAGINA IMBORRABLE DE GRANDEZA.

HAGA PRESENTE DESDE TRIBUNA «EL PUEBLO», ESTA ADHESION, VOZ DE UN REPUBLICANO, A LA MEMORIA DE UNO DE SUS MAESTROS.—MARTINEZ BARRIOS.»

Después de recibido el anterior despacho, nuestro querido amigo el ex ministro de Trabajo don Ricardo Samper recibió otro del señor Martínez Barrios notificándole que en la imposibilidad de asistir personalmente a los actos que se celebran en honor a Blasco Ibáñez, le ruega que en todos ellos le den por representado en las personas de don Sigfrido Blasco y el propio don Ricardo Samper.

COMPANIA DE TRANVIAS Y FERROCARRILES DE VALENCIA

Hoy domingo, día 29, con motivo de la llegada y traslado de los restos del ilustre novelista Vicente Blasco Ibáñez, quedará suspendido totalmente durante la mañana el servicio de tranvías de las líneas de Gran Vía (8) e Interior-Alameda (11), que reanudarán por la tarde.

EL CENTRO REPUBLICANO DEL ARRABAL DE ZARAGOZA

Anoche nos visitó el presidente de dicho Casino, zaragozano, con secuencia republicano, don Alfonso Margolles, participándonos que representando a aquellos buenos correligionarios, asistirá a los actos del traslado, con la bandera de la expresada entidad.

Le acompaña nuestro antiguo amigo y leal republicano, residente en Zaragoza, don Marcos Sánchez Martínez.

LA BANDERA

Habiendo dispuesto la superioridad, según la «Gaceta», que con motivo de la reintegración a su tierra natal de los restos del insigne repúblico don Vicente Blasco Ibáñez, ondee en los edificios oficiales, a partir de hoy, la bandera nacional a media asta y con crepón, se participa dicha advertencia a todas las entidades oficiales y particulares para su conocimiento.

PARA LOS VIAJEROS QUE REGRESAN A MADRID

La Compañía de ferrocarriles del Norte nos comunica que hoy domingo, además del tren especial ya anunciado, saldrá otro tren especial de nuestra ciudad a las 21'15 de la noche.

Lo que se hace público para conocimiento de los viajeros que han de regresar en la noche de hoy a Madrid.

LOS CINES Y TEATROS ESTARAN ABIERTOS LA NOCHE DE HOY, DESPUES DE LA FUNCION, PARA QUE PUEDAN DESCANSAR LOS FORASTEROS

El Gobernador civil, con la finalidad que en la misma se expone, ha dirigido a los señores empresarios de teatros y cines de la capital la siguiente resolución: «Sin excusa ni pretexto alguno se servirá usted ordenar el próximo domingo por la noche, media hora después de terminado el espectáculo normal en el cine o teatro a su cargo, se abran por completo las puertas al vecindario de Valencia y forasteros, a todas las clases sociales, para que puedan permanecer dentro de sus salones, con la compostura y hospitalidad debidas, hasta las ocho de la mañana del lunes, 30 de los corrientes.

Por este Gobierno civil se da-

rán las órdenes necesarias para establecer en ese y en todos los teatros, cines y otros espectáculos, la vigilancia indispensable para garantía de los intereses que usted representa.

Al buen sentido y amor a Valencia de usted confío el exacto y satisfactorio cumplimiento de esta orden.—Viva usted muchos años.

Valencia 28 de Octubre 1933.—El Gobernador civil, Alberto Aguilera y Arjona.»

UN AVISO DE LA ADMINISTRACION DE CORREOS

Don José Mallent, administrador principal de Correos de esta provincia, nos ruega hagamos público para conocimiento general, que hoy 29 no se prestará servicio alguno de admisión de correspondencia privilegiada en esta Administración ni en las estafetas urbanas de la capital, suprimiéndose también el reparto a domicilio, dando así el mayor esplendor a las fiestas que se van a celebrar con motivo de la llegada de los restos de don Vicente Blasco Ibáñez.

UN OFRECIMIENTO

La gerencia de la casa de automóviles S. Y. V. A., visitó al Alcalde para ofrecerle los coches nuevos que hicieran falta para la comitiva del traslado de los restos de don Vicente Blasco Ibáñez.

El señor Gisbert, agradecido, aceptó el ofrecimiento destinando un coche para S. E. el Presidente de la República y otros para las autoridades.

DON JOSE VINAIXA

Nuestro fraternal amigo y antiguo compañero don José Jorge Vinaixa, ex gobernador de Castellón, no podía dejar en estos momentos de encontrarse entre nosotros. Un abrazo al que siempre fué leal y ejemplar blasquista.

LOS RADICALES MADRILEÑOS

Con nuestro paisano don Baldomero Blasco, vicepresidente de la Junta Municipal de Madrid, han llegado don Julián Cervantes, don Rafael Cruz, don Fernando García Peña, de la Confederación de Juventudes Radicales y Autónomas, y don Ceferino González Castroverde, secretario del Consejo Federal Simbólico del Gran Oriente Español.

Nuestra bienvenida.

LA REPRESENTACION DEL PARTIDO PROGRESISTA

Don Ismael Barrera, presidente del Partido Progresista local, ha recibido el siguiente telegrama: «En nombre Comité Nacional ruego represente partido en el homenaje a la memoria del gran republicano Blasco Ibáñez, gloria de Valencia.—El secretario general, Manuel García Rodrigo.»

(Sigue en la página 21)



EL SEÑOR MACIÁ RODEADO POR LA MULTITUD EN UNO DE LOS ANDENES DE LA ESTACION DEL NORTE, A SU LLEGADA A VALENCIA

Parlamento catalán señores Raurer, Andreu y Pontbarnat. Acompañan a estos señores, el secretario particular del presidente señor Alavedra, jefe del ceremonial de la Generalidad señor Rubí y cuatro maceros.

Por el Ayuntamiento de Barcelona, su alcalde-presidente doctor Ayguadé, concejales señores Samblancat, Rius, Heredia, Jové, Guiné y Sánchez; secretario particular del Alcalde señor Aguilera Arjona, delegado de Hacienda, miembros del Comité Pro Traslado don Tomás Ortega y señor Lloá y destacados elementos de Unión Republicana Autonomista, entidades valencianistas con sus respectivas banderas y una multitud entusiasta.

Al divisarse el tren, el gentío—que había invadido los andenes—prorrumpió en ovaciones y vivas a Valencia y a Cataluña, como a Blasco Ibáñez.

Fué un momento de intensa emoción. La multitud congregada en torno al señor Maciá, impidiendo que las autoridades locales pudiesen llegar hasta él.

Diffícilmente, y tras varios minutos, en uno de los departamentos de oficinas de la estación, se reunieron y cambiaron saludos las autoridades respectivas, organizándose la manifestación.

De allí, y en el coche del señor Gisbert, y rodeado por el público, se trasladó el señor Maciá al

Gisbert, en valenciano, dió la bienvenida a tan ilustres huéspedes y el señor Maciá, visiblemente emocionado, dijo que Cataluña quería asociarse a este homenaje póstumo que Valencia tributa a su hijo ilustre Blasco Ibáñez, destacando sus más altas representaciones a nuestra ciudad.

Añadió que Cataluña y Valencia juntas, habían formado una cultura que es el mayor orgullo hoy de sus hijos y admiración del mundo. «También los dos pueblos se dieron para sí leyes que una dinastía de mala memoria nos arrebató, pero algunas tan arraigadas que, en vosotros, aún subsisten, tal como el Tribunal de las Aguas. Con vuestros propios esfuerzos, habéis hecho de vuestra tierra un jardín que maravilla al mundo, habéis dado al arte figuras cumbres y a la literatura a ese coloso cuyas cenizas vamos a recoger.»

El público, que invadió el Ayuntamiento, interrumpió al señor Maciá con delirantes vivas y ovaciones, continuando después el presidente, hondamente afectado, recordando su antigua amistad con Blasco y su convivencia con el Maestro en el destierro, siendo de nuevo aclamado.

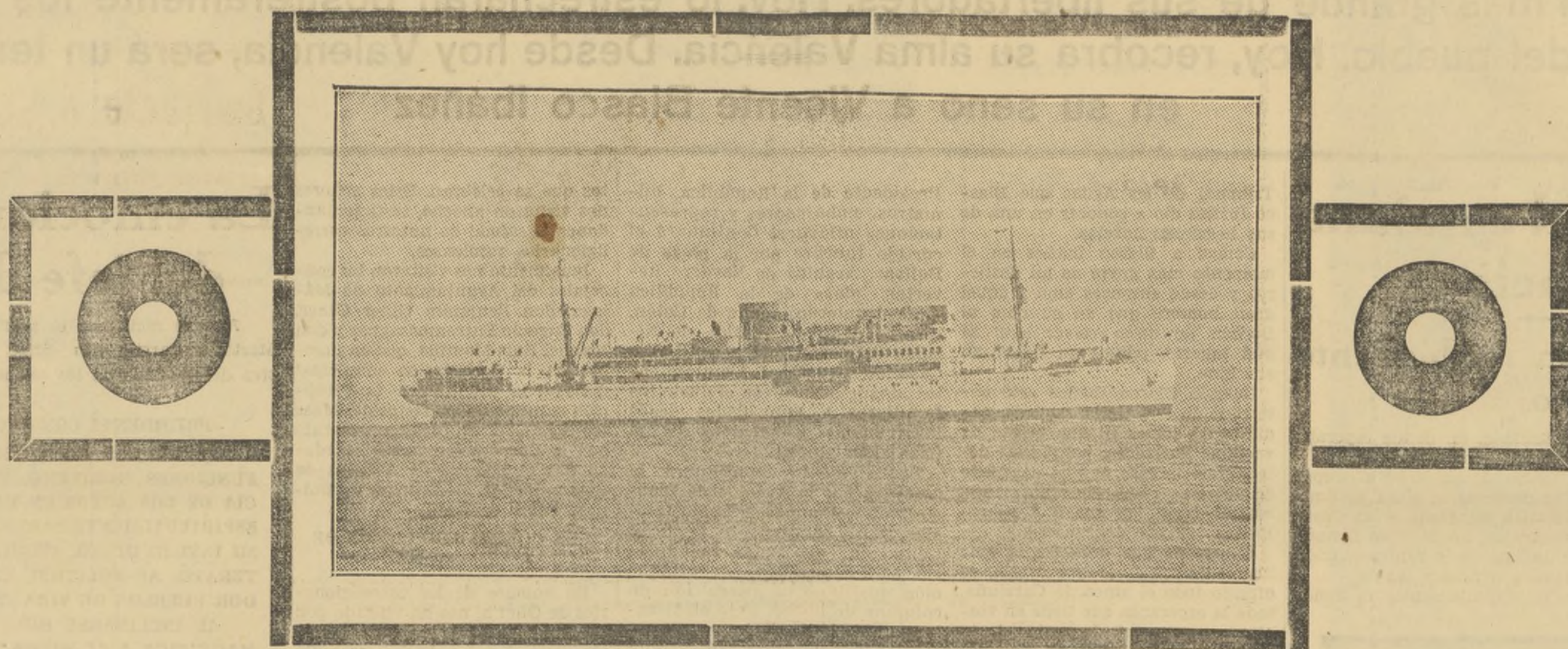
Como en la calle se había congregado la multitud, el presidente señor Maciá, desde uno de los balcones, pronunció el siguiente discurso:

«Sois un pueblo de libertad, ejemplo de republicanismo. Cataluña y Valencia son dos pueblos hermanos, con una cultura y una civilización.

Vuestras glorias son la esencia de la democracia y vuestras leyes son creaciones antiguas que todo el mundo admira, como vuestro

Ayuntamiento de Madrid

Compañía Trasmediterránea



Relación de los servicios que presta esta compañía:

Servicio fijo rápido quincenal Mediterráneo - Cantábrico

Salida quincenal los viernes para Almería, Motril, Melilla, Málaga, Sevilla, Huelva, Vigo, Villagarcía, Coruña, Musel, Santander y Bilbao

Además, admite en este servicio, carga para Villa Ahucemas, con trasbordo en Melilla y para Ayamonte e Isla Cristina, con trasbordo en Huelva, y al efecto se entregarán conocimientos directos con flete corrido

Servicio fijo bisemanal con Baleares

Salidas de Valencia, los lunes, a las veinte horas, para Palma-Mahón

Salidas de Valencia, los jueves, a las veinte horas, para Ibiza-Palma

Llegada, los lunes y jueves, a las siete horas, de Palma e Ibiza, respectivamente

Servicio fijo bisemanal con Barcelona

con salidas de Valencia, los miércoles y sábados, a las siete de la tarde, y de Barcelona, los lunes y jueves, a las ocho noche

Servicio fijo para los puertos del Mediterráneo, Norte de Africa y Canarias

con salidas de Valencia quincenalmente los viernes, admitiendo carga y pasaje

NUEVA LINEA DE FERNANDO POO

con salidas el día 16 de cada mes, a las veintiuna horas, para Alicante, Cartagena, Cádiz, Las Palmas, Tenerife, Río de Oro (facultativa), Monrovia, Santa Isabel y demás puertos del continente, admitiendo carga y pasaje

La destrucción de Sagunto

—¡No, saguntinos, no! — gritó una voz de mujer.

Acteón reconoció a Sónnica en esta voz.

—¡No, no! — contestó la muchedumbre, como un eco atronador. Corrían de un lado a otro los grupos, empujándose, poseídos de furia, como si quisieran despedazarse, desahogando de este modo la rabia que despertaba en ellos las condiciones del vencedor.

Sónnica había desaparecido; pero Acteón la vio volver al Foro seguida de un cordón de gente esclavos, mujeres, soldados, llevando todos sobre sus hombros los ricos muebles de la quinta amontonados en el almacén, arpilleras de joyas, suntuosos tapices, lingotes de plata, cajas de polvos de oro. La muchedumbre contempló este desfile de riquezas, sin adivinar el propósito de Sónnica.

—¡No, no! — dijo otra vez la griega, como si hablase con ella misma.

Estaba indignada por las proposiciones del vencedor. Se veía a la ciudad sin más fortuna que una túnica puesta y otra en el brazo, teniendo que mendigar por los caminos o trabajar en los campos lo mismo que una esclava, perseguida por aquella soldadesca feroz de diversas sangres.

—¡No, no! — repitió enérgicamente abriéndose paso en la muchedumbre para llegar a la hoguera en el centro del Foro.

Todos la vieron, con la rubia ca bellera en desorden, la túnica rota por los empujones del gentío, los ojos relampagueantes. Parecía una furia agitada por la amarga voluptuosidad de la destrucción. ¿Para qué vivir?... ¿Para qué vivir?... En su desesperación entraba por mucho la amarga sorpresa sufrida una hora antes ante el cadáver de su esclava.

Ella dio la señal arrojando en la hoguera una imagen de Venus de jaspe y plata que llevaba en sus brazos. La estatua desapareció entre las llamas como si fuera un pedrusco. Los que la seguían, gente miserable y hambrienta, la imitó con placer. La destrucción de tantas riquezas hizo rugir y dar saltos de gozo a hombres y mujeres, que habían pasado su existencia entre las esclavitudes.

Caían en las llamas cofrecillos de marfil, de cedro y de ébano, y al chocar con los leños se abrían derramando los tesoros de su vientre: collares de perlas, guirnaldas de topacios y esmeraldas, arracadas de diamantes, toda la gama de piedras preciosas. Centelleaban unos instantes entre los tizones como maravillosas salamandras antes de desaparecer. Después iban cayendo los tapices, los velos bordados de plata, las túnicas floradas, las sandalias de oro, las sillitas rematadas por garras de león, los lechos con clavijas de metal, los peñes de marfil, espejos, lámparas, liras, frascos de perfumes, mesillas de ricos mármoles incrustados, todas las magnificencias de Sónnica la Rica.

Y la muchedumbre, entusiasmada por tal destrucción, aplaudía con rugidos al ver cómo aumentaba la hoguera su intensidad, hasta arrojar chispas y cenizas sobre los tejados de las casas.

—¡Anibal, exige riquezas! — gritaba Sónnica con una voz ronca semejante a un aullido. — ¡Venid, arrojad aquí todo lo vuestro! ¡Que el Africano se lo dispute al fuego!

Pero no necesitaba extremar sus voces para que la imitasen. Muchos de los Ancianos que habían desaparecido en el primer instante de confusión, volvieron al Foro llevando un cofrecillo bajo su blanco manto y lo arrojaron en la hoguera. Eran las riquezas que habían tomado de sus casas.

Sobre las cabezas de la multitud pasaban muebles y telas de brazo en brazo, hasta caer en el infierno brasero que cada vez levantaba más altas sus llamas, coronado por un humo luminoso.

Era como un sacrificio supremo en honor de los dioses mudos y sordos que estaban en la Acrópolis. Las casas parecían vaciarse para arrojar todos sus adornos y riquezas en la hoguera. Cumplían los hombres, silenciosos y sombríos, su anhelo de destrucción; pero las mujeres parecían locas, y desgreñadas, rugientes, con los ojos saltando de sus órbitas, danzaban en torno a la inmensa hoguera. Atrá las por las llamas, las rozaban con sus vestiduras. Ebrías por el fuego, se arañaban el rostro sin darse cuenta de lo que hacían y lanzaban maldiciones con la boca espumeante de rabia.

Una de ellas, enloquecida por la ronda infernal, no pudo resistir la seducción del fuego y dio un salto para caer en las llamas. Ardieron instantáneamente sus ropas; su cabellera flameó breves momentos como una antorcha y se desplomó sobre los tizones. Otra mujer arrojó en el brasero, como si fuese una pelota, al niño que llevaba agarrado a su flaco pecho, y a continuación saltó en medio de la fogata, cual si, arrepietida del crimen, quisiera seguir a su hijo.

El fuego se había comunicado a las techumbres de madera de los edificios del Foro. Una guirnalda de llamas empezó a extenderse en torno de la plaza. En esta atmósfera densa y nebulosa, los muebles

parecían andar solos camino de la hoguera, arrastrándose por encima de la multitud.

Lacaro y sus amigos elegantes hablaban de morir. Aquellos seres afeminados discutían con tranquilidad el modo de caer. No querían seguir a Sónnica, que acababa de armarse con una espada y un escudo para salir contra el campamento sitiador y morir matando. Les repugnaba luchar con un soldado rudo y casi salvaje, percibir su hedor de fiera, caer con el pintado rostro de un golpe, cubierto de sangre y revolcándose en el fango lo mismo que una res degollada.

Tampoco les placía darse de puñaladas, era un medio gastado por los héroes. Perfeccionar el braserito resultaba más elegante; les hacía recordar el sacrificio de las reinas asiáticas extinguiéndose en una hoguera de maderas perfumadas. ¡Lástima que aquella fogata oliese tan mal! Pero el instante presente no era propicio a los refinamientos... Y echándose el manto sobre los ojos, empujando con el brazo desplado y perfumado a sus pequeños esclavos, uno tras otro, los jóvenes elegantes entraron en la hoguera con tranquilo paso, como si aún estuvieran en los días de paz, cuando paseaban por el Foro satisfechos del escándalo que producían sus adornos femeninos.

Sónnica se recogió la túnica en torno del talle, dejando al descubierto la adorable blancura de sus piernas, para correr con más desembarazo.

—¡Vamos a morir, Eufobias! — dijo al filósofo, que contemplaba aborrido esta destrucción.

Por primera vez, el parásito no mostraba su gesto insolente e irónico. Permanecía grave, frunciendo el ceño al ver que morían aquellas gentes de las que tanto se había burlado.

—¡Morir! — dijo. — ¿Es preciso morir?... ¿Lo crees tú, Sónnica?... — ¡Sí; el que no quiera ser esclavo debe morir. Coge una espada y ven conmigo.

—No necesito tanto. Si he de morir, quiero evitarme la fatiga de correr y el trabajo de dar golpes. Moriré tranquilo, con la dulce certeza que embellece mi vida.

Y lentamente, sin apresurarse, dio algunos pasos y se acostó en las llamas con la cara cubierta con su manto remendado, lo mismo que se tendía bajo los pórticos del Foro en los días de paz.

Sobre las gradas del templo, los ancianos se herían el pecho con un puñal. Agonizantes, prestaban su arma al compañero más inmediato y morían haciendo esfuerzos por mantenerse erguidos en sus sillas. Grupos de mujeres arrebatadas maderas encendidas a la gran hoguera para esparcirse como bacantes furiosas por todo Sagunto, quemando las puertas y arrojando tizones sobre los techos de tablas.

Repentinamente, en la parte alta de la ciudad, allí donde se concentraban los ataques de los sitiadores, sonó un estúpido horrible, como si media montaña se viniera abajo. Los muros estaban abandonados por los defensores, reunidos en el Foro, y una torre que algunos días antes acababa de derrumbarse. Viendo libre la entrada de la ciudad, una cohorte de Anibal se lanzó dentro de ella, dando aviso al caudillo para que acudiese con todas sus fuerzas.

—¡A mí, a mí! — gritó Sónnica con su voz ronca. — Esta es nuestra última noche. Yo no muero en la hoguera, quiero morir matando... ¡Deseo sangre!

Saló del Foro como una divinidad infernal, seguida de Acteón, que la llamaba inútilmente. La hermosa griega le miró repetidas veces, cual si fuese un desconocido. Les siguieron en revuelto tropel todos los que estaban en el Foro: ciudadanos armados, mujeres que esgrimían cuchillos y dardos, adolescentes desnudos, sin otra defensa de un leño ardiendo. A la luz de los incendios pasaban como un rebaño enloquecido. Centelleaban los codoletes de bronce, los cascos de rota cimera, las armas manchadas de sangre, y por los girones de las ropas se veían los músculos enfleados, que parecían danzar dentro de la envoltura de piel, apergaminada por el hambre.

Sallieron de Sagunto por su parte llana, marchando, bajo el resplandor de la ciudad ardiente, contra el campamento de los sitiadores. Una cohorte de celiberos que iban hacia el combate fue arrollada, pateada, deshecha por esta tromba de desesperados. Todos corrían con la cabeza baja, hiriendo cuanto encontraban por delante. Pero más allá tropezaron con nuevas tropas que avanzaban advertidas de esta salida y se estrellaron contra la fila de escudos, siendoles imposible soportar una lucha cuerpo a cuerpo.

Los saguntinos, debilitados por el largo sitio, perdidos sus fuerzas por las enfermedades y el hambre, no pudieron resistir el choque. Los celiberos, con sus espadas de los dioses, herían sin misericordia, y los golpes fueron cayendo rápidamente aquella aglomeración de hombres enfermos, mujeres y niños.

El griego, con el escudo ante el rostro y la espada en alto, atacó a dos vigorosos soldados, pero en el mismo instante vio cómo

Partido de Unión Republicana Autonomista

CANDIDATURA PARA DIPUTADOS A CORTES
VALENCIA (CAPITAL)

ALEJANDRO LERROUX GARCIA
SIGFRIDO BLASCO BLASCO
RICARDO SAMPER IBANEZ
VICENTE MARCO MIRANDA
PASCUAL MARTINEZ SALA

VALENCIA (PROVINCIA)

Vicente Lambies Grancha
Gerardo Carreres Bayarri
Faustino Valentín Torrejón

Vicente Roig Ibáñez
Julio Just Gimeno
Juan Chabret Brú

Angel Puig Puig

Eduardo Molero Massa

Ramón Cantos Sáiz de Carlos

Ante el riesgo de que resultara inútil la elección de don Juan Calot como diputado por la provincia, por haber ejercido jurisdicción como presidente de la Diputación provincial, la deferencia de los correligionarios de Castellón ha permitido que el señor Calot pase a ocupar un sitio en la candidatura de la provincia de Castellón. En su lugar, y cumpliendo un acuerdo del Consejo Federal, se ha designado como candidato por esta provincia a don Ramón Cantos, director general de Ferrocarriles.

QUEDA POR DESIGNAR UN PUESTO DE LA CANDIDATURA REPUBLICANA, DE LOS DOS QUE QUEDARON RESERVADOS AL CONSEJO FEDERAL



EL COMITE PRO-RESTOS DE BLASCO IBANEZ, REUNIDO EN LA CASA DE LA DEMOCRACIA

Don Melquiades Alvarez se asocia al homenaje

He aquí el telefonema cursado ayer por don Melquiades a su amigo don Mariano Cuber:

«No puedo ir a Valencia como deseaba, aunque hoy sale para esa una comisión del partido. Le ruego a usted me represente en el homenaje nacional a la memoria de Blasco Ibáñez, tributo obligado de admiración al insigne escritor, que ha glorificado con sus obras, el prestigio de España en el mundo y expresión a la vez de gratitud y cariño, para el tributo excelso que ha logrado con sus discursos mantener encendida la fe republicana en el alma de esa hermosa región levantina. Le saluda, MELQUIADES ALVAREZ.»

Una selección de la obra de crítica literaria del Maestro

«BLASCO IBANEZ, ESTUDIOS LITERARIOS»

Biografía y bibliografía de los grandes novelistas modernos, escrita por Blasco Ibáñez. Publicado la editorial Prometeo, como feriente conmemoración del traslado de los restos del novelista inmortal. Un volumen de 400 páginas, cinco pesetas. En todas las librerías y en la editorial Prometeo.

Sónnica recibía una cuchillada en el cráneo y soltaba las armas, doblándose antes de caer exclamó: —¡Acteón! ¡A mí! — gritó, olvidando su odio, sintiendo que con la muerte volvía a ella todo su antiguo amor.

Cayó de bruces en el suelo. El ateniense quiso correr hacia ella, pero en el mismo instante le zumbaron los oídos como si su cráneo se partiese. Sintió en un costado el frío del hierro perforando sus carnes... Luego lo vio todo negro y creyó desvanecerse en un sima lóbrega, a cuyo fin no había de llegar nunca...

De «Sónnica la Cortesana». Malvarrosa, Junio-Septiembre 1901.

Importante Congreso

Mañana lunes, a las once horas en punto de la mañana, se celebrará en el teatro Apolo de esta capital, el II Congreso Nacional de Juventudes Radicales y Republicanas Autónomas, tomando parte los ciudadanos

DON TEODORO LOPEZ, presidente de la Federación de Juventudes.

DON MIGUEL CARMONA, presidente de la Confederación Nacional.

DON SIGFRIDO BLASCO
Presidente del Consejo Federal del Partido de Unión Republicana Autonomista.

DON ALEJANDRO LERROUX
Jefe del Partido Radical Español

NOTA.—Las puertas del teatro se abrirán a las 9'30 del mismo día. Sólo podrá entrarse por rigurosa invitación y éstas podrán retirarse, a partir de esta tarde, todos los días, de seis a nueve, en el local de la Federación, plaza de Pellicers, 4, principal, todos los correligionarios y organismos del Partido que acrediten su identidad suficientemente.

A los delegados les será preciso para la asistencia al Congreso, su correspondiente credencial.

Se advierte que la Federación de Juventudes no enviará invitación alguna a particulares ni entidades, y cuantos las deseen deberán recogerlas en el local social de la misma.

A las cuatro de la tarde del mismo día 30, principio de las sesiones, que se celebrarán en el Ateneo Republicano Autonomista, calle Martí, núm. 5.

Por la noche del día 31, y en el mismo local, clausura del Congreso, a cargo de los ciudadanos Alejandro López, Teodoro López, Miguel Carmona, Angel Puig y Gerardo Carreres.

Todas las sesiones del Congreso serán públicas y los correligionarios que quieran presenciarlas se habrán de proveer de la correspondiente invitación en los locales de la Federación de Juventudes Autonomistas, plaza de Pellicers, 4, principal.

Una cuartilla a Blasco Ibáñez

«Magnífico, soberbio, extraordinario espectáculo el que prepara España y la República.

Al cielo de Valencia, al rumor grandioso de la muchedumbre conmovida, al desfile colorista de representaciones oficiales y comunidades políticas y de clase, no les faltará sino una pluma capaz de

reflejar en toda su grandeza tan estupenda escena.

La pluma ausente, viene a España dentro de una caja de muerto. Se llama: Vicente Blasco Ibáñez.

SANTIAGO ALBA.

Madrid 28 Octubre 1933.

Don Alejandro Lerroux, en Valencia

El ilustre ex presidente del Consejo, llegó ayer a las cinco y media de la tarde.

Ante la llegada del Maestro, el anuncio de la visita de don Alejandro Lerroux ha enfervorizado el sentimiento republicano de los blasquistas elevando su espíritu hacia el hombre que germinó con nuestro Maestro la auténtica ejecutoria revolucionaria de España.

Como se había anunciado, don Alejandro Lerroux llegó a Valencia en automóvil, alejándose en el Gobierno civil, donde el señor Aguilera Arjona le dispensa cálido

hospedaje. Acompaña al señor Lerroux su secretario señor Sánchez Fuster.

Desde el momento de su llegada fué visitadísimo por la representación del Partido de Unión Republicana Autonomista y demás entidades y comisiones del Partido.

En nombre del Consejo Federal del Partido de Unión Republicana Autonomista y de la Redacción de EL PUEBLO enviamos al ilustre republicano el testimonio de nuestra más acendrada admiración hacia el que simboliza la esperanza salvadora de la República Española.

Banquete a don Alejandro Lerroux

El Partido de Unión Republicana de Valencia, dará mañana, a las dos de la tarde, un banquete en el Club Náutico, al ilustre republicano don Alejandro Lerroux.

Los tickets se retiran en el Palace Hotel, en el Club Náutico y en la Secretaría del Partido.

IN MEMORIAM

«Tu duca, tu signore e tu maestro.» — DANTE.

Una de las primeras novelas por mí leídas, siendo muy niño, en el año de 1894, cuando acababa de ingresar en el Instituto, fué la que el inmortal escritor publicó con el título de «La Araña Negra». De entonces data mi admiración por Vicente Blasco Ibáñez, al que andando el tiempo, veinte años más tarde, había de conocer y tratar, llegando a unirme con él estrechos vínculos de afecto y amistad.

Galdós aparte, ningún escritor español contemporáneo me atraía tanto como Blasco Ibáñez. Hoy viven en mi espíritu, con una fuerza de peregrinidad que corresponde a lo hondo de las emociones entonces vividas, los recuerdos de las horas gloriosas que me proporcionaron las lecturas de «Arroz y Tartar», «Flor de Mayo», «La Barra», «Cañas y Barro», «Entre Naranjos», «La Catedral», «La Bodega» y «La Horda».

Cuando yo paladeé todo el delicioso sabor literario y admiré el enorme poder imaginativo del formidable Blasco Ibáñez, ya había podido formarme idea de lo que eran las obras de Maupassant y de Zola, de Ibsen y de Maeterlinck, de quienes se decía que influyeron sobre Blasco Ibáñez, los dos primeros con su realismo, los dos últimos con su simbolismo.

No he de entrar a discutir si es completamente feliz y acertada la opinión de los que ven en la obra de Blasco huellas claras y definidas de las influencias de aquellos cuatro grandes literatos.

Hombres de tan alto ingenio, de vocación literaria tan universalmente admirada, que en una época coinciden en las cumbres del arte, tienen, quierámoslo o no, que presentar analogías y afinidades emotivas y temperamentales literariamente, máxime si su sensibilidad tiene similitudes posibles.

Sin entrar por estas ruinas, algo arbitrarias y siempre movilizadas, de las analogías y de los recíprocos influjos entre los escritores de una época, yo quiero decir que Blasco Ibáñez, como escritor realista tiene aciertos que nadie supera, y que en su simbolismo llegó al ápice de la originalidad y del acierto.

Además, tenía Blasco Ibáñez, en mi modesto sentir como una de sus supremas dotes literarias, un alma tan clara y una conciencia tan abierta, que en todo lo que escribía hay siempre una luz interior, una llama diáfana, irradiadora de nitideces, que en él, en su estilo, los colores morales, los tintes espirituales toman una intensidad deslumbradora.

Aquel mago de la pluma, tan poco preocupado del estilo, que captaba los espíritus más selectos y aun los que le eran más hostiles, ¡con qué cierta maestría sabía llegar también a través de toda la delicada riqueza de sus inagotables recursos imaginativos al corazón del pueblo, haciéndole vibrar de emoción cuando se encontraba esotérico, con magnífico verismo, en aquellas inspiradas y deslumbradoras composiciones, donde mezclaba al señorito y al pobre, al cultivador y al proletario, al marino y al cazador, al huertano y a las mozas, al magnate católico y al humilde pastor de almas, al ruin y cruel menestral y al noble y abnegado educador de los hijos del pueblo.

Blasco, novelista de altísima alcurnia, que mereció el honor incomparable de ser el segundo elegido entre los diez mejores escritores del mundo en el plebiscito abierto en 1924 por la «Revista Internacional del Libro», en Nueva York, deja una obra que puede hacer cara a todos los vejamenes y odios del tiempo y merecerá los honores de la perpetuidad y la admiración de la crítica literaria futura.

Blasco Ibáñez, hombre liberal y espíritu democrático, amaba a Francia, admiraba su temple, idolatraba

ba su genio, veneraba su historia y sentía adoración por la obra formidable del gran pueblo hermano, progenitor de todos los regímenes humanos y progresivos del mundo moderno.

Estalló la guerra y Blasco Ibáñez, arrastrado por estos amores y estos fervores hacia Francia, poniendo al servicio de la defensa de su causa todos los inmensos tesoros de su temperamento, todos los ímpetus de su inteligencia, todos los ímpulsos de su fantasía, toda la devoción de su voluntad creadora y dinámica, hizo aquella campaña generosa y abnegada que merecerá de Francia gratitudes y reconocimiento eternos.

Escribió, como síntesis de todas aquellas terribles emociones, que la alegría y el dolor, la desesperanza y la fe, el miedo a la derrota y la confianza en la victoria fueron sedimentando en su espíritu; escribió, repetimos, «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», la novela más leída y más admirada de su tiempo, gigantesco triunfo del hombre que en grado sublime derrochó el inagotable tesoro de su temperamento artístico y político. Aquella victoria literaria, sin precedentes en la historia de los escritores patrios contemporáneos, constituyó el premio que tenía merecido de incomparable novelista, el democrático insigne, el formidable liberal. Fué una apoteosis universal al artista y al político.

«Mare Nostrum» y «La historia de la guerra europea», son en cierto modo, esencialmente, destellos del mismo espíritu, que tiene como supremo afán dar al mundo la prueba de que el uso de la fuerza sólo es lícito cuando está al servicio del Derecho—causa de los aliados—y que es el más grande crimen de lesa humanidad poner la violencia al servicio de la opresión internacional, objetivo perseguido por los gobernantes alemanes. Esta tesis la sirvió Blasco con el arrollador empuje de un fanático que todo lo sacrifica a sus creencias y a sus dogmas.

«El militarismo mejicano», tan discutido; «Los enemigos de la mujer», magnífica y esplendorosa explosión de un alma artísticamente trágica; «El Papa del Mar», cautivadora y brillantísima producción de un espíritu ponderado y sereno, como jamás Blasco Ibáñez se había mostrado; «A los pies de Venus», canto seductor del poder inmenso del genio levantino en esas feras que nadie había escalado y donde llegaron los Borgias con una audacia y un poder que nadie superó; «En busca del Gran Khan», donde la fuerza narrativa alcanza niveles pocas veces conquistados por ningún escritor y donde el sentimiento patriótico mueve con soberano imperio la pluma de Blasco Ibáñez; en todas estas producciones se exterioriza y afirma la exuberancia magnífica, el poder prolífico y fecundo; la maravillosa fuerza narrativa; el ímpetu creador del gran novelista, que posee dotes singularísimas de biógrafo, de historiador, de crítico, de cuentista y narrador, siempre fácil, siempre espontáneo, siempre diáfano y sugestivo.

La tierra valenciana, como el espíritu de su gran hijo, gloriosa, iluminada, ubérrima y bellísima, al recoger en su seno maternal los restos de Blasco Ibáñez, al recobrar algo tan suyo, tan querido y tan admirado, podrá repetir la frase magnífica de Dante: «Tu deca, tu signore e tu maestro».

AUGUSTO BARCIA

Fábrica de

Pinzas de madera

para la ropa

En cajas y a granel—Hilos de fantasía

F. Alemany-Palerna

Valencia

Espectáculos

Teatro Principal

GRANDES ESPECTÁCULOS
RAMBAL

HOY DOMINGO

A las 3'15 y seis tarde:

Las tribulaciones de un chino en China

Noche: No hay función.

Mañana, a las 3'30 y 6'15 tarde:
«Las tribulaciones de un chino en China».
A las 10'15 noche: función homenaje a la memoria del glorioso novelista DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, con su célebre obra «Los cuatro jinetes del Apocalipsis».

Teatro Libertad

(Antes Princesa)

HOY DOMINGO

De 3'30 tarde a 12'30 noche

Homenaje a la memoria de

D. Vicente Blasco Ibáñez

Los cuatro jinetes del Apocalipsis

Por Rodolfo Valentino, obra predilecta de D. Vicente Blasco Ibáñez

Te quiero, Anita

Mañana lunes: El grandioso drama

«Don Juan Tenorio».

APOLO

Hoy domingo, tres funciones

3'30 6'30 10'30

tarde tarde noche

DESPEDIDA del famoso caricato

Ramper

y su espectáculo.

DIEZ atracciones, DIEZ

The 10 Chocolat

López Orchestre

Orquestina ramperiana

Teatro Ruzata

COMPANIA DE REVISTAS

A las 3'15 de la tarde:

LAS FALDAS

A las 6'15 de la tarde:

Las Faldas

A las 10'30 de la noche:

LAS FALDAS

ESLAVA

COMPANIA DE COMEDIAS

López Heredia-Asquerino

Hoy, tres funciones

A las 3'30 y 6'15 tarde:

La aventura del coche

A las 10'15 noche:

Una gran señora

Desfile de modelos en escena

Mañana, TRES funciones.

Mañana, populares.

Mañana, a las 10'15 noche:

Era una vez en Bigdad...

Láminas de «Las mil y una noches», en

tres actos, de don Eduardo Marquina

— CINE SONORO

MOULIN ROUGE

Calle Patria y Hugu (Esquina Cádiz)

Hoy continua desde las 3'30 tarde

Tonto de capite

Diversión a comedia, por Jack Oakie

DIBUJOS SONOROS

El hombre que asesinó

Totalmente hablada en español, por

Rosita Moreno y Ricardo Puga

Precios económicos

Cine Versailles

Donde mejor se oye

Hoy, de 3'30 tarde a 12'30 noche

DIBUJOS SONOROS

Aniakchak

La mejor película documental, explicada

en español

De parranda

por Reginald Denny

Susan Lenón

Drama, por Greta Garbo

Mañana, programa bomba:

Camarotes de lujo

En español

Al despertar

Por Ramón Navarro

Suerte de marino

Por Narizotas

COLISEUM

Hoy, a las 3'15 y 9'15 noche

GRANDIOSO PROGRAMA

Ave del Paraíso

Por Dolores del Río y

Joel Mc Cre

Película de gran éxito

El malvado Zaroff

Fay Wray - Joel Mc Cre - Leslie Banks

La película de más emoción e

intriga, presentada hasta la fecha

Completarán programa: Una cómica, un Falso Noticiero y un dibujo

—

GRAN TEATRO

Programa para hoy, 3'30 tarde:

La preciosa comedia

Mi amigo de la India

Franklin y Elinor Fair

Sinfonía en el bosque

Dibujos animados

La producción española

RAZA DE HIDALGOS

Dirigida e interpretada por Tony D'Al-

gy y secundado por Elena D'Algy y

José Nieto

9'30 noche:

Dentista musical

Mi amigo de la India

Sinfonía en el bosque

NOTICARIO FOX

Raza de hidalgos

Mañana lunes: Inauguración del

CINE SONORO

Extraordinario programa:

Sinfonía por la orquesta

NOTICARIO FOX

(Información municipal)

¡Qué ho esté!

(Comica dialogada)

Un asunto de sport

Pieles rojas

Dibujos animados

Sinfonía por la orquesta

Estreno de la monumental película

MATER DOLOROSA

La película de las madres. HABLADA

EN ESPAÑOL Dirección de

ABEL GANTÉ

BA-TA-CLAN

Music-Hall - Cabaret - Dancing - American

bar - Gran pista luminosa - Dirección: J. Lili

VARIETES - HOY - FRIVOLIDAD

Gran programa, exitazo de ANTONITA HERNANDEZ, EVA SEGURA,

CUSTODIA REY, CARMEN DE GRANADA y la sugestiva **PEPIÑA**

FONS. Día 2, REVISTAS CACHAVERA. Cabaret, dos orquestas, dos

y Caruso negro.—Hoy, muchos debuts, entre ellos Rosalinda, C. Deza y

Marina López

—

VALLEJO

Hoy domingo, 3'30 tarde — Final campeonato regional

Levante - Gimnástico

Entrada, tres pesetas

—

EDEN CONCERT

MUSIC-HALL - El mejor cabaret de España

Todos los días, cuatro tarde y diez noche, el más selecto programa de variedades

Exitoso grandioso de las estrellas:

Fina Rosita Vera Solita

Vallés Vallés Orlova Navarro

De 12'30 a cuatro: DOLZ-BAND-CLUB, la orquestina de moda

—

Próximamente:

Inauguración del magnífico

Frontón Valenciano

Calle General San Martín Teléfono 15.154

—

Plaza de Toros

Hoy domingo, a las 3'30 de la tarde:

Seis toros de Darnaude

para los diestros

ño de la Palma, Torres y Pinturas

—

LIRICO Hoy domingo 29

A las cuatro, a las 6'15 (numerada) y diez noche.

ULTIMO DIA

MELODIA DE ARRABAL

EN ESPAÑOL

Imperio Argentina y Carlos Gardel

Gran Teatro

Mañana lunes

Inauguración del CINE SONORO

ESTRENO de la monumental película HABLADA EN ESPAÑOL

MATER DOLOROSA

La película de las madres — La de las grandes emociones

APOLLO

A las cuatro y 6'15 tarde (especial

numerada) y diez noche:

ULTIMO DIA

¡Todos para uno!

¡Uno para todos!

Esta es la divisa de

—

Los Tres

Salsqueteros

BLANCA MONTE

AIME SIMON GIRARD

VISION SONORA

SEGUNDA OBRA DE

ALEJANDRO DUMAS

—

Nueva edición sonora

DIALOGADA EN ESPAÑOL

Desde las once se despachan localidades para la especial numerada de hoy.

Mañana lunes, estreno:

El alma del rascacielo

Por Warren William Mauren O'Sullivan

—

OLYMPIA

HOY DOMINGO — PROGRAMA

Sesión cuatro tarde, popular; 6'15 tarde,

numerada y 10'15 noche

NOTICARIO FOX

Trade Mickey

(Dibujos)

Reportaje de

El glorioso vuestro

de Barberán y Collar

Información exacta y completa de todos

los trabajos realizados en la búsqueda

de los gloriosos aviadores españoles

BAJUBICAN Y COLLAR, así como también todos los actos realizados

por la colonia española en México.

Manifestación cívica, discursos, etc. etc.

GRANDIOSO EXITO

Filmófono presenta a Jacqueline

Francell y Roger Treville, en la grandiosa

síntesis comedia musical

—

¡Rápteme usted!

¡Risa continual

Hoy, último día de su proyección

MAÑANA LUNES

Gran acontecimiento:

CABALGATA

Hablada en español

Véase anuncio extraordinario.

—

Nostre Teatre

Compañía de comedias valencianas

A las seis tarde:

KIKI

Aventuras de Colilla y su pato

Banderilla

A las 6'15 tarde:

Pare vuestro la burra, amig

y Lo nostre

A las 10'15 noche:

Lo nostre y

Pare vuestro la burra, amig

—

Cine Ideal

SONORO WESTERN ELECTRIC

Hoy, de 3'30 a 9'15

El beso redentor

Emocionante película de largo metraje

totalmente hablada en español, por

Charles Farrell

El tigre del mar Negro

Extraordinaria producción, totalmente

hablada en español, por George Ban-

croft

Una película cómica

Noche, a las 9'15, especial:

Doncella particular

Película sonora de largo metraje

El beso redentor

El tigre del mar Negro

Mañana: «Juego de pillos» (Sonoro);

«La indecible», hablada en español

y «Congorilla», documental película, to-

talmente explicada en español.

MAÑANA

Hoy, a las 3'30 y a las diez

Colosal programa U. F. A.

Dos corazones

y un latido

Opereta interpretada por Lilian

Harvey y Henry Garat

Tumultos

Intenso drama por Florelle y Jean

Eoyer. Completarán el programa

otras películas cortas

Mañana lunes: «Los hijos de los

gansters» y «Tras la máscara».

Ante la llegada de los restos del Maestro

A LOS VIEJOS FEDERALES DE 1873

Se convoca a todos los viejos republicanos federales, supervivientes a la República de 1873 para el viernes, a las cuatro de la tarde, en el local interior de la Lonja, ángulo de la derecha, junto a la puerta principal recayente a la plaza del Mercado para que juntos rindamos tributo de veneración y respeto a los restos mortales de don Vicente Blasco Ibáñez, dando con ello prueba de que no olvidamos al que compartió con nosotros las luchas de mayor agitación en el pasado siglo, cuando llenos de entusiasmos juveniles nos sonreía los albores de una nueva República.

Viejos federales, no faltéis; es un deber que estamos obligados a rendir, ya que nos cupo la suerte de sobrevivirle y con ello damos prueba de que no le olvidamos y es para nosotros sagrada su memoria.—Gustavo A. Sorní.

REPRESENTACION DE ALMERIA

Han llegado a nuestra ciudad los miembros del Comité radical de Almería, don Eugenio de Bustos, don Manuel García del Pino y don Serafín Ramírez. Les acompañan los candidatos señores Seguí y Vega de la Iglesia y treinta correligionarios más de la bella capital andaluza, a la que representarán en el homenaje a Blasco Ibáñez.

UNA OBRA DE ARTE DE CAUSAS

En el importante establecimiento de la Casa Gil, de la Avenida de Blasco Ibáñez, está llamando poderosamente la atención una gran placa en relieve del Maestro magistralmente modelada por el notable escultor don Luis Causarás, fundada en bronce de tamaño natural. La placa va encastrada en un rico marco de roble. Tan espléndida obra de arte, propia para decorar corporaciones y centros del partido, se vende al precio de cuatrocientas pesetas, precio módico considerando la belleza y perfección de esta obra escultórica.

ESCUELA DE CERAMICA DE MANIS

Como adhesión a la solemnidad de la semana dedicada a la memoria del insigne novelista don Vicente Blasco Ibáñez, el claustro de profesores de la referida Escuela ha organizado una exposición de trabajos escolares durante aquella semana, ya que por el Rectorado han sido declarados festivos los días del 29 de Octubre al 6 de Noviembre.

Esta exposición podrá ser visitada por el público los días laborables de once a una y de cuatro a siete.

MAS ADHESIONES

Continúan recibiendo adhesiones de todos los puntos de España. Las recibidas hoy son las siguientes: Caja de Previsión Social del Reino de Valencia. Alcalde de Jerez de los Caballeros. Alcalde de Coruña. Ayuntamiento de La Unión (Murcia). Alcalde y Ayuntamiento y veintidós de Carrión. Ayuntamiento de Cuatrecasas. Partido Radical de Peraleda del Zanco (Badajoz). Comité Republicano Radical de Tordesillas (Valladolid). Sindicato Mejoras de Aguas de Rota (Cádiz). Unión Patronal de Peluqueros Barbaños. Presidente Comité local Cruz Roja, nombre entidad. Ayuntamiento de Tormel. Ayuntamiento de Alcaira. Ieneo Castellonense de Barcelona. Sociedad Republicana Radical de Pego. Ayuntamiento de Galaroza (Sevilla).

Niños de la Escuela Graduada Lora de Breda, de Madrid. Ayuntamiento de Almazora y asistido en Corporación con banda municipal. Don Policarpo Rodríguez de Fuenllana (Madrid). Señores Gil Márquez Gay de Santa Isabel (Fernando Pío). Ayuntamiento de Estivella. Ayuntamiento de El Espinar (Segovia). Del señor Arbunés, de Uncastillo (Zaragoza).

De los vecinos de la calle de Blasco Ibáñez, de Huelva. Cecilio Pla, de Madrid. Banda Blasco Ibáñez, de Narbonne (Francia). Banda del Ateneo Musical Giner, de Llaure. De Argamasilla de Calatrava, el presidente del comité radical, don Julián Belmonte y secretario don Sandalo Recuerdo. Del Partido Radical de Valdecañas (Madrid), su presidente don José Lillo y el concejal don Natalio Rubio. Don Juan Revilla, de Sevilla. Doctor Millares, de Gibralfón. Comité de Unión Republicana de Radelecofer.

El Ayuntamiento de Denia, que asistirá en Corporación, con bandera.

Partido Radical de Burriana, que desplaza una numerosa comisión de sus asociados.

El Municipio de Isla de Cristina (Huelva).

De Barcelona han enviado tarjetas de adhesión los admiradores del Maestro José Saus, Arturo Buendía Iglesias, Pablo Gil Martínez, José Llinars Ibars, Mariano Ariño, Juan Valero López, Vicente Boadella, Enrique Bernaldo de Quirós, José Vidal Elvira y el periodista Luis Marsillach.

Enrique Malboysson, en Valencia

Jubilosamente hemos recibido a nuestro entrañable don Enrique Malboysson, gobernador civil de Huelva, que no ha querido dejar estos días sin vivirlos con nosotros. Enrique Malboysson, que en su corta permanencia al frente del Gobierno civil de Huelva, ha ahondado con su simpatía y leal republicanismo en los fervores de la masa izquierdista de la liberal capital andaluza, trae la representación de la Asociación de la Prensa de Huelva, del partido federal, del Partido Radical y del Grupo Librepensador Minerva, que tan calurosa acogida ha dispensado al espíritu laico de Malboysson, enalteciendo su obra librepensadora.

La estancia de Enrique Malboysson entre nosotros, en estos momentos, tiene la singular muestra de la exaltación que siempre brinda la Redacción de EL PUEBLO a su glorioso Maestro.

Federación de Juventudes

Interesantísimo

Se advierte a todos que habiéndose agotado el billete para el acto del teatro Apolo, sintiéndolo y contra sus deseos el Consejo Federal de la Federación se ve imposibilitado de atender toda clase de peticiones.

Los congresistas tienen reservadas sus entradas en el local social, plaza Pellicers, 4, principal, donde las podrán recoger hoy, de seis a diez noche.

Conferencia

CENTRO REPUBLICANO AUTONOMISTA EL IDEAL DE BURJASOT

El día 1.º del próximo mes de Noviembre se dará una conferencia en este centro a la memoria de don Vicente Blasco Ibáñez, a las diez de la noche.

El ex ministro de Trabajo, don Ricardo Samper, está encargado de tan importante conferencia.

ALBUFERA

Se pone en conocimiento de los señores abonados al Lago y afición en general, que hasta el día 10 de Noviembre próximo no se reanudarán las tiradas que se vienen celebrando, por creer conveniente se folgue hasta dicha fecha. — El arrendatario.

Delegación de Tráfico

Los propietarios de autobuses autorizados por este Ayuntamiento para efectuar transporte de pasajeros en alguna de las líneas urbanas, que deseen prestar el del Cementerio durante los días 31 del corriente y 1 y 2 del próximo Noviembre, se les previene han de pasar por el negociado de Tráfico para proveer del correspondiente cartel indicador, sin el cual no se permitirá prestar dicho servicio.

Este servicio se prestará desde la plaza de Emilio Castelar al Cementerio. — El delegado de Tráfico, Porta.



Teatrales

TEATRO LIBERTAD

Cine sonoro

Hoy domingo, de 3.30 tarde a 12.30 noche, sesión continua de cine sonoro.

Se proyectará el interesante film «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», gran homenaje a la memoria del insigne patriótico y famoso libertario nuestro paisano el inolvidable don Vicente Blasco Ibáñez; completarán el programa otras películas.

Mañana lunes, primera representación del famoso drama «Don Juan Tenorio».

Ante el micrófono de Unión Radio Valencia

Doña Libertad Blasco

Con el tema «Blasco Ibáñez y la música», cerró el ciclo de conferencias organizadas por Unión Radio Valencia anoche la hija del Maestro, doña Libertad Blasco.

Trabajo lleno de emotividad el suyo, hizo vivir a los radioyentes instantes de magnífica intimidad, describiendo la impresión que en el Maestro causaban sus motivos básicos de inspiración: la música y el mar.

Con frase acertada fué repasando la existencia de Blasco Ibáñez en su relación con tales motivos inspiradores, desfilando la evocación de Sorolla, de Giner, de aquel café de España donde comenzara a darse a conocer la música de Wagner, para culminar el gran amor del Maestro en este genio de la música y de Beethoven, pasando por Schubert.

Cita el efecto que a Blasco Ibáñez le producía la novena Sinfonía y cómo tenía siempre entre sus labios el Canto a la primavera de la «Walkyria».

Finalizó su bella disertación doña Libertad ofreciendo este ramillete de recuerdos a la memoria de su padre.

Tras la conferencia se radiaron fragmentos de las obras citadas.

Sucesos

ATROPELLADO Y MUERTO POR UNA LOCOMOTORA

En el paso a nivel de la calle de Juncal, vía férrea de Barcelona, una locomotora en maniobras arrolló a un anciano que imprudentemente se aventuró a cruzar la vía.

El golpe fué tremendo y el cuerpo de la desgraciada víctima de este suceso salió despedido a larga distancia, quedando muerto en el acto.

La víctima es Ernesto Gascón Gómez, de 69 años, domiciliado en la calle de El Porvenir (Carrer de Encorts).

El juzgado de guardia instruyó diligencias.

LOS LADRONES TRABAJAN

Un «bicicléptomano» se apoderó de la bicicleta que Alberto Llop Belenguier abandonó por algunos momentos en la Avenida de Navarro Reverter.

En un establecimiento de accesorios para autos, situado en la calle de Colón, número 44, penetraron ladrones, llevándose cinco cubiertas.

Miguel Martínez Penado, de 32 años, natural de Córdoba, se apoderó en el caballete de don Melchor Engrux de cuatro cajas con botes llenos de tomate en conserva.

La guardia civil practicó su detención.

INCENDIO EN UN CINE

En el momento de cerrar nuestra edición, recibimos la noticia de que en el cine Ideal de Benimámet se había declarado un incendio, ignorándose si el fuego había adquirido importancia.

Los bomberos salieron en aquella dirección.

GUARDAPOLVOS

Los mejores. Barato de Gracia.

Mundial Cinema

Maestro Aguilar, 31—Tr. n.º 6 y 7, a la port.—Cine sonoro

Hoy, se íón continua, de 8 a las 3.30:

El misterio Trasatlántico

Drama policíaco

ATLANTIDA

Por Brigi e Helm

La novia de Escocia

Opereta, por Marta Eggerth

Juego de pelota (Libujos)

Mañana:

Sueño dorado

Por L. H. Harvey y Henri Garat

La escuadrilla descha

Por Richard Dix

Ayer se verificó la botadura del buque petrolero «Campillo» y la puesta del primer remache del transporte «A» con destino a Méjico

LLEGA EL VICEALMIRANTE CERVERA

A las ocho y media de la mañana de ayer llegó, procedente de Cartagena, el destructor «Almirante Valdés», que lleva a bordo al jefe del Departamento de Cartagena, vicealmirante Cervera y al ayudante de éste, su hijo señor Cervera.

El «Almirante Valdés» viene comandado por el capitán de navío señor Gámez.

LA BOTADURA

Como se había anunciado, alrededor de las once se procedió a la botadura del buque petrolero «Campillo», de la Campsa.

Asistió numeroso público, que presenció el acto desde los muelles, y también el interior de los Astilleros estaba lleno de invitados.

El acto revestió una gran solemnidad, y el buque entró en el mar a los sonos de «Lo cant del valencià», interpretado por la banda del Ateneo Musical.

La madrina, la simpática señorita Ana María Gárnica, hija del presidente del Consejo de administración de la Campsa, rompió la simbólica botella de Champán contra la quilla del buque, desfilándose éste majestuosamente por la grada, en medio de grandes aplausos y estruendosas tracas.

Asistieron al acto doña Elena de Ortíz, viuda de don Vicente Blasco Ibáñez; la princesa Lwoff, el Comité pro traslado de los restos de Blasco Ibáñez de Menton, ex alcalde de esta ciudad, todas las autoridades de Valencia, el vicealmirante señor Cervera, comandante del destructor «Almirante Valdés», varias personalidades madrileñas y don Pedro Gárnica, presidente del Consejo de administración de la Campsa.

Hicieron los honores a los invitados don Manuel Soto Redondo, consejero delegado de la Unión Naval de Levante; don José Alfaro, director de los Astilleros, alto personal de la Unión Naval.

Poco después de la botadura del «Campillo» tuvo lugar la puesta del primer remache en la quilla del transporte «A» con destino a la República de Méjico.

Este transporte constituye la construcción número 23 de los Astilleros.

Actuó de madrina la bella señorita Pepita Lambies, hija del Alcaide de Valencia.

CARACTERÍSTICAS DE LOS BUQUES

Las características del «Campillo», son:

Esora, 10'58 metros.

Manga, 16'46.

Puntal, 7'01.

Desplaza 4.500 toneladas de peso muerto y 7.275 con carga. Desarrolla una velocidad en carga de once nudos y medio.

Tiene dos motores Diesel, directamente reversibles, que desarrollan una potencia total de 1.950 caballos.

Lleva el número 22 de construcciones de los Astilleros.

El transporte «A», tiene 91'75 metros de eslora.

12'20 de manga.

5'15 de puntal, y desplaza 1.950 toneladas.

UN OBSEQUIO DE LA UNION NAVAL DE LEVANTE

Terminado el acto de colocar el remache al transporte «A», la Unión Naval obsequió a sus invitados con un espléndido lunch.

Fuó servido éste por Wodka en el mismo local de los Astilleros.

Poco más tarde el obsequio también con un banquete en el Club Náutico, servido por Tormo, con su acostumbrada esmerulidad, y en el que ha reinado la más sana alegría.

ESPECIFICOS

FARMACIA BARONA

Sorní, 1.—Teléfono 10.626

HOY DOMINGO, LA FARMACIA DE LA MORERA, BARCAS, 13, ESTARÁ ABIERTA TODO EL DÍA Y TODA LA NOCHE, PRESTANDO SERVICIO TODA LA DEPENDENCIA.

Las farmacias de guardia para hoy

Farmacias que permanecerán de guardia desde las nueve de la mañana de hoy hasta la misma hora del día siguiente:

Turno sexto:

Plaza Maestro Ripoll, 1 y 3,

don Rafael Sorní.

Avenida 14 de Abril, 34, don

Benjamin Tena.

Almirante Cadarso, 10, don Antonio Beaus.

Colón, 42, doña Vicenta Martínez.

Pi y Margall, 10, doña Amelia

Gabriel.

Barcas, 13, don Luis Loras.

Salvador, 15, señora viuda de

Moscardó.

Plaza Calatrava, 2, don Ramón

Moreno.

Cuarte, 141, don Nicolás Bu-

gada.

Camino de Jesús, 104, don Do-

mingo Pozuelo.

Angeles, 8, don José Arnaldos.

Maestro Clavé, 16 (Olympia),

don Vicente Sales.

Sombrerera, 5 (Sta. Catalina),

don Francisco Selma.

Luis Morote, 21, señora viuda

de don Porfirio Ruiz.

Pintor Domingo, 45, don José

María Espí.

Barriada de Sagunto:

Sagunto, 63, don Indalecio Al-

menar.

Turno segundo. — Poblados

marítimos:

Avenida Puerto, 269, don Leo-

poldo Ciurana.

Libertad, 132, don Luis Burge-

ño Velasco.

Escalante, 264, don Fernando

Lahiguera.

LA VASELINA DEL DR. GREUS

Purísima y garantizada

Farmacia plaza Santa Catalina, 4

PASTILLAS PECTORALES DOCTOR MOLINER, curan radicalmente la TOS. Una peseta caja

Deportes

La última jornada de los campeonatos regionales

Esta tarde se jugará la última jornada de los campeonatos regionales, con los siguientes partidos:

Gimnástico-Levante, árbitro Os-

talé.

Valencia-Gimnástico (reservas).

Oviedo F. C.-Stadium Avilesino.

Sporting-Club Gijón.

Santaña-D. Torrelavega.

Eclipse-D. Naval.

Athletic-Betis Balompié.

Club Deportivo-Valladolid.

Sevilla F. C.-Madrid F. C.

C. D. Español-Granollers.

C. D. Sabadell-Gerona.

Júpiter-Badajona.

Palafreugell-Barcelona.

Unión-C. D. Coruña.

Racing Ferrolano-Eiríña.

Galicia-Club Celta.

Donostia-Zaragoza.

Logroño-Unión Irún.

Tolosa F. C.-C. A. Osasuna.

Murcia F. C.-Hércules.

Cartagena-Imperial.

Elche-Gimnástico.

C. D. Alavés-Baracaldo.

Arenas-Athletic Club.

Para el miércoles (día 1):

Badajona-Palafreugell.

Barcelona-Sabadell.

Júpiter-Granollers.

Gerona-C. D. Español.

Salón Novedades

Compañía

Sarah Ribera - Beatriz Cerrillo

A las 5.15 tarde:

Las píldoras de Hércules

A las 7.15 y 9.45:

La Presidenta

A las 11.30 de la noche:

Las píldoras de Hércules

Mañana, estreno: «Las amorosas».

EL MEJOR TUBO. 60 0308

a 6.50 el ki o, todas clases, en la acreditada fábrica de la calle de Salinas, 6, travesía de la de Caballeros.

Mañana lunes: ESTRENO



NOTA.—A petición del público y para evitar las molestias que lleva consigo la aglomeración, desde las once de la mañana se despachan en contaduría localidades para las sesiones numeradas del día del estreno.



GIZALORES Armería Espléndida

Cartuchos garantizados más baratos que nadie. Las escopetas no se venden, se regalan. — Hechiz, a 120 pesetas

Platina entera, 150; más barato que en fábrica; todo garantizado, y no agrediendo la prueba, se admite cambio, sin afeitar el precio. Única casa que da todas las facilidades al cliente

Legítimas bicicletas ORBEA

Copas sport para premios

Plaza Rodrigo Bolel

RADIO

Madrid, Provincias y Extranjero

El sumario por desfalcó en la Caja General de Depósitos

El juzgado número 4, que inscribe sumario por desfalcó en la Caja General de Depósitos, del que se declaró responsable Ormaechea, ha entregado las diligencias al juzgado número 14, que tiene abierto sumario por irregularidades en el mismo centro.

Hoy declararon varios altos empleados del ministerio. Para dentro de breves días se anuncian resoluciones de importancia.

Parece comprobado que el desfalcó no tiene relación alguna con las irregularidades de que antes se habla.

Un interesante artículo sobre el problema naranjero

«El Sol» publica un interesante artículo sobre la cuestión naranjera, del que entresacamos los siguientes párrafos:

«Realmente se ha dado cuenta el Gobierno de la magnitud del problema de la naranja? ¿Han advertido los levantados la magnitud del abismo que se abre ante sus ojos?»

El abandono puede decirse que es total. Hace dos años, se constituyó en Valencia, como resumen de distintas asambleas, una ponencia que redactó un proyecto de reivindicaciones mínimas, pero éste, aparte de todos los esfuerzos, no es más que un estudio técnico, que no es precisamente lo que hace falta, sino actos dinámicos, seguidos por una acción enérgica y resuelta, que aborde las soluciones prácticas.

Dice que no se conoce exactamente a qué altura están las negociaciones entabladas por nuestro país con Francia. Ignoramos si se han entablado con Bélgica, Holanda e Inglaterra, pero estamos seguros de que no se logrará salvar los obstáculos que surjan, y únicamente se obtendrá un arreglo provisional y transitorio.

Pregunta al final del artículo si Valencia ha hecho, si hará Valencia y Levante, toda la presión necesaria para que con presteza se acuda a salvar el pan de una región laboriosa, digna de interés, y que representa la más firme columna de la economía patria.

Lo que dijo el ministro de la Gobernación

Este mediodía, el ministro de la Gobernación, en su conversación con los periodistas, les dijo que en la provincia de Cáceres, en el pueblo de Alcántara, se registró un hecho desagradable.

Unos 70 individuos asaltaron la ganadería de Bernáldez, apoderándose de varias cabezas, de las que han sido recuperadas unas 20 reses, pero muertas.

Se han tomado medidas para detener a los autores del hecho.

De la huelga del ramo de la construcción, dijo continúan las gestiones entre patronos y obreros. Las gestiones las lleva el gobernador civil de Madrid, auxiliado por el delegado regional del Trabajo.

Esta tarde se reanudarán las gestiones.

Se han tomado ya varios acuerdos y los que restan se refieren exclusivamente a cuestiones de carácter económico.

Se le preguntó si había sido suspendido el mitin organizado por los fascistas, que había de celebrarse mañana en el teatro de la Comedia y dijo que no tenía ninguna noticia sobre ello.

Repitió lo que dijo anoche acerca de la propaganda electoral y fijación de carteles.

—Yo—dijo—sólo quiero evitar los abusos. Las elecciones son deporte, pero de juego limpio. He prohibido, como saben, la propaganda en las pantallas de cine, porque entiendo que no es propio alternar las cuestiones políticas con las recreativas.

El presupuesto del Clero

Con arreglo a los preceptos constitucionales, la existencia del presupuesto del Clero ha de estar ultimada en el plan de dos años, y como la Constitución fue promulgada el 9 de Diciembre de 1931, en igual fecha de este año vence el plazo fijado.

Basada en ella, el ministro de Justicia tiene redactada la disposición que ha de darle carácter ejecutivo.

Ahora bien, como debiera ser mediante una ley, y esto no es posible por estar cerrado el Parlamento, lo propuesto ha de ir a la Diputación permanente de las Cortes, mediante un decreto del Presidente de la República.

A esto obedece que la propuesta no haya ido hoy mismo al mencionado organismo.

Manifestaciones del señor Irarzo

El ministro de la Guerra recibió en su despacho ayer tarde a los periodistas, a quienes manifestó que en el Consejo se había aprobado una combinación de mandos militares que ha tenido por base el cargo de segundo jefe del Estado Mayor Central.

Añadió que hoy marcha a Valencia para asistir a la recepción de los restos de Blasco Ibáñez, y desde allí marchará a Marruecos, acompañando al Presidente de la República en su viaje al protectorado.

Se le preguntó si pensaba cubrir las vacantes de generales, y contestó que mantenía el criterio del Gobierno anterior, y que estas vacantes irían cubriéndose poco a poco con el personal procedente, no del curso de coronales que se ha celebrado recientemente, sino del anterior.

Luego se refirió el señor Irarzo a los comentarios hechos por algunos periódicos respecto a las visitas que recibió en Prisiones Militares, donde está arrestado el presidente del Casino de Clases, y lamentó que en ellos no se tenga en cuenta la necesidad de mantener las altas virtudes militares y no mezclar al ejército en ninguna de sus categorías, en cuestiones políticas.

Una nota del ministerio de Agricultura sobre el precio del trigo

En el ministerio de Agricultura han facilitado una nota que dirige el ministro a los gobernadores.

Dicha nota dice:

«El vigente decreto de 24 del corriente mes regulando el mercado de trigo y harinas, dispone en su artículo sexto que las secciones provinciales de Agricultura han de señalar el precio de las harinas panificables y en su consecuencia el del pan.

Para el mejor cumplimiento del precepto legal citado, por esa sección provincial de Agricultura han de señalar el precio de las harinas panificables y en su consecuencia el del pan.

Para el mejor cumplimiento del precepto legal citado, por esa sección provincial de Agricultura han de señalar el precio de las harinas panificables y en su consecuencia el del pan.

Primeramente. Como el precio de los trigos que ha de servir de base para el señalamiento del de las harinas en el mes de Noviembre próximo, es el que rige durante el de Octubre, la elevación de tasas autorizada por el decreto hoy vigente, no puede tenerse en cuenta al señalar el precio de las harinas para el referido Noviembre, máxime si se considera la obligación que tienen los fabricantes de harinas con arreglo al decreto de 15 de Noviembre de 1932 de tener un stock equivalente a 60 días de mouturación en turno de ocho horas, y como además el valor medio de la cotización del trigo durante el mes de Octubre han sido inferiores en el mercado a los que tiene este cereal en el de Septiembre anterior por haber sufrido una depreciación y vulnerado la tasa, el precio que por V. E. se fije a las harinas para el mes de Noviembre tendrá que ser forzosamente inferior al que rige en la actualidad para el corriente de Octubre.

Segundo. En el mercado y durante el presente mes de Octubre, el precio del subproducto ha tenido una mayor cotización que en el de Septiembre y en consecuencia el menor precio del trigo y el mayor alcanzado por el subproducto debiera reflejar necesariamente una baja en el precio actual de las harinas.

Tercero. Vigilará V. E. el precio que se señala al pan, no consintiendo, por las razones anteriormente expuestas, elevación en el precio de éstas, sino antes al contrario.

Como el de las harinas ha de ser forzosamente menor, se rebajará el precio del pan en la cuantía de la amonización de aquéllas.

Los servicios que se le encomiendan por la presente orden, deberán cumplimentarlos inmediatamente, no poniéndose en vigor hasta tanto que sean autorizados por este ministerio para lo cual, antes del primero de Noviembre próximo remitirá a este departamento, por telegrama, la propuesta de precios de harinas que se determine por V. E., especificando

precios de las harinas que regían para Octubre y precios que señala V. E. para Noviembre, reterrándole que en ningún caso se autorizará la alteración de precios de las harinas en el mes de Noviembre, sino antes al contrario, la rebaja de los que actualmente rigen y en su consecuencia el precio del pan.

Lo que comunico a V. E.—El ministro, Cirilo del Río.

El día en los ministerios

Guerra. — El ministro recibió al Consejo de Administración del Consorcio de Industrias Militares, a varios generales y otros. Marchará esta noche a Valencia.

Instrucción pública. — El señor Barón marchó esta mañana a Guipúzcoa, encargado por el Gobierno de visitar aquella región, para apreciar los daños causados por las últimas inundaciones.

Los incluidos en las listas adicionales del Censo tienen derecho al voto

La «Gaceta» ha publicado un decreto de la Presidencia del Consejo de ministros en el que se aclara la situación de los individuos incluidos en las listas adicionales del Censo, y que adquieren, por llegar a la edad precisa, la condición de electores el día 1 de Noviembre del año en curso.

Se resuelve que dichos individuos tienen derecho a la emisión del sufragio, y se decreta así:

«Artículo único. — Tienen derecho a la emisión del sufragio en las elecciones que han de celebrarse el día 19 de Noviembre próximo, y, por tanto, serán admitidos como electores todos los individuos incluidos en las listas adicionales del Censo electoral formado con arreglo a las prescripciones del decreto de 26 de Enero de 1932.»

Comentarios de la Prensa

«ABC».

Comentando la prohibición de la fijación de pasquines electorales, dice que en nombre de la libertad, no pueden imponerse los letrados que exclusivamente se refieren a hechos públicos e innegables.

Por fortuna, esa recordación impresa no es imprescindible, porque en el pensamiento del cuerpo electoral están presentes los hechos.

«Ahorra».

Dice que la España prudente y moderadamente conservadora, auténticamente conservadora, no puede ir arrastrada a una aventura por esos monárquicos disimulados y vergonzantes republicanos que la integran.

«La Libertad».

Dice que si se pretendieran movimientos de falsa índole social, medios legales hay para impedirlo, y si se tomara el camino del abuso de confianza, promoviendo la crisis, creemos que sin necesidad de nuevas consultas, en medio minuto se podría encontrar la solución.

«El Liberal».

Dice que si las derechas triunfaran, el triunfo estaría impregnado de la baba de la difamación, ya que lo flan todo a la calumnia y a la injuria.

«El Sol».

Se extraña de la suspensión de la información abierta sobre funcionamiento de jurados mixtos, y pregunta cuáles pueden haber sido los motivos de ello. Parece que la verdadera causa no es la expuesta en la nota facilitada por el ministro sino el acuerdo de la U. G. T.

Los periódicos y Blasco Ibáñez

El periódico «Luz» dedica esta noche su primera plana gráfica al homenaje a Vicente Blasco Ibáñez.

Inserta fotografías del acorazado que conduce a España los restos y en el centro, en ovalo, el retrato del insigne novelista.

El periódico «La Voz» dedica un sentido recuerdo a don Vicente Blasco Ibáñez con motivo del homenaje.

Después de resaltar el españolismo que reflejó siempre la obra de Blasco Ibáñez, dice que instaurada en España la República por la que tanto luchó aquel gran español, en la Prensa, en el Parlamento y en sus libros, era

obra inexcusable del nuevo régimen traer a nuestra tierra los restos de Blasco Ibáñez que así descansarán entre flores y entre naranjos, a orillas del Mare Nostrum y próximo a las barracas de la huerta que tanto amó.

«Ese fue su sueño; su último sueño de español y de valenciano. Descubramonos respetuosos al llegar a su Valencia y a España los restos del gran novelista y gran español y del republicano que tanto hizo por su patria que le debe muchos días de gloria, que tanto hizo por la República que se apresura a rendirle el obligado tributo de respeto, de consideración y de gratitud.»

Los que se cogen a las escaleras del Metro

El gobernador manifestó que después de una conferencia con el director general de Seguridad, había acordado retirar los pobres de las escaleras que dan entrada a las distintas vías del Metro.

Accidente de auto

Ferrol. — En la carretera de Viveros voló, por rotura de una rueda, una camioneta en que iban 14 viajeros y resultaron levemente heridos tres.

El tenor Fleta sufre un accidente de auto

Zaragoza. — En un viaje que hacía de Jaca a Ansó el tenor Miguel Fleta para filmar una escena de la película que se titulará «Miguelón», al pasar el automóvil que lo conducía por unos lugares muy peligrosos y tomar una curva muy pronunciada, se encontró con un rebano de ovejas.

Por no atropellar al pastor, el coche se estrelló contra un árbol, resultando Fleta con la fractura del hueso nasal, contusiones y magullamiento en diversas partes del cuerpo.

Por tal causa, la filmación de la película ha tenido que aplazarse.

Obreros agredidos

Logroño. — Cuando regresaban a Cenicero varios obreros que trabajaban en las obras de dicha zona, fueron agredidos a tiros por obreros sindicalistas, y resultaron muertos Manuel García y Vicente Mayor.

La agresión parece que se debe al conflicto existente en aquellas obras, donde hace días hubo un acto de sabotaje y fué despedido un obrero extremista.

La policía ha realizado registros en el Sindicato Único y ha efectuado numerosas detenciones de sindicalistas.

El juzgado ha dictado cuatro procesamiento.

El Estatuto vasco

Bilbao. — Anoche comenzó en los cines la propaganda del Estatuto.

El público lo acogió con manifestaciones enérgicas y multitudinarias los escándalos en todos los espectadores.

En la imprenta municipal se ha terminado la tirada de 600.000 ejemplares, que serán repartidos en las tres provincias por 1.200 jóvenes que se han prestado a ello.

El martes, por medio de la radio, el jefe del Gobierno pronunciará unas palabras expresando la simpatía del Gobierno por la autonomía vasca.

Confundidos los ofrecimientos de camiones y automóviles para el transporte de material de propaganda.

Definitivamente ha quedado ultimada la candidatura comunista por la circunscripción de Bilbao.

Cate-rático agredido

Alicante. — Anoche, cuando iba a su domicilio el cate-rático de Matemáticas, don Antonio Romero, fué agredido por el padre de un alumno, a quien el señor Romero maltrató en clase.

Le produjeron importantes heridas en la cabeza.

El director del Instituto, vistas las numerosas reclamaciones contra el señor Romero hechas por alumnos, puso el caso en conocimiento del rector del Distrito Universitario.

Extranjero

Disturbios en Cuba

Habana. — Dicen de Camagüey que han ocurrido desórdenes en una central azucarera, resultando muertos doce trabajadores y muchos heridos.

Los arrestados pasan de 300.

Estos incidentes han producido indignación entre los obreros. Se cree inminente una huelga general de adictos al comunismo. Patrullas fuerzas del ejército. Reina gran inquietud.

Las negociaciones con merciales con Francia

Paris. — Las negociaciones comerciales francoespañolas que comenzaron el día 3 de Octubre, se han reanudado esta tarde en el ministerio de Comercio.

Al frente de la delegación española figura el señor Badia, y la comisión francesa está presidida por el señor Bonneton Craponne, director de Acuerdos comerciales.

Como los intercambios entre los dos países están de continua regresión desde hace algunos meses, las negociaciones actuales tienden a facilitarlos y a aumentar su volumen.

La cuestión de la importación a Francia de vinos españoles y la entrada en España de automóviles franceses será la que especialmente retenga la atención de los negociadores.

Después de la solución de la crisis ministerial francesa

Paris. — En los alrededores del Palais Bourbon se ha notado gran animación en la tarde de ayer.

Ha sido fijada la fecha de presentación del Gobierno a la Cámara y lectura de la declaración ministerial para el 3 de Noviembre próximo.

El ministro de Hacienda monsieur Georges Bonnet, ha conferenciado largamente con el nuevo ministro de Presupuestos, Mr. Gardey.

Avisos de Corporaciones

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ABASTECIMIENTOS S. A.
Convocatoria

El Consejo de Administración convoca a junta general extraordinaria que se celebrará el día 14 del próximo mes de Noviembre, a las dieciséis horas, en el domicilio social, Cirilo Amorós, 28, bajo, para cubrir las vacantes y reorganización del mismo.

Los señores accionistas tendrán presentes las disposiciones del Estatuto para acrecentar el derecho de asistencia a la expresada junta.

Valencia 28 de Octubre de 1933.—P. A. del C. de A.: el presidente accidental, Vicente Noguera.

Partido de Unión Republicana Autonomista

Actos y conferencias

CIRCULO DE UNION REPUBLICANA AUTONOMISTA DE JATIVA

El martes próximo día 31 dará en este Casino, a las nueve de la noche, una conferencia sobre el tema «Responsabilidades por los sucesos de Jaca», el notable jurista don Francisco Rubio.

Dado el prestigio de que goza el conferenciante y lo interesante del tema elegido, ha de ser motivo para que el amplio local de este círculo esté invadido de selecto público que sepa apreciar las exquisitices de esta conferencia.

Tauromaquia

Gran corrida de toros para esta tarde

Esta tarde se celebrará la gran corrida de toros anunciada. En ella se lidiarán seis hermosos toros, escogidos de la acreditada ganadería de don Narciso Darnaud, que serán estoqueados por los aplaudidos diestros Niño de la Palma, Enrique Torres y Pinturas.

Para esta corrida regirán precios económicos, siendo el de las entradas generales de sombra cinco pesetas y las de sol, cuatro.

Dados todos estos alicientes, es de suponer que esta tarde acudirán los aficionados a presenciar esta interesante corrida de toros.

El espectáculo comenzará a las tres y media de la tarde.



EBANISTAS: Comprad

Chapas

Fernando Cortés
Angel Guimerá, 5 - Telef. 12823

Hah tratado del proyecto del Gobierno para, de una vez y definitivamente, restablecer el equilibrio presupuestario.

Conjuntamente con el proyecto se refuerza la situación monetaria y el crédito.

Han expresado de común acuerdo el mantener la actual situación privilegiada con referencia al franco.

La entrevista entre los dos ministros ha durado algo más de dos horas.

Complot contra el Gobierno mejicano

Méjico. — Se dice que han sido arrestados varios oficiales del ejército, por creerse complicados en un complot militar que se proponía derribar al Gobierno.

Cataluña

EL PRIMER NUMERO DE «RENOVACION»

Ha aparecido el primer número de «Renovación».

Publica unas cuartillas de Lerroux. Dice que «Renovación» viene a reanudar «El Progreso».

La dirección del periódico, en un editorial de salutación, aclara que su programa es el del Partido Radical. Añade que, recogiendo las palabras de Costa, los periódicos son el campo espiritual que la civilización no puede desarrollar sin libertad, y ésta está donde los liberales y demócratas pierden la fe en el ideal.

Dice que la revolución ha de ser obra nacional y no de odios de partido.

PERSONALIDADES CATALANAS A VALENCIA

Esta mañana salieron para Valencia Maciá, Santaló, Ayguadé y otras personalidades catalanas, para asistir a los actos que se celebren con motivo del traslado de los restos de Blasco Ibáñez.

PROPAGANDA ELECTORAL

Anoche se celebró en el teatro de la Alegria, en Tarrasa, un mitin, tomando parte Maciá, quien dijo que si los obreros no votasen a la Esquerra, favorecerían a las derechas. No obstante, si éstas triunfaran, la Esquerra seguiría su camino, pero él, personalmente, no estaría interesado en seguir su vida política, pues creería no merecer la confianza de los obreros.

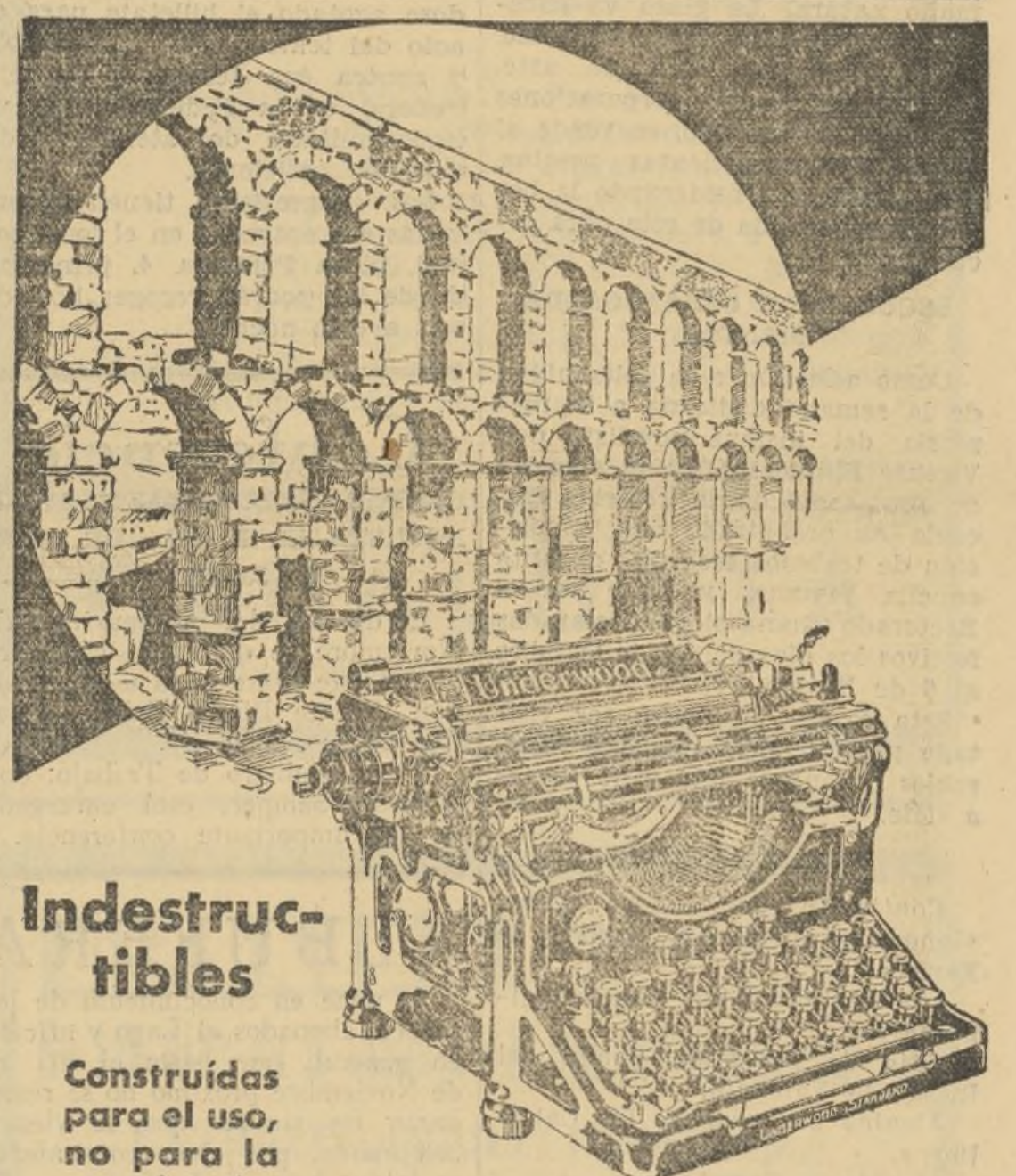
FRANCES ILUSTRE A VALENCIA

Esta mañana llegó el abogado francés Mr. Henry Torres, que defendió a Maciá con motivo de los sucesos de Prat.

Va a Valencia para asistir a la llegada de los restos de Blasco Ibáñez.

MANIFESTACIONES DE MACIA

Maciá, refiriéndose a las imputaciones que le hace «Solidaridad Obrera» en relación con el asalto a la imprenta de «El Be Negre», ha dicho que es conocida ya la declaración del hijo de Ayguadé, declarándose autor del hecho, y que por lo tanto no le parece correcto que sus adversarios continúen calumniándole.



Indestructibles
Construidas para el uso, no para la apariencia.

UNDERWOOD
Compañía Mecanográfica
GUILLERMO TRUNIGER S. A.
Paz, 40 — Valencia



Alimento poderoso, fuerte, perfecto.
PAQUETE 200 GRAMOS, UNA PESETA

LA BUENA GALLETA

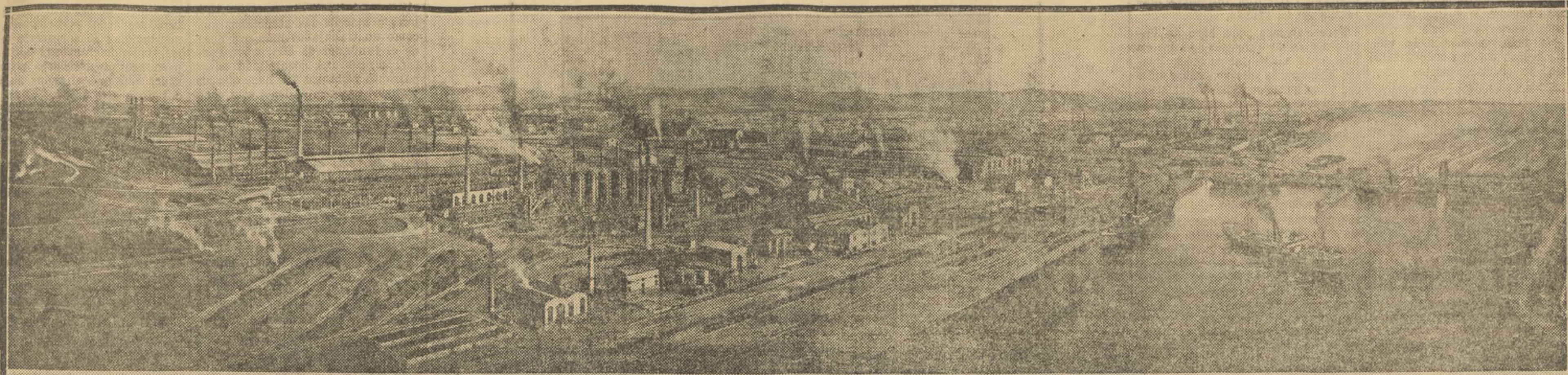
IMPORTANTISIMO

CASA DE LA DEMOCRACIA

Servicio rápido y económico de comidas para el día 29

Percatados los arrendatarios del café y restaurant de esta casa de la enorme afluencia de forasteros el día 29 y de lo difícil que ha de ser encontrar mesa y sillas en los restaurantes a la hora de comer, y con el fin de aminorar lo posible tal contratiempo, han decidido (aparte de su servicio extraordinario de restaurant), preparar más de 2.000 a modo de meriendas compuestas de entremeses, huevos, pescado, carne y jamón, postre y pan; habiendo dispuesto para ello los salones de las escuelas de esta misma casa, con más de trescientas mesas y cerca de mil sillas, donde debidamente sentado, se podrá comer y cuyos precios serán de 375 pesetas y 425 con botellita de vino, sin más gasto alguno.

La industria más importante de la región valenciana.-Su historia, su presente, su porvenir



COMPANIA SIDERURGICA DEL MEDITERRANEO SAGUNTO, ESPAÑA



VISTA GENERAL DE LA SIDERURGICA DEL MEDITERRANEO

En esta presentación de las más importantes industrias de la región valenciana, no podía dejar de figurar la que a nuestro juicio es la más importante, la que coloca a Valencia a la mayor altura, tanto por la bondad de sus productos como por la pujanza y brillantísimo historial.

Nuestro auto recorre el camino sin que podamos percibir más que a lo lejos el penacho de humo de los altos hornos en constante actividad, hasta que, tras una revuelta, nos hallamos

frente enterado, cuyos valiosos datos hoy integran nuestra información.

El mineral de hierro llega, desde el importante coto minero de Ojos Negros, por un ferrocarril

propio de la misma Compañía minera de 200 kilómetros de recorrido, y se distribuye a su llegada a Sagunto hacia el consumo directo de la factoría siderúrgica, hacia las plantas de aglomeración de finos o hacia embarque. Las plantas de aglomeración producen mineral enriquecido en forma de briquetas, nódulos o sinter, consumidos en los Altos Hornos.

La factoría, en su primer programa, constará de cuatro hornos altos, de los que actualmente ya trabajan dos con una capacidad productiva media de cuatrocientas toneladas diarias de arrabio cada uno. Estos hornos altos se alimentan, aparte de la calza procedente de canteras propias, con los citados minerales de hierro y con cok, procedente de los hornos situados a su pie (una batería en plena explotación con 70 cámaras otra en construcción y dos más proyectadas). Esta planta de cok tiene instalaciones completas para la recuperación y tratamiento de subproductos: gas, sulfato amónico, alquitran, creosotas, breas, fenol, benzoles etc., constituyendo su especialidad los productos: benceno, tolueno y xileno puros para fabricaciones de colorantes, explosivos, etc.

El hierro que producen los expresados hornos altos, de marcha intensiva, puede ser de dos clases: para fundiciones, en cuyo caso se convierte en lingotes en una máquina lingotera, que evita la colada en era, o para afino, y entonces va, al estado líquido, desde los hornos altos al mezclador de 600 toneladas de capacidad existente a la entrada de la planta de aceros donde se conserva fluido hasta el instante de necesitarlo para la carga de los hornos Martin-Siemens.

Actualmente hay en explotación cuatro hornos Martin-Siemens básicos de 80 toneladas de capacidad y uno de 90 toneladas. Con ello la capacidad de producción de acero se eleva, para esta primera mitad de la factoría, hasta unas 900 toneladas diarias.

El acero de esta planta, colado en tochos, petacas, etc. (según su destino), es conducido en trenes movidos por locomotoras eléctricas hacia los hornos de fosa, situados en la planta de laminación.

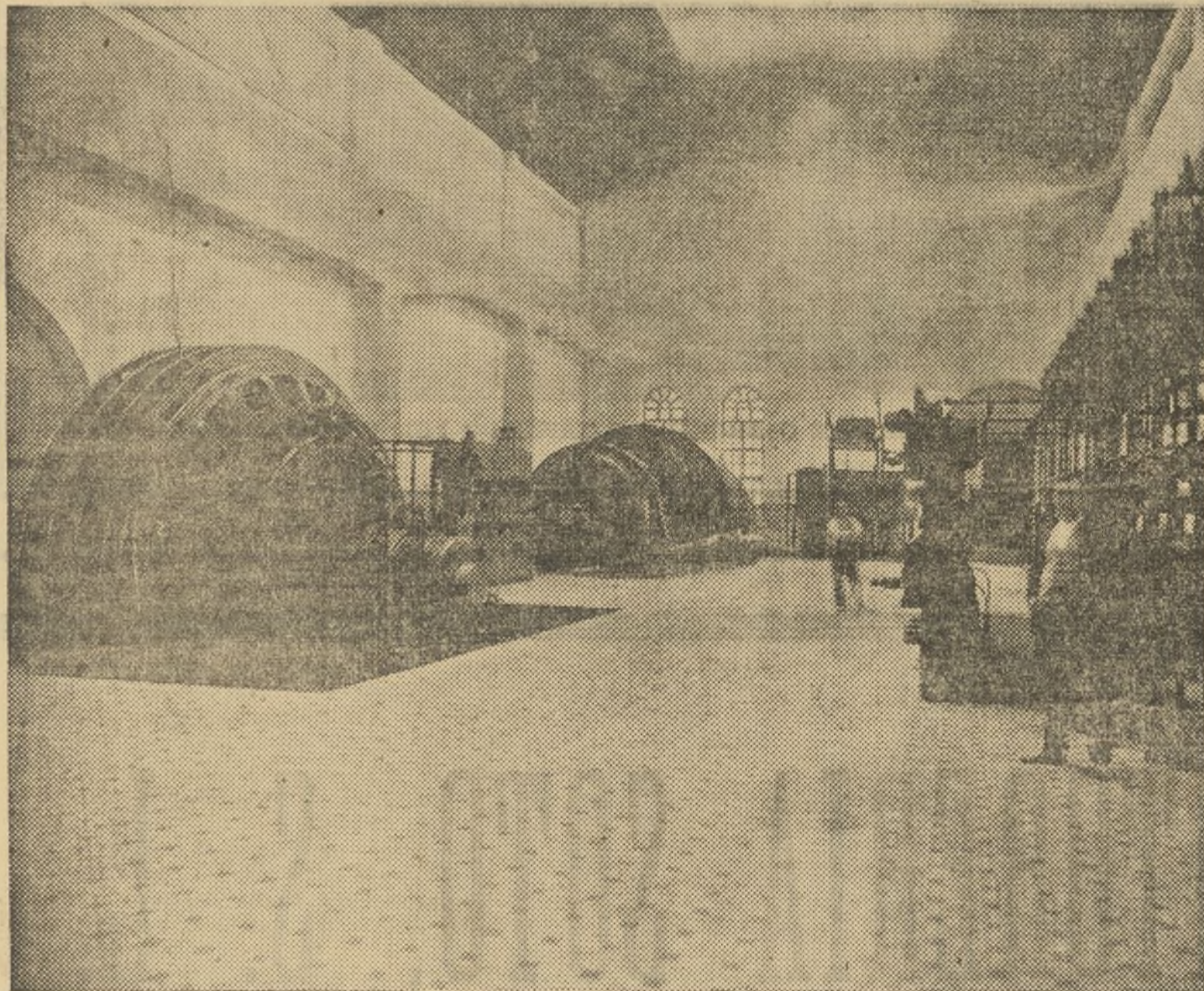
Estos hornos de fosa son cuatro, capaces cada uno para contener 80 toneladas y producen el calentamiento de los citados tochos y petacas, hasta la temperatura de su laminación en el tren Blooming-desbastador, cuya potencia de trabajo es de cien toneladas hora, accionado por un motor de

tren comercial de 12 pulgadas, productor de angulares, simples té, llantas, redondos, cuadrados, etc., de pequeñas dimensiones; la potencia de este tren alcanza las 30 toneladas hora, accionado por motor de 1.000 HP.

Los servicios de terminación de laminados, corte, expedición, etc.,

rrros y aceros, carbones refractarios, cementos, microfotografía, etcétera, y sala de ensayos de materiales a tracción, flexión, choque, etc. Otros laboratorios especializados existen en la planta de cok para los subproductos y en la planta de aceros.

Junto a la factoría se tiene la



SALA DE MAQUINAS Y MOTORES

así como por las posibilidades que puede dar en beneficio de nuestra patria.

Nos referimos, claro está, a la Siderúrgica del Mediterráneo, que tiene establecida su factoría en las inmediaciones del Puerto de la histórica Sagunto, la ciudad romana, emporio de aquella civilización latina difundida en el suelo español durante los buenos tiempos del imperio romano.

Con los restos de monumentos tan soberbios como el teatro y el circo, su castillo hoy monumento nacional y en el que se han realizado interesantísimas y provechosas búsquedas, con su situación junto al Palancia, cerca de la sierra de Espadán y su proximidad al espléndido mar de Levante, Sagunto es una de las poblaciones que con mayor placer visita el turista, y añadamos lo que encierra la sorpresa fantástica de la factoría de la Siderúrgica del Mediterráneo, maravillosa y dantesca visión que asombra a la par que empavorece el ánimo ante la grandiosidad de sus talleres.

Hace tan sólo unos centenares de años, la Compañía minera de Sierra Menera, dueña de las inagotables minas de Ojos Negros, (Teruel), tendió doscientos kilómetros de estratégica vía con soberbios puentes, túneles y terraplenes, valorado todo en el tiempo de su construcción, en unos veintisiete millones quinientas mil pesetas, construyendo un muelle particular, y aliándose más tarde con la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo, fundaron lo que es hoy asombro de propios y extraños, y desconocido, por desgracia, para muchos valencianos en toda su importancia.

Facilidad de comunicaciones, admirable y acogedora simpatía de los saguntinos, apenas formulamos la curiosidad por visitar la factoría, tuvimos acompa-

frente a todo un pueblo moderno elevado al calor de la factoría, y en el que destacan las casas de los ingenieros, chalets de moderna construcción, limpios y rientes con sus jardincillos, las oficinas, el barrio obrero, la escuela y un comercio que da de por sí idea del gran número de población obrera que en él reside.

Sólo vemos mujeres y niños, en la población no se aperciben casi hombres, y es que se hallan trabajando. Cuando termina la jornada, irrumpirán por estas calles, según los tiempos, de tres a cuatro mil entre obreros y empleados, en los que es fácil encontrarse con los rasgos característicos de todas las razas y nacionalidades.

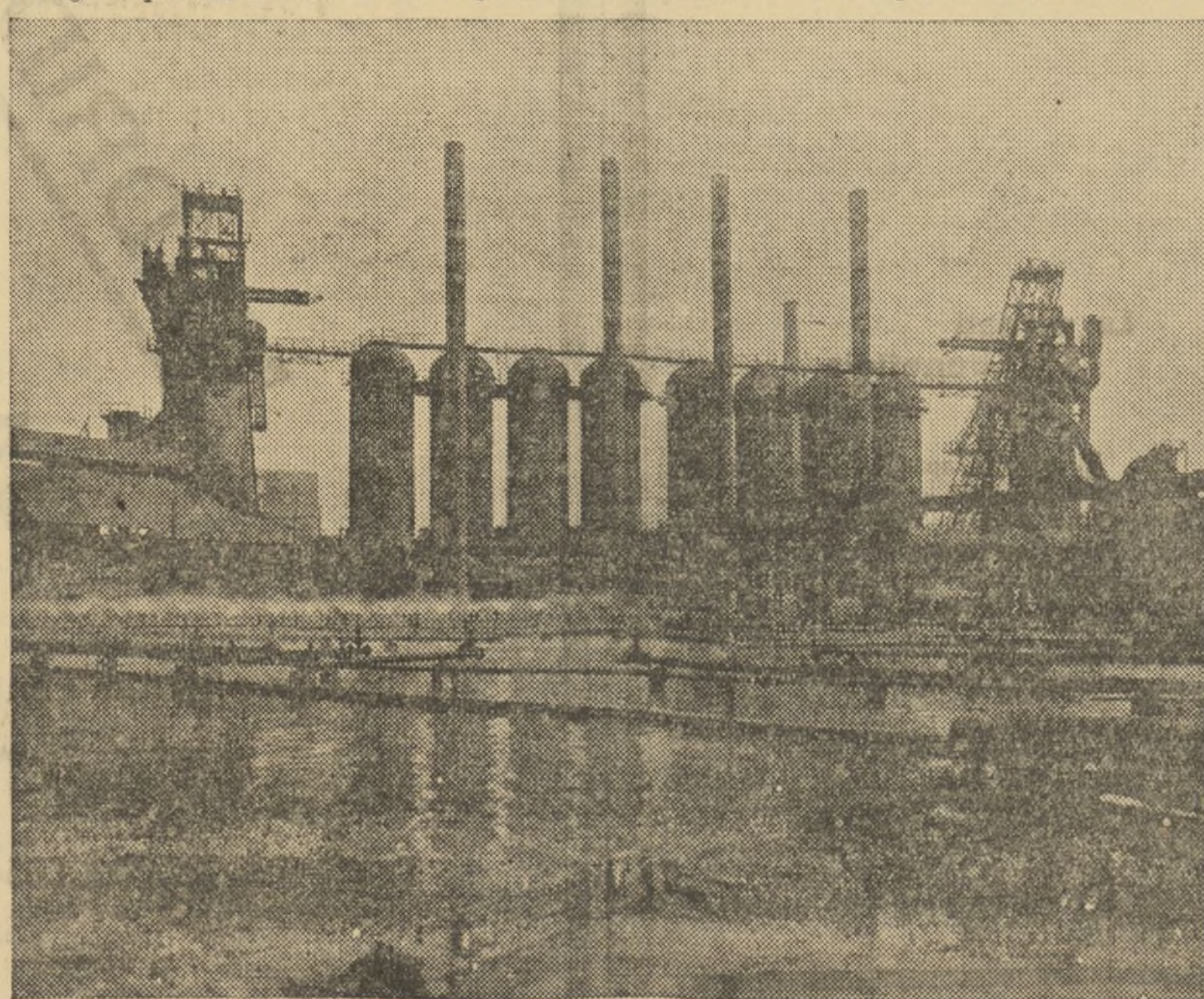
Hoy, la gran crisis de trabajo también hizo presa en esta factoría, pero la acertada dirección técnica de la misma trata de aminorar la crisis, y no falta, como precisamente en estos días hemos visto, la ayuda de la Valencia consciente, que debe evitar, por todos los medios posibles, que la ruina se enseñoree de lo que constituye uno de los centros fabriles de mayor trascendencia para la economía valenciana y aun para la vida nacional.

Penetramos en la fábrica; mas dejemos la palabra a nuestro autorizado acompañante que nos dice:

—Esta importante factoría, la más moderna de España (fue puesta en marcha en 1922-23), está situada a orillas del Mediterráneo, en Sagunto (provincia de Valencia), a 25 kilómetros de la capital y a cinco kilómetros de las estaciones que en Sagunto tienen las compañías de ferrocarril del Norte y Central de Aragón. La fábrica posee hasta ellas un ramal de vía normal para establecer la circulación de productos hacia el interior por vía terrestre. Para la distribu-

mentadores de una grúa de pórtico de 63 metros de luz, con muelles de embarque de laminados y lingotes, etc., formando diversas dársenas, en las que pueden atracar de costado actualmente hasta cinco o seis buques de gran tonelaje y se preparan ampliaciones para varios más. Este puerto es de escala para las líneas de cabotaje de la Compañía Naviera Sota y Aznar.

El mineral de hierro llega, desde el importante coto minero de Ojos Negros, por un ferrocarril



LOS ALTOS HORNOS



OTRO ASPECTO DE LOS ALTOS HORNOS

5.000 HP., admitiendo sobrecargas del 200 por 100. Este motor, con el correspondiente grupo Wigner, está alojado en una subcentral anexa.

Los desbastes, palanquillas, etc., producidas en el Blooming, pueden alimentar al tren estructural de 18 pulgadas, triple trio, productor de viguería, us, carriles, grandes angulares y redondos etc., capaz para producir 100 toneladas hora, movido por motor de 3.000 HP.; al tren de chapas, tipo universal, capaz para 50 toneladas hora, movido por motor de 3.200 HP., o al

están distribuidos en grandes naves con toda la maquinaria necesaria. También existe anexo un taller importante para reparaciones electromecánicas al servicio de los 500 motores con que cuenta, en cifras redondas, la fábrica.

La fábrica posee una potente central eléctrica movida por turbinas a vapor, procedente éste de 16 calderas multitubulares de 416 metros cuadrados, cada una calentada por el gas sobrante de los hornos altos y de los hornos de cok; para este último se construye un gasómetro de veinte mil metros cúbicos de capacidad, y para aquél se ha instalado una depuración electrostática para aumentar su efecto útil. Dicha central eléctrica posee tres alternadores de 4.000 Kilovatios, y montará otro de 10.000 kilovatios en plazo breve. Contiene también las soplamantas centrífugas suministradoras del viento para los hornos altos, las conmutatrices productoras de la corriente continua para las locomotoras, etc.

La factoría dispone de un taller importante de reparación para todos sus elementos de trabajo: el ferrocarril, etc. con secciones de forja, fundiciones de hierro, acero eléctrico, bronce, etc., calderería, ajuste etc. La sección de calderería es importantísima y se dedica también a construcciones metálicas: puentes, postes, tanques, estructuras para edificios, armaduras de cubierta, etc., etc., con una capacidad productiva de mil toneladas mensuales. También se moldean y funden grandes piezas de acero hasta 60 toneladas de peso unitario. Todas las construcciones de la fábrica: hornos altos, naves de acero, etc., han sido construídas en los propios talleres.

Los laboratorios que controlan la fabricación están distribuídos estratégicamente por toda la factoría, existiendo un laboratorio general central en la oficina, con salas de análisis de minerales, hie-

fabricación de los ladrillos refractarios que consume; su capacidad productiva es de unas 500 toneladas mensuales.

Anexas a la fábrica existen las distintas oficinas general y de departamentos, y las instituciones sociales que benefician al personal, compuesto de 4.000 hombres entre empleados y obreros. Consisten en una Sociedad de auxilios mutuos con secciones de enfermedad y defunción, un hospital con 30 camas, una cooperativa de consumo, una escuela graduada y otra de artes y oficios; un barrio para ingenieros y empleados, otro muy importante de casas para obreros, etcétera.

Las fotografías dan idea de las proporciones de los distintos elementos citados en esta rápida descripción.

Tenemos, pues, que la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo produce hierros, acero y derivados: lingotes de cok, piezas de acero moldeado, desbastes, palanquillas, llantones, productos terminados: vigas doble T, hierros U, angulares, redondos, cuadrados, pletinas, llantas, chapas, carriles y accesorios, tablas de acero y construcciones metálicas completas tal como se puedan desear, y en los subproductos de la fabricación del cok, sulfato amónico, alquitranes, benzoles industriales, benzoles especiales, benzoles puros, creosotas, aceites, naftalinas-antraceno, brea y oenol en bruto.

Esta es, pues, la industria que hoy ofrecemos a la consideración de nuestros lectores, que habrán podido formarse una ligera idea de lo que en Sagunto lleva realizando la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo, y que constituye, como hemos dicho, la gloria industrial mayor de Valencia.

—*—

LAS CARROCERIAS PASTOR

En varias ocasiones y desde estas columnas, hemos hablado de lo que hace referencia a una industria netamente valenciana y que cada día más, gracias a la voluntad de uno de sus más firmes puntales, va en incremento.

Al hablar de ella en las diferentes ocasiones que lo hemos hecho no nos ha movido otro deseo que el de llamar la atención de todos los ciudadanos por las facilidades y la pulcritud del trabajo que en ella se observa, estando al margen de las demás dedicadas a su especialidad por tener un trabajo propio y un acabado perfecto en las diferentes modalidades de sección de que la misma está integrada.

El nombre del carrocer valenciano Pastor Borna es ya conocido, no sólo de los valencianos en general, sino de importantes industrias del arte del automóvil por toda España.

Los talleres que este industrial tiene instalados en la calle del Doctor Sunsi y señalados con el número 30 y que gracias a un gran valencianismo y amor a su tierra ha perfeccionado con los últimos

adelantos en el difícil arte de la carrocería son una verdadera maravilla en su género.

Procuraremos para bien de Valencia y de su industria reseñar en una breve visita que al señor Pastor hicimos, lo que son estos talleres y los beneficios que los mismos reportará sin duda alguna a los amantes del automóvil.

La entrada de la inmensa nave que es el taller y la superficie de la misma dan a conocer ya al visitante la importancia de la industria que el señor Pastor ha establecido en la calle del Doctor Sunsi, pues es raro encontrar en nuestra ciudad y si mucho se me apura en el resto de España, industrias particulares dedicadas a una especialidad como la de carrocería que posea la inmensidad de éstas y el perfeccionamiento de su maquinaria y útiles.

De una superficie aproximada a 150 metros de largo por unos 100 de ancho, puede notarse en perfecta alineación la maquinaria más moderna que en su especialidad estos talleres requieren, maravillándonos incluso la aportación en al-

guna de ellas que no habíamos visto por su modernidad hasta efectuar esta visita.

Los más grandes autobuses, autocars y automóviles de refinado gusto se acumulan día tras día, esperando turno para su arreglo en la carrocería, ya que dado el mucho trabajo que el señor Pastor tie-

ne en su especialidad, es causa de ello.

Quisimos que fuera un obrero el que nos diese unas impresiones de cómo se trabajaba en el taller de carrocerías de la calle del Doctor Sunsi. Expuestos nuestros deseos a un oficial que tapizaba el interior de un automóvil, nos dijo:

—El taller de carrocerías del señor Pastor, al cual me honro de pertenecer, es en todos los aspectos el que debe merecer en todos los sentidos más consideraciones del público de Valencia y su región. Si digo que nosotros, que en número de más de 60 operarios somos los más eficaces colaboradores de

la obra que esta industria valenciana está haciendo, no le mentiré, pues a más de las atenciones que como un trabajador más nos guarda el fundador de ella señor Pastor, impera una cordialidad entre patronos y obreros que hace que los trabajos encomendados a esta casa sean los más perfectos y acabados.

Como usted puede ver, no hay necesidad como en otros talleres de que un encargado vigile el trabajo de cada operario, ya que el señor Pastor ha tenido en cuenta seleccionar en las diferentes secciones de que consta el taller de carrocerías de hombres, verdaderos técnicos en la materia, teniendo así un acabado perfecto en el tapizado de un coche, un pintado excelente en el mismo y una línea de máxima elegancia en la carrocería en general.

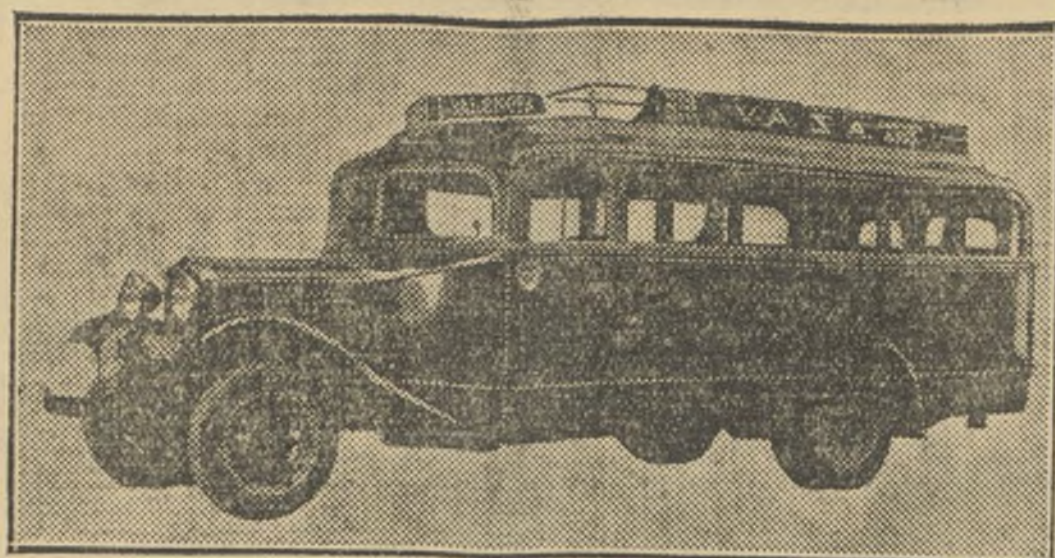
—¿Puede usted decirnos las secciones de que consta el taller del señor Pastor?

—La carrocería de un coche, o más bien el carrocer que monta una industria de esta índole para que la base principal de ella dé el rendimiento necesario, tiene que atenderse a que el taller se pueda

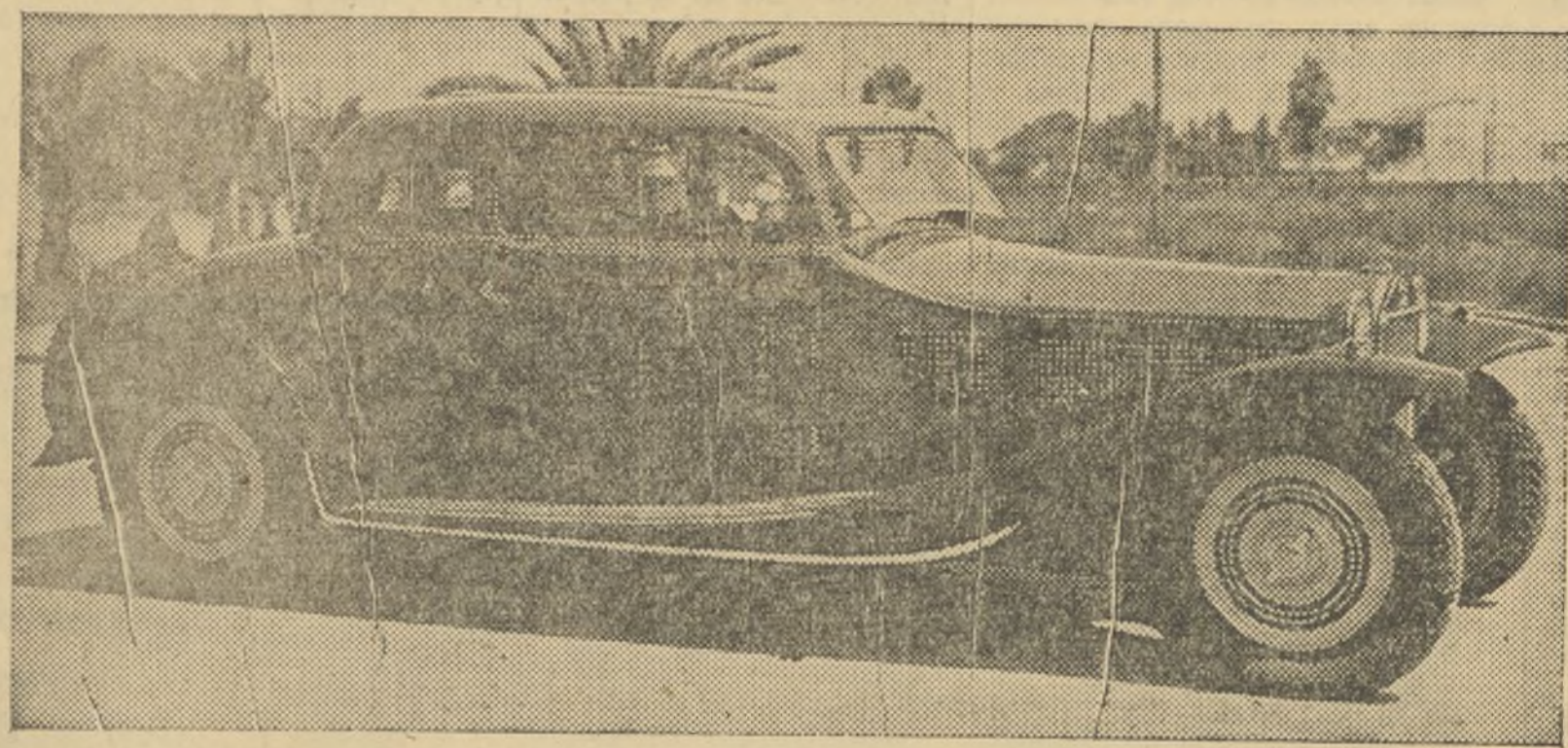
igualar a éste, es decir: Que el mismo conste de las secciones de pintura, tapizado, planchistería, ornamentación y la carrocería en general, teniendo en cuenta además que para eso es necesario poseer los útiles con que el señor Pastor ha dotado a este taller.

No quisimos molestar más a este obrero que tan amable fué proporcionándonos datos imparciales y que dan un ligero reflejo de lo que es la industria de carrocería del señor Pastor Borna, instalada en la calle del Doctor Sunsi número 30.

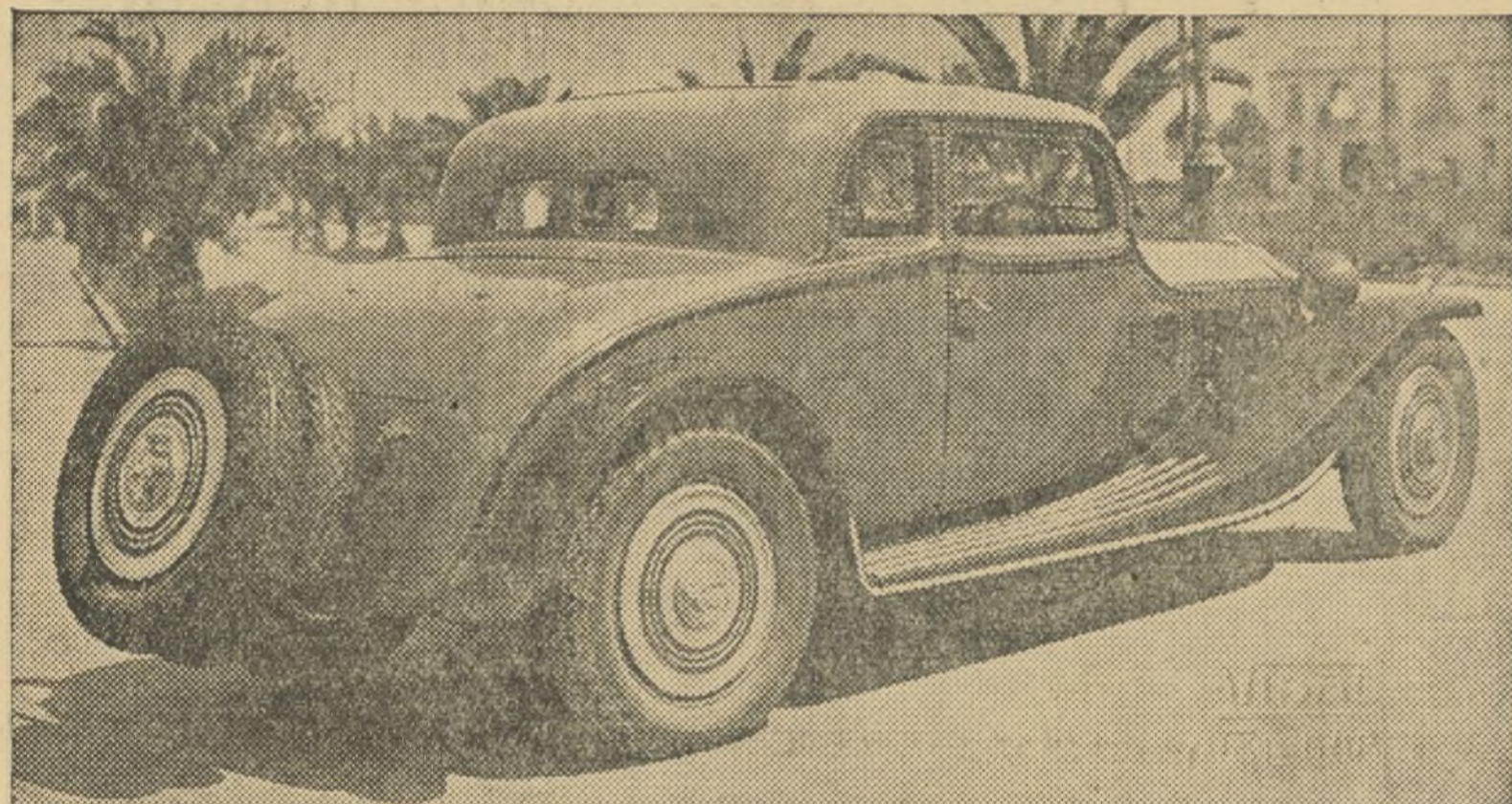
En lo que hace referencia a nosotros, sólo nos resta decir que corroboramos lo dicho por el obrero de la casa Pastor, resaltando lo que en anteriores ocasiones y en estas mismas columnas hemos dicho: Que en el difícil arte de la carrocería y par aun acabado perfecto en la región valenciana una casa, cuyo nombre encabeza estas líneas.



AUTOBUS CARROZADO POR EL SEÑOR PASTOR



OTRO DETALLE DEL COCHE MARCA LANCIA, QUE CON TANTO GUSTO A CARROZADO EL SEÑOR PASTOR



COCHE LANCIA, COMPLETAMENTE CARROZADO Y TAPIZADO POR CARROCERIAS PASTOR



TALLERES SANZ
VALENCIA-PUERTO



La verdad
beneficia
a todos

El engaño, aparte de las razones morales que lo condenan, es ruinoso. Si usted, por ejemplo, cosechero o exportador, tiene una báscula que funciona mal, ¿créese usted que vale la pena de continuar así? No, porque su crédito padece enormemente. La verdad, siempre la verdad; cuide usted de que sus balanzas y básculas respondan siempre a la verdad.

Fabricación Nacional de Básculas,
Cajas y Maquinarias
Fundiciones de Hierro
TALLERES SANZ
VALENCIA - PUERTO (España)

TINTORERIA SOTO, S. L.
DE
TINTORERIAS UNIDAS DE ESPAÑA (T. U. D. E.)

MADRID
BARCELONA
VALENCIA

Talleres y oficinas centrales en Valencia:

INSTITUTO CANDELA, 7

Teléfonos 13.522, 11.654 y 12.970

Sucursales en toda la Región valenciana